



HR-3-3  
6



# Nuevo Topo

Revista de historia  
y pensamiento crítico

ISSN: 1669-8487

ms. 1967

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA  
Y AMERICANA  
"Dr. EMILIO RAVIGNANI"  
BIBLIOTECA

Nº 4 – Septiembre/Octubre 2007

# Índice

Presentación .....	5
<b>Dossier: El concepto de clase social y su relevancia actual en los estudios históricos</b>	
Historia y lucha de clase. Repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado	
Ezequiel Adamovsky .....	7
Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares	
Hernán Camarero .....	35
La huelga metalúrgica de 1942 y la crisis de la dirigencia comunista en los orígenes del peronismo	
Andrés Gurbanov y Sebastián Rodríguez .....	61
El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina	
Enrique Garguin .....	85
<b>Artículos</b>	
El concepto de hegemonía a la luz de las hegemonías neoconservadoras	
Alberto R. Bonnet .....	109
“La imaginación histórica” en la obra de Juan José Hernández Arregui	
María Teresa Bonet .....	135
<b>Ensayos y debates</b>	
Las coordinadoras interfabriles y la huelga general de junio y julio de 1975. Un ensayo de interpretación a partir de dos libros recientes	
Juan Luis Hernández .....	157
<b>Perfiles</b>	
Andre Gunder Frank (1929-2005)	
David Mayer .....	167
<b>Crítica de libros y películas</b>	
<i>La historia de una montonera</i> , por Fernando Gómez y Lucas Rebagliati ..	177

<i>Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955</i> por Rosa Morena .....	181
<i>Sindicalismo, coaliciones partidarias y reformas de mercado en América Latina</i> por Agustín Santella .....	185

## Presentación

Este cuarto número de *Nuevo Topo* nos encuentra en el segundo año de nuestra propuesta intelectual. Las contradicciones que hemos sufrido en esta aventura de trabajo colectivo no fueron pocas y sabemos que otras permanecen latentes o irresueltas. Pero la experiencia sirve y, en muchos sentidos, hemos crecido. Hubo una aceptación muy favorable de muchos lectores. Las contribuciones recibidas ampliaron y enriquecieron la diversidad de nuestras páginas. Acrecentamos nuestro espacio de producción y ampliamos el consejo editorial con nuevas compañeras y compañeros. Continuamos con la vocación de una revista de izquierda plural, con la aspiración de suscitar prácticas renovadas del saber histórico y social.

El número mantiene la estructura esencial que caracterizó a las entregas precedentes. El *dossier* tiene como tema un concepto esencial de toda historiografía de izquierda: el de clase social. Más aún, este concepto es decisivo para todo conocimiento de la sociedad. No sería exagerado decir que las ciencias sociales, en buena medida, surgieron para pensar la cuestión del antagonismo social. La categoría de "clase", desarrollada como tal en el siglo XIX, fue fundamental tanto para quienes deseaban impulsar la lucha social en un sentido radical, como para los que buscaban modos de restaurar el orden. Desde entonces se ubicó en el centro de intensos debates políticos y académicos. ¿Se agrupan realmente las personas en "clases"? ¿Se trata de un concepto político o "sociológico"? ¿Sirve para comprender las líneas del antagonismo o simplemente para describir la estructura de una sociedad? ¿Sus contornos se recortan principalmente sobre la base de criterios económicos o existen otros más válidos? Desde tiempos de Marx, las explicaciones "clasistas" de la historia y de la sociedad -es decir, aquellas que situaban al antagonismo en el centro del análisis- hicieron grandes aportes tanto en las ciencias sociales como en el pensamiento político. La relevancia del concepto de "clase" en los dos ámbitos, sin embargo, fue fuertemente cuestionada en el último tercio del siglo XX. Lo mismo ocurrió con las nociones de "lucha de clases", "conciencia de clase", "identidad de clase", "cultura de clase" e "ideología de clase". Con interesantes reformulaciones, sin embargo, el pensamiento "clasista" continuó presente. La Argentina no estuvo ausente de estos debates. En particular, en el campo historiográfico se produjo una polémica en torno de la utilidad de dichas categorías para dar cuenta del período abierto luego de la Primera Guerra Mundial. En ese contexto, un grupo de

historiadores desarrolló a partir de mediados de los años ochenta la idea de la existencia de "sectores populares" como alternativa a los planteos clasistas.

El *dossier* vuelve sobre esa polémica para intentar un balance crítico de sus alcances y limitaciones. Los artículos que lo componen exploran aspectos teóricos y empíricos de la querrela, desde miradas diferentes pero situadas en un enfoque antagonista. El trabajo de Ezequiel Adamovsky analiza los alcances del debate argentino en el contexto de la discusión internacional y avanza en una propuesta de reformulación teórica de la perspectiva de clase, en la que la dominación es repensada en términos holísticos, históricos, de género y no eurocéntricos, y en la que la ideología es concebida de manera no reduccionista. Hernán Camarero somete el basamento empírico de la noción de "sectores populares" en la Argentina de entreguerras a una crítica que echa nueva luz sobre sus limitaciones, al tiempo que argumenta las razones por las cuales, frente a aquel concepto, debe reestablecerse el de "clase obrera", entendida ésta de un modo complejo y multidimensional. Andrés Gurbanov y Sebastián Rodríguez ponen a prueba la lectura clasista en el análisis de la huelga metalúrgica de 1942, la participación de los comunistas en la misma y los orígenes del peronismo, esbozando un examen de la relación entre clase obrera y partido. Finalmente, el trabajo de Enrique Garguin reflexiona sobre el itinerario de la categoría de "clase media" en la cultura argentina en general y en la producción académica en particular, explorando cómo, a partir del peronismo, la representación social bipartita pueblo/oligarquía fue reemplazada por otra tripartita en la que se introdujo a una clase media resignificada.

Asimismo, incluimos dos artículos y un debate. Alberto Bonnet analiza el proceso de articulación y desarticulación la hegemonía neoconservadora en la Argentina reciente. María Teresa Bonet propone una interpretación formal de la imaginación histórico-política de Juan José Hernández Arregui, a partir de una aplicación de la metodología de Hayden White. Por su parte, Juan Hernández examina las perspectivas de dos nuevas obras sobre las coordinadoras interfabriles de los años previos a la dictadura implantada en 1976.

Finalmente, David Mayer, nos propone un perfil de André Gunder Frank, un intelectual de singular trayectoria que suscitó un debate extraordinario en la historiografía de izquierdas argentina y latinoamericana. Cierra el número la sección de crítica de libros, que hemos diseñado para continuar los temas del *dossier*.

## *Dossier: El concepto de clase social y su relevancia actual en los estudios históricos*

---

### Historia y lucha de clase. Repensando el antagonismo social en la interpretación del pasado (y de vuelta sobre un debate ausente en la historiografía argentina)

Ezequiel Adamovsky<sup>1</sup>

El concepto de “clase” ocupó hasta el último cuarto del siglo XX un lugar central indisputado en el análisis de la sociedad. Sin embargo, el clima intelectual que siguió al Mayo francés, reforzado luego por el ascenso de los neoconservadores y por la caída del comunismo, contribuyeron a desplazar a la clase de aquel lugar privilegiado. A las dudas respecto del papel revolucionario de los obreros se sumó el surgimiento de los “nuevos movimientos sociales” que presentaban reclamos de igualdad racial, de género o ambientales, que parecían difíciles de comprender desde una perspectiva de clase. Así, hacia la década de 1980, se comenzó a cuestionar la relevancia del análisis de clase, al tiempo que viraba el interés hacia otras regiones. Los procesos de trabajo, las divisiones sociales entendidas en términos antagonistas, la explotación, etc., perdieron su atractivo en favor de nuevos temas, como las pautas de consumo, los “estilos de vida”, las identidades culturales, los discursos, etc.<sup>2</sup> Naturalmente, el marxismo se convirtió en blanco principal de ataques.

Sin embargo, mientras todo esto sucedía, dentro de la propia tradición marxista se producían exploraciones innovadoras. En el campo historiográfico hubo algunos aportes fundamentales en este sentido. Ya en la década de 1960, E. P. Thompson lanzaba un ataque contra la ortodoxia, volviendo a situar las clases como fruto de un proceso histórico, nutrido de luchas

---

<sup>1</sup> Universidad de Buenos Aires-Conicet. E-mail: eadamovs@mail.retina.ar.

<sup>2</sup> Rosemary Crompton, *Clase y estratificación: Una introducción a los debates actuales*, Madrid, Tecnos, 1994, pp. 14-15, 34, 205.

y experiencias contingentes, que eventualmente da lugar a la formación de una conciencia de clase específica. El desplazamiento teórico de Thompson alimentó un programa marxista de investigaciones muy fructífero en varios países. Por otra parte, en la década de 1980 los historiadores de *Subaltern Studies*, retomando ideas de Gramsci, desarrollaron la noción de subalternidad y atacaron el modo eurocéntrico en que el marxismo tradicional había comprendido las realidades de clase. En otras disciplinas, como la sociología, hubo movimientos similares en el sentido de devolver la historicidad a la categoría de clase, contra el reduccionismo “sistémico” del marxismo tradicional. Académicos si no marxistas, al menos fuertemente influidos por el marxismo, como Anthony Giddens o Pierre Bourdieu, realizaron aportes fundamentales para vincular de un modo menos unilateral las relaciones económicas con el plano de la cultura. Desde el feminismo también hubo cruces interesantes en el sentido de reconocer la dimensión de género en las diferencias de clase. Así, marxismos renovados pudieron hacer frente a las críticas al concepto de clase abriéndose camino en un doble frente: contra el reduccionismo del marxismo tradicional y contra la ciencia social neo-conservadora.<sup>3</sup>

## Argentina: el debate ausente

Estas preocupaciones repercutieron en la historiografía argentina de un modo peculiar. Curiosamente, tanto la impugnación del concepto de clase, como algunas de sus reformulaciones por obra del marxismo heterodoxo, ingresaron de la mano del *mismo* grupo de historiadores: el círculo del PEHESA (Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana). En 1982, ese grupo inició una investigación con la hipótesis de que, en momentos de clausura política, la democracia “anida” en los sectores populares y en sus instituciones; allí resguardada, puede volver a desarrollarse en la esfera pública cuando los tiempos son más propicios.

La hipótesis se vinculaba intelectualmente con el proyecto alfonsinista. En efecto, éste necesitaba *negar* el hecho de que la democracia que estaba siendo reinstalada entonces se fundaba más sobre el *aniquilamiento* de un movimiento social antagonista, que sobre una voluntad popular “cívica” que la estuviera reclamando con insistencia. La hipótesis del PEHESA, por su parte, se topaba con un obstáculo parecido en el pasado: la evidencia de las

<sup>3</sup> Para una puesta a punto del paradigma marxista –aunque todavía presa de algunas de sus limitaciones– véase Eric Olin Wright, ed., *Approaches to Class Analysis*. Cambridge. CUP, 2005.

intensas experiencias de antagonismo protagonizadas por las clases populares en diversos períodos, y de una cultura política caracterizada por un evidente desinterés por las instituciones de la democracia liberal. Para probar que, a pesar de esto, la democracia “anida” en los sectores populares, era entonces preciso reescribir la historia marginalizando aquellas experiencias y aquella cultura. La negación del antagonismo requería una impugnación de los usos marxistas de la categoría de clase, y de las historias centradas en la lucha de clase.

El debate lo lanzó Luis Alberto Romero con una ponencia seguida de un artículo en 1988-89, luego reimpresso en el libro *Sectores populares, cultura y política*. El artículo de Romero comienza afirmando la historicidad de las clases, y criticando a los marxistas porque leen la clase como un grupo cuyos miembros son siempre “sustancialmente iguales a sí mismos”. Sostiene luego que la idea marxista según la cual los sujetos se constituyen “en torno de las relaciones sociales de producción”, es correcta. Sin embargo, no puede concluirse de ello que lo que ellos piensan es simplemente un reflejo de su posición en las relaciones productivas. Es esquemático sostener que lo que existe es la realidad, y que la “ideología” es lo que la encubre, de modo que ésta se transforma simplemente en una variable de ajuste para explicar el hecho de que los sujetos no actúen como la teoría supone que deben actuar. Por ello, Romero llama a hablar de “cultura” y a reconocer las representaciones, antes que como meros “reflejos”, en “su doble carácter de constituyentes del proceso social y constituidas por él”. Para analizar por qué camino las “determinaciones de la estructura se convierten en formas culturales”, Romero se apoya en el concepto de “experiencia” de E. P. Thompson. En tercer lugar, Romero presenta al sujeto subalterno como a la vez marcado por el poder, y con capacidad de resistencia. Apoyándose en los “estudios culturales”, en la teoría de la recepción y en Gramsci, argumenta que el sujeto popular decodifica y resignifica los mensajes del poder a su modo. Es allí, en la recepción, “donde se libra uno de los combates por la hegemonía”.

Hasta aquí, la crítica de Romero está en sintonía con los cuestionamientos de los usos del concepto de clase del marxismo *tradicional* que se estaban haciendo en el resto del mundo. Ciertamente, su uso de Thompson es muy selectivo: opone “cultura” a “ideología” (como si fueran excluyentes) de modo que ésta se elimina sin siquiera un juicio sumario; por otro lado, no menciona que, para Thompson, sin partir de la lucha de clases no puede comprenderse la formación de una clase. Así y todo, muchas de las críticas de Romero al marxismo tradicional podrían, hasta aquí, haber sido compartidas por el historiador británico.

En realidad, el rechazo del análisis de clase y de una visión antagonista del pasado se evidencia en el paso siguiente que da Romero, cuando propone la categoría de “sectores populares”, pero más aún en su operativización a la hora de narrar la historia argentina. Romero reconoce que con decir “sectores populares” se dice “casi nada”. Sin embargo, “en esa ambigüedad e indefinición” quizás haya una virtud, puesto que “manifiesta la imposibilidad de definir un sujeto *a priori*, fuera de un proceso histórico concreto”. En todo proceso histórico hay tensiones que pueden llevar a diferentes segmentos sociales a agruparse o a enfrentarse con otros. Es tarea del análisis histórico concreto identificar las fronteras que, en cada caso, delimitan un campo de lo popular. Y Romero concluye: “los sectores populares no son un sujeto histórico, pero sí un área de la sociedad donde se constituyen sujetos.” De allí surgen determinados “nosotros”, identidades provisionales, históricas.<sup>4</sup>

Si hasta aquí estamos todavía en un terreno que permitiría una lectura de clase, la particular operativización de la noción de “sectores populares” que realiza Romero no deja lugar a dudas. Su descripción de la Argentina de entreguerras opera una demolición general de toda perspectiva de clase, y un borramiento de cualquier signo de antagonismo: se trata de un escenario marcado por el progreso económico, la disolución de la identidad obrera clasista que existía previamente, la expansión de prácticas de “ciudadanía” y de una cultura democrática, y un “proceso de integración de los sectores en ascenso” sin conflictos aparentes. El universo de los sectores populares se desarrolla no en las fábricas ni en los sindicatos, sino en bibliotecas públicas que difunden cultura progresista, y en clubs, asociaciones voluntarias, sociedades de fomento, etc. que promueven efectivamente sus intereses (no clasistas); viven al barrio —ya que no al lugar de trabajo—, como espacio de sociabilidad y de identificación primarias.

La negación de la perspectiva de clase que produce Romero se vio reforzada, en los años subsiguientes, en las publicaciones de los historiadores que abrazaron este programa de investigaciones. Si bien la historia de los trabajadores conoció un impulso renovado gracias a la nueva perspectiva, ya en los años noventa este interés decayó. Los historiadores tendieron entonces a migrar hacia la historia política; los problemas de la ciudadanía se transformaron en temas privilegiados.<sup>5</sup> Entre quienes continuaron cultivando la

<sup>4</sup> Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pp. 24-25, 28-29, 34-35, 39, 38.

<sup>5</sup> Véase Juan Suriano, “Los dilemas actuales de la historia de los trabajadores”, en Jorge Gelman, ed., *La historia económica argentina en la encrucijada*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, pp. 285-306.

historia social, el paradigma de los “sectores populares” llevó a centrar las investigaciones en sujetos definidos como “vecinos y ciudadanos” despojados de cualquier dimensión de clase.<sup>6</sup> Los novedosos estudios del consumo también proyectaron la imagen de un período caracterizado por los efectos integradores y democratizadores de la expansión del mercado.<sup>7</sup> Así, las décadas de entreguerra quedaban reescritas como un paraíso de ciudadanía, democracia, integración y progreso social.<sup>8</sup>

Frente al nuevo paradigma, los historiadores locales que se reivindicaban marxistas reaccionaron enérgicamente en defensa del concepto de clase. Veamos brevemente las tres intervenciones principales que intentaron llevar la reflexión al terreno teórico. En un trabajo de 1990, Alberto J. Pla recupera al Thompson marxista, desvirtuado, para quien la lucha de clases es central para la definición de la clase. Sin embargo, en el desarrollo de su propia argumentación señala que las clases se forman en la “división del trabajo” que cada “modo de producción dominante” opera. Así, bajo el capitalismo “las clases principales son burgueses y obreros”. La clase obrera, “se define directamente por las relaciones de producción con el capitalista en el proceso de producción”; por ello no todos los trabajadores, ni siquiera todos los asalariados, son “clase obrera”. Pla no niega que existan “sectores populares”, ni que el barrio sea un espacio en el que se conjuguen “protagonismos esenciales”. Sin embargo, se trata de distinguir quién es quién dentro de estos conjuntos heterogéneos, en términos de sus diferentes realidades de clase. Respecto del plano de las ideas, Pla defiende la relevancia de la distinción de “clase en sí/para sí” entendida a la manera tradicional.<sup>9</sup>

La segunda reacción provino del círculo de Pablo Pozzi y la revista *Taller*. En una línea argumental más abierta y sutil que la de Pla, llaman a no abandonar el concepto de “clase”, aun si conceden que tiene “dificultades teóricas y metodológicas” que todavía resta resolver. Reconocen que los estudios sobre trabajadores se han centrado sólo en los obreros agremiados, y que “abordaron en forma superficial el problema de la conciencia de clase”.

<sup>6</sup> Por ej. Luciano de Privitello, *Vecinos y ciudadanos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 37, 206-209.

<sup>7</sup> Por ej. Fernando Rocchi, “Consumir es un placer: la industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado”, en *Desarrollo Económico*, vol. 37, n° 148, 1998, pp. 533-558.

<sup>8</sup> Esta imagen quedó “canonizada” en una de las grandes síntesis historiográficas recientes: Ricardo González Leandri, “La nueva identidad de los sectores populares”, en *Nueva historia argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000-2002, vol. VII, pp. 201-238.

<sup>9</sup> Alberto J. Plá, “Apuntes para una discusión metodológica: clases sociales o sectores populares”, en *Anuario* (Rosario), no. 14, 1989-1990, pp. 7-40.

Así, critican “tanto a quienes diluyen la cuestión de clase como a aquellos que la convierten en un fetiche”. Pasando al plano propositivo, eligen sin embargo definir a una clase, a la manera del marxismo tradicional, básicamente “por su relación con los medios de producción”: en este sentido, el sujeto subalterno sigue siendo definido como obrero. Aceptan que los límites que separan las clases sociales son mucho más “difusos” y “dinámicos” que lo que la mera distinción entre propiedad y no propiedad de los medios de producción podría indicar. Sin embargo, intentan salvar la evidencia de tales limitaciones agregando hipótesis *ad hoc*. Así, por ejemplo, incluyen a los obreros no industriales o a los asalariados no obreros dentro del “proletariado” toda vez que comparten con los asalariados industriales formas de organización y de lucha, se encuentran sujetos a reglas de trabajo similares, y tienen pautas de cultura y niveles de consumo parecidos. Por otro lado, dentro de la clase trabajadora deben incluirse a las mujeres y los jóvenes, incluso si no son ellos mismos obreros, toda vez que “la definición de clase no es un problema individual sino colectivo, definido por experiencias comunes”, por lo que “la unidad mínima analítica es la familia”. La acumulación de estos criterios políticos o culturales de delimitación de una clase, sin embargo, no lleva a los autores a alterar la hipótesis principal según la cual las clases se definen por su relación con los medios productivos.<sup>10</sup> Por lo demás, los trabajos empíricos de esta línea de historiadores han sido criticados por sostener un cierto “esencialismo” u “ontología revolucionaria” que supone que la experiencia de la clase obrera conduce invariablemente a un tipo de conciencia determinada *a priori*.<sup>11</sup>

La tercera intervención fue la de Nicolás Iñigo Carrera, quien coincidió en criticar por “impreciso” el concepto de “sectores populares” (y otros similares como los de “trabajadores” o “mundo del trabajo”). A diferencia de Pla y del grupo *Taller*, Iñigo enfatiza más el hecho de que las clases “se constituyen en los enfrentamientos sociales”; la “clase obrera se hace presente, se constituye”, cuando la parte de la sociedad que sólo puede obtener sus medios de vida “bajo la forma de salario”, toma “algún grado de conciencia de su situación” y “lucha por modificarla”. Las clases sociales, concluye Iñigo, “no son ‘una cosa’, se constituyen, descomponen y recomponen” a

<sup>10</sup> Hernán Camarero, Pablo Pozzi, Alejandro Schneider, “*Eppur si muove*: De la realidad a la conceptualización en el estudio de la clase obrera argentina”, *Taller*, vol. 6, no. 16, julio 2001, pp. 190-214.

<sup>11</sup> Suriano, ob. cit., p. 303; Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga, *Memorias en montaje: escrituras de la militancia y pensamientos sobre la historia*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2006, p. 164.

través del tiempo. La “clase obrera”, en su opinión, ha adquirido un lugar de “centralidad” en la historia argentina a comienzos del siglo XX, lugar que mantiene hasta hoy. Para sostener esta afirmación, el autor aporta una serie de datos empíricos respecto de manifestaciones de protesta y existencia de instituciones gremiales reivindicativas.<sup>12</sup> La obra fundamental de Iñigo, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, constituye un notable esfuerzo por analizar un momento particular de este proceso de constitución de la clase obrera. En su libro, apoyado en un importante trabajo empírico, Iñigo llama a no tomar como un *a priori* el tipo de conciencia y las formas de acción y organización política que una clase social adopta en cada situación. Así, el trabajo recorre las transformaciones técnicas de los procesos productivos y las experiencias de vida de las clases subalternas en los barrios porteños, y analiza la evolución y adaptación de las formas de lucha de la clase obrera para situar un conflicto en particular –la huelga general de 1936– como un parteaguas. En esa situación concreta, el autor identifica la adopción de una “estrategia” por parte de la clase obrera, que consistirá en la formación de una alianza social con grupos no obreros, que le permitirá ser reconocida y tener una incidencia mayor en el plano de la política estatal. Bajo esta luz, la opción por el peronismo en 1945 deja de aparecer como una irracionalidad desde el punto de vista de los intereses de clase: se trata, por el contrario, de la adopción de una estrategia que está en sintonía con los propósitos de la clase obrera *en ese momento de su desarrollo*, y de elementos ideológicos que son el índice del grado de evolución en el que se encontraba su conciencia entonces. En efecto, Iñigo piensa la conciencia “para sí” como un proceso histórico signado por “grados” progresivos que deben concluir, eventualmente, en la aparición de la conciencia revolucionaria. Por eso, no tiene sentido preguntarse si hay o si falta “conciencia de clase” en el momento peronista, sino identificar esa opción estratégica como una necesaria “al proceso de elevación del proletariado a la condición de clase nacional, a su constitución en nación, a su lucha por el poder político”. Como las clases “sólo se plantean las metas que pueden alcanzar”, la opción de “insertarse en el sistema institucional” resulta perfectamente comprensible y en sintonía con el grado de constitución de la clase obrera de entonces.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> Nicolás Iñigo Carrera, “La centralidad de la clase obrera en el pasado y presente de la Argentina”, en Marcelo Lagos et al., eds., *A cien años del informe Bialek Massé*, Jujuy, UNJ, 2004, pp. 267-286.

<sup>13</sup> Nicolás Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires, La Rosa Blindada/PIMSA, 2000, pp. 19-20, 289-292.

Indudablemente, el concepto de “estrategia” y la forma en que Iñigo lo vincula con el problema de la formación de una conciencia obrera y con las transformaciones económicas, técnicas y políticas de una época, constituye un enriquecedor avance respecto de apropiaciones del marxismo previas. Sin embargo, a pesar de la declaración acerca de la historicidad de la formación de clases, Iñigo parte de un *a priori* nunca cuestionado: que es la experiencia obrera la que define el sujeto subalterno (a través de sus variaciones, se trata siempre y en todo momento de una clase obrera). En efecto, su libro reconstruye de manera convincente el porqué de la adopción de una estrategia política determinada por parte de los obreros. Pero lo hace ignorando, al mismo tiempo, el hecho de que en esa estrategia coincidieron también grupos no obreros. Las propias citas del libro evidencian, por todas partes, la existencia de solidaridades, identidades, y formas de lucha en común con grupos que no podrían definirse como obreros (ni siquiera como trabajadores). Si uno se tomara al pie de la letra la tesis de la historicidad de las agrupaciones de clase, la evidencia de formas de conciencia y de lucha clasistas que se expresan a través de identidades que trascienden el mundo obrero no podría ser soslayada.

Más allá de estas tres respuestas analizadas, ha abundado entre los marxistas locales el tono de denuncia para atacar al paradigma de los “sectores populares”, aunque sin el acompañamiento de argumentaciones teóricas que las sostengan. En tales denuncias, suele señalarse que la única razón que explica el predominio de la historiografía de los “sectores populares” reside en el control que sus cultores ejercen sobre las instituciones de estudios superiores. La historiografía marxista (y con ella las perspectivas de clase), afirman, han sido injustamente marginadas de la vida académica.<sup>14</sup>

Indudablemente, una hegemonía académica se traduce en un acceso diferencial a los recursos que la academia ofrece. Quisiera argumentar, sin embargo, que la situación de marginalidad de las perspectivas de clase dentro del campo historiográfico argentino se debe, más que a una desventaja institucional, a las limitaciones propias de las defensas teóricas e historiográficas del análisis de clase que han hecho sus cultores hasta la fecha. Resulta notable el hecho de que en las respuestas de Pla e Iñigo no haya síntoma alguno de reconocimiento del debate internacional: no sólo no se toman en

<sup>14</sup> Véase p. ej. Daniel Campione, “La hegemonía de la ‘Historia Social’”, en *Razón y Revolución*, n° 10, 2002; Eduardo Sartelli y Agustín Santella, “CICSO: marxismo, historia y ciencias sociales en la Argentina”, en *Razón y Revolución*, n° 6, 2000; Marina Kabat, “¿Sectores populares o clase obrera?”, en *El Aromo*, n° 33, noviembre 2006, p. 5.

consideración los argumentos feministas, poscoloniales, de la "historia mundial", etc., sino que ni siquiera hay referencias a los nuevos desarrollos *dentro del propio marxismo*. En efecto, el abanico de teóricos con los que Pla e Iñigo dialogan termina en un Gramsci apenas explorado.<sup>15</sup> El curioso hecho de que haya sido la gente del PEHESA —y no los historiadores marxistas— la que introdujo, *recién en los años ochenta*, el marxismo inglés (cierto, con recortes) resulta sintomático de la impermeabilidad intelectual del marxismo local, y de la ausencia de una renovación comparable a la que existió en otros países.

En rigor de verdad, habría que concluir que el debate entre el marxismo y la perspectiva de los "sectores populares" *nunca tuvo lugar*. Los historiadores de esta corriente coinciden con los cultores de aquélla en ignorarse mutuamente. Casi sin aludir a los hallazgos empíricos de sus adversarios, las intervenciones de los marxistas parecen confirmar la invectiva de Romero, según la cual la clase, para ellos, es un grupo cuyos miembros son siempre "sustancialmente iguales a sí mismos" y que siempre se superpone con una categoría ocupacional en particular (los obreros). La historiografía de los "sectores populares", por su parte, se empeña en barrer bajo la alfombra la abrumadora evidencia de antagonismo social y de identidades clasistas en la historia argentina y en ignorar los aportes empíricos de los marxistas. En este diálogo de sordos, la historiografía de los "sectores populares" ha predominado a *pesar de sus evidentes limitaciones* no sólo por su control de los recursos del campo, sino porque consiguió iluminar nuevos aspectos de la vida social que la historiografía "de clase" sencillamente ha preferido ignorar. Incluso si borraron del mapa las huellas del antagonismo, el programa del PEHESA y sus retoños contribuyeron a visibilizar dimensiones de la vida social que, como el género, la ciudadanía, las identidades nacionales, el consumo, etc., resultan insoslayables para comprender el cambio social. Frente a este dinamismo, la producción historiográfica de los marxistas ha demostrado capacidad limitada a la hora de repensar el análisis de clase. En efecto, las investigaciones de esta corriente se concentraron en unos pocos temas y momentos: aquéllos en los que se hace evidente una "clase obrera" que habla y actúa de la manera que el marxismo tradicional supone que *debe* hacerlo.

<sup>15</sup> La respuesta de Taller incluye un reconocimiento mayor del debate internacional, pero que no llega a los principales aportes feministas o poscoloniales.

## Para un programa de análisis histórico de clase

Lo que sigue es un intento de recuperar la relevancia del análisis de clase para la comprensión del pasado, teniendo en cuenta tanto las impugnaciones como los desarrollos de los últimos tiempos.

Advierta el lector que se trata de un ensayo sin la intención ni el espacio como para recorrer la inmensa literatura relevante que podría citarse; las menciones de autores se reducirán al mínimo. Quien quiera considerar que este intento se enmarca dentro de la tradición marxista (entendida como una corriente *viva*), puede.

### 1. *Un análisis holístico de la dominación de clase*

Un *análisis de clase* consiste en el estudio *relacional* de las clases sociales, y no meramente en la construcción de estratificaciones que describan diferencias de estatus, riqueza, etc. La relación fundamental que vincula a las clases bajo el capitalismo es una de *dominación*: esta problemática, inaugurada por el marxismo, es central para comprender lo social tanto en sus aspectos económicos como en los políticos y culturales. El marxismo tradicional,<sup>16</sup> sin embargo, ha reducido la dominación de clase a su aspecto puramente económico, y dentro de éste, sólo al proceso productivo inmediato, y en sólo una de sus variantes realmente existentes (la labor de un obrero bajo contratación de un capitalista, a cambio de un salario). El concepto de “modo de producción”, precisamente, sirvió como marco de análisis de las formas de vida históricas, ordenadas de acuerdo a las relaciones de producción (entendidas como vínculos *económicos*). Desde hace décadas, dentro de la propia tradición marxista, hay intentos por ampliar los criterios para caracterizar las relaciones de clase. Como alternativa al concepto de “modo de producción”, Castoriadis desarrolló la categoría de “régimen social”.

<sup>16</sup> Hablaremos de “marxismo tradicional” en referencia al llamado “marxismo de la Segunda Internacional” (la codificación de las ideas de Marx según la interpretación “engelsiana” de autores como Kautsky, Plekhanov, Lenin, etc.). Esta interpretación se caracteriza por un triple reduccionismo de la explicación de los fenómenos sociales: en primer lugar, a supuestas “leyes generales” modeladas según el paradigma de la ciencia propio de las ciencias duras de antaño; por otro lado, al plano de las determinaciones meramente económicas; y, por último, al itinerario histórico que experimentaron algunas sociedades de Occidente. Por razones de espacio no podremos desarrollar aquí la rica historia de los marxismos alternativos que buscaron apartarse de estos reduccionismos, y que comienza con el propio Marx. Quede claro, entonces, que las críticas al “marxismo tradicional” que aquí formulamos no deben ser leídas como críticas al marxismo como un todo, ni ignoran los aportes renovadores de una cantidad de autores marxistas que no tendremos ocasión de mencionar.

que incluía no sólo los vínculos económicos sino también los políticos y los universos imaginarios que organizan cada tipo particular de sociedad.<sup>17</sup> Ya que no existe producción mercantil sin una determinada organización política y simbólica, carece de sentido aislar el proceso productivo de la red de relaciones a la que pertenece, y erigirlo como criterio para una taxonomía de las formas históricas de organización de lo social. Más recientemente, la tradición “obrerista” italiana desarrolló la tesis de la “fábrica social”, que sostiene que la producción del valor ya no se circunscribe a la fábrica, sino que se ha extendido al conjunto de la sociedad. La producción de mercancía presupone una densa red de interrelaciones que no son sólo económicas, sino que involucran formas de regulación política, y toda una trama de vínculos intelectuales, lingüísticos e incluso afectivos. La condición obrera se ha expandido al conjunto del cuerpo social, de modo que la sociedad misma puede comprenderse como una “fábrica social”. Se ha criticado esta formulación, sin embargo, por mantener la fábrica (es decir, el aspecto *económico* de la producción) como metáfora privilegiada para conceptualizar el todo social. Como sea, lo importante para nuestros propósitos es señalar que, una vez visualizado el carácter holístico de la dominación en el “régimen” o “fábrica social” capitalista, la conclusión inevitable es que las relaciones de clase –y con ellas la lucha– se extienden mucho más allá del ámbito de la producción. En la medida en que no existe mercado sin Estado, y que no existe ninguno de los dos sin un universo imaginario que los instituya y sostenga, el capitalismo es tanto un “modo de producción” como un “modo de organización política” y un “modo de control de las subjetividades”. La dominación de *clase* involucra no sólo a quienes trabajan directamente en la producción de mercancías, sino también a todos los que indirectamente la hacen posible y, en general, a todos aquellos cuyas vidas están sujetas a las normas de producción y reproducción de la vida social que impone el capitalismo. En estas aproximaciones teóricas, la producción sigue siendo lo determinante a la hora de comprender la sociedad; la diferencia es que ahora la producción de lo social se comprende como un proceso que es *mucho más* que mera o principalmente económico.

Traducido a prácticas historiográficas, esto supone que la lucha de clase no empieza ni termina en la clase obrera, ni se circunscribe al lugar de trabajo. Las determinaciones de clase recorren *también* los procesos políticos y culturales, esferas ambas que no pueden seguir reduciéndose a epifenómenos

<sup>17</sup> La comprensión de la explotación dentro del marco más amplio de las relaciones de poder es algo ya ampliamente compartido: véase Stanley Aronowitz, *How Class Works*, New Haven, YUP, 2003.

de lo económico. Las formas políticas, la legislación, la cultura, etc. son factores productores de clases a la vez que son moldeados por ellas. Resultaría fundamental retomar bajo esta luz, por ejemplo, el largo debate acerca de la relación entre ciudadanía y clase. Tanto la extensión y límites de la primera, como las diversas formas que ha adoptado a lo largo del tiempo, son a la vez condicionadas por, y condicionantes de, la lucha de clase. Por ello, los combates por el establecimiento de las condiciones de acceso al juego político pueden ser también formas de lucha de clase, incluso si no se expresan en un lenguaje explícitamente clasista. Lo mismo vale para las luchas por controlar la definición de la nacionalidad que, directa o indirectamente, condiciona el acceso a los derechos políticos.

Utilizado en este sentido holístico, un análisis de clase del pasado argentino permitiría, por ejemplo, estudiar la formación paralela del Estado y del mercado, y las luchas anticapitalistas presentes *antes* de la aparición de una clase obrera industrial (la desarticulación de las formas de política plebeyas para imponer la forma Estado, las resistencias antiestatales a que esto dio lugar, las posteriores luchas por la apropiación y definición de la ciudadanía, etc.) como formas de lucha de clase propias del capitalismo. La expansión de la escuela y, más tarde, de la publicidad y las pautas de consumo dictadas por el mercado, y la consiguiente expropiación del control de la propia subjetividad, podrían analizarse también como lucha de clase, para encontrar las huellas de la resistencia subalterna a estos procesos. Con una perspectiva así —retomando el ejemplo del período de entreguerras— podríamos iluminar las tensiones de clase visibles no sólo en las huelgas, sino también aquéllas que marcan el mundo barrial: las formas de opresión de clase que el propio discurso del “progreso social” y la expansión de la cultura letrada como “empresa cultural” de la élite contribuyeron a instalar. Vistas *desde arriba*, puede que las bibliotecas barriales y las sociedades de fomento fueran vectores de progreso e integración; a través del tamiz del análisis de clase, sin embargo, puede que se nos aparezcan como aparatos de disciplinamiento y subalternizaban de los “incultos”, los guarangos, los fracasados, los desaseados, los inmorales, en definitiva, los pobres. La revancha contra la ilustración y los buenos modales de las masas peronistas ya no se nos aparecerá, así, como un simple malentendido, sino una forma de lucha de clase tan “proletaria” como una huelga.

## 2. *Un análisis mundial (no-eurocéntrico) de la dominación de clase*

El pensamiento crítico y la historiografía de las últimas décadas han señalado las limitaciones que tiene una comprensión de la historia que ha tomado

como modelo general de desarrollo lo que es tan sólo la realidad de Europa occidental. La crítica poscolonial ha demostrado de qué manera las narrativas eurocéntricas de la historia que circulan en la academia han servido para organizar simbólicamente y para proveer justificación política y moral a la empresa imperialista, privando a los pueblos no europeos de tener una historia propia. En su lugar, convierten a las historias de la periferia en una serie de justificaciones para explicar su “fracaso” en el camino del progreso y la modernización. La floreciente perspectiva de la “Historia mundial”, por otra parte, viene insistiendo sobre la necesidad de comprender en su *diversidad global* los procesos productivos y políticos que el capitalismo involucra. Las formas políticas y económicas de Europa occidental deben entenderse como sólo una de las variantes presentes en un sistema-mundo en el que éstas se articulan simbióticamente con otras: las formas no-libres de trabajo, y la inestabilidad y mayor violencia de los procesos políticos en las periferias. Desde diversas perspectivas se viene llamando, entonces, a “provincializar a Europa” y a someter a rigor crítico todos los conceptos que la ciencia social ha desarrollado teniéndola como modelo implícito.<sup>18</sup>

Modelizado a partir de la experiencia europea, el andamiaje conceptual marxista no ha escapado del alcance de estas críticas. Por ello, reconociendo los riesgos del eurocentrismo, Marcel van der Linden ha producido recientemente un convincente intento por reformular el concepto marxista de clase. Marx, sostuvo el holandés, pensaba que la única forma propiamente capitalista bajo la que la fuerza de trabajo se transforma en mercancía era aquella del *trabajo libre asalariado*. El trabajador, según esta hipótesis, es un individuo libre que vende su fuerza de trabajo a un patrón en forma exclusiva, ya que ha sido despojado del control de sus propios medios de producción. De allí se deriva un “concepto estrecho de clase”, ya que transforma al tipo de vínculo laboral de la Europa decimonónica en la “clase obrera” del sistema capitalista. Sin embargo, no hay razón para asumir que, para transformarse en mercancía, la fuerza de trabajo sólo pueda ser vendida por la persona que la posee *porque la encarna*. ¿Por qué no pensar que podría ser vendida, en cambio, por una persona que la posee sin encarnarla (por ejemplo, el dueño de esclavos que los ofrece en contrato temporal a un empresario)? Si lo que importa a la producción capitalista es poder apropiarse de la fuerza de trabajo de los trabajadores para valorizar capital, entonces no hay ninguna necesidad de suponer que esa apropiación deba hacerse *siempre* bajo la forma

<sup>18</sup> Véase Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, PUP, 2000.

de trabajo que se contrata libre e individualmente. En el capitalismo realmente existente (es decir, tomando las periferias como parte del capitalismo en pie de igualdad con el centro) han existido diversas formas de valorización del capital a partir de trabajo no-libre o semi-libre. Por otro lado, la definición clásica supone que alguien que posee medios de producción propios (p. ej. un campesino que cultiva en su propio lote, o un trabajador autónomo) no forma parte de la clase obrera. Sin embargo, del análisis histórico surge que tanto campesinos como autónomos pueden trabajar *también* parte de su tiempo como asalariados, y que un patrón puede encontrar otras formas no-salariales de apropiarse de su trabajo, de modo que no existe una separación tajante y permanente entre un trabajador desposeído y otro propietario de medios de producción. Lo mismo puede decirse de la porosa frontera que separa al trabajador del lumpenproletariado. Asimismo, y dado que muchos trabajadores suelen ser parte de grupos más amplios con los que cooperan (por ejemplo una familia en la que la común manutención se realiza mediante una división de tareas en las cuales algunos se contratan como asalariados y otros no), resulta inconducente separar tajantemente el trabajo libre asalariado de otras formas de trabajo que contribuyen a la valorización del capital. Las transiciones y superposiciones entre las varias y fluidas formas de apropiación del trabajo bajo el capitalismo son tales, que un concepto "estrecho" de clase obrera resulta inapropiado. Por otro lado, las formas de lucha de los obreros asalariados y los de otras categorías de trabajadores han tenido en la historia muchas similitudes (para no hablar de solidaridades concretas). Por todo esto, en lugar de "clase obrera", van der Linden propone hablar de una clase de "trabajadores subalternos" más incluyente de la variedad de modos en los que el capitalismo convierte el trabajo en mercancía. Lo que tienen en común, a pesar de sus diferencias, es que todos están en un estado de "heteronomía instituida" (Castoriadis), es decir, privados de la posibilidad de una vida social autónoma. Esta privación se organiza a través de un conjunto de condiciones de despojo y de opresión cristalizado como una estructura material e institucional de la economía, del poder y de la ideología. Esta estructura separa una categoría social y la coloca en situación dominante respecto del todo social. Así, van der Linden concluye, la carencia de medios de producción no es condición única del estatus proletario: "Todos aquellos cuya fuerza de trabajo es vendida o entregada a otra persona, sea por medio de formas de coerción económica o extraeconómica, pertenecen a la clase de los trabajadores subalternos, sin importar que sean ellos mismos u otros los

que venden o entregan esa fuerza de trabajo, y sin importar que ellos sean o no propietarios de medios de producción.”<sup>19</sup>

Retomaremos aquí este planteo, aunque cambiando la denominación inclusiva propuesta por la de “sectores subalternos” o “clases subalternas”, para así evitar reducir la totalidad holística de la dominación de clase a su aspecto puramente económico. A diferencia de “sectores populares”, designarlos “subalternos” hace indudable, desde el nombre mismo, que están definidos por una relación de dominación.

Si acordamos en que en el capitalismo como sistema-mundo existen diversas formas de organizar e instituir la dominación de clase, se abre ante nosotros la posibilidad de un análisis concreto y situado de la formación de las clases. En efecto, el capitalismo ha utilizado en distintos períodos y regiones una variedad de diferencias entre grupos sociales para asentar en ellas jerarquías de clase. En la India, por ejemplo, las relaciones capitalistas de clase no sólo no desplazaron a las castas, sino que se apoyaron en ellas para abrirse paso (durante un tiempo las hicieron incluso más fuertes que en la sociedad “tradicional”). Asimismo, por todas partes el capitalismo ha utilizado las diferencias étnicas o religiosas para construir sobre ellas jerarquías sociales en las que apoyar las clases. En muchas sociedades contemporáneas se mantienen perdurables diferencias raciales en el acceso a empleos y recursos básicos. Teniendo todo esto en cuenta, un análisis de clase no-eurocéntrico no puede partir de identificar las clases fundamentales a partir de la experiencia europea, sino que debe poder visualizar en cada configuración social concreta las formas particulares en las que se instituye la dominación de clase.<sup>20</sup> Para ponerlo en términos del debate historiográfico en Argentina, el análisis de clase debe estudiar los caminos por los que se fueron configurando y reconfigurando las clases desde la época de la colonia, en sus variados espacios rurales y urbanos, sin medirlas con la vara de la “verdadera” clase obrera (que por omisión se identifica con la que forman los inmigrantes europeos). Asimismo, no es posible seguir ignorando que la división de clases en Argentina estuvo y sigue estando fuertemente *racializada*. Cualquier persona sabe que no es lo mismo ser un “negro” que no serlo; un simple recorrido por cualquier zona pobre revela inmediatamente la superposición casi perfecta entre color de piel y clase social. Los apelativos raciales y el

<sup>19</sup> Marcel van der Linden, “Globalising the Working-Class Concept” (2003), en <http://www.iisg.nl/labouragain/debate.php>.

<sup>20</sup> Un interesante intento en este sentido en John T. Chalcraft, “Pluralizing Capital, Challenging Eurocentrism: Toward Post-Marxist Historiography”, en *Radical History Review*, vol. 91, winter 2005, pp. 13-39.

racismo forman una parte central de la vida cotidiana, y tienen un papel fundamental en la conformación de identidades de clase. De hecho, resulta verdaderamente asombroso que ni los historiadores liberales ni los marxistas hayan dicho hasta ahora una sola palabra sobre este hecho.<sup>21</sup> Un análisis de clase que visualice el antagonismo racializado podría dar respuestas mucho más satisfactorias sobre la manifestación también racializada de la lucha de clase en momentos como, por ejemplo, la “organización nacional”. Piénsese si no en la convocatoria a inmigrantes europeos para que reemplacen a esa plebe local que los próceres consideraban racialmente inferior y un obstáculo para el desarrollo del capitalismo (y en las formas de resistencia “xenófobas” que tal visión alimentó entre los criollos). O piénsese en el peronismo: la revancha de los “cabecitas negras” contra la Argentina blanca/burguesa en 1945, y la de ésta contra la “negrada peronista” en 1955, ya no aparecerán quizás como aspectos meramente anecdóticos, sino como elementos cruciales que un análisis de clase puede ayudar a iluminar.

### 3. *Un análisis de género (no-androcéntrico) de la dominación de clase*

El análisis de clase con frecuencia ha sido ciego a las determinaciones de género que atraviesan el antagonismo social. La propia elección de la categoría ocupacional como criterio de recorte de grupos sociales “masculiniza” de hecho la comprensión de lo social. Esto sucede no sólo porque los estudios estadísticos han solido tomar la ocupación del varón como indicador de la clase social de “su” mujer, sino porque la propia estructura ocupacional de toda sociedad tiene un fuerte sesgo de género. Como efecto de un criterio tal se invisibiliza la situación de clase *propia* de las mujeres. Por ejemplo, suele considerarse la distinción entre trabajo manual e intelectual como central a la hora de distinguir la clase obrera de los “sectores medios”, ya que los empleos “intelectuales”, se supone, ofrecen mayores posibilidades de ascenso social. Sin embargo, la mayor parte del trabajo no-manual de las mujeres se reparte en empleos que no ofrecen ni remotamente tales posibilidades (docente, secretaria, etc.). Asimismo, en la distribución de empleos manuales la clase obrera (que por omisión se supone que es *industrial*) es de composición

<sup>21</sup> Entre los sociólogos tampoco abunda la atención a este aspecto, aunque algunas voces lo han señalado al menos como un problema: véase Mario Margulis et al., *La segregación negada*, Buenos Aires, Biblos, 1998.

mayoritariamente masculina, quedando los puestos no-industriales, como los de limpieza y servicio doméstico, en manos mayoritariamente femeninas.<sup>22</sup>

Por otra parte, el sesgo androcéntrico del análisis de clase también oscurece los antagonismos de género que existen en el interior de las unidades domésticas y el modo en que éstos se vinculan con el antagonismo de clase en general. En la teoría marxista clásica, por ejemplo, se caracterizaba el vínculo salarial como uno que involucraba básicamente a dos actores: el trabajador intercambia su fuerza de trabajo con su empleador a cambio de dinero, que luego utiliza para comprar bienes de consumo mediante los cuales reproduce su fuerza de trabajo, que luego vuelve a vender al empleador, etc. Así, quedan claramente separados dos momentos de producción y de consumo. Sin embargo, como vienen señalando las feministas desde hace décadas, el trabajador no “compra” sencillamente lo que consume para su sustento, sino que éste todavía involucra toda una serie de producciones que son las que suelen realizar las mujeres en el hogar (cocinar, remendar, limpiar, etc.). Por otra parte, la reproducción de la fuerza de trabajo no supone sólo el alimento del trabajador actual, sino dar a luz y criar futuros trabajadores, tareas también feminizadas. La producción que se lleva a cabo en la unidad doméstica, de este modo, es tan crucial para la valorización del capital como la que se realiza dentro de la fábrica. ¿Por qué se tipifica entonces sólo una de ellas como propia de la “clase obrera”?<sup>23</sup>

Las complejas vinculaciones entre género y clase siguen siendo materia de debate. El propio feminismo marxista ha dado pasos importantes para elucidar el problema. Heidi Hartmann, por ejemplo, propuso considerar las diferencias de género *también* desde el punto de vista económico, como el establecimiento de una división del trabajo entre dos tipos de trabajador que se necesitan mutuamente. Aunque se haya anunciado durante años que el capitalismo disolvería el patriarcado, la realidad histórica demuestra que, al menos en principio, lo fortaleció; aún hoy el sistema descansa en la división patriarcal del trabajo de reproducción de la mano de obra. La producción doméstica sigue siendo más “barata” que la provisión de ese tipo de servicios a través del mercado o del Estado.

Las familias, como sitio en el que tienen lugar aspectos fundamentales de la producción, están por ello marcadas no sólo por el afecto y la cooperación, sino también por la coerción y por luchas por el reparto y control de esa

<sup>22</sup> Crompton, *Clase y estratificación*, op. cit., pp. 114, 124-128, 133-134; Michelle Stanworth, “Women and Class Analysis: A Reply to John Goldthorpe”, en *Sociology*, vol. 18, n° 2, 1984, pp. 159-170.

<sup>23</sup> Van der Linden, “Globalising?”, ob. cit.

producción. El resultado de esas luchas incide en (a la vez que es afectado por) los procesos políticos y económicos que suceden por fuera del ámbito doméstico, a través de complejas vinculaciones.<sup>24</sup> Todavía nos queda mucho por saber acerca de la manera en que, por ejemplo, las luchas de las mujeres por tener control de sus cuerpos, por compartir el trabajo doméstico y la crianza de los niños con los varones, por utilizar los lazos familiares también como soporte para sus propios proyectos, etc., afectan la estructura económica general y la lucha de clase (por ejemplo, a través de modificaciones en el mercado de trabajo, en la expansión de la oferta de servicios de alimentación y cuidado por parte del mercado o el Estado, en la legislación laboral, etc.), y viceversa.<sup>25</sup>

Un análisis que vincule clase y género podría echar luz también sobre algunos aspectos culturales, por ejemplo: ¿cómo se vinculan los ideales de “respetabilidad” de clase que propagaba la cultura ilustrada en la Argentina de entreguerra con los modelos de “decencia” familiar y represión sexual que frecuentemente venían de la mano? ¿Qué afectaciones de clase podrían reconocerse en la imagen de la “mujer moderna” que alivia su trabajo comprando los nuevos electrodomésticos que ofrecía insistentemente la publicidad de esa época? ¿Qué vinculaciones podrían encontrarse en la tecnificación paralela de los trabajos industrial y doméstico?

#### 4. *Un análisis histórico de la dominación de clase*

Un análisis de clase verdaderamente *histórico* requiere dejar de concebir el capitalismo y las clases como realidades que existen en abstracto, para pasar a concebirlos como procesos. Se trata de tomarse seriamente la tesis thompsoniana según la cual las clases no existen como entidades sociales preconstituidas que entran en lucha, sino que es la propia lucha de clase la que las constituye. La lucha de clase es una realidad primordial que precede y moldea a las clases sociales. El llamado “marxismo crítico” ha desarrollado recientemente las implicancias teóricas de esta hipótesis. La dominación supone un constante *proceso de clasificación*, es decir, de separación y ordenamiento de diferencias para constituir jerarquías de poder en las cuales apoyar el dominio de clase. Por ello, la lucha de clase “es la lucha por clasificar y contra ser clasificados al mismo tiempo que, inseparablemente, la lucha

<sup>24</sup> Heidi Hartmann, “The Family as the Locus of Gender, Class, and Political Struggle: The Example of Housework”, en *Signs*, vol. 6, n° 3, 1981, pp. 366-394.

<sup>25</sup> Aunque no podamos más que mencionarlo aquí, lo mismo vale para las vinculaciones entre capitalismo y homosexualidad.

entre clases constituidas". Toda práctica social "es un incesante antagonismo entre la sujeción de la práctica a las formas fetichizadas, pervertidas, definidoras del capitalismo, y el intento de vivir contra-y-más-allá de estas formas". Como concluye John Holloway, "nosotros no luchamos como clase trabajadora, luchamos *en contra* de ser clase trabajadora, en contra de ser clasificados".<sup>26</sup>

Si esto es así, ya no es posible pensar en un sujeto que se mantenga "intacto" por fuera del proceso de clasificación: aquellos que hemos sido clasificados por el capital, también clasificamos; llevamos como sujetos la tensión interna de ser de una clase (y de reforzar por ello las barreras que nos separan de los demás), y de luchar al mismo tiempo por trascenderla. La lucha de clase es en cierto sentido, además de una lucha contra la clase dominante, una lucha contra nosotros mismos en tanto sujetos clasificados/clasificadores.

¿Pero quién es, entonces, ese "nosotros" del que habla Holloway, que precede a la condición de clase? Tanto teóricos como historiadores han comenzado a utilizar, desde hace algunos años, el discutido concepto de "multitud" para referir al todo cooperante que produce la vida social más allá y por debajo de sus divisiones en clases diversas, y que resiste el proceso de clasificación capitalista (a la vez que está atravesado por él) de múltiples maneras.<sup>27</sup> Multitud, han aclarado sus teorizadores con insistencia, es un concepto de clase: su carácter múltiple la opone a la reducción a lo Uno, que es lo que constantemente intenta operar el poder. Tal como "clase obrera", "multitud" remite a una realidad sociológica definida por una relación política antagonica. A diferencia de "clase obrera", sin embargo, "multitud" es una categoría abierta e inclusiva de una diversidad de situaciones ocupacionales y sociales.

Concepto básicamente filosófico, abstracto y universal, la categoría de "multitud" no está pensada para que pueda operativizarse en un análisis histórico concreto.<sup>28</sup> Más que un sujeto social concreto, la multitud es un punto de vista desde el cual situarse para percibir los procesos de clasificación, desclasificación y reclasificación que marcan la vida del capitalismo. Es, precisamente, el lugar desde donde se hace evidente el carácter histórico (y por ello cambiante) de las clases sociales. Sólo desde ese lugar puede el historiador comprender por dónde pasan las líneas divisorias de clase en un

<sup>26</sup> John Holloway, ed., *Clase≅Lucha*, Buenos Aires, Herramienta, 2004, p. 79.

<sup>27</sup> Sobre el uso del concepto de "multitud" en trabajos historiográficos recientes, véase Van der Linden, "Globalising?"

<sup>28</sup> Se ha criticado, con razón, el sesgo esencialista en la caracterización de la multitud que realizan Hardt y Negri. No tendremos ocasión de reseñar aquí el amplio debate respecto de ese concepto; valga aclarar, sin embargo, que hay disponibles otras formulaciones que, como la de Paolo Virno, evitan aquel sesgo.

momento preciso, y cuáles y cómo son los sujetos sociales principales que se configuran entonces.

¿Cómo pensar en concreto, desde este punto de vista, la formación de sujetos históricos más o menos unificados a partir de la multiplicidad primordial? La respuesta del marxismo tradicional ha sido sencillamente ignorar la multiplicidad, y subsumir toda lucha de clase a cierto tipo de luchas de una categoría ocupacional específica (los obreros industriales). En un reflejo opuesto, algunos "posmarxistas" apostaron a explicar la formación de sujetos como efecto de una "articulación hegemónica" de diferencias, concebida como una operación puramente discursiva. Desde esta perspectiva, no existen condicionamientos estructurales que permitan saber *a priori* (es decir, antes de la operación discursiva de articulación) cuál de las "demandas" que encarnan diferentes grupos sociales será la que logre hegemonizar un campo popular, dotándolo así de unidad y convirtiéndolo en sujeto político.<sup>29</sup>

Sostendré que un análisis *histórico* de clase debe retomar la problemática gramsciana de la articulación hegemónica, pero sin prescindir (al contrario del "posmarxismo"), de un anclaje explicativo en los antagonismos *estructurales*. Para avanzar en este camino —y para devolver a la idea de "hegemonía" el matiz clasista que algunos de sus usos recientes le han borrado— resulta útil repensar el concepto de "composición de clase", desarrollado a partir de las décadas de 1960-70 por el marxismo "obrerista" italiano.

En su formulación original, "composición de clase" refería a la manera en que se vinculan las formas de lucha de los obreros con la forma particular que adquiere el proceso productivo en un momento determinado. Los italianos distinguían dos aspectos de este vínculo: por un lado, la composición "técnica" de la clase refiere a la manera específica en que el capital organiza el trabajo de los obreros (cómo se dividen las tareas entre diversos grupos de trabajadores, cómo se distribuye la calificación y el uso de maquinarias, en qué sectores se agrupan diferentes fases de la producción, etc.). Por otro lado, la composición "política" de la clase refiere al modo en que los obreros, a *partir de la particular composición "técnica" a la que están sujetos*, organizan la lucha y "componen" las divisiones a que aquélla los somete en un movimiento de clase unificado. Comprender la "composición de clase" permitía, así, entender cómo el capital debe constantemente reorganizar la composición técnica de la clase, para poder hacer frente al desafío de su composición política. Estas reorganizaciones buscan generar condiciones para llegar a nuevas "treguas" en la lucha de clase que son, sin embargo, siempre

<sup>29</sup> Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1987.

parciales y temporarias. Para dar un ejemplo clásico, el taylorismo fue una reorganización del proceso productivo operada por el capital para hacer frente a la resistencia de los obreros que se habían organizado en sindicatos *por oficios*. El capital debió fragmentar el proceso productivo para “descalificar” a parte de los trabajadores y quebrar la organización *por oficios*. A su vez, en la fase fordista los trabajadores reorganizaron su resistencia a partir de sindicatos *por rama* de la industria y de agrupamientos políticos con capacidad de incidir en la política nacional. El capital respondió entonces, desde la década de 1970, fragmentando el proceso en unidades fabriles más pequeñas, tercerizando la producción y relocalizando sus segmentos más intensivos en mano de obra en países del tercer mundo. Cada cambio en la “composición de clase” no sólo significó cambios en el proceso productivo, sino también en el modo en que la resistencia se articuló, y en el tipo de trabajador que motorizaba la recomposición política de la clase como un todo: el obrero “profesional” antes del taylorismo, el “obrero masa” descalificado en la fase fordista, y el “obrero social” con una recalificación polivalente en la actualidad. Según la hipótesis de los italianos, cada una de estas figuras hegemonizó en su momento las luchas de *toda* la clase obrera, unificándola en modelos de organización y estrategias políticas adaptadas a los requerimientos y posibilidades de cada época. El concepto de “composición de clase” abre las puertas para pensar procesos de articulación hegemónica que, sin dejar de ser eminentemente políticos, permanecen anclados en realidades estructurales.

En tiempos recientes, la tesis de la “composición de clase” ha sido justamente criticada por reducir la comprensión de este proceso al terreno de la producción *económica*. A la luz de lo que discutimos en los apartados anteriores, podríamos ensayar una ampliación de aquella tesis, de modo que sirva para un análisis de clase *holístico*. Porque resulta indudable que el capital no sólo se vale de modificaciones técnicas del proceso productivo para reestructurar su dominio, sino también de reordenamientos políticos y del aparato de Estado, y de operaciones en el plano del control de las subjetividades a *nivel de la sociedad toda* (y no sólo dentro de la fábrica). Y también las clases subalternas despliegan recursos de resistencia que van más allá del proceso productivo: construyen formas de subjetividad que exceden las identidades laborales, y a menudo utilizan el ámbito de la política estatal para ensayar formas de articulación.

Redefiniremos entonces “composición de clase” como la manera en que se vinculan las formas de lucha de las clases subalternas con la forma particular que adquiere el régimen social en un momento determinado. En lugar

de limitarse a alterar meramente los aspectos técnicos del proceso productivo, diremos que el capital opera reorganizando constantemente los "régimenes de clasificación" mediante los que separa, enfrenta entre sí y disciplina al todo cooperante que llamamos sociedad. Su objetivo, ante cada fase de recomposición de las luchas subalternas, es convertir el antagonismo fundamental en una contradicción "negociable" dentro del marco del sistema. Esto involucra movimientos puramente técnicos/económicos, pero también modificaciones de la estructura institucional/estatal y operaciones en el plano de las subjetividades. En la medida en que la clasificación se mantiene sólida, el régimen gestiona sin grandes dificultades los reclamos particulares de cada grupo o "clase": un aumento de sueldo para los obreros, un subsidio para los desempleados, protección antimonopólica para los pequeños comerciantes, más seguridad para los vecinos, etc. Por ello, y en sentido inverso, la "composición política de clase" de las clases subalternas opera articulando las diferencias mediante prácticas, discursos y formas organizativas que *desbordan* las divisiones de clase en las que descansa el régimen social. Estas formas de "desclasificación" a menudo se presentan como una búsqueda de vínculos de solidaridad política que trascienden las divisiones ocupacionales, pero que *se construyen a partir de las propias líneas de reestructuración del régimen social* en cada momento. Estas búsquedas pueden ser más o menos radicales en su cuestionamiento global del capitalismo: pueden construir una identidad "clasista" y un proyecto político revolucionario que apunte a una sociedad "sin clases" o, en un sentido más moderado, apoyarse en una identidad nacional para reclamar una "ciudadanía social" más inclusiva e igualitaria. Tanto el tipo de identidad en la que cristalice la lucha de clase en un momento particular, como los segmentos de las clases subalternas que se compongan detrás de una estrategia política concreta, serán el resultado de un proceso de composición de clase marcado tanto por los movimientos del capital y de la elite como por la experiencia e iniciativas concretas de las clases subalternas. Si bien la lucha de clase es inmanente a toda sociedad de clase, las formas concretas que asume la resistencia y la composición política del/los sujeto/s que la encarna/n son radicalmente *históricos*. En otras palabras, nunca puede establecerse en abstracto por dónde pasará la línea que separe a dos bloques sociales antagónicos, qué grupos socio-ocupacionales son los que se compondrán en una estrategia y cuál de ellos hegemonizará a los demás. La tarea del historiador es la de saber "leer" en perspectiva los determinantes estructurales y la experiencia histórica sedimentada, de modo de comprender cómo operan moldeando la política concreta tanto de la elite

como de las clases subalternas. Ni la una ni las otras emergen "iguales a sí mismas" luego un proceso de composición y de lucha concreta.

Bajando esta discusión a términos historiográficos, podría ensayarse un análisis de clase de la reestructuración del capital en la Argentina de entreguerras. Con una masa trabajadora urbana de orígenes étnicos diversos, escasamente nacionalizada, abrumadoramente masculina y con una vida doméstica relativamente poco "familiar", las luchas del período fueron hegemonizadas a principios del siglo XX por los obreros varones en sindicatos "de oficio", de afiliación anarquista. Los ideales subversivos desarrollados como parte de las luchas de entonces no se limitaban a la clase obrera: en las dos primeras décadas del siglo no era extraño ver manifestaciones de empleados de comercio cantando *La Internacional*, comerciantes haciendo huelga, estudiantes proclamando "soviets" e, incluso, policías en huelga solidarizándose con los obreros.

En este contexto explosivo, la reestructuración del dominio del capital se realizó en varios frentes. Por supuesto, la expansión del taylorismo fue parte del proceso. Pero también lo fueron los esfuerzos de la elite por atraer a la población al ejercicio del voto (para desactivar las formas directas y colectivas de acción política), la "nacionalización" por medio de la escuela (para debilitar las solidaridades "cosmopolitas"), y la modificación de la estructura estatal con reparticiones especiales encargadas de dar respuestas focalizadas a los reclamos obreros, y de expandir sus funciones de "providencia" (para evitar los "desbordes" de las demandas de clase). Simultáneamente, el mercado, la publicidad, la escuela, las industrias culturales en general, y otras instituciones, operaron creando pautas de consumo y de "respetabilidad" que dividieron y racializaron profundamente a la masa urbana. Estas operaciones sobre la subjetividad subalterna crearon barreras de desconfianza y desprecio entre diversos grupos, y contribuyeron a un proceso general de "descolectivización" de la vida social. Para decirlo de otro modo, crearon formas de vida, escalas de ingresos, normas de consumo, pautas de "decencia", patrones de residencia, etc., que apuntaban al aislamiento de los individuos o de las familias, y al debilitamiento de todo vínculo social que no fuera el organizado por el Estado y el mercado. Lejos de la "leyenda rosa" que sobre esos años han difundido algunos historiadores, la sociedad asistía entonces a un desgarrador proceso de reclasificación.

La resistencia subalterna se hizo sentir de diversas formas entre diversos grupos sociales en todo el país. Aquí sólo mencionaremos un aspecto en referencia a los trabajadores urbanos. Ante el hecho consumado de la expansión

de la ciudadanía y de las funciones del Estado, la estrategia y las organizaciones anarquistas pronto decayeron, reemplazadas por otras alternativas de lucha que se articulaban en el espacio nacional/estatal. Por un lado, las corrientes sindicalistas que privilegiaban la negociación con el Estado ganaron posiciones. Por otra parte, la política *estatal* de cuño marxista comenzó a ganar ascendencia sobre obreros, estudiantes, profesionales, y otras categorías sociales. Por otro lado, secciones de las clases subalternas (obreros y no obreros) comenzaron a hacer apropiaciones “subversivas” de la ciudadanía política y de la nacionalidad para explorar modos de composición política a la altura de las circunstancias. Incluso desde sectores minoritarios de la UCR se insinuaron formas de política electoral y relecturas de la tradición nacional “plebeyas” y con contenido clasista, que anticipaban, en algunos aspectos, al peronismo.<sup>30</sup> Por todas partes (y no sólo entre obreros fabriles sindicalizados y socialistas), luchas de clase que definieron las alternativas del cambio social y constituyeron el perfil social de sus agentes.

##### 5. *Un análisis no-reduccionista de la ideología y de las culturas de clase*

Ya hemos señalado que la historiografía de los “sectores populares” ha sido incapaz de percibir cuánto de ideología de clase, de proyecto disciplinador, y de exclusión implícita había en esa idealizada cultura “progresista” de entreguerras. Pero es necesario decir que quizás sea en el análisis de la cultura y de la ideología donde las perspectivas de clase han tenido sus intervenciones menos lucidas. Los historiadores marxistas locales sólo parecen reconocer una cultura o conciencia “de clase” entre los obreros, y únicamente allí donde hablan con las palabras y actúan con las costumbres de sus pares europeos. Cualquier otro elemento cultural –desde las identidades nacionales, hasta las lealtades hacia líderes o partidos no obreros– cae en el barril sin fondo de la “ideología” (entendida como “falsa conciencia”), o, en el mejor de los casos, se interpreta como una estadio “poco desarrollado” de una “conciencia para sí” cuyo contenido se conoce de antemano.

La reformulación del concepto de clase que venimos ensayando aquí requiere una comprensión de la(s) cultura(s) de clase y de la ideología que sea acorde. Luego de la profunda crítica a la que el posestructuralismo sometió al concepto de ideología, es imposible seguir sosteniendo que a cada posición estructural de clase corresponde una (y sólo una) cultura específica y homogénea, o que la ideología es un enmascaramiento de la “verdad”. Dentro de la tradición marxista se vienen ensayando visiones alternativas.<sup>31</sup> Entre otros,

<sup>30</sup> Véase Matthew Karush, *Workers or Citizens: Democracy and Identity in Rosario, Argentina (1912-1930)*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2002.

Slavoj Žižek ha propuesto redefinir el concepto de ideología alejándolo de cualquier sentido que implique que se trata de una “ilusión” o visión “equivocada” de la realidad. Lo que hace “ideológica” a una expresión cultural no es el contenido de lo que dice (si es falso o verdadero), sino “*el modo como este contenido se relaciona con la posición subjetiva supuesta por su propio proceso de enunciación*”:

Estamos dentro del espacio ideológico en sentido estricto desde el momento en que este contenido –“verdadero” o “falso” (si es verdadero, mucho mejor para el efecto ideológico)– es funcional respecto de alguna relación de dominación social (“poder”, “explotación”) de un modo no transparente.<sup>32</sup>

Así definido, el concepto de “ideología” resulta insustituible para el estudio de esa relación entre mensajes y relaciones de dominación, una región a la que el mero concepto de “cultura” no llega. Pero también permite analizar el modo en que en el propio lenguaje típicamente “de clase” pueden percibirse operaciones ideológicas que llevan las huellas de la élite. Por dar un ejemplo, muchas publicaciones anarquistas y comunistas perfectamente obreristas y revolucionarias están, sin embargo, plagadas de los mensajes de temperancia y disciplina, y de las imágenes racializadas de lo que es un comportamiento “civilizado” que proyectaban la clase dominante y el sistema escolar argentinos. El proceso de “clasificación” del que hablábamos más arriba operaba así desde los propios sujetos sometidos a él, subalternizando a parte de los trabajadores. De modo similar, abunda en las apelaciones “obreristas” de socialistas y comunistas ese “anticapitalismo de clase profesional-gerencial” del que hablan Barbara y John Ehrenreich, que más que a la emancipación de los trabajadores apuntaba a un mundo dirigido “científicamente” por la élite de “los que saben”.<sup>33</sup> Un análisis de clase que se valga de un concepto de ideología así redefinido resultaría fundamental para comprender las complejas operaciones subjetivas que realiza todo régimen social para reestructurar su poder, y para visualizar cómo éstas dividen y dejan sus marcas en las propias clases subalternas.

<sup>31</sup> Siniša Malešević y Iain MacKenzie, eds., *Ideology After Poststructuralism*, Londres, Pluto Press, 2002.

<sup>32</sup> Slavoj Žižek, ed., *Ideología: un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE, 2003, p. 15.

<sup>33</sup> Barbara y John Ehrenreich, “The Professional-Managerial Class”, en Pat Walker ed., *Between Labor and Capital*, Boston, South End Press, 1979, pp. 5-45.

Por otro lado, como han señalado los historiadores de *Subaltern Studies*, los sujetos subalternos construyen identidades, lenguajes, formas organizativas, etc. con la materia prima de la cultura en la que están inmersos. Muchas veces un antagonismo de clase puede expresarse a través de imágenes religiosas, identidades étnicas o nacionales, o echar mano de tradiciones organizativas “caudillistas” o carismáticas. No tiene sentido medir siempre la diversidad de las culturas de clase según la vara de la cultura de la clase obrera de la Europa del siglo XIX (como si el contenido de una “conciencia de sí” correcta, “evolucionada”, debiera ser siempre idéntico al europeo). La ausencia de instituciones o vínculos políticos contractuales e impersonales (sindicatos, partidos “obreros”, etc.) no puede ser siempre e indefectiblemente explicado como “falta de conciencia de clase” o conciencia “no evolucionada”. La realidad nunca puede explicarse por lo que le falta: la tarea del historiador es comprender las culturas de clase específicas que se hacen presentes en cada situación, el modo en que ellas expresan y articulan el antagonismo de diversos sectores, y los aspectos que las hacen más fuertes o más vulnerables a las operaciones de la élite sobre la subjetividad subalterna. Con un análisis de clase de la cultura, que tome en consideración los argumentos presentados, podría evitarse la frecuente perplejidad de algunos historiadores que, puestos a estudiar las identidades populares en Argentina, se encuentran con usos clasistas de elementos inesperados (identidades racializadas, imágenes religiosas, lealtades caudillescas, apropiaciones “plebeyas” de lo nacional, etc.).

## Palabras finales

Lo anterior es tanto una propuesta teórica y un esbozo para un programa de renovación historiográfico, como una invitación a retomar el debate sobre la relevancia del análisis de clase para comprender el pasado. A pesar de las críticas que la perspectiva de clase ha recibido (y a pesar también de sus defensas ortodoxas) la dimensión de la explotación y del antagonismo que ella ilumina resulta insustituible. La reformulación aquí propuesta puede o no agradar al lector. Pero, en la medida en que la barbarie capitalista profundiza su presencia en todo el mundo, podemos por lo menos estar seguros de que la mirada de clase, con las modificaciones que requiera, seguirá iluminando el camino del conocimiento y la emancipación.

### Resumen

Este artículo examina los elementos dispersos del debate acerca del concepto de clase en la historiografía argentina desde la década de 1980, cuando ese concepto comenzó a ser impugnado por una fuerte corriente identificada con la noción de "sectores populares". Evaluando alcances y limitaciones de ese debate, la segunda parte del artículo propone algunas líneas de trabajo para revitalizar una historiografía "de clase" que pueda hacerse cargo de las impugnaciones y que tome en consideración los aportes del campo internacional. Tal programa propone una conceptualización de la dominación de clase que sea holística, histórica, no eurocéntrica y de género, y una comprensión no reduccionista de la ideología.

**Palabras-clave:** concepto de clase; ideología; historiografía argentina; sectores populares; marxismo.

### Abstract

This article seeks to examine the scattered elements of a debate on the concept of class in Argentinean history from the 1980s, when that concept began to be attacked by a strong historiographical current that put forward, as an alternative, the notion of "popular sectors". After an evaluation of the limitations of that debate, the second part of the article presents some working ideas so as to revitalize class analysis in an historical approach that may respond to the main impugnation it has been object to, and one that also takes into account the developments in the international field. Such program would conceive class domination as a holistic, historical, non-eurocentric and gendered reality, while considering ideology in a non-reductionist way.

**Keywords:** concept of class; ideology; Argentinean historiography; popular sectors; Marxism.

# Herramienta 35

Revista de debate y crítica marxista

35



## AMÉRICA LATINA

América Latino hoy. Entre la explotación redoblada y la actualidad de la revolución **Jaime Osorio** • Capitalismo especulativo y alternativas para América Latina **Reinaldo A. Carambola y Paulo Nakatani** • Cuba: ¿Transición a continuidad? **Haroldo Dilla Alfonso**

## ARGENTINA

Clase, lucha y organización **Mariano Félix** • Retrospectiva y perspectiva. Diez años de movimientos sociales en la Argentina **Mariano Pacheco**

## MARXISMO

Marx contra Vogt. Apuntes para una biografía intelectual de los años 1860-1861 **Marcello Musto**

## TEORÍA CRÍTICA

Ernst Bloch y el sueño de las ciencias humanas **Juan Manuel Cabado**

## INTERNACIONAL

La Reforma Económica china en debate. Notas sobre la globalización y la autonomía del Estado **Gustavo Santillán** • Islam político, ant imperialismo y marxismo **Claudia Cinatti** • El Hezbolá **Gilbert Achcar**

## ENSAYO

La "sociedad del conocimiento": una falacia comercial del capitalismo contemporáneo **Renán Vega Cantor**

## TERCER COLOQUIO INTERNACIONAL

**Teoría crítica y marxismo occidental "La crisis del trabajo abstracto"** 5 - 7 de noviembre de 2007  
Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires - Revista Herramienta - IADE

# Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares

Hernán Camarero<sup>1</sup>

Desde fines del siglo XIX, en la Argentina se conformó una extendida clase obrera que obtuvo pronto un papel relevante en el desarrollo histórico del país. A ella se dedicó una vasta producción historiográfica y sociológica, de impronta militante, ensayística y académica. Pero, en términos globales, el balance del conocimiento en torno al tema presenta claroscuros, con límites y carencias muy perceptibles. Pocas veces se indagó a partir de una noción multidimensional y compleja de la clase obrera o clase-que-vive-del-trabajo, formada por quienes padecen la explotación, el despojo y la opresión en sus distintos modos por parte del capital, y suelen expresar un antagonismo respecto a las lógicas, las instituciones y los hombres que encarnan a dicho sistema. Clase que exige ser comprendida en sus diferentes determinaciones y experiencias (económicas, sociales, políticas, ideológicas o culturales), y en sus relaciones con otras clases y con el Estado. En términos metodológicos, hubo pobreza y conservadurismo en los intereses, los enfoques y el uso de categorías, lo que a veces se pretendió superar con planteos novedosos, pero con cierta insustancialidad. A planteos economicistas y estructuralistas en ocasiones se respondió con otros culturalistas o subjetivistas. En no pocas oportunidades se tendió a confundir la historia de esa clase con los que hablaban en su nombre, más específicamente, con el movimiento obrero organizado. Además, todavía existen coyunturas y períodos históricos poco explorados, y hay problemáticas casi huérfanas de indagación. Para advertir la diversidad de cuestiones que aún exigen un mayor detenimiento, a manera de ejemplo, señalemos: el modo en que los procesos de trabajo impactaron sobre la fuerza laboral en cada fase y en cada rama productiva; los cambios

---

<sup>1</sup> Universidad de Buenos Aires. E-mail: hernancamarero@ciudad.com.ar. Agradezco los comentarios de los evaluadores y compañeros de *Nuevo Topo* (en especial Omar Acha).

acaecidos en las formas de la protesta y la intervención gremial (tipos de acción, repertorios organizacionales); el desarrollo de una auténtica historia obrera desde la perspectiva de género; el abordaje de la dimensión étnico-nacional en la constitución del proletariado; una visión integradora de las distintas especificidades locales y regionales; el despliegue de las variadas expresiones de la cultura obrera, así como de la vida cotidiana de los trabajadores y sus formas de representación, valores y discursos. Desde el punto de vista heurístico, ni siquiera se completó el descubrimiento, la localización y la presentación de muchas fuentes históricas.

En este artículo no pretendemos hacer una evaluación de conjunto sobre la producción historiográfica en torno al tema. Nos concentramos en el balance de una interpretación que, en el último cuarto de siglo, ofreció algunos replanteos a la historia de los trabajadores. Fue la que se plasmó en la obra de Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero. Varios de sus escritos, que venían elaborando y publicando desde los inicios de los años ochenta (en el marco del Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana, PEHESA), fueron compilados en el libro *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra* (en adelante, *Sectores populares...*).<sup>2</sup> Su enfoque y muchas de sus conclusiones tuvieron una gran irradiación en el ámbito académico, operando como legitimación de otras producciones. Un examen crítico del texto puede resultar útil para abordar los problemas centrales de la historia de la clase obrera argentina en las décadas de 1920 y 1930. Hasta el momento se tendió a examinar sus aportes en un plano teórico, "abstracto", y a debatirlo desde otras posiciones sólo en términos conceptuales. Aquí, en cambio (y esta es la originalidad mayor que le pretendemos dar a nuestra empresa), nos concentraremos en los fundamentos empíricos que sostienen a la obra en sus observaciones sobre esta clase, constatando la calidad de su validación histórica. Lo haremos a partir y en continuidad con nuestros propios estudios sobre el tema, en especial, en los referidos a la influencia de las culturas políticas de izquierda entre los trabajadores durante ese período, y particularmente del comunismo.<sup>3</sup> La falta de espacio nos impide citar aquí las fuentes y la mayor parte de la bibliografía en la que nos

<sup>2</sup> L. H. Gutiérrez y L. A. Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995. La obra fue reimpressa por Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2007, sin habersele efectuado ninguna modificación al texto.

<sup>3</sup> Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana, 2007, 460 pp.

apoyamos para formular nuestros argumentos, que pueden ser encontradas en dichos estudios.

Resumamos los planteos fundamentales de Gutiérrez-Romero. Durante la década de 1920 y buena parte de la de 1930, en pleno ritmo de expansión concéntrica, la ciudad de Buenos Aires experimentó una dinámica social de escasa conflictividad en la que maduró una cultura popular basada en una experiencia barrial interclasista. Ella fue generada por los *sectores populares urbanos*, un área de la estructura social de bordes imprecisos y en estado de fluencia. Allí se agruparon los obreros, pero también los empleados, profesionales, comerciantes y desocupados, que habitaban en las sucesivas periferias porteñas, gracias al abaratamiento de los loteos y los transportes, y las facilidades para construir la casa propia. Fue en el período previo a los años veinte cuando los trabajadores de la metrópoli, quienes transcurrían sus difíciles existencias en talleres, conventillos, gremios y asociaciones mutuales, y estaban fragmentados por diversidades étnicas y laborales, consiguieron conformar una identidad obrera, basada en la solidaridad de clase, el enfrentamiento radical y la influencia anarquista. Luego, entre las dos guerras mundiales, sobrevino una mutación: esa identidad proletaria se disolvió, constituyéndose otra, popular, conformista y reformista. El telón de fondo de la mutación lo ponía la imagen de una sociedad abierta y móvil, en la que el perfil inicial de los trabajadores, compacto, segregado y contestatario, tendía a disgregarse en una multitud de individualidades que pugnan por su destino singular. Las tendencias a la movilidad social conspiraron contra la constitución de firmes identidades de clase. Así, surgió una cultura que, gracias a la atenuación de los conflictos, aceptaba los rasgos básicos del orden social, descartaba la posibilidad de rehacer la sociedad y acuñaba, en cambio, la esperanza de perfeccionarla en un sentido moderadamente progresista, en base al mejoramiento individual y la justicia social. Este descentramiento de la existencia de los sectores populares respecto del trabajo permite explicar la amortiguación general de los conflictos y de la actividad sindical hasta alrededor de 1936, cuando la identidad popular fue recobrando su carácter proletario y sindical, lo que se tornó evidente con la irrupción del peronismo.

La obra tuvo aportes que sería injusto desmerecer. Intentó descubrir y capturar el sentido de una serie de experiencias sociales, culturales y políticas, a través de las cuales un nuevo actor, los "sectores populares urbanos", habría entrado en la escena histórica con personalidad propia. De ese modo, introdujo una nueva agenda de preocupaciones y una mirada novedosa sobre la historia de las clases subalternas en la Argentina, que invitaba a redefinir

la manera de estudiar a los trabajadores, al tiempo que incitaba a un debate acerca de una serie de conceptos como clase, conciencia e identidad de clase. En términos más generales, algunas de sus críticas a las visiones deterministas y esquemáticas no pueden ser sumariamente descartadas, aunque ello vino acompañado de cierta presentación caricaturizada del marxismo.

No obstante, nos parece que para un programa de estudios acerca de la evolución y características de la clase obrera argentina, y especialmente durante el período de entreguerras, *Sectores populares...* presenta límites, defectos y distorsiones que se hace necesario identificar. Varios de ellos se encuentran en los bordes, intersticios y silencios del libro que, por otra parte, no presenta la coherencia de una obra única y homogénea sino que articula diversos textos en los que deben rastrearse argumentaciones dispersas. Valoramos el ejercicio de replantear a los sujetos históricos, y por ello, no encontramos un yerro *per se* en la construcción de la categoría de “sectores populares urbanos”. Aunque no dejamos de advertir la vaguedad y la opacidad con la que se la sugiere, por ejemplo, sumándose obreros a comerciantes y profesionales sin explicitar suficientemente las razones y las evidencias concretas de dicha agregación. Los problemas mayores los encontramos en ciertos alcances interpretativos que se le otorgan a este concepto, en algunos de los fundamentos empíricos presentados y, sobre todo, en una de las conclusiones centrales que se desprende de su enunciación. Concretamente, sostenemos que la fertilidad del análisis sobre los “sectores populares urbanos”, al iluminar aspectos desatendidos del devenir de las clases populares pre-peronistas, tuvo un alto costo: propiciar un ejercicio de silenciamiento o virtual borrado del protagonismo social de la clase obrera.

Plantearíamos una hipótesis distinta sobre la historia social del período tratado por *Sectores populares...*: en contraste con la idea de una identidad popular conformista durante el período de entreguerras, encontramos un perfil menos animado por la expectativa de la integración social. A contrarcorriente de esa sociedad abierta y de movilidad ascendente, entendemos que se siguió recreando un mundo obrero. Desde allí, en muchas ocasiones, se resistió la explotación y la alienación capitalistas, procesando esa experiencia en términos complejos pero en los que no faltaron conciencia e identidad de clase. Buenos Aires continuó siendo, en buena medida, un escenario de las pasiones obreras, que pudieron cobijar retóricas y prácticas contestatarias. Dentro y fuera del sitio de trabajo no dejó de brotar un antagonismo, que reafirmó a un sujeto con una personalidad de clase diferenciada.

Del mismo modo que *Sectores populares...*, nos dedicaremos centralmente a la ciudad de Buenos Aires. La importancia que asumía la gran urbe es

evidente: era el corazón económico, político y cultural del país. En aquella época, Buenos Aires concentraba un 20% de los habitantes totales de Argentina y figuraba entre las diez metrópolis más pobladas del mundo. Se trata de un área urbana de gran densidad y complejidad, donde se había configurado un abigarrado mundo de los trabajadores, constituyendo un espacio privilegiado para estudiar la condición y el comportamiento de la clase obrera.

## I

El primer tema a encarar es el de la dimensión y el peso alcanzado por la clase obrera en Buenos Aires durante los años veinte y treinta. En la visión de Gutiérrez-Romero el mundo de los trabajadores porteños presentó una consistencia débil y desagregada, y tendió hacia la dispersión geográfica. Dicha concepción parte de una caracterización de la metrópoli que relativiza el impacto del universo fabril: "puesto que Buenos Aires *no es una ciudad industrial*, creímos necesario encontrar categorías que funcionaran en contextos sociales en que los obreros industriales no fueran el grupo hegemónico de los sectores populares". (p. 14, cursiva nuestra). Hacia la década de 1910, la metrópolis era "burocrática y comercial, aunque ciertamente contaba con una red de talleres y pequeñas empresas artesanales y también algunos grandes establecimientos. En los años veinte comenzaron a notarse los efectos del crecimiento industrial, mucho más visible luego de 1935; así, talleres y fábricas se desplegaron por la periferia de la ciudad, a ambos lados de lo que pronto sería la avenida General Paz, desde el río de la Plata hasta el Riachuelo, para extenderse inmediatamente por el Gran Buenos Aires. Los obreros industriales fueron proporcionalmente más que antes, aunque su presencia no llegó todavía a singularizarse en el conjunto de los restantes trabajadores." (pp. 69-70). Es decir, sin poder negar el crecimiento industrial existente en los años veinte y treinta, se lo presenta como marginal, geográfica y socialmente, a la tipología esencial de la urbe y de las clases populares.

Esta visión diluye el fuerte y creciente perfil industrial que efectivamente tuvo Buenos Aires desde principios del siglo XX. En verdad, se trató de la unidad ecológica donde se constituyó el más denso y complejo mundo del trabajo de la Argentina en aquella época, cuya ampliación, desde el punto de vista productivo, fue constante hasta mediados de los años treinta. Ya el censo industrial de 1908 había contabilizado que en la Capital Federal

existían más de 10.000 establecimientos, que ocupaba a unos 120.000 obreros, una cifra que el censo poblacional de 1914 elevó a 150.000. En las dos décadas siguientes, este perfil no hizo más que profundizarse. Hacia 1935, según el completo censo industrial realizado en ese año, en la Capital se elaboraba y utilizaba algo menos de la mitad del valor total de la producción manufacturera y de la fuerza motriz de la Argentina, y se radicaba el 33% de los 40.600 establecimientos existentes en el país. Sólo en la ciudad porteña existían unos 215.000 obreros industriales, pertenecientes a los rubros metalúrgico, textil, calzado, gráfico, de la madera y el mueble, de la alimentación, de la construcción, del vestido y la confección, química, gas y electricidad, entre otros. Esa cifra comprendía el 46% de todos los obreros industriales que había en el país. A eso, deben sumarse algunos miles de trabajadores domiciliarios, y a todos los empleados en el sector transporte y servicios (ferroviarios, marítimos, municipales, empleados de comercio). Apenas del otro lado del Riachuelo, en Avellaneda, había otros 35.000 operarios fabriles. Teniendo en cuenta que hacia 1936 había en Buenos Aires 2.400.000 personas, un cálculo conservador nos indica que no menos de un 45% o 50% de dichos habitantes pertenecían a una familia trabajadora. Si se niega que la urbe porteña haya sido industrial, no alcanzamos a comprender cuál otra ciudad de esa Argentina industrializada podía acercarse a esa definición. Por ejemplo, hacia esa época, Rosario y Córdoba, segunda y tercera ciudades del país en población, tenían respectivamente diez y más de veinte veces menos obreros industriales que Buenos Aires.<sup>4</sup>

El crecimiento industrial pudo tener su centro en Buenos Aires en los años veinte y treinta por las ventajas evidentes que ésta ofrecía: disponibilidad concentrada de consumidores de alto poder adquisitivo; mano de obra abundante y calificada; adecuados servicios de infraestructura eléctrica y comunicaciones; y por su carácter de nudo central de transportes con el interior y el exterior. Se ha demostrado que ya antes de la crisis del modelo agroexportador el circuito de capital industrial jugaba un papel decisivo en la estructuración de la economía y el espacio de la ciudad porteña.<sup>5</sup> Distintos especialistas en la historia industrial han reafirmado la impronta obrera de la metrópolis. Por ejemplo, Jorge Schvarzer es terminante en este sentido,

<sup>4</sup> Todos los datos de este párrafo en: Ministerio de Hacienda. Comisión Nacional del Censo Industrial, *Censo Industrial de 1935*, Buenos Aires, DGEN-Casa Jacobo Peuser, 1938; Adolfo Dorfman, *Evolución industrial argentina*, Buenos Aires, Losada, 1942; Américo Guerrero, *La industria argentina. Su origen, organización y desarrollo*, Buenos Aires, Planíe, 1944.

<sup>5</sup> Fernando Rocchi, "La armonía de los opuestos: Industria, importaciones y la construcción urbana de Buenos Aires en el período 1880-1920", en *Entre pasados*, n° 7, fines de 1994.

señalando que desde la década de 1910, en Buenos Aires, "la presencia de la clase obrera fabril era no sólo muy grande en términos relativos sino la más alta de toda la historia argentina; recién luego de 1930 la porción de trabajadores industriales en la población de la ciudad tendió a decrecer a medida que ésta se hacía más comercial y burocrática". Es decir, aquí se afirma que Buenos Aires se fue consolidando como ciudad industrial y obrera justamente durante el período de entreguerras, hasta que luego devino en una urbe más comercial y burocrática. Pero Schvarzer todavía agrega: "Estas referencias no incluyen a los trabajadores de ferrocarriles, tranvías, puertos y otro servicios, que son clasificados como asalariados (u obreros *strictu sensu*) y que, desde el punto de vista de su presencia social, deberían ser incluidos en ese abigarrado conjunto que hacía de Buenos Aires *una ciudad predominantemente obrera desde comienzos de siglo*. El país orgullosamente agropecuario concentraba en su capital un cuerpo social extraño a su tradición y expectativas." Aún más, hasta comenzada la década de 1930, "Buenos Aires era, todavía, el mayor centro fabril del continente [latinoamericano]".<sup>6</sup>

Por cierto, desde el punto de vista estructural, la clase obrera presentaba rasgos de heterogeneidad y segmentación. El crecimiento de la industria liviana y de naturaleza extensiva (con poco capital y abundante mano de obra) se basó en una disparidad en las escalas y nivel productivo de las empresas. Había algunas grandes, tecnificadas y modernas unidades de producción y comercialización (a partir de la introducción de la gran industria, con sus nuevos métodos de trabajo y maquinaria), muchos talleres medianos dotados de una complejidad menor y una multitud de pequeñas empresas individuales, con capital y personal muy reducido, tecnología poco avanzada, a veces trabajando a un nivel casi artesanal (donde las normas laborales no estaban escritas y el sistema de control era de tipo familiar).

¿Cómo estaba localizada geográficamente esta presencia obrera porteña en cuanto a lugares de trabajo y vivienda? La zona de mayor densidad era el cordón sur de la ciudad, donde las plantas fabriles podían disponer de una amplia oferta de medios de transporte y desagües, además de cercanía con el centro de la urbe. Era un enclave manufacturero cuyo círculo central apenas alcanzaba los mil metros de diámetro entre el barrio de Barracas y la localidad bonaerense de Avellaneda. Esta cartografía industrial se extendía, de un lado del Riachuelo, hacia los barrios de Nueva Pompeya, Parque Patricios y La Boca, y del otro, en el conurbano, hacia otras zonas del partido de Avellaneda. Toda esta región constituía, por lo menos hasta mediados

<sup>6</sup> J. Schvarzer, *La industria que supimos conseguir. Una historia político social de la industria argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1996, pp. 113-114 y 145, segunda cursiva nuestra.

de los años treinta, la ubicación tradicional y mayoritaria del proletariado fabril, tanto desde el punto de vista laboral como desde el residencial. Hacia 1935, cerca de 70.000 operarios industriales (una tercera parte del total de la ciudad) trabajaban y, en su gran mayoría, vivían, en esos cuatro barrios mencionados.<sup>7</sup> En esos vecindarios, donde el hacinamiento y la insalubridad eran habituales, y especialmente en Barracas, los obreros representaban alrededor de un cuarto de la población mayor de 14 años. El desarrollo industrial porteño también era visible con fuerza en otra área con una antigua tradición en esta actividad y ventajas para la localización de las plantas (por tener buenas vías de acceso de las materias primas o por su vinculación con los circuitos comerciales): los barrios de la zona centro de la ciudad, como Balvanera, San Cristóbal, San Nicolás, Monserrat, Constitución, Boedo y Almagro; y, con talleres de pequeña y mediana escala, también Villa Crespo, Chacarita, Paternal y Villa Urquiza, entre otros.

No es apropiado exagerar una tendencia a la movilidad geográfica por parte de los obreros. En *Sectores populares...* se sugiere a esta última como una dinámica irreversible y como un síntoma de la aventura de movilidad social ascendente que gozaban los trabajadores en aquellos años, lo cual habría colaborado a la dilución de la identidad proletaria. Estos juicios deben ser matizados. Hubo un elevado grado de relación entre lugar de empleo y residencia obrera, que subsistió hasta avanzada la década del treinta, especialmente en la zona sur; la movilidad ecológica del proletariado industrial metropolitano hacia zonas periféricas, a través del loteo de tierras o de planes habitacionales, fue una realidad para los trabajadores mejor pagos pero no entre la mayoría de los obreros industriales.<sup>8</sup> Hasta los cambios de localización industrial que se empiezan a dar hacia fines de los años treinta, en Buenos Aires, “[...] es posible que los obreros de los establecimientos se alojaran en zonas relativamente cercana a éstos [...]”.<sup>9</sup>

En síntesis, en términos productivos y geográficos el mundo proletario de Buenos Aires durante las décadas de 1920-1930 tuvo una existencia mucho más relevante, compacta y sólida, a la vez que con menor movilidad espacial, que la adjudicada en la interpretación que encuentra a los sectores populares

<sup>7</sup> Nicolás Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires, La Rosa Blindada-PIMSA, 2000.

<sup>8</sup> Ana María Facciolo, “Crecimiento industrial, expansión metropolitana y calidad de vida. El asentamiento obrero en la Región Metropolitana de Buenos Aires desde principios de siglo”, en *Desarrollo Económico*, vol. XX, n° 80, enero-marzo de 1981.

<sup>9</sup> J. Schvarzer, “La implantación industrial”, en J. L. Romero y L. A. Romero, dirs., *Buenos Aires. Historia de cuatro siglos. Tomo 2*, Buenos Aires, Altamira, 2000, p. 219.

urbanos como la genuina y excluyente representación de las clases subalternas.

## II

La interpretación de Gutiérrez-Romero acerca del declive de la identidad obrera reposa sobre un diagnóstico: en los años veinte y treinta se habría experimentado en Buenos Aires un "vasto proceso de movilidad social", que habría permitido a los trabajadores la "aventura del ascenso". Esto habría tenido una consecuencia contundente: la "identidad trabajadora y contestataria fue disolviéndose, y progresivamente se constituyó otra, que hemos caracterizado como popular, conformista y reformista" (p. 11). Una experiencia de ascenso social implica un mejoramiento objetivo de las condiciones de existencia y una percepción de que esto está ocurriendo. Los autores parecen dar por válida esta situación en los años veinte y treinta. En verdad, esta caracterización está sugerida de manera muy vaga y sin evidencias cualitativas y cuantitativas que la sostengan. Sin embargo, no nos parece muy adecuado construir versiones idílicas acerca de la evolución tanto del nivel de vida como de la calidad de vida de los habitantes populares de Buenos Aires de aquellos años, sobre todo, si dirigimos la mirada hacia los trabajadores.

Por cierto, hay elementos sobre los cuales construir una visión "optimista". Desde los primeros años del gobierno de Alvear hasta la crisis de 1929 ocurrida en la segunda presidencia de Yrigoyen se produjo un aumento del salario real (sobre todo por el fuerte incremento de la demanda laboral), un descenso del costo de vida y una mejora en la distribución del ingreso, estimulada por la expansión del gasto público. Pero antes y después de esos siete u ocho años, la tendencia fue desfavorable en esos mismos índices. Recién hacia 1921-1922 los indicadores del salario real recuperaron y superaron el nivel de los de 1913. A partir de la pavorosa crisis económica de 1929, todos los índices fueron totalmente adversos. Desde octubre de ese año, fueron tres los años de recesión, en los cuales la caída de los salarios nominales alcanzó un 20%. Durante los últimos meses del gobierno yrigoyenista, la dictadura de Uriburu y los primeros dos años de la presidencia de Justo, dado que los ingresos por exportaciones continuaron cayendo, el peso no cesaba en su descenso y el déficit fiscal persistía en su aumento, lo que ocurrió fue una constante reducción del gasto público, que terminó agravando las penurias de los sectores populares. Mientras, creció el desempleo: en 1932 el Departamento Nacional del Trabajo (DNT) realizó el Primer Censo Nacional de

Desocupados, que señaló la existencia de 334.000. Un gran número de desocupados se agolpó en campamentos instalados en Puerto Nuevo, imagen dantesca de una sociedad desencantada de cualquier sueño de ascenso social. Roción hacia la segunda mitad de 1933 se empezaron a sentir los efectos sociales de una recuperación económica, comenzándose a verificar un detenimiento en la caída del salario y del aumento del desempleo. Pero, en términos globales, el salario real en la ciudad quedó hasta 1942 por debajo del que tenía en 1929. Durante toda la década del '30, según los estudios del propio DNT, casi el 80% del ajustado presupuesto de una familia obrera tipo de Buenos Aires se destinaba a alimentación y alojamiento.

La inseguridad y el desamparo obreros en una gran parte del ciclo 1920-1935 (sobre todo al inicio y al final del mismo), se expresaban también en otros factores. Por ejemplo, la degradación ambiental, la insalubridad o el hacinamiento habitacional que se expandían en una urbe desbordada por el gran crecimiento demográfico y productivo, y por la avidez de ganancias de los capitalistas en un período de acumulación y la fiebre especulativa de propietarios y rentistas inmobiliarios. *Sectores populares* . . . parece aproximarse a algunas versiones excesivamente optimistas de la vivienda popular durante los años veinte.<sup>10</sup> Fue apenas una fracción de asalariados bien remunerados la que accedió a su propia vivienda al construirlas en terrenos comprados en barrios distantes del centro de la ciudad. Si el Estado impulsó planes de vivienda para trabajadores, específicamente durante los gobiernos radicales, éstos beneficiaron sólo a las porciones mejor pagas y protegidas (entre ferroviarios o municipales). Según los datos del DNT, en su estudio *Condiciones de vida de la familia obrera* (cuestionados como excesivamente optimistas por organizaciones laborales), todavía en 1937 un 59% de las familias obreras porteñas vivía en una sola pieza, en general, de conventillo, hotel o pensión; sólo un 8% de ellas tenía retrete propio, un 19% cocina independiente y 38% agua corriente. Además de los padecimientos de la precaria vida llevada en esas habitaciones, seguía el problema del aumento del precio de los alquileres.

Incluso aceptando que los sectores populares urbanos hubieran experimentado mejoras en el nivel de la distribución del ingreso y la participación en el consumo de bienes y servicios en ciertos momentos del ciclo 1920-1935, para los obreros nunca dejó de estar presente, incluso de una manera cada vez más intensa, la realidad de la explotación en el sitio de trabajo. No nos referimos a la explotación en términos generales, como le ocurre a cualquier asalariado en tanto se encuentra en una relación de subordinación al capital,

<sup>10</sup> Por ejemplo: Francis Korn, *Buenos Aires: los huéspedes del 20*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.

sino a la explotación formulada en términos histórico-concretos. En especial, en el ámbito de la industria, lo que existió en los años veinte y treinta fue una constante tendencia a la acumulación industrial con escasas prácticas conciliatorias por parte del capital, que se combinó con endebles e inconsistentes políticas de redistribución social y casi nulas medidas efectivas de legislación laboral.

Es cierto que con la llegada del radicalismo al poder hubo un nuevo discurso oficial que postuló principios de armonía social y de búsqueda de conciliación entre el capital y el trabajo. Se prometió un Estado que abandonara su carácter meramente represor ante las demandas obreras, como había ocurrido durante el orden conservador. Pero la retórica y las promesas apenas se tradujeron en medidas concretas.<sup>11</sup> El primer gobierno de Yrigoyen intentó desarrollar algunas nuevas iniciativas de arbitraje que partían de reconocer la justeza de los reclamos laborales (como ocurrió con las huelgas de marítimos y ferroviarios en 1917). Pero luego, frente a la agudización de la protesta, fue derivando hacia actitudes cada vez más represivas, las que se hicieron frecuentes, brutales e incontroladas entre 1919-1921. Desde 1919 comenzaron a redactarse proyectos de legislación laboral, regulación de las asociaciones profesionales, reconocimiento parcial del derecho de huelga y promoción de contratos colectivos de trabajo. Pero tanto el proyecto de aquel año como el de 1921 (Código de Trabajo) tuvieron un palmario fracaso tanto por la oposición de los conservadores en el Congreso como de la propia falta de voluntad política del oficialismo.

El presidente Alvear, desde 1922, también hizo gestos en favor de una negociación con los sindicatos y de una puesta en marcha de algunas políticas laborales. Su primer gran proyecto resultó frustrado. Se trató de la ley 11.289 que extendía el beneficio jubilatorio a los trabajadores marítimos, industriales y del comercio. La ley fue aprobada pero, cuando en abril de 1924 se hicieron efectivos los descuentos previsionales, se opusieron tanto los sindicatos como los empresarios. Finalmente, la ley tuvo que ser suspendida. Como ya había ocurrido con Yrigoyen, esta orientación conciliadora no dejó de combinarse con acciones represivas. Por ejemplo, para aplastar la dura huelga de la Federación Obrera Marítima (FOM) de 1924, tras lo cual

<sup>11</sup> David Rock, *El radicalismo argentino, 1890-1930*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977; Ricardo Falcón, "La relación Estado-sindicatos en la política laboral del primer gobierno de Hipólito Yrigoyen", en *Estudios sociales*, vol. VI, n° 10, Santa Fe, 1° semestre 1996; Enrique Garguin, "Relaciones entre Estado y sindicatos durante los gobiernos radicales, 1916-1930", en José Panettieri, comp., *Argentina: trabajadores entre dos guerras*, Buenos Aires, Eudeba, 2000.

pudo imponerse la contratación "libre" de trabajadores y la militarización del puerto. Después de eso, en 1925 el gobierno trató de promover por ley la creación en el sector de una Junta de Trabajo como un organismo paritario integrado por patrones y obreros para que interviniera como árbitro en los conflictos. Pero como tantas de las propuestas del radicalismo, el proyecto no llegó a buen puerto. Y tampoco se logró aprobar el proyecto de 1927 para que el Estado se hiciera responsable del seguro para accidentes de trabajo. Los únicos que alcanzaron algunas conquistas efectivas fueron los ferroviarios, por sus lazos privilegiados con el Estado, por las políticas que adoptaron las empresas oligopólicas y por el propio poderío del sindicato. Durante el breve segundo gobierno de Yrigoyen, prácticamente no llegaron a diseñarse iniciativas en el campo laboral.

Todo esto demuestra la impotencia e inconsecuencia del gobierno radical para impulsar una estrategia de legislación conciliadora y reformista, que lograra amortiguar a largo plazo los conflictos entre trabajadores y capitalistas. Durante los cinco primeros años de la década de 1930, bajo la dictadura de Uriburu, primero, y del gobierno de Justo, luego, ni siquiera hubo un intento en demostrar algún interés por la legislación laboral. Más bien, hubo medidas marcadamente antiobreras. Si fijamos el corte en 1935, el panorama era poco halagüeño, como lo señalaban los propios informes estatales. En términos generales, las condiciones de trabajo las fijaba unilateralmente la patronal, y buena parte de los trabajadores no gozaba de ningún convenio colectivo (y donde existían, los empresarios solían incumplirlos), ni de vacaciones pagas, ni de indemnización por despido o por accidente de trabajo, ni de licencia por enfermedad, ni de descanso dominical, ni siquiera de un acortamiento de la jornada laboral de 48 a 44 horas semanales.

El balance global, entonces, no permite postular un mejoramiento considerable en las condiciones de vida de los trabajadores durante los años veinte y treinta. Como si no bastara la estadística oficial, pueden leerse las proclamas de los sindicatos y de las huelgas en ese período para advertirlo. La mejora del salario real fue coyuntural y todas las demás demandas de los obreros permanecieron casi intactas, tanto en el sitio de trabajo como fuera de él. El despliegue de una legislación que pusiera límites al despotismo del capital industrial en un momento de expansión y acumulación acelerada fue abortado o entorpecido. Hubo carencia de una vivienda digna y económica. No alcanzó a garantizarse un genuino reconocimiento de la actividad sindical y un verdadero derecho de huelga en el sector fabril. Todo ello obliga a matizar fuertemente la idea de que lo que rigió entre los sectores populares urbanos en aquellos años fue un espíritu extendidamente conformista y satisfecho.

Esta categoría resulta inservible para comprender, tanto las condiciones de existencia material de la mayor parte de los trabajadores, como la percepción subjetiva que éstos tenían de aquellas.

### III

En los presupuestos de Gutiérrez-Romero, los del veinte y treinta fueron “años relativamente tranquilos” para los trabajadores y sectores populares, y todo el ciclo que fue desde la Semana Trágica (1919) hasta la reorganización de la CGT (1935) estuvo definido por el “amenguamiento” de las luchas obreras y la “perdida de relevancia” de las organizaciones sindicales (pp. 9 y 208). Es un diagnóstico que acompaña la visión de un ocaso de la identidad clasista. Este enfoque exige cierta rectificación.

Es bien conocido que la etapa se inicia con un fuerte proceso de luchas obreras, ocurrido entre 1917 y 1921, que incluyen extensas y violentas huelgas en el sector transporte (ferroviarios y marítimos), acompañadas por dispersas y numerosas huelgas en el ámbito manufacturero, seguidas en enero de 1919 por la sangrienta huelga general y las movilizaciones obreras reprimidas por el Estado (proceso conocido como la Semana Trágica) y las aún más sangrientas huelgas de Santa Cruz de 1921. Tras estas derrotas, experimentadas en una dura lucha contra sectores patronales, el Gobierno y grupos de extrema derecha, desde 1922-1923 hay un repliegue huelguístico en el sector transporte y servicios (con los marítimos en proceso de desorganización y con la poderosa Unión Ferroviaria ganada por una línea satisfecha y segura de sus logros), pero se multiplican pequeños huelgas por fábrica o rama en el sector industrial (metalúrgicos, textiles, sastres, construcción, madera). Las huelgas se hacen menos por aumento de salarios que por reconocimiento de sindicatos, contra los despidos, por reclamos de mejores condiciones laborales y por solidaridad. Es evidente la disminución de las huelgas generales, pues sólo se expresaron con fuerza en dos grandes procesos: las que se desarrollaron en mayo y agosto de 1924 convocadas por la USA y gremios autónomos contra la ley 11.289 de jubilación (que elevó el número de huelguistas a un número casi tan alto como el del emblemático 1919) y las que organizaron todas las organizaciones obreras en julio-agosto de 1927 para intentar impedir, y luego repudiar, la condena a muerte a los anarquistas italianos Sacco y Vanzetti en EE.UU. Esas huelgas generales fueron pocas, pero masivas, politizadas e incluyeron concentraciones de masas en Plaza del Congreso. El piso de la conflictividad se dio en 1926. Desde el siguiente año, y sobre

todo entre 1928 y 1930, sobrevino un reanimamiento de aquella, tanto en la Capital como en el interior del país. Reaparecieron los enfrentamientos físicos, otra vez con muertos, en las huelgas de los portuarios de Rosario, de los yerbatales de Misiones, de los marítimos en la zona fluvial y de obreros fabriles en la localidad cordobesa de San Francisco, entre otras. En 1930, en Buenos Aires ocurrieron violentos paros de los obreros albañiles y madereros.

Con la instalación de la brutal dictadura de Uriburu las condiciones se hicieron casi imposibles para la lucha sindical. Pero con la llegada del gobierno de Justo, en 1932, las medidas de fuerza retornaron con intensidad, sobre todo en la industria. En ese año, en la ciudad hubo 122 huelgas, a las que adherieron 165.000 trabajadores, que fueron acompañados en éste y en el siguiente año, por combativas, aunque minoritarias, huelgas generales convocadas por las organizaciones anarquistas y comunistas. Tras dos años de reflujo, en la segunda mitad de 1934 y 1935 los paros volvieron a crecer, sobre todo en la industria, pero también en el sector servicio, hasta alcanzar su pico en 1936.<sup>12</sup> La dureza patronal y estatal para enfrentar las luchas obreras evidencia una actitud muy poco conciliadora: entre 1930-1934, un promedio del 70% de las huelgas porteñas resultaron perdidas para los trabajadores. Como vemos, la conflictividad obrera mostró una oscilación, no una desaparición, durante el período 1920-1936.

¿Y el papel del Estado? No hubo desde allí sólo políticas integrativas. Existieron violentas respuestas a la protesta de los trabajadores, con detenidos y muertos, a partir de la intervención policial y militar, en muchas ocasiones durante el período radical. Hubo un Estado que entre 1930-1935 impuso una política represiva muy dura. Durante la mayor parte de esos años rigió el estado de sitio. Con Uriburu se aplicó la ley marcial y se reestableció la pena de muerte que había sido desterrada por el Código Penal. Con Justo continuó la persecución al activismo obrero y de izquierda, de la mano de la Sección Especial de Represión del Comunismo, y la División de Orden Político y División de Orden Social de la Policía Federal. En esos años, fueron varios miles los trabajadores militantes (especialmente anarquistas y comunistas) que soportaron prisión y tortura, tanto en dependencias de la Capital como en las lejanas prisiones del sur del país. Las deportaciones de obreros

<sup>12</sup> Las cifras sobre el movimiento huelguístico fueron brindadas por el DNT (en sus publicaciones seriales *Investigaciones sociales y Estadística de las Huelgas*). Hay investigadores (Roberto Korzeniewicz, "Las vísperas del peronismo. Los conflictos laborales entre 1930 y 1943", en *Desarrollo Económico*, vol. XXXIII, n° 131, octubre-diciembre de 1993), que, a partir de los registros más realistas del diario *La Prensa*, consideran que el número de huelgas y huelguistas fue mucho mayor en los años treinta.

extranjeros a sus países de origen (en la mayor parte de los cuales había regímenes autoritarios), fueron masivas, merced a una utilización despiadada de la Ley de Residencia. Durante esa década y media, la supervivencia del antagonismo de clase se observa desde otro ángulo: la existencia de importantes organizaciones reaccionarias y contrarrevolucionarias (que en muchos casos, eran tratadas con benevolencia por el Estado), como la Asociación Nacional del Trabajo y la Liga Patriótica Argentina en los años veinte o la Legión Cívica en los primeros años treinta, entre otras. No pretendemos ignorar las complejidades ideológicas, políticas y culturales que poseían esas entidades derechistas, pero resulta claro su carácter clasista y antiobrero, incentivado por su odio y temor al “peligro rojo”.

Por otra parte, en *Sectores populares*... se afirma que las organizaciones obreras, especialmente los sindicatos, desde los inicios de los años veinte y “hasta mediados de la década del treinta”, sufrieron un “eclipse total” (p. 205). El análisis no va más allá de la enunciación de este juicio, que parece apoyarse en un diagnóstico anticipado en la obra antes citada de Rock. Allí el historiador inglés tendió a subestimar la influencia de las organizaciones obreras o a sobreestimar su “decadencia” durante los años veinte, en buena medida, porque, como en otros textos, el estudio se orientó casi exclusivamente hacia los gremios del sector servicio y de tendencia *sindicalista*. En realidad, sobre los años veinte sigue habiendo cierta ignorancia sobre la vida sindical, extrañándose estudios específicos para cada organización y región; el conocimiento es mayor respecto a los años treinta.<sup>13</sup> Un diagnóstico superficial podría suponer que, entre 1920 y 1935, en un marco de divisionismo y querellas internas entre distintas corrientes político-ideológicas, lo que sobrevino fue un debilitamiento extremo del movimiento sindical, con una caída de

<sup>13</sup> El primer conocimiento provino de las historias militantes elaboradas por los socialistas Jacinto Oddone y Martín S. Casaretto, el *sindicalista* Sebastián Marotta, el anarquista Diego Abad de Santillán y el comunista Rubens Iscaró. Sobre el movimiento sindical de los años treinta, entre otros: Miguel Murmis-Juan Carlos Portantiero (1971), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. [Edición definitiva], Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2004; Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; Hugo del Campo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO, 1983; Hiroschi Matsushita, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986; David Tamarin, *The Argentine Labor Movement, 1930-1945. A Study in the Origins of Peronism*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985. Hubo avances en los estudios de caso con: Torcuato S. Di Tella, *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires, Ariel, 2003; Joel Horowitz, *Los sindicatos, el Estado y el surgimiento de Perón, 1930-1946*, Buenos Aires, Eduntref, 2004; y nuestro libro antes citado sobre el PC.

aflidos y cotizantes a los gremios y centrales obreras. Nos parece que esta posición también exige una revisión. En particular, encontramos un equívoco o confusión que se origina en homologar fragmentación político-organizativa y debilidad del movimiento obrero. Un campo gremial puede estar más dividido y fragmentado, lo cual no significa que sea necesariamente más pequeño y más débil.

Desde el punto de vista historiográfico, ha sido ya suficientemente señalado el peso que había logrado la FORA IX° Congreso, de mayoría *sindicalista*, hacia 1919-1920, en el pico de la conflictividad y la movilización obrera ocurrida durante los primeros años del gobierno de Yrigoyen. En aquellos años, la central había superado los 90.000 afiliados. A ello habría que sumar algunos pocos miles de afiliados a gremios autónomos y la otra FORA, la denominada del V° Congreso, de tendencia anarquista. Luego, varios autores se encargaron de apuntar que la FORA IX° Congreso, reconvertida desde 1922 en Unión Sindical Argentina (USA), no hizo más que perder las tres cuartas partes de sus afiliados, para quedar desde mediados de los años veinte en menos de 20.000 o 15.000 afiliados. Un movimiento obrero descrito sólo en esos términos y reducido a este fenómeno de crisis de la USA revelaría evidentemente una debilidad manifiesta.

Este retrato desvirtúa o no alcanza a reflejar toda la realidad. Pierde de vista que la flamante USA mostraba esos signos de debilidad por la salida, o mejor dicho el no ingreso, del gremio ferroviario. En efecto, la principal organización de los trabajadores del riel, cuando avanzó en la constitución de una estructura más vasta y centralizada, la que desde 1922 fue la Unión Ferroviaria, decidió no ingresar en la USA. La UF se mantuvo autónoma y desde 1926 dio vida, junto a un puñado de gremios socialistas, a otra central, la Confederación Obrera Argentina (que apenas parece ser conocida por Rock). Pero la COA llegó a los 90.000 afiliados, la mayoría de los cuales eran ferroviarios. Si bien la UF pasó a formar parte de una central donde la influencia del PS era grande, la entidad no puede definirse como socialista, pues buena parte de sus dirigentes y de sus prácticas eran *sindicalistas*. De modo que debe hablarse en los años veinte de una decadencia de la USA (por las razones antes dichas y por la desorganización en la que queda la FOM tras la derrota de la huelga de 1924), pero aún no necesariamente del *sindicalismo* como corriente.

El movimiento sindical no sólo no se redujo, sino que se expandió numéricamente. Tomando los datos del DNT, si se suman los 90.000 integrantes de la COA a los 15.000 o 20.000 de la USA, ya se supera el número de afiliados a centrales obreras de 1920. A eso hay que añadir los de los gremios que se



mantuvieron autónomos de ambas centrales, muchos de los cuales acabaron confluyendo en la CGT en septiembre de 1930. Por esa razón, al poco tiempo de formarse dicha central (por fusión de la USA y la COA), ésta pudo exhibir 125.000 afiliados a sus filas. Pero hay que agregar más elementos: los comunistas venían liderando la organización de sindicatos en el sector industrial desde los años veinte. Ellos estaban en la USA y controlaban dos de sus organizaciones regionales más importantes, la Unión Obrera Local de Buenos Aires y la Unión Obrera Provincial de Córdoba. Desde mediados de los años veinte, los comunistas se fueron escindiendo de la USA y acabaron formando en 1929 su propia organización (una central de hecho), el Comité de Unidad Sindical Clasista (CUSC), no reconocido por el DNT pero que nucleaba no menos de 10.000 adherentes para fines de la década. Y a eso hay que sumarle los de los gremios anarquistas de la FORA. No es exagerado calcular, entonces, en casi 150.000 los trabajadores sindicalizados hacia 1930, que si se comparan con los 100.000 de 1920, no indican el retroceso espectacular tradicionalmente señalado.

Entre 1930 y 1935, ante la adversa situación socio-económica y el clima represivo imperante, la CGT adoptó una política moderadora y pragmática. Hubo crecientes disputas internas entre la dirección *sindicalista* y la oposición socialista. Pero la central no dejó de expandirse. Creó nuevas y fuertes organizaciones, y aumentó el número de sus afiliados, sobre todo, en el sector transporte y servicios (como la UF, el gremio de los municipales o el de los telefónicos). Fuera de la CGT, los anarquistas se lanzaron a la acción directa desde la FORA y el puñado de organizaciones de oficio que aún mantenían. Más importante y creciente fue la presencia de los comunistas, con su orientación de promover grandes huelgas en los ámbitos industriales donde tenían presencia (frigoríficos, madera, construcción, metalúrgico, textiles, sastres) y montar en ellos sindicatos únicos por rama. A principios de 1936, los comunistas ingresaron a la CGT, que entonces, con esta decisiva presencia, pasaba a reportar 260.000 integrantes. El sector *sindicalista* "puro" que se escindió de la CGT mayoritaria y armó otra paralela, junto a varios gremios autónomos, agrupaba unos cien mil adherentes. En síntesis, el período 1920-1935, donde el número de sindicalizados evolucionó con un crecimiento que marcó escalas de 125.000 hacia mediados de los años veinte, 150.000 hacia inicios de los años treinta y 360.000 hacia 1936, no parece corroborar la imagen de "eclipse total" o decadencia del movimiento sindical.

## IV

Si en la interpretación sobre los sectores populares urbanos durante la entreguerras tiende a subestimarse el nivel de conflictividad social y el peso del sindicalismo, también son caracterizadas de manera unilateral las prácticas y concepciones de este último. Aparece una pintura en la que sólo se destacan los rasgos proclives a la negociación y el reformismo (p. 118).

Es evidente, por una parte, que en amplias porciones del movimiento sindical hubo, desde mediados de los años veinte, cierta disminución de las prácticas confrontacionistas heredadas del anterior período. Algunas de las mejoras económico-sociales permitieron pasar de un ciclo dominado por la acción directa (1917-1921) a otro marcado por un sindicalismo de presión más replegado en prácticas moderadas y corporativas. Esto sobre todo ocurrió en el área del transporte y los servicios (ferroviarios, marítimos, tranviarios, municipales, empleados de comercio, telefónicos). Allí venían dominando y siguieron consolidándose los *sindicalistas*, cada vez más despojados de su línea revolucionaria, pero también, por primera vez después de treinta años de acción, los socialistas, que comenzaron a tener fuerte incidencia en el universo gremial. El PS fue el que más avanzó en este período, al retomar su interés por la intervención en el campo obrero y al poder capitalizar algunos de sus logros en la arena parlamentaria. Tanto los socialistas como los *sindicalistas* tendieron a administrar organizaciones ya existentes, que habían logrado algunas pocas conquistas laborales y que estaban en proceso de jerarquización e institucionalización. En el caso de los ferroviarios, incluso estaban dando lugar al surgimiento de una "elite obrera" y un incipiente aparato burocrático. Esto no implica que en aquellos espacios y corrientes existieran sólo tendencias dispuestas a la conciliación. Hubo largos y duros conflictos orientados por *sindicalistas* y socialistas, en el sector servicio (como las violentas huelgas marítimas de 1924 y 1928 o el extenso paro de los telefónicos de 1932), así como también en el ámbito industrial (textiles, sastres, gráficos). Sin embargo, globalmente parecía primar una actitud más aplacada, que reposaba en un origen bifronte: un *sindicalismo* más pragmático y un partido obrero reformista. Ambas expresiones coincidieron, desde la USA y la COA, en la fundación de la CGT y en una incómoda convivencia hasta la división de ésta en 1935.

Pero en la clase obrera se expresaban otros sectores y otras prácticas, que escapaban al marco precedente. La mirada debe dirigirse más hacia el proletariado industrial, el sector laboral que, precisamente, experimentó la mayor

expansión durante los años veinte y treinta. Esos trabajadores se enfrentaron a formidables escollos para organizarse y hacer avanzar sus reclamos en territorios hasta entonces muy poco explorados por la militancia política y sindical. En esa área era donde más se multiplicaban demandas laborales insatisfechas. El crecimiento de esta moderna clase obrera industrial, mayoritariamente semicalificada o sin calificación, dejaba un espacio vacío de representación y organización, que no parecía fácil de ocupar ni para los socialistas ni para los *sindicalistas*.

Si en este escenario estaba casi todo por hacer y el espacio estaba vacante, el comunismo fue la corriente que demostró mayor iniciativa y habilidad para acometer esos desafíos. El comunismo logró insertarse en la clase obrera industrial, movilizándola y organizándola, pues se mostró como la mejor dotada en decisión, escala de valores y repertorios organizacionales, y con una ideología redentora y finalista que podía pertrechar a sus militantes con sólidas certezas doctrinales. La penetración fue posible, gracias, tanto a una serie de disposiciones subjetivas como a esa estructura partidaria celular, clandestina y blindada, verdadera máquina de reclutamiento, acción y organización, que el PC pudo plantar en fábricas y estructuras gremiales. Buena parte de los sindicatos únicos por industria de orientación comunista que encontramos actuando con vigor en los años pre-peronistas (el de la construcción, el de la carne, el de la madera, el metalúrgico, el textil y el del vestido), habían sido prefigurados, o ya habían sido fundados, los años veinte y primera mitad de los años treinta a partir de una clara estrategia combativa. Para advertirlo, no hace falta más que estudiar la experiencia del CUSC durante su existencia (1929-1935). El anarquismo siempre expresó un espíritu confrontacionista y revolucionarista. Pero en los años veinte y treinta tuvo cada vez menos posibilidad de encauzarlo en una clase obrera sacudida por las transformaciones (por ejemplo, la FORA V<sup>o</sup> se mantuvo como entidad federativa de sociedades de resistencia y gremios por oficio sin aceptar que el nuevo imperativo era la generalización del sindicalismo industrial por rama). Aún así, pudo tener un último estertor, cuando, junto al CUSC, convocó a varias huelgas generales por motivos económicos, sociales, pero sobre todo, políticos entre 1930-1933.<sup>14</sup> Pero, finalmente, los comunistas pudieron desplazar la presencia ácrata en el proletariado industrial, prolongando esta tradición radicalizada con un contenido aún más fuertemente clasista.

<sup>14</sup> Ver Fernando López Trujillo, *Vidas en rojo y negro. Una historia del anarquismo en la "Década Infame"*, La Plata, Letra Libre, 2005.

Si los comunistas y los anarquistas fueron expresión de las tendencias más antagonistas en la clase obrera en los años veinte y treinta, es evidente que para presentar un escenario de pura moderación y negociación en el movimiento obrero hay que anular la existencia de ambas corrientes entre los sectores populares. Eso es precisamente lo que ocurre en *Sectores populares...*: las dos culturas políticas aparecen borradas de la escena, sin ninguna mención.

## V

Uno de los tópicos centrales del libro de Gutiérrez y Romero es estudiar algunas de las nuevas formas que adquirió la cultura popular en los años veinte y treinta. Ella es presentada como anidando en los nuevos artefactos y espacios celulares del tiempo libre y de la vida familiar (cafés, clubes, bibliotecas populares, libros baratos y conferencias), y de las prácticas políticas (sociedades de fomento, comités partidarios de la UCR y el PS); al mismo tiempo, era afectada por los mensajes de actores con creciente capacidad de penetración (el Estado, algunos medios de comunicación y los instrumentos de la cultura letrada). Este habría sido uno de los procesos esenciales a través de los cuales los trabajadores se mezclaron y confundieron con otros sectores sociales.

Sin embargo, un estudio más específicamente orientado a explorar el universo proletario, nos indica que, en coexistencia, superposición y tensión con esta cultura popular, hubo una *cultura obrera*, cuya existencia no puede ignorarse. En los años veinte y treinta, las organizaciones obreras (sindicatos, partidos, asociaciones y agrupaciones vinculadas a ese espacio) mantuvieron una rica y diversa experiencia cultural. Se trataba de prácticas y formas de agregación, que respondían a motivaciones e intereses que aludían a otras facetas de la vida cotidiana y la sociabilidad proletarias, distintas de las del tránsito diario en el establecimiento industrial y en el mercado (en tanto productores y consumidores) o en las luchas y organizaciones gremiales (en tanto militantes). Es decir, eran iniciativas que no se relacionaban con el tiempo laboral sino con el uso del tiempo libre o, más específicamente, del "tiempo del ocio", es decir, con el lapso no consumido en el trabajo dedicado a ganarse la vida y empleado específicamente en las actividades recreativas y de instrucción.

Las diferentes formas de "ocio alienado" generadas en la cultura de masas (la radio que invadía los hogares y permitía modos nuevos de comunicación

y propaganda, la aparición del cine sonoro, la multiplicación de las revistas populares y la literatura de kiosco generadas por una nueva y pujante industria editorial, la progresiva profesionalización del fútbol, la supervivencia del circo, el vodevil y las formas de teatro menor) no alcanzaron, hasta los primeros años treinta, una hegemonía total en el imaginario de la clase trabajadora, aunque era evidente el enorme peso que iban adquiriendo. Así, todavía subsistieron, aunque cada vez con mayor dificultad y en vías de erosión, iniciativas proletarias que intentaban competir con estas diversificadas ofertas de distracción. Es lo que permite remitir a la existencia de una cultura obrera. La utilización del concepto no es artificial, pues fueron los propios actores, los trabajadores, los que lo denominaron así para explicitar el contenido de sus prácticas. El término mismo se había convertido en un objeto de significación social. En verdad, el concepto de cultura obrera es muy rico y amplía las posibilidades de conocimiento de la clase trabajadora.<sup>15</sup> Incluye un conjunto de costumbres, gustos, creencias, estilos de habla, patrones de comportamiento, imaginarios y rituales, todos de un carácter distinguible y articulados en torno de una identidad obrera. Desde esta perspectiva, casi nada se ha indagado en la Argentina.

En lo más específico, la categoría engloba un entramado de prácticas y agencias socio-culturales que tenían como protagonistas principales a colectividades de trabajadores. De esto sí sabemos más, en especial, sobre el desarrollo de formas asociativas y hábitos ligados a su instrucción y recreación. El balance es contradictorio: representaban experiencias emancipatorias y autonomistas (al intentar crear un mundo propio y alternativo a la sociabilidad impuesta por el capitalismo), pero, al mismo tiempo, solían adoptar formas rígidas que podían encorsetar la iniciativa de los trabajadores, imponiendo ciertos cánones de "comportamiento correcto". Cuando se explora el almacén iconográfico, las apuestas estéticas, las enunciaciones discursivas, los valores y las representaciones simbólicas de esta cultura, se advierte cuán afectada estaba de influencias racionalistas, iluministas y románticas, de confianza ciega en la asociación entre la ciencia y el progreso.

Sin duda, aquí el aporte de las distintas culturas políticas e ideológicas anticapitalistas fue central. Por ejemplo, la iniciativa cultural del PS en el seno de la clase trabajadora conservó su vigor en aquellos años: centenares de

<sup>15</sup> Richard Hoggart, *La cultura obrera en la sociedad de masas*, México, Grijalbo, 1990; Eric Hobsbawm, "La formación de la cultura obrera británica", en *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*, Barcelona, Crítica, 1987; Gareth Stedman Jones, *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa*, Madrid, Siglo veintiuno, 1989.

bibliotecas obreras, centros de estudios, escuelas libres y ateneos de divulgación para trabajadores; una universidad, la Sociedad Luz (desde 1922 con un imponente edificio propio en Barracas, en el que impulsó cursos de los más variados temas); coros, conjuntos teatrales y musicales; miles de conferencias y visitas a museos; proyecciones cinematográficas; editoriales que encaraban una intensa obra difusora; un despliegue permanente de campañas sanitarias, higienistas, antialcohólicas y de profilaxis sexual. Las organizaciones obreras anarquistas también siguieron impulsando en esas décadas una actividad cultural, especialmente en el campo educativo y recreativo. Asimismo, las experiencias de los obreros comunistas tuvieron una riqueza notable en los años veinte y treinta: "Bibliotecas obreras"; "Escuelas obreras"; "Clubes deportivos obreros" (que llegaron a casi un centenar, agrupados en una liga, la Federación Deportiva Obrera, que rivalizaba con la entidad futbolística oficial); agrupaciones de niños de hijos de trabajadores, impulsadas por la Federación Infantil de Pioners, que se presentaba como rival de todas las "organizaciones burguesas infantiles" y editó entre 1923 y 1932, con tiradas masivas, *Compañerito. Periódico de los niños explotados*.<sup>16</sup>

Durante estos años, las organizaciones obreras, en primer lugar, los sindicatos, independientemente de su adscripción a algunas de estas tres grandes corrientes (o al *sindicalismo*), desarrollaron las iniciativas mencionadas complementándolas con celebraciones y festivales artísticos, que combinaban expresiones tradicionales, como el teatro, la poesía y los himnos, junto a otras nuevas, como el cine. Esos bailes, esas veladas, esos espectáculos múltiples, donde los trabajadores alternaban los discursos con la música, la actuación y la declamación, constituyen otro de los escenarios propicios para analizar el comportamiento de la familia obrera. Que también se volcaba a las manifestaciones y concentraciones públicas, otra de las ocasiones privilegiadas en las que la clase obrera podía mostrarse en la esfera pública. Todo ello operaba como una autopresentación regular, una exhibición de autodomínio, una invasión del espacio social burgués y una conquista simbólica, en las que se procuraba "demostrar el poder ante todos".<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Sobre el tema, entre otros: Ángel M. Giménez, "Treinta años de acción cultural", en *Páginas de historia del movimiento social en la República Argentina*, Buenos Aires, Sociedad Luz, Imprenta La Vanguardia, 1927; Ídem, *Nuestras bibliotecas obreras*, Buenos Aires, Sociedad Luz, Imprenta La Vanguardia, 1932; Dora Barrancos, *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, CEAL, 1991; Ídem, *La escena iluminada. Ciencias para Trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996; y nuestro libro sobre el comunismo antes citado.

<sup>17</sup> Como analizó para el caso europeo, E. J. Hobsbawm, "La transformación de los rituales obreros", en *El mundo del trabajo...*, ob. cit.

## VI

Sin duda, uno de los aspectos que le confería rasgos peculiares a la cultura obrera porteña de los años veinte y treinta era el peso que aún conservaba la extranjería. Nos parece que la visión de *Sectores populares* . . . está orientada de una manera excesiva a señalar el aspecto contrapuesto, destacando como determinantes en la conformación de los sectores populares el proceso de "argentinización" y el "desgranamiento de la masa inmigratoria" (pp. 11 y 47). Es claro que ese fenómeno fue ocurriendo de manera irreversible, sobre todo entre las clases medias. Pero si ajustamos la lente en dirección a los trabajadores, podemos observar que en aquellas décadas todavía una proporción enorme de ellos en Buenos Aires eran extranjeros, y en buena medida recién arribados. Aquí hay un tópico que no puede soslayarse. Estamos alertando que la clase trabajadora en la ciudad seguía siendo, en parte, multinacional. Por ello, la cultura obrera adquirió cierta inevitable forma de mosaico, donde los perfiles propios de cada comunidad de inmigrantes dibujaban y diferenciaban diversas identidades proletarias. Antes de afirmar que todo eso fue camino a su disolución, debemos estudiar cómo se procesó semejante rasgo mientras efectivamente duró.

En algunos barrios, especialmente los más obreros y/o populares, la gran urbe se asemejaba a una suerte de Babilonia moderna. La imagen de una sociedad de minorías, a veces entremezcladas, otras veces replegadas sobre sí mismas, tardó un tiempo más en disiparse completamente. En 1914, se contabilizó que un 50% del millón y medio de habitantes porteños era foráneo; y el censo de la ciudad de 1936 señaló que todavía un 36% de sus habitantes correspondían a aquella condición.<sup>18</sup> Sin alcanzarse las cifras propias del gran aluvión inmigratorio ocurrido en los años anteriores, en la década del '20 las demandas laborales de los empresarios siguieron alimentando un proceso de importación masiva de mano de obra transatlántica. Fue tras el desencadenamiento de la depresión económica, cuando se atemperó la llegada masiva de inmigrantes europeos, y con el desarrollo industrial en alza, que hubo un aumento decisivo del componente de fuerza de trabajo nacional proveniente de migraciones internas. No obstante, si fijamos un límite hacia mediados de los años treinta podemos afirmar que los trabajadores extranjeros, en particular, del Viejo Continente, eran aún mayoritarios en casi todos los rubros industriales de la Capital. Incluso, había cierta correlación entre determinados grupos étnicos-nacionales y oficios.

<sup>18</sup> Guy Bourdè, *Urbanisation et immigration en Amérique Latine: Buenos Aires (XIXe et XXe siècles)*, Paris, Aubier, 1974.

Los trabajadores extranjeros debieron luchar por superar condiciones de subalternidad económica, social y política, protagonizando un conjunto de experiencias que exigen ser examinadas con todas sus peculiaridades. Aquí el fenómeno de la explotación se podía superponer y reforzar con el de la represión (recordemos las deportaciones masivas que siguieron afectando a miles de trabajadores militantes merced a la aplicación de la Ley de Residencia) y con el de la exclusión y aislamiento. Quién analice los volantes obreros que circulaban en muchos talleres encontrará, por ejemplo, que una de las denuncias frecuentes en contra de los capataces era respecto al especial maltrato que sufrían aquellos operarios que no dominaban el castellano. Para las organizaciones obreras el problema de la heterogeneidad étnico/lingüística de la clase trabajadora era un desafío mayúsculo, difícil de metabolizar. En esos años, no poco del discurso obrero (que, por otra parte, y no de manera casual, mantuvo un fuerte carácter universalista y cosmopolita) se debió seguir expresando en forma plurilingüística. Algunas proclamas y publicaciones lanzadas por las organizaciones o partidos obreros en fábricas, gremios o barrios estaban escritos en idisch, italiano, ruso, polaco, alemán, lituano, búlgaro, checo, húngaro o armenio, entre otros, o eran bilingües; en muchas asambleas intervenían oradores en algunos de esos idiomas (por ejemplo, en las realizadas en ocasión de las huelgas de los madereros en 1930 y 1934, o la de los trabajadores del vestido en ese último año, ambas en la ciudad). Una parte muy importante de la militancia obrera comunista y anarquista se agrupaba en "fracciones idiomáticas" en el interior de las organizaciones y el propio partido. Además, se conservaron tensiones de todo tipo: entre el mutualismo étnico y el sindicalismo obrero, que apostaba a promover el conflicto intraétnico; entre las interpelaciones clasistas y las expectativas de ascenso individual de no pocos obreros inmigrantes; entre los trabajadores extranjeros y los nativos.

Entonces, la cuestión de la extranjería y su relación con la clase-que-vive-del-trabajo se presenta como un asunto a resolver desde ángulos bien diversos. En cualquier caso, muestra un mundo obrero más cerrado y contradictorio con las tendencias a la apertura y movilidad social registradas en la sociedad porteña. Si todo el argumento está puesto en identificar una sociedad en integración y homogeneización, preparada para sostener una ciudadanía democrática, pluralista y progresista, es obvio que no sólo deben subestimarse las divisiones de clase, sino que también debe hacerse lo mismo frente a la supervivencia de la heterogeneidad étnico-nacional en las clases subalternas.

\* \* \*

En discusión con la visión propuesta en *Sectores populares...*, pusimos en duda la idea de un dominio exclusivo de una identidad popular conformista en la ciudad porteña. Se afirma que ésta identidad habría desplazado a la trabajadora y contestataria, vigente hasta inicios de los años veinte, que habría sido vuelta a reemplazar por una más definitivamente obrera, desde mediados de los años treinta. ¿Cómo pudo producirse una discontinuidad tal de la identidad obrera? ¿Por qué afirmar realidades identitarias distintas para los trabajadores en cortos períodos que no significaron una alteración sustancial de su dinámica histórica? En aquella década y media no hubo una clara tendencia a la desproletarización, ni cuantitativa ni cualitativamente. La clase obrera amplió de manera constante su tamaño y su gravitación en el mundo de la producción y el consumo, acumuló un monto creciente de reivindicaciones insatisfechas (en el nivel y calidad de vida), prosiguió en fluctuantes situaciones de conflictividad, extendió la organización sindical, lidió con distintos proyectos provenientes del Estado (desde tibios intentos de integración social a otros sostenidos en la exclusión y la represión) y se debatió entre tendencias conciliadoras y confrontacionistas, todo lo cual diversificó el volumen de su experiencia y de su conciencia. En todo caso, quizás habría que reservar la idea de una reformulación de la identidad obrera para unos años después, para comprender las causas y consecuencias del fenómeno peronista, que inauguró una nueva cultura e identidad política en la clase trabajadora, al refundir en una matriz populista y de conciliación de clases la realidad pasada y presente de una sociedad cruzada por un clivaje clasista. Fue el triunfo populista, con su proyecto de una auténtica integración social, el que constituyó, no una disrupción momentánea, sino un parteaguas en la historia de la clase obrera y de su identidad.

Analizar el comportamiento de los trabajadores fuera del sitio de trabajo, del sindicato, de la protesta o de la confrontación política, para incorporar el estudio de otras dimensiones de la sociabilidad, no sólo que no dificulta, sino que enriquece a una genuina historiografía de la clase obrera. Para abordar estas cuestiones, no es necesario operar al margen de esta categoría. Es claro, entonces, que para recuperar plenamente su utilidad, tanto para aquel tiempo histórico como para cualquier otro, es imprescindible superar las concepciones más estrechas, pobres y conservadoras que suelen hacerse de ella. No puede ser definida en términos economicistas, ni debe condicionarse su entendimiento sólo al momento de la conflictividad y tampoco ser reducida a sus sectores más organizados y militantes que hablan en su

nombre; tampoco puede ser devaluada en descripciones culturalistas o subjetivistas. Debe concebirse con un sentido mucho más comprensivo, en el que aparecen, entrelazadas, múltiples dimensiones económicas, sociales, políticas y culturales. Como lo sabemos desde lo mejor de una tradición marxista crítica, abierta y creativa, la clase, lejos de una concepción esencialista, debe entenderse como una categoría histórica, en la que estructura, experiencia, conciencia e identidad operan como sus elementos constituyentes.

### Resumen

Este artículo analiza la clase obrera argentina durante las décadas de 1920 y 1930, especialmente en la ciudad de Buenos Aires, y propone nuevas hipótesis interpretativas acerca de sus características y evolución. Dicho examen se encara a partir de una discusión con la noción de "sectores populares" tal como ha sido utilizada para estudiar la Argentina de entreguerras. Al mismo tiempo, propone una mirada amplia y renovada de la historiografía obrera, al operar con una visión multidimensional y compleja de la clase trabajadora, en los que se combinan distintos elementos de análisis: estructura, experiencia, conciencia e identidad de clase.

**Palabras clave:** Clase Obrera; Sectores Populares; Sociedad de entreguerras; Historiografía Obrera; Argentina.

### Abstract

This article studies the Argentinean working class—especially that of the city of Buenos Aires—of the 1920s and 1930s, and presents new hypotheses on its characteristics and evolution. These hypotheses are confronted with those usually implied in the notion of "popular sectors", as used in the historiography of Argentina for the period between the two World Wars. At the same time, this study puts forward a wider, renewed view of working-class history, with a multidimensional and complex understanding of class that combines different levels of analysis, namely, structure, experience, class consciousness and class identity.

**Keywords:** Working class; Popular sectors; interwar society; working class historiography; Argentina.

# La huelga metalúrgica de 1942 y la crisis de la dirigencia comunista en los orígenes del peronismo

Andrés Gurbanov<sup>1</sup> y Sebastián Rodríguez<sup>2</sup>

## Introducción

En la historiografía contemporánea argentina, en los últimos años, ha habido una reevaluación y revalorización de la década de 1930, en particular en lo que respecta al área de estudios donde insertamos este trabajo: la historia del movimiento obrero.<sup>3</sup>

En este período, el año 1942 es un momento clave para comprender el desarrollo posterior del proletariado argentino. Muy poco estudiado, se trata del año de mayor conflictividad entre el capital y el trabajo en la etapa preperonista, en un contexto de retroceso de la participación del trabajo en la renta nacional y de “carestía de la vida” por el conflicto bélico mundial.<sup>4</sup> Este artículo consiste en la descripción y el análisis de uno de los conflictos más importantes de ese año tanto por su duración como por el número de obreros involucrados: la huelga protagonizada por los obreros metalúrgicos, declarada por el Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica (SOIM), de extracción comunista, entre junio y julio de 1942.

<sup>1</sup> Universidad de Buenos Aires. E-mail: agurbano@hotmail.com

<sup>2</sup> Universidad de Buenos Aires. E-mail: sebasmary@tutopia.com

<sup>3</sup> Queremos agradecer a Roberto Elisalde por habernos abierto, en su momento, las cada vez más estrechas y pesadas puertas de la investigación. No podemos dejar de mencionar tampoco a Julián Kan, quien participó activamente en las primeras etapas de este trabajo. Y, finalmente, la colaboración de Fabián Fernández y Nicolás Iñigo Carrera, quienes han leído un borrador de este texto y nos han hecho importantes sugerencias.

<sup>4</sup> Alain Rouquié, *Poder militar y sociedad política en la Argentina (vol. I)*, Buenos Aires, Emecé, 1984, p. 333. Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1972, pp. 86-91.

Al enfocar el estudio en esta huelga, tenemos por objetivo reconstruir el proceso de constitución de la fracción metalúrgica de la clase obrera argentina, en una coyuntura donde protagoniza un conflicto de grandes proporciones, esperamos aportar nuevos elementos para pensar la crisis de la conducción comunista al interior del proletariado argentino.<sup>5</sup> El caso del SOIM nos permite estudiar la dinámica entre obreros metalúrgicos y dirigentes comunistas antes de que Perón comenzara su accionar político desde el Departamento Nacional de Trabajo (DNT); es decir, no podemos asignarle a éste ningún rol en esa crisis. Y recordemos, finalmente, que se trata de un fragmento del proletariado que años más tarde, enrolado en la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), terminará constituyendo “la columna vertebral” del peronismo.

Entonces, ¿por qué los comunistas pierden el sindicato? ¿Qué relación existe entre la derrota de la huelga de 1942 y el surgimiento de una dirigencia alternativa entre los metalúrgicos? ¿Se trata de un hecho aislado y particular o bien puede descubrirse allí el germen de la crisis general –aunque no terminal– de la inserción del PCA en el seno del movimiento obrero argentino?

Dividiremos la exposición en dos apartados: en el primero repasaremos los principales abordajes que intentaron explicar la crisis del comunismo al interior de la clase obrera argentina y la relación de este proceso con los orígenes del peronismo. En el segundo, presentaremos en forma detallada el devenir del conflicto aquí estudiado, junto con las hipótesis que fuimos elaborando durante el relevamiento de fuentes para explicar la crisis del SOIM. Finalmente, en las conclusiones, intentaremos relacionar ambos apartados, dejando planteado qué nuevos elementos puede aportar nuestra investigación respecto de la crisis del comunismo y los orígenes del peronismo.

## 1. Clase obrera, comunismo y orígenes del peronismo: el planteamiento del problema

El tema de los “orígenes del peronismo” ha sido recurrentemente abordado por las ciencias sociales. Desde los primeros trabajos académicos en la dé-

<sup>5</sup> Cuando nos referimos a *fracción de clase* pensamos en segmentos verticales en relación con el sector del capital que los explota. Como *fracción* está imbuida de las generalidades de la clase obrera, pero –a la vez– con determinadas particularidades que hacen de ella un elemento único. Consideramos el proceso de formación de una *fracción de clase* como un proceso análogo a la conformación de la clase misma, es decir, a través de la lucha contra el capital de una rama de la producción.

cada de 1950, hasta hoy, es posible reseñar varias posturas diferentes sobre este tema, algunas muy cercanas entre sí, otras completamente discordantes. Quizás uno de los principales parteaguas en este océano de interpretaciones sea la cuestión de la heteronomía o autonomía de la clase obrera respecto de la figura de Perón y del surgimiento del fenómeno peronista. En otras palabras, nos referimos a considerar si la masiva adhesión del movimiento obrero argentino a dicha opción política fue, o bien una imposición “desde afuera”, o bien el resultado de la propia acción de lucha del proletariado por lograr sus objetivos como clase.

Esta disyuntiva no es irrelevante respecto del problema que plantea nuestra investigación. Las posturas “heteronomistas” –herederas de los primeros trabajos de Gino Germani– tienden a minimizar el desarrollo del movimiento obrero previo al golpe de 1943, señalando una fuerte *ruptura* entre la clase obrera peronista y la preperonista.<sup>6</sup> En estas interpretaciones, la “nueva clase obrera”, moldeada ya fuera por los procesos de migraciones internas, por el discurso interpelador peronista o por el motivo que cada autor refiera, sería muy diferente de aquella que protagonizara las luchas sociales pasadas. Como corolario de esta postura, se minimiza también el papel jugado por las diferentes organizaciones políticas de dicha clase hasta 1945. El papel del comunismo como opción política –y del PCA como partido “de clase”– queda así oculto tras un velo, el cual, para empezar a rasgarlo, fue necesario afirmar primero la autonomía de la clase trabajadora y resaltar su papel activo y dinámico en la constitución de dicho fenómeno político-social. Desde Murmis y Portantiero, en su ya clásico *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, una serie de trabajos han remarcado frente a la *ruptura* antes mencionada, los lazos de *continuidad* que ligan a los obreros pre y post-peronistas.<sup>7</sup>

Dentro de esta última perspectiva insertamos nuestro trabajo. Si en apariencia el peronismo marca un antes y un después en la historia de la clase obrera argentina, creemos que esa bisagra debe interpretarse afirmando en el análisis la idea de *movimiento*. Y es en este punto donde encontramos los principales aportes conceptuales, metodológicos y empíricos de los trabajos que en los últimos años han profundizado el análisis del movimiento obrero en la “década del treinta”.

Así, en una reciente investigación sobre la huelga general de 1936, Nicolás Iñigo Carrera rastrea en la evolución y conformación de la clase obrera el desarrollo de su conciencia de clase y las diferentes “estrategias” que esta se

<sup>6</sup> Gino Germani, *Política y Sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1971.

<sup>7</sup> M. Murmis y J. C. Portantiero, ob. cit.

da "para sí" en la prosecución de sus objetivos. Según este autor, la estrategia dominante al interior del movimiento obrero en el ciclo que se abre a partir de esa huelga general es la de "inserción democrática", es decir, la intención de entrar a participar del sistema democrático burgués, teniendo en cuenta el marco de posibilidades que se abría para ella y la imposibilidad, por el momento, de plantearse la superación de ese sistema. En este sentido, la clase obrera, lejos de ser ontológicamente revolucionaria, se fija a sí misma la única meta que por el momento puede alcanzar de acuerdo al desarrollo del capitalismo en ese momento histórico; y de acuerdo, también, al grado de conciencia que ha alcanzado en su conformación como clase. Si bien este autor se centra en el estudio de la clase obrera durante el hecho puntual analizado (la huelga general de 1936), en sus conclusiones invita a ir un poco más allá. Para Iñigo Carrera, la estrategia de incorporación a un sistema político de fracciones sociales hasta ahora excluidas confluye con la estrategia de la burguesía en el mismo período, generando la conformación de una alianza social que dará origen al fenómeno peronista.<sup>8</sup>

Ahora bien, si aceptamos que la estrategia de "inserción democrática" de la clase obrera argentina de fines de la década del '30 confluye años después en el fenómeno peronista, es legítimo preguntarse por las otras opciones políticas "de clase" existentes en la Argentina de esos años: ¿Qué sucedió con socialistas y comunistas, quienes jugaron en ese período un papel fundamental en la organización del movimiento obrero?

Para el caso específico del partido comunista, esta cuestión plantea un interrogante adicional, dado que luego del "viraje" de 1935 y a través de la línea política de constitución de "frentes populares", el PCA también planteaba al movimiento obrero una estrategia semejante.

Hernán Camarero hace un intensivo repaso historiográfico sobre cómo fue estudiada la relación entre comunismo y clase obrera en el período 1925-1943.<sup>9</sup> En ese trabajo, Camarero señala que existe un cierto acuerdo —algo paradójico— entre las visiones producidas desde la "izquierda nacional" de Rodolfo Puiggrós y Jorge Abelardo Ramos, y desde la sociología científica de Gino Germani, en el hecho de marcar un corte abrupto en el desarrollo de la clase obrera hacia 1943/45. A pesar de profundas diferencias en la interpretación del fenómeno peronista, estos autores reforzaron la idea de un "vacío de representación" producto de esa brecha en el desarrollo del

<sup>8</sup> N. Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera. 1936*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 2000.

<sup>9</sup> H. Camarero, "Los comunistas argentinos en el mundo del trabajo, 1925-1943. Balance historiográfico e hipótesis interpretativas", en *Ciclos*, vol. XI, n° 22, 2do. semestre de 2001.

movimiento obrero, como piedra fundamental para comprender el fracaso del comunismo entre los trabajadores argentinos.

Ahora bien, si buscamos complejizar y discutir estas posturas rupturistas, ¿qué otras razones ha encontrado la historiografía argentina para explicar la decadencia del comunismo?

Hugo Del Campo, en su libro *Sindicalismo y peronismo*, elabora otra respuesta a este interrogante, al reseñar allí el proceso de lucha entre las distintas organizaciones políticas, partidarias y sindicales de la clase obrera durante el período que concluye en el 17 de octubre de 1945 y en las elecciones presidenciales de 1946. Este autor no considera a la clase obrera como "disponible" para los planes políticos de Perón, sino que intenta explicar por qué comunistas y socialistas fueron perdiendo su capacidad dirigente. Del Campo describe la terrible contradicción en que quedan encerrados ambos partidos al enfrentar electoralmente al conjunto del proletariado, sus supuestos interlocutores políticos. Para el caso del PCA, señala que el colapso de la inserción en el seno de la clase obrera logrado en los años '30 se debió a la "increíble ceguera de hombres presuntamente formados en el marxismo ante el evidente contenido de clase que había adquirido el enfrentamiento desencadenado por las ambiciones políticas de Perón, [lo que] llevaría al suicidio histórico de las izquierdas argentinas, destinado a perdurar por muchas décadas".<sup>10</sup> Así, la incapacidad del comunismo para ver el escenario de la "lucha de clases al descubierto" que se abría en junio del '45, sumado a la participación en la Unión Democrática, sellarían la suerte de aquella estrecha relación de la década pasada.

Es José Aricó quien, en una suerte de respuesta a Del Campo, postula que la crisis de la relación entre clase obrera y comunismo no debe buscarse en la forma en que estos últimos vieron al fenómeno peronista —su supuesto "error histórico"— sino, por el contrario, en la relación entre *clase* y *partido*. En palabras del autor, "el problema no reside, como creen algunos, en el hecho de que el PCA apoyó una coalición conservadora en lugar de inclinarse por la candidatura "obrerista" de Perón [...] el error de los comunistas no [hay] que buscarlo en su actitud frente al peronismo, sino más bien en su actitud frente a la clase obrera".<sup>11</sup> Durante la segunda mitad de la década de 1930, "[los comunistas] fueron, sin saberlo, uno de los instrumentos más poderosos para la conquista de una conciencia reivindicativa por parte de la clase obrera [...] creyendo trabajar como comunistas en el seno de la clase

<sup>10</sup> H. Del Campo, *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, CLACSO, 1983, pp. 231-232.

<sup>11</sup> J. Aricó, "Los comunistas y el movimiento obrero", en *La Ciudad Futura*, n° 4, marzo de 1987, p. 17.

trabajadora, eran en realidad elementos avanzados de la propia clase en la construcción de sus organizaciones [...] en tal sentido no era estrictamente necesario que existiera identidad entre sus propuestas políticas y su estrategia sindical [...] sólo bastaba con que no se contradijera". Es decir, según Aricó, los comunistas fueron "vanguardia" mientras sus propuestas políticas coincidieron con la "estrategia" de la clase obrera. ¿Y qué sucedió luego? Más adelante volveremos sobre este punto.

Por su parte, Hernán Camarero –en el trabajo ya citado– señala que el problema no fue intrínseco a la relación entre clase y partido. Según este autor, el PCA fue el partido con mayor crecimiento entre los obreros argentinos en el período inmediatamente anterior al golpe de Estado de junio de 1943; esta constatación –crucial para la historiografía del período– hace que para comprender la derrota del comunismo sea necesario contemplar la avanzada "desde afuera" que significó el peronismo. Esta avanzada, muchas veces violenta y apoyada en forma oficial por el Estado, explica en última instancia el triunfo del peronismo en la disputa por la conducción de los obreros argentinos.<sup>12</sup>

Frente a estas hipótesis sobre la crisis del comunismo, creemos que nuestra investigación puede aportar al desarrollo del debate, desde un estudio de caso que busca analizar la especificidad de la fracción metalúrgica de los trabajadores argentinos. Como ya mencionamos, la crisis de la dirigencia comunista del SOIM es anterior a la llegada de Perón a funciones de gobierno. Y si bien una vez constituida la UOM como sindicato paralelo es constatable la acción del Estado en la "derrota" del gremio dirigido por el comunismo, a través de la acción emprendida "desde afuera" por el peronismo, esta derrota no explica la crisis del comunismo en sí.<sup>13</sup>

Creemos que una forma de encarar este problema radica en ordenar el análisis en diferentes etapas: primero, comprender el desarrollo de los procesos de lucha protagonizados por los obreros metalúrgicos, que son primordiales en su proceso de conformación como fracción de clase; luego, analizar cómo –en esa coyuntura de conflicto– juegan su papel las organizaciones políticas y sindicales que reclaman su representatividad. De esta manera, no aislamos en el análisis la cuestión de la derrota del comunismo frente al peronismo,

<sup>12</sup> H. Camarero, art. cit., p. 152.

<sup>13</sup> A. Perelman, *Cómo hicimos el 17 de octubre*, Buenos Aires. Coyoacán. 1961, pp. 43-46. Es necesario aclarar que la UOM no nace peronista, sino que en sus orígenes encontramos el accionar de militantes y obreros de izquierda decepcionados con el SOIM. La "peronización" ocurre en los años posteriores, hacia mediados de 1944. Véanse H. Del Campo, ob. cit., p. 183; Torcuato Di Tella, *Perón y los sindicatos*, Buenos Aires. Ariel, 2003, p. 306.

sino que la insertamos en el proceso de lucha de clases. Lo que sigue, entonces, es la descripción de la huelga metalúrgica de 1942 y el análisis del papel que allí jugaron sus dirigentes comunistas.

## 2- 1942: Conflicto metalúrgico y tensiones al interior de una fracción de la clase obrera argentina

En la historiografía sobre la clase obrera argentina existe un solo trabajo que ha estudiado en profundidad la huelga metalúrgica de 1942, escrito por Roberto Elisalde. Si bien señala muchos aspectos que nosotros retomamos en esta investigación, es importante notar que su unidad de análisis es el SOIM en sí, y no la fracción de clase. Así, mientras Elisalde estudia las relaciones entre este sindicato, el Partido Comunista, el Estado y los empresarios del sector, nosotros centramos la mirada en el movimiento de la fracción metalúrgica; en su proceso de conformación a través del desarrollo del conflicto con el capital de esta rama. Desde esta perspectiva, la huelga de 1942 es una coyuntura fundamental para comprender ese proceso recién mencionado. Como momento de lucha abierta, se prolongó durante 18 días, entre el 26 de junio y el 13 de julio, lo cual la convierte, además, en una de las más importantes de toda la década, involucrando casi a 70.000 obreros.<sup>14</sup>

Sin embargo, nuestro análisis no va a limitarse sólo a los acontecimientos ligados a la huelga. Si bien el conflicto aquí estudiado implica un momento crítico en el desarrollo de la conflictividad entre una fracción del capital y de la clase obrera, este antagonismo, como todo movimiento de lo real, se muestra de diferentes formas y con distintos grados de intensidad. Creemos que sería un error equiparar todos los conflictos entre capital y trabajo en un mismo plano. Y sería incompleto estudiar dicha conflictividad observando sólo el accionar huelguístico sin comprender la incidencia de los conflictos surgidos, por ejemplo, a nivel planta y protagonizados por los mismos obreros que luego van masivamente a la huelga. En definitiva, aquí proponemos una visión articulada, que intenta relacionar todos los planos por donde discurre el enfrentamiento entre capital y trabajo, y que inciden de diferentes formas en el devenir de la fracción de clase estudiada.

<sup>14</sup> R. Elisalde, "Sindicatos en la etapa preperonista. De la huelga metalúrgica de 1942 a la creación de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM)", en *Realidad Económica*, n° 135, octubre-noviembre de 1995.

## 2.1 - La industria metalúrgica en la coyuntura de la huelga

A lo largo de la década del '30 y principios de los '40, el sector metalúrgico se desarrolla a un ritmo acelerado y se refleja en un importante incremento tanto de los establecimientos instalados como de la mano de obra utilizada.<sup>15</sup> Esta situación no escapaba a la percepción de los obreros ni a la del propio sindicato, quienes en agosto de 1942 señalaban que "la industria metalúrgica es un negocio próspero y en firme ascenso, cuyas utilidades llegan en muchos casos al 25% sobre el capital que representan, habiendo aumentado el 30% el número de establecimientos y casi el doble del valor de la producción en igual período de tiempo".<sup>16</sup>

Dentro de este escenario de crecimiento, nos interesa particularmente la incorporación de maquinaria en el proceso de trabajo y la percepción que los obreros tienen de este proceso. Un indicador interesante a observar es el incremento de la capacidad instalada. Para el caso de TAMET (una de las metalúrgicas más importantes) la relación entre ésta y la fuerza de trabajo era, en 1935, de 2,77 HP por obrero, y hacia 1944 se había casi duplicado, llegando a 5 HP por obrero.<sup>17</sup>

Este avance de la maquinización modifica la base del proceso productivo, impone al obrero de planta nuevos ritmos de producción y repercute en la relación capital-trabajo al interior de las fábricas, fundamentalmente en lo que hace al control del proceso de trabajo. En el período previo a la huelga de 1942, una dirigente del SOIM, afirmaba que "el trabajo a destajo y el *standard* no permite a los obreros moverse un minuto de la máquina".<sup>18</sup> Por otro lado, un estudio de caso realizado por Roberto Elisalde sobre la empresa SIAM revela el desarrollo de formas *tayloristas* y *fordistas* de producción para el período que nos interesa. En palabras del autor, "SIAM inicia en esta etapa un proceso de mayor tecnologización, el maquinismo tomará una forma objetiva, la de una mayor dirección de la máquina, que suplantará a la vigilancia directa, es decir al control del capataz y del supervisor. La

<sup>15</sup> Jorge Schvarzer, *La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1996, pp. 174-181.

<sup>16</sup> *La Hora*, 8/08/42.

<sup>17</sup> Leonardo Grande Cobián, "TAMET, crónica de una guerra. Concentración y centralización capitalista en la siderurgia argentina, 1870-1935", en *Razón y Revolución*, n° 10, primavera 2002, pp. 65-70.

<sup>18</sup> *La Hora*, 23/01/42.

forma de subordinación del trabajo consistirá en la interiorización por parte del trabajador de las necesidades objetivas del proceso laboral".<sup>19</sup>

La introducción de maquinaria permite al capital abaratar sus costos de mano de obra, reemplazando al obrero calificado y de oficio por obreros con menor grado de cualificación y alto nivel de especialización en una tarea concreta y limitada.<sup>20</sup> Un memorial del sindicato señalaba: "Debido al gran adelanto técnico y a la división del trabajo, la mayoría de los obreros se hacen prácticos en una o varias tareas que requieren pocos conocimientos técnicos".<sup>21</sup> Esto abre, además, la posibilidad de incorporar mujeres y niños sin experiencia de trabajo, quienes realizan iguales tareas por menores salarios:

"[...] los oficiales ganan \$4,80 por día [mientras que] las mujeres ganan \$2,10 por día [y] no hay diferencia en el trabajo que hacen con los hombres [...]" (Obreros de CATITA).<sup>22</sup>

"Uno de los hechos más graves, a mi criterio, es que las empresas metalúrgicas se orientan o mejor dicho ya lo han realizado en gran parte a reemplazar a los obreros por mujeres y jóvenes, pagándoles sueldos irrisorios y ello se realiza en todos los trabajos, hasta aquellos más pesados, insalubres, donde hay que desarrollar mucha fuerza y son peligrosos. Por ejemplo, en los talleres de San Martín y CATITA, las mujeres y los menores trabajan en la sección bulonería, realizando todos los trabajos que antes hacían viejos obreros torneros y mecánicos, que percibían hasta \$7, mientras ahora las mujeres perciben término medio de \$2." (Alba Tamargo, dirigente del SOIM).<sup>23</sup>

"[...] respecto de las mujeres, sostenemos el principio de que deben percibir la misma retribución que los hombres si realizan las mismas tareas [...]" (Declaración del SOIM durante el conflicto).<sup>24</sup>

"[...] tampoco hablemos del trabajo de las mujeres y de los menores que cada día son ocupados en mayor número en la industria metalúrgica por obra y gracia del adelanto técnico. Las mujeres ganan término medio \$2 por día, los jóvenes de \$2 a \$4 por día [...]"<sup>25</sup>

<sup>19</sup> R. Elisalde, "El mundo del trabajo en Argentina: control de la producción y resistencia obrera. Estudios sobre el archivo de la empresa Siam Di Tella (1935-1955)", mimeo facilitado por el autor, 2003.

<sup>20</sup> Karl Marx, *El Capital*, Tomo I, Capítulo XIII, México, Siglo XXI Editores (vol. 2), 1975.

<sup>21</sup> *La Hora*, 24/04/42.

<sup>22</sup> *La Hora*, 17/01/42.

<sup>23</sup> *La Hora*, 23/01/42.

<sup>24</sup> *La Hora*, 3/08/42.

Hasta aquí, entonces, vemos que los obreros metalúrgicos que van masivamente a la huelga en 1942 están afectados por un proceso de incorporación de maquinaria que implica cambios en el proceso de trabajo y en las condiciones en las cuales éste se desarrolla a nivel de planta. Paralelamente, estos mismos obreros están sufriendo un encarecimiento del costo de vida, por la carestía y la restricción de importaciones consecuencia del conflicto bélico internacional. En este contexto comienza el conflicto laboral.

## 2.2 - La huelga y la fracción metalúrgica de la clase obrera

A fines de 1941, el SOIM inicia una serie de asambleas que termina hacia febrero del año siguiente con la presentación a la patronal de un primer peticionario donde se incluyen tanto reclamos salariales como el cumplimiento de la Ley 11.729 de vacaciones anuales pagas, y en el cual se amenaza con una huelga ante el posible fracaso de las negociaciones. La patronal, por su parte, no se presenta al Departamento Nacional del Trabajo dado que rechazan el reclamo sindical entendiendo que “ya han dado el aumento”, que “desconocen la representación del sindicato” y que la ley en cuestión “no corresponde a los obreros industriales”.<sup>26</sup>

En abril, una nueva asamblea de obreros metalúrgicos analiza el accionar de la patronal y publica un memorial donde se describe de forma pormenorizada la situación de la rama y la de los trabajadores; en dicha asamblea se propone la creación de una Comisión de Laudo multisectorial encargada de la mediación entre las partes. Este memorial es presentado luego ante el ministro del Interior Dr. Culaciatti.<sup>27</sup> Evidentemente, el SOIM buscaba generar consenso en la opinión pública y entre los funcionarios gubernamentales sobre la justeza de sus demandas, y mostrar, al mismo tiempo, las intenciones conciliadoras y transigentes de la organización gremial frente a la permanente negativa de la patronal. Mientras se espera la respuesta del ministro, los industriales emprenden una ofensiva al interior de las fábricas contra los obreros que se basa fundamentalmente en suspensiones y despidos.

En los primeros días de mayo, en una nueva asamblea, el secretario general del SOIM, Muzio Girardi, comunica la negativa del ministro a crear la comisión arbitral propuesta y convoca a una nueva asamblea en el Luna Park para el día 28 con paro de media jornada.<sup>28</sup> En el interín, tanto los

<sup>25</sup> *La Hora*, 24/04/42.

<sup>26</sup> *La Hora*, 17/03/42.

<sup>27</sup> *La Hora*, 24/04/42.

<sup>28</sup> *La Hora*, 10/05/42.

industriales como el ministro Culaciatti niegan carácter general al reclamo por el aumento salarial.<sup>29</sup>

Para mediados de junio la situación no había mejorado, los contactos con el poder político no rendían frutos y los industriales seguían negando la posibilidad de cumplir las demandas de los obreros. Así, el 26 de junio se llama a una nueva asamblea en el Luna Park, junto con un nuevo paro de actividades. Los obreros responden masivamente a esta convocatoria. Ángel Perelman, dirigente sindical del SOIM, obrero de CATITA y futuro fundador de la UOM, menciona en sus memorias una concurrencia de 15.000 asistentes.<sup>30</sup> En esta asamblea, los metalúrgicos declaran la huelga, condicionando el levantamiento de la medida al logro de sus objetivos. En total, el paro se extiende durante 18 días; se producen innumerables detenciones de obreros y delegados –incluyendo la del propio Girardi–, y la policía clausura del local del sindicato. Durante el conflicto, los industriales siguen a la ofensiva, como lo demuestra por ejemplo el alto número de obreros suspendidos en SIAM (alrededor de 1.500). La medida de fuerza fue levantada en una asamblea del 13 de julio, ante la promesa del ministro de reincorporar sin represalias a los obreros suspendidos y de que la CGT se pondría al frente de las negociaciones.<sup>31</sup>

Respecto de la forma en la cual se decide el levantamiento de la huelga, Perelman aporta algo de información. Según el dirigente sindical, el SOIM divide la Asamblea General del 13 de julio en dos actos paralelos, uno celebrado en la Federación de Box de la Capital, el otro en el cine Rivas de Avellaneda. El motivo de esta fragmentación –siempre siguiendo los condicionados recuerdos de Perelman– es que los comunistas habían sido amenazados por el Ministerio del Interior; el Dr. Culaciatti les habría dicho a los dirigentes del SOIM que “o levantaban la huelga o los mandaban al Sur a todos y clausuraban el diario comunista *La Hora* [...]”.<sup>32</sup> En ambas asambleas Perelman menciona que hubo incidentes entre los obreros y los dirigentes del sindicato, quienes intentaban justificar la necesidad de levantar la huelga porque si no les estarían haciendo “el juego a los nazis”. También sugiere que actuó el aparato del Partido, intentando volcar la opinión de los concurrentes hacia la vuelta al trabajo. Y ante el fracaso de estos métodos, se producen actos

<sup>29</sup> *La Hora*, 20/05/42.

<sup>30</sup> A. Perelman, ob. cit., p. 31. Roberto Elisalde retoma también esta cifra de 15 000 asambleístas, seguramente siguiendo a Perelman. Véase R. Elisalde, “Sindicatos en la etapa preperonista?”, art. cit., p. 90. El periódico *La Vanguardia* del 27 de junio de 1942, menos arriesgado, menciona que se trató de “un acto multitudinario”.

<sup>31</sup> *La Vanguardia*, 1/07/42.

<sup>32</sup> A. Perelman, ob. cit., p. 32.

de violencia entre la “camarilla extragremial” y los obreros, que deben ser controlados por la policía.

Ahora bien, los dirigentes del SOIM no sólo reciben presiones desde el Estado para dar por concluido el conflicto, sino también desde el propio Partido. Así lo sugiere Muzio Girardi cuando afirma: “y el Partido me dijo, es decir [Vittorio] Codovilla [uno de los referentes principales del PCA]: nosotros no podemos estar permanentemente sosteniéndoles la huelga. Hay que darle curso a esto [...]”; o cuando menciona las intermediaciones del Partido para llegar a un acuerdo en forma directa con algunos empresarios de la rama, como por ejemplo con el propio Torcuato Di Tella de la empresa SIAM.<sup>33</sup>

Paralelamente a estas tensiones entre bases y dirigencia del sindicato y a las presiones que recibían éstos desde el Estado y el Partido Comunista, la situación laboral iba empeorando para los asalariados: ya levantada la huelga, el trabajo en las fábricas no se normalizaba, el personal no era reincorporado y el petitorio no se cumplía. Así, el 31 de julio se convoca una nueva asamblea de delegados y activistas del gremio, donde se resuelve elevar un nuevo ultimátum a la patronal en el cual se afirmaba que, en caso de que el ministro Culaciatti no emitiera una resolución favorable en el plazo de ocho días, los obreros metalúrgicos volverían a la huelga.<sup>34</sup> Es decir que, tras 18 días de huelga, después de un levantamiento poco claro de la medida de fuerza y a pesar de la represión policial y de la no consecución de ningún beneficio, los obreros, delegados y activistas metalúrgicos, siguen a la ofensiva.

Durante la semana siguiente, el discurso tanto del sindicato como el del periódico comunista *La Hora* se torna más y más agresivo; pero, al mismo tiempo, continúan su intento de generar consenso político para torcer el brazo de los industriales por medio del accionar del gobierno en favor de los obreros.<sup>35</sup> Paralelamente son denunciadas más represalias en las fábricas, donde los despidos y la acción de matones están a la orden del día.

Desde el Ministerio del Interior se emite una propuesta de establecer mínimos salariales y aumentos generales del 10%, sólo en el caso de que los salarios no fueran inferiores a dicho límite o bien ya hubieran sido aumentados en ese porcentaje desde el 15 de junio del año 1941. Ante esto el SOIM,

<sup>33</sup> Citado en R. Elisalde, “Sindicatos en la etapa preperonista?”, art. cit., pp. 92-93.

<sup>34</sup> *La Vanguardia*, 1/08/42.

<sup>35</sup> En *La Hora* se publican en esta semana numerosos reportajes a políticos y funcionarios —en particular diputados socialistas y radicales y dirigentes sindicales— donde la mayoría recalca la justeza del reclamo obrero y el empecinamiento de la patronal, en especial del sector más concentrado del capital.

a través de la CGT, entrega un nuevo petitorio con una contrapropuesta, discutiendo tanto los montos de esos salarios mínimos como la fecha para considerar como válido el aumento del 10%, reclamando nuevamente el cumplimiento de la ley de vacaciones, y solicitando la reincorporación de los obreros despedidos y suspendidos.<sup>36</sup>

Ahora bien, más allá de la retórica combativa del sindicato y del diario del Partido Comunista, la intervención oficial del ministro y de la CGT agregaba un cariz distinto al desarrollo del conflicto. Sobre todo, mostraba la contradicción en la cual estaban encerrados los dirigentes del gremio, dado que habían aceptado elevar un ultimátum surgido desde las bases del sindicato al mismo tiempo que apostaban a la firma de un laudo ministerial favorable a sus reclamos. Este doble juego estalla cuando se vence el plazo puesto por los obreros para retomar las acciones de lucha y aún el laudo no es más que una promesa.

El 8 de agosto es un momento clave para comprender el desarrollo posterior del conflicto. Este día debía celebrarse la Asamblea General del gremio en el Luna Park; allí era evidente que, debido a la evolución negativa del conflicto para los obreros, se resolvería la declaración de una nueva huelga. Pero suceden dos hechos para remarcar. Por un lado, miles de obreros, delegados y activistas se encuentran con el escenario de la asamblea cerrado por la policía (la misma que días antes había autorizado la realización de dicho evento) y se dirigen al local del SOIM para exigir las explicaciones del caso. Según *La Hora*, los trabajadores fueron informados allí de la nueva disposición policial. Pero, por otro lado, un comunicado emitido por la Comisión Directiva del sindicato sostiene que: "Dado el compromiso público de una pronta solución, que no dudamos será favorable a nuestra petición, *la CD de nuestro sindicato resuelve diferir la resolución que le confirió la Asamblea de Delegados, Comisiones Internas de Fábricas y Talleres y Activistas del gremio*, el 31 del mes próximo pasado".<sup>37</sup>

Es decir, el SOIM, a la vez que suspende la asamblea y deja sin efecto el plazo estipulado por el ultimátum antes mencionado, afirma que fue la policía la culpable de la no realización del evento. Es posible suponer que no sólo nosotros detectamos esta contradicción, sino que fue evidente para los propios protagonistas; tanto es así que dos días después es el propio sindicato el que, en un nuevo comunicado, aún necesita explicar su decisión de "diferir la puesta en práctica de la disposición de la Asamblea General" dado que "[vino] a probar una vez más el espíritu conciliador de la CD del sindicato".<sup>38</sup>

<sup>36</sup> *La Hora*, 3/08/42.

<sup>37</sup> *La Hora*, 9/08/42 (subrayado nuestro).

Ahora sí queda más claro lo sucedido: más allá de si efectivamente fue la policía la que suspendió la asamblea o si fue un arreglo entre el sindicato y el Ministerio del Interior, es evidente que la estrategia de la dirigencia del SOIM no incluía una nueva huelga, sino que, por el contrario, intentaba presentarse ante el Estado, la burguesía, la opinión pública y la propia clase obrera, como una instancia de negociación conciliadora y tolerante.

El 20 de agosto llegó el esperado laudo ministerial con mejoras leves en los salarios. El SOIM convoca entonces a una asamblea en el Luna Park, en la cual el laudo es aceptado, aunque se reconoce que el mismo está por debajo de lo reclamado.<sup>39</sup> Sin embargo, en los días siguientes, los obreros denunciarán el incumplimiento del laudo por parte de distintas empresas.<sup>40</sup>

Tras este breve relato de los acontecimientos, es interesante señalar que los dos aspectos mencionados al principio de este apartado (los cambios en el proceso de trabajo y el problema salarial) se manifiestan en el conflicto por carriles a veces similares, a veces diferentes. Ya desde los primeros petitorios elevados por el sindicato a la patronal la cuestión salarial aparece en primer plano. En enero de 1942 el reclamo es por un aumento en los salarios que va entre un 10% y un 25% según las categorías laborales, junto con el cumplimiento de la ley de vacaciones anuales pagas. Con el correr de los meses y luego de declarada la huelga, a estos puntos se sumará la cuestión de los obreros suspendidos.<sup>41</sup>

Sin embargo, no es en los petitorios oficiales del gremio donde aparecen los problemas surgidos a nivel del ámbito de trabajo. En los diarios *La Hora* y *La Vanguardia* (comunista y socialista respectivamente), las crónicas del conflicto nos permiten ver que las quejas de los activistas y de los obreros también incluyen cuestiones más cotidianas y que hacen al control de la fuerza de trabajo por parte del capital; éstas no figuran en la reproducción de los comunicados firmados por la Comisión Directiva del SOIM, sino en entrevistas realizadas por estos periódicos y —en su mayoría— en cartas de lectores que los propios obreros en conflicto envían a los diarios. Para nosotros, aquí se expresa la fuerte conexión entre el conflicto abierto y los cambios en el proceso de trabajo. Repasemos algunos de estos reclamos que, creemos, tipifican la experiencia de los obreros a nivel de planta:

<sup>38</sup> *La Hora*, 11/08/42.

<sup>39</sup> R. Elisalde, "Sindicatos en la etapa preperonista?", art. cit., p. 93.

<sup>40</sup> A. Perelman ob. cit., p. 33.

<sup>41</sup> Véase el petitorio del SOIM en *La Hora* del 16/01/42 y la contrapropuesta de este sindicato elevada al Ministro de Interior en *La Hora* 6/08/42.

“Esta es una verdadera cárcel [...] si un día se hace una pieza en diez minutos, enseguida el capataz pretende que se la haga en ocho, y si no se cumple vienen las suspensiones. Estamos vigilados hasta cuando vamos a los servicios. Se nos controla el tiempo para todo. Tenemos que estar inclinados en las máquinas toda la jornada.” (Obreros de CATITA).<sup>42</sup>

“En esta empresa se cometen muchas transgresiones a las leyes del trabajo. Los baños están en un estado tal, que nadie puede acercarse sin sentir asco. Las mujeres tienen que pedir la llave al capataz cada vez que necesitan ir al baño y cuando lo hacen dos veces en un turno, ya son objeto de una observación. En el trato de los obreros impera el *despotismo*, pues al que no se queda a trabajar después de la hora reglamentaria se le aplican varias horas de suspensión.” (Obreros de Miranda).<sup>43</sup>

Esta mención al despotismo que impera en las relaciones capital-trabajo es un tema central en el reclamo de los obreros metalúrgicos. Con el desarrollo del conflicto, esta cuestión va tomando distintas expresiones; una de ellas tiene que ver con la presencia de “matones” cuyo papel es el de provocar a los obreros en los lugares de trabajo y en sus inmediaciones. No sólo provocarlos, sino también golpearlos, perseguirlos y hasta hacerlos detener por la policía. Veamos:

“Con motivo de la preparación del anunciado paro [del 28 de mayo] y la gran asamblea en el Luna Park, el señor Di Tella que se llena la boca hablando de democracia, mientras su establecimiento es un verdadero *campo de concentración*, ha recrudecido las medidas represivas hasta poner elementos incondicionales en la puerta que pretenden pasar por policías, los cuales impiden incluso con ostentación de armas que sean repartidos volantes anunciando la asamblea del jueves.” (Nota del diario *La Hora*).<sup>44</sup>

“A los obreros sindicados como activistas del movimiento se les trata de provocar en distintas formas, con el fin de tener motivos para suspenderlos, teniendo que recibir toda clase de insultos y amenazas.” (Obreros de Miranda).<sup>45</sup>

“Matoncitos en la puerta de SIAM” (Titular de *La Hora*).<sup>46</sup>

<sup>42</sup> *La Hora*, 17/01/42.

<sup>43</sup> *La Hora*, 11/08/42 (subrayado nuestro).

<sup>44</sup> *La Hora*, 26/05/42 (subrayado nuestro). Nos interesa aquí la descripción de las medidas represivas mucho más que la exageración del redactor de la nota.

<sup>45</sup> *La Hora*, 11/08/42.

<sup>46</sup> *La Hora*, 21/04/42.

“Obreros de IMPA Querandíes denuncian la detención de dos obreros sin justificación [activistas del SOIM] [...] [y] responsabilizan a los directivos de la fábrica.” (Nota del diario *La Hora*).<sup>47</sup>

Es de notar que incluso los automóviles de los gerentes de distintas fábricas fueron utilizados para llevar a cabo detenciones similares a las recién mencionadas.<sup>48</sup> Estas atribuciones policíacas que se tomaban los patrones y los capataces de las principales industrias metalúrgicas a comienzos de la década de 1940 van de la mano con una concepción de la fábrica como lugar donde ese despotismo es desarrollado y donde el poder de mando del capital sobre el trabajo se lleva a cabo en contradicción con las leyes del Estado.<sup>49</sup> En la empresa IMPA, por ejemplo, tras la huelga comenzó a exigirse de los obreros la presentación de “Certificados de Buena Conducta” expedidos por la Policía como requisito para la incorporación o continuidad en el puesto de trabajo, lo que claramente constituye un acto de persecución política explícito al margen de toda disposición legal.<sup>50</sup>

Las expresiones de esta forma de entender las relaciones capital-trabajo desde la óptica de aquellos capitalistas son altamente elocuentes:

“El ministro manda en su casa.” (Miranda, propietario de la metalúrgica del mismo nombre).<sup>51</sup>

“En la empresa Broadway, un representante de la misma, al anunciar las represalias, manifestó que en el mencionado establecimiento mandaba él, y no el ministro del Interior.” (Obreros de Broadway).<sup>52</sup>

Vemos entonces que lo que sale a la superficie en estos momentos, junto con el deterioro salarial y el incumplimiento de la ley de vacaciones, son cuestiones que hacen a las relaciones entre capital y trabajo en el corazón del proceso productivo. Ya en el Capítulo XIII de *El Capital* es el propio Marx quien señala el surgimiento de este tipo de conflictos (que en términos *aggiornados* podríamos denominar de “relaciones de poder”) producto del avance de la concentración y centralización del capital en las distintas ramas de la división social del trabajo y del incremento de la composición

<sup>47</sup> *La Hora*, 6/03/42.

<sup>48</sup> Entrevista a Rudecindo Rivas, obrero de Broadway, en *La Hora*, 2/08/42.

<sup>49</sup> Véase para este tema Jean Paul De Gaudemar, *El orden y la producción. Nacimiento y formas de la disciplina de fábrica*, Madrid, Trotta, 1991.

<sup>50</sup> Archivo de Legajos de Personal de IMPA.

<sup>51</sup> *La Hora*, 11/08/42.

<sup>52</sup> *La Vanguardia*, 13/07/42.

orgánica del capital por el proceso de maquinización.<sup>53</sup> Este proceso de transición hacia la gran industria —y las distintas mutaciones posteriores que la competencia capitalista genera en este tipo social de producción— implica cambios en la forma de aplicación de la fuerza de trabajo en el proceso de valorización, con sus correspondientes formas de control de la producción y del proceso de trabajo.

Estos cambios impactan también al interior mismo de la fracción obrera metalúrgica. Ya mencionamos que el conflicto salarial y por vacaciones pagas ocupa casi exclusivamente el reclamo elevado tanto al Estado como a los industriales a través del sindicato, mientras que el problema de las condiciones de trabajo (y de las “relaciones de poder”) al interior de las fábricas se expresa sólo a través de los propios obreros y activistas. También vimos que, mientras los trabajadores, tras 18 días de huelga, seguían a la ofensiva, el SOIM apostaba a que la intervención de la CGT resolvería el conflicto a favor de los obreros, acrecentando la presión del gobierno sobre la patronal. Esta tensa relación entre las bases y la dirigencia de los metalúrgicos está latente en todo el período analizado y no sólo en los días de huelga.

¿Cómo pensar dicha tensión bases-dirigentes? ¿Tiene relación con la crisis del SOIM? A primera vista se nos plantean tres escenarios posibles. El primero sería el de una burocratización del gremio, donde los dirigentes estarían defendiendo sus propios intereses más que los surgidos de los conflictos protagonizados por los obreros. Un segundo escenario nos plantea la posibilidad de que las masas obreras se encontrarían en un momento de superación de la organización que hasta entonces los contenía, pero reivindicando objetivos inmediatos y más bien “espontáneos” que —a los ojos de los dirigentes— pondrían en peligro la organización misma. Por último, una tercera posibilidad sería el surgimiento de una dirigencia alternativa que estaría disputando la conducción del gremio y que reforzaría aún más la tensión entre las bases y la dirigencia del momento.

Con respecto a la burocratización del sindicato metalúrgico, creemos que no es un escenario factible, no sólo en relación con este período de la historia del sindicalismo argentino, sino a través de la crónica de los propios acontecimientos, donde —por ejemplo— vemos desarrollarse una dinámica asamblearia en la cual los dirigentes deben rendir cuentas en forma permanente ante los activistas y las bases. Además, vemos que los dirigentes sindicales comparten codo a codo la lucha con los trabajadores al punto tal que —como vimos— el

<sup>53</sup> K. Marx, ob. cit.; J. P. De Gaudemar, ob. cit.

propio Muzio Girardi es uno de los detenidos en los momentos más álgidos del conflicto.

Si pensamos en un posible segundo escenario, aún no hemos encontrado instancias en las cuales la lucha se haya radicalizado tanto que los dirigentes comunistas del SOIM no hayan podido encauzarlas en sus manifiestos y reclamos a la patronal y al Estado. Sólo hay una breve mención de una manifestación espontánea exigiendo explicaciones en la puerta del sindicato el día en que fue suspendida la asamblea que posiblemente habría declarado nuevamente la huelga general del gremio.<sup>54</sup>

Por otro lado, no encontramos rastros de una dirigencia alternativa al SOIM consolidada *previamente* y que interviene en la huelga para disputar la conducción de los acontecimientos. Pero sí disponemos de algunos indicios que nos conducen a pensar que es *durante* el desarrollo del conflicto cuando se va forjando una oposición al interior de la fracción metalúrgica. Al respecto, el propio Muzio Girardi, en la asamblea de delegados y activistas del gremio del 31 de julio, denuncia “maniobras divisionistas” por parte de “quinta columnistas” y de la “Alianza de la Juventud Nacionalista”.<sup>55</sup> En este mismo sentido, unos meses antes el secretario general del SOIM subrayaba que “el SOIM es el *único* representante de los obreros y obreras que trabajan en el metal en la Capital y pueblos suburbanos”.<sup>56</sup> Y por último, *La Hora* hace mención a un episodio en el cual activistas comunistas del sindicato persiguen y golpean a militantes trotskistas que habrían estado “volanteando” en la puerta de una fábrica metalúrgica de Avellaneda (aunque el diario del PC se cuida muy bien de mencionar el nombre de los agredidos, ni si se trata de obreros metalúrgicos o de militantes políticos ajenos a la fábrica en cuestión). De la misma manera podemos comprender los disturbios mencionados por Ángel Perelman ocurridos –como ya mencionamos– en las dos asambleas paralelas que decidieron el levantamiento de la medida de fuerza.

Recién en 1943 es cuando la lucha entre dirigencias rivales se hace explícita, con la aparición de la UOM. Esta disputa comienza a resolverse un año después, luego del encuentro entre el propio coronel Perón y una dele-

<sup>54</sup> *La Hora*, 9/08/42.

<sup>55</sup> *La Hora*, 1/08/42.

<sup>56</sup> *La Hora*, 24/04/42. (Subrayado nuestro).

gación del nuevo sindicato, culminando en la crisis definitiva de la dirigencia comunista de los obreros metalúrgicos.<sup>57</sup>

Ahora bien, esta crisis no sólo se expresó en la desaparición del SOIM. Más aún, el ascenso del peronismo fue concomitante con una desvinculación cada vez más tajante entre comunismo y clase obrera. Creemos que el caso de los metalúrgicos puede aportar elementos para comprender la relación entre estos dos procesos.

### 3 - Conclusiones

Los pocos analistas de la historia del movimiento obrero que mencionan el conflicto metalúrgico de 1942 en su mayoría acusan al PC y al SOIM de haber “entregado” la huelga –por culpa de su política internacionalista y antifascista– en manos de los “democráticos” industriales argentinos. Así, no hacen más que seguir a pies juntillas los escritos de Ángel Perelman, confundiendo lo que en este autor son “memorias” de lo que es intencionalidad política. Perelman, autocaracterizado como integrante de la “izquierda nacional”, defensor de las tesis de Abelardo Ramos sobre el origen del peronismo, fue quien no hizo más que adaptar la noción de “traición” –elaborada previamente para explicar la crisis del Partido Comunista–, al caso particular de los dirigentes del SOIM. En otras palabras, estaríamos en presencia de un caso que ejemplifica la inoperancia de la “izquierda cipaya” en la organización del movimiento obrero argentino.

Nosotros creemos que la cuestión no puede resolverse de forma tan sencilla. Claro está que en la organización de las asambleas que deciden el levantamiento de la huelga primero, y luego la aceptación del laudo ministerial, hay manejos poco claros por parte de la dirigencia del SOIM. No obstante, no creemos que se trate de una simple “traición”. Por el contrario, pensamos que el problema de la relación entre bases y dirigentes debe analizarse en movimiento respecto de la evolución del conflicto. Como vimos, la intervención de la CGT y del Ministerio del Interior en la misma semana que regía el ultimátum elevado por la asamblea de delegados y activistas, ponía en una situación con márgenes de maniobra cada vez más estrechos al sindicato. Por un lado, las bases presionaban por una nueva huelga; por otro lado, las instancias “legales” –reconocidas e impulsadas por el propio SOIM desde los

<sup>57</sup> Perelman, A., ob. cit., pp. 43-46. Roberto Elisalde señala también que los propios protagonistas de la fundación de la UOM reconocen en el “fracaso” de la huelga la crisis del SOIM y la génesis de esta nueva agremiación. Elisalde, R., “Sindicatos en la etapa preperonista?”, p. 99.

comienzos del reclamo salarial— ya estaban intercediendo en el conflicto, aunque con sus propios tiempos. El sindicato, a lo sumo, tuvo que optar entre “cuidar” a una organización casi no reconocida por la burguesía industrial (pero sí por la CGT y por el Estado) o retornar a un proceso de huelga de final incierto; y en una coyuntura donde la principal virtud reconocida al SOIM por la mayoría de los políticos encuestados por *La Hora* era justamente el carácter “conciliatorio” del gremio.<sup>58</sup> Por otro lado, es probable que hayan surgido roces entre los líderes del Partido —obviamente alejados del calor de la huelga— y los propios dirigentes comunistas del sindicato, quienes tenían que enfrentar permanentemente los reclamos de los trabajadores.

¿Cómo explicar, si no es en términos de “traición”, la crisis del SOIM? ¿Cómo explicar la crisis de la dirigencia comunista de la fracción metalúrgica de la clase obrera si no es “desde afuera”, por la política de Perón de combatir a la izquierda sindical? Sólo podemos mencionar a esta altura de la investigación y como hipótesis de trabajo— que la clave podría hallarse, retomando en cierta manera la sugestiva afirmación de Aricó, en la relación entre *clase* y *partido*, en la cual quedaron encerrados los dirigentes comunistas del SOIM. ¿Cuál era la *estrategia* de la *clase obrera* en este período? ¿Cuál era la de los *partidos* que —buscando convertirse en la vanguardia consciente de esa clase— pretendían expresar sus intereses?<sup>59</sup>

Desde nuestra perspectiva, las huelgas de 1942 se insertan como una instancia fundamental en el ciclo abierto en 1936 del desarrollo de la lucha de clases. Los metalúrgicos —al igual que las demás fracciones de la clase obrera— planteaban una estrategia de inserción democrática en el régimen político. Pero esta estrategia no existía como un ente externo a la clase misma ni como una suerte de “plan divino” ejecutado más allá de la voluntad de los obreros, sino que se iba construyendo a través de las diferentes instancias de conflicto surgidas de la dinámica de la relación entre el capital y el trabajo. La estrategia de la clase obrera, así, sólo puede ser concreta, encontrando soluciones parciales al interior de los marcos del sistema político. Sin embargo, la estrategia sindical del PCA —representada en este caso por el SOIM—, en lugar de surgir desde los conflictos y los reclamos concretos de los trabajadores, lo hizo desde la línea política del partido, la cual —en una particular interpretación de los conceptos leninistas de “vanguardia” y “partido”— se establece de forma “externa” a la clase. Sirven de ejemplo las siguientes palabras del propio Muzio Girardi:

<sup>58</sup> Entrevistas a los diputados Mercader, Palacio, Cisneros y otros en *La Hora* en las ediciones del 1/08/42 al 11/08/42.

<sup>59</sup> Iñigo Carrera, N., *ob. cit.*, p. 270.

“La táctica era que nosotros no declaráramos la huelga. La huelga la tiene que declarar la asamblea. No la dirección. Entonces, hablando, el delegado va echando leña al fuego. . . Ya hay un clima de lucha. . . y empieza en la tribuna y gritando: ¡Huelga! ¡Huelga! [. . .] de esta manera vamos ganando gente. . . estaban enardecidos. . . querían la huelga”.<sup>60</sup>

Esta conclusión también puede extraerse observando la dinámica del conflicto. Al comienzo de éste vimos que el problema salarial fue convertido por el sindicato en la *reivindicación* de los metalúrgicos, mientras que las quejas en referencia al incremento por parte del capital del control del proceso de trabajo directamente fueron obviadas, sólo mencionadas al interior de las unidades productivas, sin ocupar nunca un lugar de importancia en las negociaciones y en las declaraciones públicas del SOIM. Claro está que los mecanismos institucionales en los cuales pretendía el sindicato resolver el conflicto salarial difícilmente fueran –en este entonces– el marco adecuado para plantear aquellas quejas de los obreros respecto de las condiciones de trabajo, ya que éstas implicaban un cuestionamiento cierto del poder de mando del trabajo sobre el capital.<sup>61</sup> No obstante, el problema principal no fue que la conducción sindical hubiera operado una distinción en las demandas de los obreros; lo más importante en este caso es que –a los ojos de los trabajadores– ni siquiera las que sí convirtieron en bandera de lucha fueron conseguidas. Esta brecha entre los trabajadores y los dirigentes del sindicato, que no había impedido en principio el desarrollo de uno de los conflictos entre capital y trabajo más importantes del período, se convirtió en una separación casi definitiva cuando la dirigencia comunista del SOIM, atravesada por las distintas presiones cruzadas analizadas en este trabajo, decide no continuar con el proceso de lucha –como reclamaban los obreros– y aceptar una negociación con la patronal y el Estado bastante alejada de las pretensiones de los propios trabajadores.

Creemos, por lo tanto, que la crisis del SOIM se genera por el surgimiento de una nueva dirigencia sindical, la cual se conforma –a su vez– al calor de la lucha de los obreros contra el capital de la rama de la producción a la que pertenecen, y que luego se constituye en cabeza del movimiento obrero metalúrgico a causa de las tensiones previamente existentes entre las bases, los

<sup>60</sup> Entrevista realizada en 1989 por Roberto Elisalde, “Sindicatos en la etapa preperonista. . .”, p. 91 (subrayado nuestro).

<sup>61</sup> Cuestionamiento que, teniendo en cuenta los trabajos de Louise Doyon, recién se generaliza con posibilidades reales de llevarlo a la práctica en el período 1946-1955, con el auge de las comisiones internas. Véase L. Doyon, “La organización del movimiento sindical peronista (1946-1955)”, en *Desarrollo Económico*, vol. XXIV, n° 94, julio-septiembre de 1984.

dirigentes comunistas del sindicato, y el propio Partido Comunista Argentino. Parafraseando al mencionado José Aricó, los metalúrgicos abandonaron el SOIM porque dejaron de reconocerlo como propio frente a la oportunidad de crear una nueva estructura.

¿Acaso ésta sea la clave para pensar el porqué de la posterior adhesión de la UOM al peronismo, en lugar de los efectos de la “modernización”, de la “movilización social”, o del carácter “disponible” de las masas de obreros nuevos? ¿Acaso la “racionalidad” de dicha adhesión tiene su arraigo “material” en reivindicaciones cumplidas luego de 1943 al interior de los márgenes del sistema? ¿Acaso la identidad peronista no se construye sobre esas mismas bases?

Si esto fuera así, lo que nos interesa señalar es que en el cumplimiento efectivo de esas reivindicaciones no puede sólo señalarse el carácter “paternalista” del régimen peronista, sin comprender que es en las diferentes luchas protagonizadas por la clase obrera –tanto en su conjunto como las que implicaron por separado a sus distintas fracciones– donde reside la clave para comprender el origen del peronismo. Del estudio de estos conflictos “preperonistas” –fundamentalmente los desarrollados durante 1942– quizás podamos, más adelante, discernir si el caso del SOIM aquí presentado se trata de una instancia particular de un movimiento general, o de una “rareza” de la historia.

### Resumen

El texto propone una reflexión sobre el proceso iniciado con el conflicto laboral que los obreros metalúrgicos protagonizaron en 1942. Si bien la unidad de análisis se centra en la huelga de julio de ese año, el objeto de estudio intenta ser la conformación de la fracción obrera metalúrgica como sujeto social y la relación con su dirigencia. Con la mirada puesta en el conflicto, se intenta comprender el proceso de ruptura que ocurre entre esta fracción de la clase obrera y su organización político-sindical (SOIM - Sindicato Obrero de la Industria Metalúrgica), conducida hasta ese entonces por el Partido Comunista Argentino. Ante la crisis de esta organización, surgirá un nuevo sindicato, la UOM, que entroncará tiempo después con el emergente movimiento peronista. Se intenta también revisar la hipótesis que explica la crisis de los partidos de izquierda en relación con la clase obrera argentina como consecuencia del embate del peronismo. En este caso, el análisis del conflicto de 1942 conduce a pensar que la crisis comunista es un proceso con una dinámica propia, cuya causa habrá que buscarla más en la dialéctica entre "clase obrera" y "partido", que en la disputa del PCA con el peronismo.

**Palabras-clave:** Huelga; Sindicatos; Obreros metalúrgicos; Comunismo.

### Abstract

This paper studies the process initiated by the laboral conflict in 1942, in which the metallurgical workers had the leading role. Even though we focus on the strike that started that year in July, what we are trying to understand is the process through which the workers become a social subject and in this, their relationship with their leaders. As we analyse this conflict, the intention is to comprehend the fracture that takes place between this fraction of the working class and their Union (SOIM - Union Workers of the Metallurgical Industry), leadered up until this time by the Argentinian Communist Party. In consequence of the SOIM crisis, a new union is organised, the UOM (Union of the metallurgical workers) which will later join the newly rising peronist movement. We will also revise the traditional theory which explains the crisis of the Left Parties with the argentinian working class as a consecense of the drive of peronism. In this case, analysing the conflict in 1942, we can understand that the crisis of communist leadership has its own dynamic. The roots of this crisis can be better understood in the dialectics between "working class" and "political party" and not through the dispute between the Communist Party) and Peronism.

**Keywords:** Strike; Trade-unions; Metallurgical workers; Communism.



# El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina<sup>1</sup>

Enrique Garguin<sup>2</sup>

La clase media suele ocupar un lugar significativo en los estudios sobre el siglo XX argentino protagonizando, por ejemplo, los procesos de modernización y democratización de las primeras décadas. En ocasiones, incluso, *ella* se nos presenta formando gobierno de la mano de la UCR. Pero una perplejidad acecha al historiador. No me refiero a la exigua cantidad de estudios específicos sobre una clase aparentemente tan relevante,<sup>3</sup> sino a la aún más llamativa escasez de menciones en las fuentes de la primera mitad del siglo XX. En efecto, recién a mediados de siglo la circulación del término se hizo frecuente y emergió una representación relativamente sistemática de la clase media argentina. Entonces sí –ya fuera para glorificarla o para denostarla– algo se impuso a todos como evidente: la clase media constituía un actor palpable, con varias décadas de existencia y actuación públicas. Argentina podía incluso ser considerada un “país de clase media”, aunque el uso previo de la expresión hubiera sido muy infrecuente. Hacia 1950 la clase media como sujeto digno de consideración constituía, en verdad, un fenómeno reciente, un *descubrimiento* producido al calor del cimbronazo social, político y cultural que representó el peronismo. Y este no es un dato menor a la hora de encarar su estudio.

Sin dudas, el proceso de formación de lo que hemos dado en llamar la clase media argentina encierra diversas temporalidades y contiene múltiples dimensiones económicas, sociales, políticas y culturales. Pero la construcción

---

<sup>1</sup> Una versión previa del análisis que aquí se hace sobre los trabajos de G. Germani, J. L. Romero y A. Jauretche, se presentó en “Refiguring the Americas: Disciplines, Genres, Histories”, LACC, Stony Brook, 2002, bajo el título “The Discovering of the Middle Class as a Political Agent: Middle Class Intellectuals and Peronism”.

<sup>2</sup> CISH-UNLP. Email: egarguin2002@yahoo.com.ar

<sup>3</sup> Enrique Garguin, “La formación histórica de la clase media en Argentina. Una aproximación bibliográfica”, en *Apuntes de Investigación del CECYP*, n° 11, Septiembre de 2006, pp. 228-239.

de una identidad de clase media sólo se hizo patente cuando distintas posiciones, experiencias y prácticas fueron “articuladas” en torno del significante clase media; esto es, cuando la diversidad inherente al conjunto fue subsumida por una “lógica equivalencial”, que mediante la exclusión simultánea de un otro (o de unos otros) permitió el “cierre” (siempre parcial) y la totalización (inestable) del grupo.<sup>4</sup> En el caso que nos ocupa, tal articulación implicaba un quiebre con el modo dominante previo de concepción de lo social: a una clase dominante, caracterizada frecuentemente como oligarquía, se le oponía sencillamente el pueblo, considerado como único e indivisible (sí bien, seguramente, diverso y heterogéneo). El presente trabajo intenta mostrar que el pasaje desde una representación bipartita de la sociedad – sintetizable en la dicotomía pueblo/oligarquía– hacia otra tripartita –entre el pueblo y la oligarquía se introdujo la recién descubierta clase media– tuvo su momento clave con la emergencia del peronismo.

## Escasa circulación e inestabilidad del concepto de clase media

La búsqueda documental de una representación coherente y reiterada de la clase media argentina durante la primera mitad del siglo XX ha resultado infructuosa.<sup>5</sup> El término aparece aquí y allá, como no podía ser de otro modo con un vocablo de amplia difusión en el mundo occidental. Pero, sorprendentemente, no parece haber cuajado en el universo político-cultural argentino que insistió en representarse a sí mismo a través de oposiciones binarias del tipo pueblo/oligarquía. En este sentido reflexionaba un personaje de *El Puente*, obra teatral de Gorostiza estrenada en 1949: “Vea. Antes las clases sociales eran dos. Aquí estaban los de arriba y aquí estaban los de abajo. Ahora no.” Pero aún entonces lo que el personaje descubría no era una clase intermedia entre “los de arriba” y “los de abajo”: “Ahora todo está más entretreverado –continuaba–. Ahora hay una escalera. Eso es. Una escalera. Cada uno tiene un escalón. Unos están debajo de todo y otros arriba, pero hay un montón de escalones llenos de gente”.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Tomo la noción de articulación de Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

<sup>5</sup> A mi propia búsqueda en diversas fuentes, se suman las realizadas por Patricia Romer, *La clase media urbana en la literatura nacional, 1880-1930*, Tesis de Licenciatura en Historia, FFyL, UBA, 1998 y Ezequiel Adamovsky, “Acercas de la relación entre el Radicalismo argentino y la ‘clase media’ (una vez más)”, Seminario *Desarrollos en la investigación histórica y etnográfica sobre las clases medias en la Argentina*, IDES, Buenos Aires, 2005.

Lamentablemente, no podemos profundizar en el análisis de casos puntuales por cuestiones de espacio, pero algunas menciones –que destacan precisamente por su rareza– servirán para mostrar la indefinición e inestabilidad semántica de la expresión.<sup>7</sup> En las publicaciones periódicas de la Asociación de Maestros de la Provincia de Buenos Aires entre 1903 y 1920, aparece sólo una mención a la clase media. En ella un maestro, I. S. Ramos, rechazaba ser relacionado con una clase media que identificaba con el *dandysmo* y con un modo de vida fundado en la apariencia, el *cropeí* y la simulación.<sup>8</sup> Diez años más tarde, en *La maestra normal*, Manuel Gálvez la ponía en boca de su protagonista –que tomaba distancia del mote, dando a entender que no comprendía cabalmente tal categorización– para nombrar a personajes humildes de una pueblerina capital de provincia –ubicados por encima tan sólo de los “indios” y el “chinerío” arrabalero–.

En los años treinta, la expresión clase media circula con algo más de frecuencia, aunque sin siquiera acercarse a la ubicuidad que adquirirá tras la caída de Perón. Roberto Arlt, por ejemplo, que durante los años veinte no utilizaba la expresión, dedica ácidas imprecaciones a una escasa definida clase media de “vida gris” y “voluntad tarada” en *El amor brujo*, de 1932; Scalabrini Ortiz la usa en una ocasión, en *El hombre que está solo y espera*, como sinónimo de porteño; y en 1936, Julio Barcos publica en la revista *Hechos e Ideas* un largo opúsculo titulado “El trágico destino de la clase media”, en el que la expresión aparece prácticamente como sinónimo de intelectuales.<sup>9</sup>

<sup>6</sup> Carlos Gorostiza. *El puente*. Buenos Aires, Ediciones de Losange, 1954, p. 58; también citado en Alberto Ciria, quien considera “algo envejecida” su estructura dramática basada en la contraposición bipolar entre las vidas del ingeniero acomodado y el obrero, confundidos en su común humanidad por la muerte: *Política y cultura popular. La Argentina peronista, 1916-1955*, Buenos Aires, Ediciones de la flor, 1983, p. 239. También Jorge Newton utilizó la metáfora de la escalera pero para describir la composición interna de la clase media (ver *infra*).

<sup>7</sup> A fines del siglo XIX, Sarmiento emplea la expresión en su *Conflicto y armonía de las razas* para denotar, principalmente, la ausencia de una burguesía progresista en América Latina. Un sentido similar le otorga José Ingenieros en su *Sociología Argentina*. En el campo literario finisecular, lo usa Antonio Argerich en la introducción de *¿Inocentes o culpables?* señalando, sin más especificaciones, que la segunda o tercera generación de los inmigrantes que denuesta se “incorporan a la clase media”. Pero la expresión no aparece en *Potpourri. Música sentimental, En la sangre* ni en *Sin Rumbo*, de Eugenio Cambaceres; tampoco en *Tres narraciones vulgares*, de Carlos O. Bunge; en *Juvenilia*, de Miguel Cané; ni *Jettatore, Las de Barranco, Locos de verano*, de Gregorio de Laferrere.

<sup>8</sup> Enrique Garguin, “Género y clase en la construcción social del magisterio”, ponencia presentada a las *X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*, Rosario, 2005.

<sup>9</sup> E. Adamovsky, *ob. cit.* para un análisis más detallado no sólo del caso de Barcos, sino también de la mayor circulación de la expresión clase media entre ciertos grupos radicales

Burguesía, familias humildes, *dandys snobs* con los maestros explícitamente afuera, empleados de voluntad tarada, porteños, intelectuales... Lo que sorprende no es sólo la escasa circulación del término, sino también la ausencia de una representación más o menos coherente y sistemática de alguna idea de clase media argentina, tal y como aparecerá en la segunda mitad del siglo.

## Primera sistematización importada

En 1942, Gino Germani lanzó desde el Instituto de Sociología de la UBA un ambicioso proyecto para analizar en forma sistemática la clase media porteña. Significativamente, Germani explicitaba que la inspiración no provenía de la realidad sociopolítica argentina sino de la postulada relación entre clase media y fascismos europeos.<sup>10</sup> Inspirado en Maurice Halbwachs, Germani partía de un concepto complejo de clase social en el que “cierta unidad interna” se conjugaba con “ciertos contenidos de conciencia [...] capaces de manifestarse en determinados tipos de conducta.” Distintos grupos ocupacionales se hallaban unidos, más allá de sus especificidades, por un “juicio de valor” que ordenaba de manera jerárquica los distintos grupos, generando en el interior de la clase un “nexo jerárquico” entre sus miembros que los unificaba entre sí al tiempo que los diferenciaba de los otros. Finalmente, este nexo jerárquico y aquel juicio de valor no se desprendían directamente de la actividad profesional de sus partes componentes, sino de su “tipo de existencia” concomitante (educación, costumbres, valores, nivel de vida).<sup>11</sup> Pero aquí Germani se encontraba con un problema metodológico clave: ¿dónde comenzar la investigación? El carácter históricamente variable de las clases medias y la ausencia total de estudios previos hacían difícil, si no imposible, recortar a la clase media como objeto. Su respuesta fue pragmática: decidió comenzar por los grupos socio-ocupacionales que componían la clase media en los países europeos donde ya había sido estudiada. Germani partía así de una *hipótesis de trabajo* que le daba a la clase media argentina la misma composición que a su contraparte europea. Remarco este carácter hipotético porque será *olvidado* en sus posteriores escritos; y más importante aun: los

durante los años treinta y E. Garguin, “Los argentinos descendemos de los barcos”. *The Racial Articulation of Middle-Class Identity in Argentina (1920-1960)*, en *Latin American & Caribbean Ethnic Studies*, 2: 2, September 2007, para el caso de Scalabrini Ortiz.

<sup>10</sup> Gino Germani, “La clase media en la ciudad de Buenos Aires. Estudio Preliminar”, en *Boletín del Instituto de Sociología*, n° 1, 1942, p. 105.

<sup>11</sup> *Idem*, pp. 106-7.

grupos incluidos hipotéticamente por él dentro de la clase media serán luego retomados por innumerables autores con fuerza de verdad. El proyecto no prosperó: Germani alcanzó a dar el paso siguiente con la planificación de una encuesta acerca de la utilización del tiempo libre por los individuos de la clase media porteña, pero el trabajo fue interrumpido hacia 1944-45 sin que sus conclusiones vieran la luz<sup>12</sup>.

Hacia fines de la década de 1940, la Unión Panamericana (UP) creyó necesario estudiar las clases medias latinoamericanas pero por razones opuestas a las de Germani. El interés no fue ya la relación entre el surgimiento del fascismo y las frustradas clases medias, sino aquella que ligaba (presuntamente en forma positiva) los procesos de modernización y democratización con la existencia activa de clases medias.<sup>13</sup> Invitado a escribir sobre el caso argentino, Germani aportó un texto en el que avanzó algo sobre sus pasos previos, aunque se mantuvo cauteloso, ya que la falta de investigaciones básicas limitaba las posibilidades de profundizar en el tema.<sup>14</sup> De todos modos, el suceso resulta significativo por cuanto muestra a las claras la circulación transnacional de diversos discursos sobre la clase media. Con el presupuesto de que la clase media podía tener "una importancia decisiva para la estabilización de los problemas mundiales",<sup>15</sup> la UP envió a los colaboradores unas "sugerencias" en las que solicitaba concluir con apreciaciones acerca de la "influencia de la clase media sobre la vida política, económica, social y religiosa", la estimación del posible crecimiento de tal influencia y una valoración de sus efectos para la "estabilidad política y las formas democráticas de gobierno".<sup>16</sup>

En sus conclusiones, Germani siguió puntualmente las sugerencias formuladas por la UP. Consideró que desde fines del siglo XIX la clase media había experimentado tan asombroso crecimiento, como consecuencia de la inmigración y la urbanización, que de hecho debía considerársela una nueva formación con tradiciones débiles sobre las que procesar sus experiencias. Las consecuencias para el país habían sido claramente auspiciosas durante las tres primeras décadas del siglo XX, cuando la clase media "se afirmó

<sup>12</sup> *Boletín del Instituto de Sociología* (sección: «Investigaciones del Instituto de Sociología»), n° 2, 1943, pp. 203-209, y n° 3, 1944, pp. 237-240.

<sup>13</sup> Theo Crevenna, "Prefacio", en Unión Panamericana (UP), *Materiales para el estudio de la clase media en la América Latina*, I, Washington, UP, 1950, pp. iii-xiv.

<sup>14</sup> Gino Germani, "La clase media en la Argentina con especial referencia a sus sectores urbanos", en UP, *ob.cit.*, pp. 1-33.

<sup>15</sup> UP, *ob.cit.*, "Suplemento II. Sugerencias para el estudio de la clase media en la América Latina", p. 94.

<sup>16</sup> *Idem*, p.100.

como una fuerza progresista que contribuyó no poco a transformar una democracia puramente formal en una más efectiva” y la mayor parte de sus miembros apoyó activamente a la UCR y a otros partidos que “expresaban sus intereses y sus ideales”.<sup>17</sup> La clase media es aquí mucho más que un conjunto de ocupaciones: conforma un sujeto social y político concreto, una “fuerza progresista” con “sus intereses y sus ideales”. No obstante lo cual, a partir de 1930, la creciente complejidad del país y de la clase analizada “contribuyeron a hacer incoherente y contradictorio el significado político de la clase media”. Por ello, dada la reciente reducción de las diferencias materiales entre las clases media y obrera, y teniendo en cuenta el sentido “francamente antidemocrático” que había tomado la primera en otros casos, Germani creía difícil poder asegurar que la clase media siguiera cumpliendo un rol progresista.<sup>18</sup> Sin embargo, Germani ya no tenía como referente al fascismo europeo sino a otras formas de autoritarismo y, aunque no podía predecir la conducta de la clase media argentina, se mantenía optimista. Las razones de esto eran múltiples. Germani explicitaba que la clase media no había perdido demasiado terreno respecto de la clase obrera, y ponía énfasis en la debilidad de sus tradiciones jerárquicas, debida a su reciente formación. Pero seguramente debió pesar el hecho de que para él —como para tantos otros intelectuales de la época— el fascismo ya se había materializado en el peronismo. Claro que con la peculiaridad de que el peronismo no se apoyaba en la clase media sino en el proletariado o en lo que Germani llamaría las “masas en disponibilidad”.<sup>19</sup> Tal vez fuera ésta también la razón por la que Germani había abandonado su proyecto de estudiar la clase media alrededor de los años 1944-45, cuando el apoyo de la clase obrera a Perón hacía quizá irrelevante el estudio de la clase media y su relación con el fascismo.

Germani no agregará nada sustancial acerca de la formación de la clase media en sus escritos posteriores.<sup>20</sup> La caída de Perón producirá un gran interés por comprender a este esquivo actor social, aunque ninguna investigación de la envergadura de la planeada por Germani en los años cuarenta será siquiera propuesta. Pero la influencia del peronismo en el descubrimiento de

<sup>17</sup> G. Germani, “La clase media en la Argentina...”, en UP, *ob. cit.*, p. 32.

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962, pp.308-309.

<sup>20</sup> Las ambigüedades observadas luego de 1930 le servirán, en cambio, para sostener algunas oscilaciones en su visión sobre la marcha de la modernización. Miguel Murmis y Silvio Feldman, “Posibilidades y fracasos de las clases medias, según Gino Germani”, en Jorge R. Jorrot y Ruth Sautu, comps., *Después de Germani*, Buenos Aires, Paidós, 1992, pp. 212-228.

la clase media como actor político no radica en el ámbito de los programas de investigación. De hecho, el intento germaniano de estudiar a la clase media –motivado, como señaláramos, por la supuesta participación de la clase media europea en la emergencia de los regímenes fascistas– constituyó una solitaria excepción, pronto fue abandonado y careció de continuadores, tanto en el corto como en el mediano plazo. Lo que apareció años después fue un uso insistente del concepto de clase media como una de las claves para comprender la política y la sociedad argentinas; y una proliferación de discursos (en general en forma de ensayos sociopolíticos) en los que ocupó un lugar central.<sup>21</sup> Situación que contrasta radicalmente con los modos de ver y pensar la Argentina previos al peronismo. Por eso hablo de *descubrimiento*: porque casi súbitamente a observadores de diversas orientaciones les pareció imposible comprender las encrucijadas de su tiempo sin recurrir a un sujeto que se les presentaba tan real y concreto como antes invisible. En este sentido, en ese *descubrimiento* el peronismo cumplió un rol central: fue la divisoria de aguas en los modos de entender la sociedad.

## Entre el retorno al pueblo y el ingreso diferenciado a la Comunidad Organizada

Durante el peronismo se publicaron dos libros, que seguramente son los primeros en nombrar a la clase media en su título.<sup>22</sup> Ambos buscaban mostrar y/o estimular posibles acercamientos entre los miembros de la clase media y la Comunidad Organizada de Perón, desde una supuesta afinidad con la doctrina social católica.<sup>23</sup> Retomaban así uno de los objetivos primigenios de Perón, que había interpelado en forma infructuosa a un sujeto de clase media desde la Secretaría de Trabajo y Previsión.<sup>24</sup> En ambos casos, la clase

- <sup>21</sup> Carlos Altamirano, “La pequeña burguesía, una clase en el purgatorio”, en *Prismas, Revista de historia intelectual*, n° 1, 1997, pp. 105-123.
- <sup>22</sup> Jorge Newton, *Clase media*, Buenos Aires, Municipalidad, 1949; y J. Roberto Bonamino, *Las clases medias*, Buenos Aires, El Pueblo, 1953.
- <sup>23</sup> Proveniente de las filas de Acción Católica y miembro de su Secretariado Económico Social, Bonamino dirigió el diario *El Pueblo* durante la década peronista. Newton, por su parte, desarrolló lazos orgánicos con el peronismo y fue director de *Mundo Peronista*.
- <sup>24</sup> Juan Perón, *El pueblo quiere saber de qué se trata*, Buenos Aires, 1944, en particular, los discursos titulados “La justicia social llegará a la clase media argentina”, “A la clase media” y “Aspiramos a una sociedad sin divisiones de clase”, pp. 120-126, 133-137 y 147-150. Ver también E. Adamovsky, “El régimen peronista y la Confederación General de Profesionales: orígenes intelectuales e itinerario de un proyecto frustrado (1953-1955)”, en *Desarrollo Económico*, 46, 182, julio-septiembre 2006, pp. 245-65.

media aparecía aun como carente de unidad e identidad de clase y/o como escasamente definida y plena de ambigüedades.

*Clase media*, obra teatral de Jorge Newton estrenada en el Teatro Municipal de la ciudad de Buenos Aires en 1949, se centra en una familia de "la clase media pobre, pero con pretensiones".<sup>25</sup> En la familia se produce el conflicto peronismo/antiperonismo, expresión de la disyuntiva vivida por esa clase media entre la simulación de un *status* que no se corresponde con sus ingresos y el reconocerse trabajadora y honesta. Las ansias de distinción (respecto de los trabajadores) y de relación (con gente adinerada) —encarnadas principalmente en Elvira, la señora de la familia— impulsan a su marido, Ricardo, a renunciar a su antiguo "empleúcho" de contable que en 30 años no le había permitido comprar siquiera muebles modernos y mucho menos la casa propia (la pareja con sus 4 hijos vive en casa de la hermana de ella, que había sido la de sus padres).

Elvira, que se desvive por las apariencias, marca la tendencia fundamental de esta clase media pretensiosa. Pero no todo es apariencias. Y si bien Elvira es en parte imitada por sus hijas, Julia y Carmen, su hermana Nicolasa y la madre de ambas no participan de tales aspiraciones y preferirían vivir houradamente con el nivel que sus ingresos les permitan. El cuadro familiar es completado por Laura, laboriosa hija adoptiva de Nicolasa; Enrique, el menor de los hijos varones de Elvira y Ricardo (personaje dudoso, que es a un tiempo vago, intelectual revolucionario, peronista, antiobrerista, chauvinista y antifeminista), y Carlos, hijo mayor, ingeniero, trabajador, amigo de obreros y defensor de la revolución peronista.<sup>26</sup>

El drama se desata cuando los prominentes hombres de negocios e influencias (antiperonistas) que habían ofrecido a Ricardo un puesto de gerente, se muestran como lo que en verdad eran: ponzoñosos enemigos de la revolución al servicio de empresas extranjeras y estafadores del pueblo argentino, ignominia en la que arrastran al pobre Ricardo que, tarde, descubrirá haber entregado su honradez a cambio de una temporaria salida de la pobreza digna en que había vivido hasta entonces. Y será Enrique quien descubra haber vivido equivocado y tome conciencia de la situación: "¡Qué tanto pensar en la gente bien, y en la sociedad y en el qué dirán!... Somos pobres; ya

<sup>25</sup> J. Newton, *ob. cit.*, p. 11.

<sup>26</sup> Carlos, el encargado de aclarar el significado de la revolución "justicialista y cristiana", "doctrina argentina que [...], adoptando una tercera posición", es simultáneamente "justicialista, anti-comunista y anti-capitalista". A su padre le parece mentira que esas cosas las diga "un universitario como vos" (*ídem*, pp.65-66). Llamativamente los dos personajes peronistas son universitarios: Carlos y Juan José, estudiante de medicina y pretendiente de Carmen.

está”; y “cansado de vivir aparentando”, buscará trabajo en una fábrica al comprender que “también somos trabajadores”, aunque minusválidos:

“Porque ellos saben que son trabajadores, viven como trabajadores y defienden sus derechos de trabajadores. . . Nosotros, en cambio, por culpa de tanto desventurado prejuicio [...] estamos defendiendo los intereses creados de eso que llaman sociedad”.<sup>27</sup>

Un punto notable es que todos los personajes se definen eventualmente como de clase media, aunque su sentido diste mucho de ser unívoco. “Somos clase media porque no pertenecemos a los pobres ni a los ricos. Pero estamos mucho más cerca de los ricos que de los pobres”, explica Elvira, mientras Julia se identifica como de “clase media aristocratizada”, “y entrampada” –acota su abuela–.<sup>28</sup> Pero Nicolasa elige “proletariado con cuello” y Carlos, que no rechaza de plano la pertenencia a una clase media, prefiere definirse como trabajador (“Para mí no hay más que dos clases de hombres, los que trabajan y los que no hacen nada”), vocablo que no se opondría al de clase media sino que la incluiría, ya que su padre “empezó a subir por la larga escalera que forma la clase media”, “escalera que tiene como mil peldaños”.<sup>29</sup>

Ricardo, por su parte, asume la defensa sin fisuras de su clase, “la más sufrida y la más representativa de nuestra nacionalidad”. Y la más virtuosa: “la clase media [...] hace sobrevivir virtudes que son irrenunciables, si uno quiere que la familia perdure como unidad moral”. Carlos acuerda sólo en parte:

“valorizo y practico las virtudes de la clase media, [pero] me niego a someterme a sus prejuicios.

“Ricardo. -Pero negás que la tuya, la mía, la de todos nosotros, sea la mejor de nuestras clases sociales.

“Carlos. -Y la más vergonzante.

“Ricardo. -Sí, la más vergonzante, porque tiene el pudor de ocultar la pobreza.”<sup>30</sup>

Todos se reconocen en algún punto como de clase media, pero los sentidos de la expresión son bien variados: los antiperonistas aceptan el mote

<sup>27</sup> *Idem*, pp. 94-5.

<sup>28</sup> *Idem*, pp. 94 y 19.

<sup>29</sup> *Idem*, pp. 30, 33 y 32. Ya vimos que también Enrique se descubre como trabajador y algo similar expresa Juan José: “Cuando me reciba [...] viviré del producto de mi propio trabajo” (*idem*, p. 68).

<sup>30</sup> *Idem*, p. 84.

con orgullo y sin fisuras, pero los peronistas parecen preferir una identidad trabajadora. En cierto sentido podrían estar hablando del viejo pueblo indivisible y quizá no sea exagerado pensar que lo que añoraba el autor fuera aquella vieja unidad. Pero la división está allí y sólo una brutal toma de conciencia provocada por un cataclismo puede deshacer la cuña divisoria introducida por lo ilusorio de un modo de vida aristocratizado. La solución radica en abandonar las apariencias y asumirse como trabajadores –y, en tanto que tales, peronistas–. Solución que en verdad implicaría el retorno de la clase media al viejo pueblo, contrarrestando la incipiente construcción de una inagen tripartita de la sociedad.

Distinta fue la salida propuesta por J. Roberto Bonamino en *Las clases medias*, serie de artículos de su autoría publicados en la prensa católica entre 1949 y 1952. En ellos reivindicaba el proceso peronista de creación de una “comunidad organizada” como viejo anhelo de los católicos sociales; logro obtenido con la organización de la clase obrera pero que expresaba la ausencia de organización entre las clases medias. Esta ausencia le parecía particularmente nociva ya que consideraba que la mayoría de las clases medias era católica y que entre los católicos la mayoría sería de clase media.<sup>31</sup> De allí que su objetivo fuera organizar a las clases medias (presumiblemente desde Acción Católica) y así fortalecer el catolicismo, estabilizar (jerárquicamente) la sociedad civil, cumplir un anhelo de justicia social y adelantarse a los comunistas que estarían intentando lo propio con fines anticatólicos. Contra esta tarea conspiraban la ausencia de “unidad de toda la clase media” y la “falta de intereses inmediatos comunes”:

“[...] porque la serie de graduaciones sociales dentro del nombre común de clase media es todavía sumamente notable. Dentro del interés colectivo de la clase, hay diversos y a veces antagónicos intereses particulares [...] es necesario llegar a la convicción de que el término clase media se aplica, no solamente como en la antigüedad a los oficios independientes, sino también a toda una categoría de pequeños rentistas, pequeños comerciantes, empleados y profesionales.”<sup>32</sup>

La falta de cohesión resultante entrañaba el riesgo cierto de desaparición, ya que “una clase media sin su virtud de estabilizadora del orden social,

<sup>31</sup> J. R. Bonamino, *ob.cit.*, p. 15.

<sup>32</sup> *Idem*, pp. 49-50.

es una clase media nula".<sup>33</sup> Así, si bien lo preocupaba la "declinación económica" de esas "pobres clases medias", más lo alarmaba la ausencia de organización, única capaz de garantizar no sólo la defensa de sus intereses económicos, sino, más importante aún, el cumplimiento de su rol estabilizador de la sociedad en su conjunto.<sup>34</sup> Por ello, al iniciar la "campana en pro de la clase media" su objetivo era el de "crear organizaciones cristianas" que agrupen a "la más desamparada y la más necesaria en estas circunstancias".<sup>35</sup>

Si Newton buscaba el alejamiento de cierta clase media del antiperonismo por medio de su retorno al mundo de los trabajadores (en un sentido amplio), Bonamino, por el contrario, propiciaba su inclusión en la comunidad organizada como corporación distinta de la conformada por los trabajadores. Para ello era preciso que, previamente, los propios miembros de la clase media tomaran conciencia de su posición y se organizaran en pos de sus intereses comunes y del bien general de la nación. Las propuestas eran distintas, pero en ambos casos el riesgo temido y la finalidad perseguida eran primordialmente políticos y remitían a la dicotomía peronismo/antiperonismo que, como veremos, será consustancial a la idea de clase media.

## La construcción de una imagen tripartita de lo social a través del peronismo

Para sopesar mejor los cambios operados durante la década peronista en el sistema de representaciones de la sociedad, veamos ahora dos escritos de José Luis Romero sobre historia argentina: *Las ideas políticas en Argentina*, publicado originalmente en 1946 y actualizado en 1956 y 1975 con el agregado de sendos capítulos; y *El Desarrollo de las Ideas en la Sociedad Argentina del Siglo XX*, de 1965. Los distintos momentos de producción de los textos en cuestión permiten comparar los cambios conceptuales y deslices de sentido operados en la representación que Romero fue elaborando de la sociedad Argentina a lo largo de tres décadas.

En *Las ideas políticas* Romero organizó la historia Argentina en tres eras: colonial, criolla y aluvial. Con sutiles variaciones a lo largo del tiempo, este historiador usó desde 1946 el vocablo clase media para referirse a distintos aspectos de la tercera. Iniciada hacia el tercer cuarto del siglo XIX, Romero describió la era aluvial como un período de grandes cambios en todos y cada

<sup>33</sup> *Idem*, p. 53.

<sup>34</sup> *Idem*, pp. 54 y 70.

<sup>35</sup> *Idem*, p. 48.

uno de los órdenes de la vida, consecuencia del formidable influjo de capitales, tecnología, ideas y, principalmente, inmigrantes. El proceso transformador había sepultado en el recuerdo a la elemental Argentina criolla, pero no había logrado establecer un nuevo equilibrio, que sólo el paso del tiempo podría estabilizar. Entretanto, tal “proceso de estabilización” se desarrollaba revelando su “esencial inestabilidad”.<sup>36</sup>

El contrapunto central del período estaba dado por dos líneas políticas en confrontación: el liberalismo conservador y la democracia popular. Ambas categorías se correspondían con dos actores sociales: la oligarquía –la vieja elite republicana y liberal que, confrontada con las amenazas de los nuevos grupos sociales, se había cerrado sobre sí misma–<sup>37 38</sup> y el pueblo –o, como Romero lo llamaba más frecuentemente, el “conglomerado criollo-inmigratorio”, “masa informe, no definida en las relaciones entre sus partes ni en los caracteres del conjunto”.<sup>39</sup>

Dentro de este heterogéneo “conglomerado”, Romero menciona sólo en ocasiones a una clase media, ya que alude con mayor frecuencia a las expresiones “conglomerado”, “masas” o “clases populares”. En los capítulos de la Argentina aluvial encontramos ocho usos del término “clase media” frente a 24 de “conglomerado”, 35 de “masas” y una decena de “clases populares”. El polo opuesto a todos ellos, “oligarquía”, aparece en 71 ocasiones. En la página y media que introduce estos capítulos hay cuatro menciones a la(s) masa(s) –que en esta ocasión se oponen a las “minorías”, y ninguna a la clase media, marcando el tono de unos capítulos signados por una concepción bipartita de lo social.

Más aun, Romero parece usar el término en un sentido técnico: un instrumento desarrollado por la sociología para clasificar grupos de personas más que por la sociedad misma. En este sentido, en medio de otras categorías mucho más frecuentes, podemos leer que una “clase media [...] comienza a aparecer”; o que el “conglomerado criollo-inmigratorio [...] se acomodaba poco a poco en el seno de la sociedad creando un proletariado y una clase media de definidas fisonomías”.<sup>40</sup>

Si excepcionalmente se le aparecía definida la fisonomía de la clase media, no significa que la viera como un sujeto social acabado, ni mucho menos

<sup>36</sup> José Luis Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, (15ta. reimpresión) 1997, p.179.

<sup>37</sup> *Idem*, p.189 y sigs.

<sup>38</sup> *Idem*, p.189 y sigs.

<sup>39</sup> *Idem*, p. 179.

<sup>40</sup> *Idem*, pp. 181 y 184.

como actor político consciente. Considerando todavía abierto “el ciclo histórico” de la “era aluvial”, sostenía en el epílogo de 1946: “Es innegable que el conglomerado mantiene todavía los caracteres de tal, sin que se hayan decantado sus elementos ni se hayan fundido en un conjunto homogéneo.”<sup>41</sup>

Dentro de esta forma de ver la sociedad argentina, no es extraño encontrar que Romero no describiera a la UCR como partido de clase media sino como un partido popular que “polarizó prontamente el mayor caudal de la masa criollo-inmigratoria, cuyos intereses y aspiraciones representaba en forma eminente”.<sup>42</sup> La clase media no constituía la base social de la UCR (aunque lo era implícitamente, en tanto parte del conglomerado), sino que designaba un rasgo social objetivo señalado por el historiador al observar “los signos del ascenso de la clase media a situaciones respetables”.<sup>43</sup> En ningún caso se refiere a la clase media en tanto que actor político distinguible o sujeto social claramente definido y con identidad propia, cosa que sí haría años más tarde.

En efecto, en la reedición de 1956, Romero dejó intactos los capítulos de 1946, pero agregó uno nuevo para cubrir los años transcurridos entre el golpe de 1930 y el ascenso de Perón. “La línea del fascismo”, tituló a las nuevas páginas en las que describía la misma lucha entre oligarquía y democracia popular, aunque en un nuevo contexto signado por la disminución del sentimiento cívico, el retraimiento de las fuerzas progresistas y un crecimiento y “reagrupamiento de las masas populares” invadidas poco a poco por el escepticismo político.<sup>44</sup> Perón tomó ventaja de tal situación gracias a que logró convencer a “la masa insuficientemente politizada” con el vocabulario y el tono apropiados, de manera que “la revolución impopular comenzó a hacerse popular, sin que los políticos ni las clases medias lo advirtieran”.<sup>45</sup>

“Las clases medias”, pues, ya no aparecen como parte del “conglomerado” sino como un actor diferente, junto con los políticos y en la vereda opuesta a las masas populares. Más aun, Romero agregaba que la prédica de Perón “alarmó a ciertos grupos de las clases medias y de los sectores capitalistas”.<sup>46</sup> En este nuevo capítulo el uso de “clase media” es tan escaso como en años anteriores, pero su sentido es claramente más denso: las clases medias —en plural, como si la mayor concreción y sustancia adquiridas lo impulsaran a

<sup>41</sup> *Idem*, p. 304.

<sup>42</sup> *Idem*, p. 222. Aún en 1956, lo consideraba como el “partido popular por excelencia” (p. 262).

<sup>43</sup> *Idem*, p. 224.

<sup>44</sup> *Idem*, pp. 241 y 243.

<sup>45</sup> *Idem*, p. 252.

<sup>46</sup> *Idem*, p. 253.

dotarlas de mayor heterogeneidad interna— parecen tener una identidad y personalidad propias. Ya no son un mero dato objetivo, producto del afán clasificatorio del investigador. Tampoco forman ya parte del “conglomerado” sino que se oponen a él.

La clase media, que en 1946 Romero presentaba sólo como una categoría técnica útil para describir ciertas tendencias objetivas dentro del conglomerado criollo-inmigratorio —pero de ningún modo como un sujeto social con claros correlatos políticos *per se*—, era vista en 1956 como un actor independiente y, aunque plural, separado y enfrentado políticamente al conglomerado. La clase media aparecía incluso en coalición con los capitalistas (término usado antaño para referirse a los aliados extranjeros de la oligarquía) y enfrentando la opción política de las masas populares.

Veinte años pasaron entre esta segunda edición y la tercera, en la que Romero agregó un capítulo que abarca los años comprendidos entre la caída de Perón y su retorno en 1973. Aquí persiste con su noción de clase media de 1956, aunque las posiciones políticas adoptadas aparecían modificadas: engrosando los movimientos populares de fines de los sesenta surgía de manera individualizada (y sorpresiva) “gente de clase media”,<sup>47</sup> pero sin formar parte de las clases populares.

Queda claro que, al atravesar la década peronista, el término clase media sufrió cambios significativos en los escritos de José Luis Romero. La comparación de las tres ediciones de *Las ideas políticas* muestra que la transformación ocurrió entre la primera y segunda edición. Entre 1946 y 1956, la voz clase media pasó de describir ciertas tendencias objetivas de la estructura social en formación, a referir a un grupo social más definido con sus propias aspiraciones y prácticas políticas. En el mismo movimiento conceptual, el grupo social de referencia fue extraído de los grupos más amplios y heterogéneos (masas, conglomerado) que lo abrigaban en su interior en 1946 y ambos fueron enfrentados políticamente. Con ello Romero reemplazó el modelo bipartito de sociedad (pueblo/oligarquía) por uno tripartito: entre las masas populares y la oligarquía introdujo las clases medias. El capítulo de 1975 no agregó nada a este esquema, excepto por señalar que sectores de las últimas habían actuado junto a los movimientos populares durante los sesentas.

¿Cómo interpretar tales deslizamientos? ¿Reflejan simples transformaciones sociales —por cierto, significativas— operadas entre 1930 —fecha en que se cerraba el análisis de Romero en la primera edición— y el primer gobierno

<sup>47</sup> *Idem*, pp. 288-9.

peronista? ¿O muestran sobre todo cambios en la visión de Romero, transformada por el impacto de la emergencia del peronismo? Dado que el autor analizó períodos nuevos con cada edición sin modificar los anteriores capítulos, debemos dirigirnos a otro texto para sopesar los cambios. Detengámonos, entonces, en *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*, libro de 1965 que cubre un período similar al que en *Las ideas políticas* se analizaba como la era aluvial: fines del siglo XIX a mediados del XX. El primer dato relevante es un salto cuantitativo en el uso de la categoría clase(s) media(s): en un relato mucho más apretado de los procesos histórico-sociales encontramos para el período que se cierra en 1930 (caps. 1-3) 23 menciones a las clases medias –frente a tan sólo ocho encontradas en *Las ideas políticas* (caps. 6-8).<sup>48</sup> Pero más significativo es el sentido con que usa el término, más emparentado con aquel que Romero usara en la segunda y tercera edición de *Las ideas políticas*. Aunque en algunas ocasiones la principal oposición social remite a la dicotomía pueblo/oligarquía –con las clases medias implícita o explícitamente incluidas en el pueblo (tal y como aparecían en 1916)–, en otras, Romero explicita la distinción entre “clases medias” y “clases populares”.<sup>49</sup> La “clase media no formaba [...] un grupo compacto”, no obstante la presenta como un actor político y social en sí mismo, jugando un rol central en el fin del régimen oligárquico. Para 1890, la “clase media, que se renovaba y reorganizaba poco a poco, buscaba una salida apoyando a aquella fracción de la oligarquía que mejor parecía defender sus ideales”. Para entonces, ciertos grupos

“habían alcanzado un alto nivel económico y, con él, habían logrado activar la *función general de la clase media*. –Pero, aunque en su conjunto, tenía frente a la oligarquía una situación general de hostilidad, la clase media no mostraba una gran coherencia interna en sus ideas y actitudes, precisamente porque su composición social era confusa e inestable. Radicaba en ella el germen fundamental del disconformismo, pero las

<sup>48</sup> Junto a ello, se observa una menor predilección por términos más vagos y abarcadores como conglomerado, complejo, conjunto heterogéneo (que de 25 en *Las ideas* pasan a 6) o masas (que se reduce a menos de la mitad). Como contracara, se incrementan las menciones a la clase media, a la clase obrera, los trabajadores –que se duplican llegando a las 30–. Por su parte, mantienen su frecuencia nociones como oligarquía (70 menciones); pueblo-clases populares (25); elite (alrededor de la decena) y clase dominante-patricia, burguesía, capitalista (que suman unos 15 usos). Otras voces que aumentan son las de “minorías” y “generaciones”, circunstancia que, al menos en parte, se debe al énfasis cultural del segundo libro.

<sup>49</sup> J. L. Romero, *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. Buenos Aires, Ediciones Nuevo País, 1987, pp. 21, 22, 57-8, 82, 83, 84, 99, 110.

soluciones que parecían deseables variaban según los distintos sectores [...] .

“Si esta última circunstancia robaba eficacia a la renovada clase media, más aún influía sobre las clases populares. Formaban estas un conglomerado de caracteres cada vez más confusos”.<sup>50</sup>

Estas líneas encierran variaciones significativas respecto de la primera edición de *Las ideas políticas*. En primer lugar, la clase media aparece bien diferenciada de las clases populares, que conforman el “conglomerado” por sí solas. En segundo lugar, la clase media constituye el principal sujeto en lucha contra la oligarquía, idea absolutamente ausente en *Las ideas políticas*. Además, la clase media posee “una función general” propia que, aunque Romero no la define, se relaciona sin duda con los procesos de democratización y modernización, a partir de ese “germen fundamental de disconformismo” que lleva en sí. Y todo lo dicho era observado por Romero para fecha tan temprana como 1890.

Las complejidades y heterogeneidad de la sociedad argentina no escapaban al Romero de 1965. Como en 1946, continuó planteando la escasa definición de las clases sociales en una sociedad tan móvil como la argentina, y rebelándose contra la caracterización de la UCR como partido de clase media. Sin embargo, no debemos olvidar que la UCR nació en la revolución de 1890, en la que dicha clase aparecía jugando un rol central. En ocasiones fue aun más explícito: por ejemplo, al describir a la oligarquía posterior a la revolución de 1890 como “alarmada tan solo por los problemas institucionales que le suscitaba la clase media en ascenso, representada por la Unión Cívica Radical”; o al sostener que las clases medias “aspiraban a llegar al poder y no vacilaban en buscar una salida a sus inquietudes en la conspiración”.<sup>51</sup>

Vemos así que, para el período previo a 1930, Romero veía ahora a la clase media como un sujeto social ya constituido y a la UCR como su partido político. En definitiva, el pasaje de un modelo bipartito de sociedad en 1946 a otro tripartito en 1965 (y desde 1956) es claro. Lo que se modificó fue la visión de Romero sobre un mismo período y no, o no tan sólo, las características del objeto analizado al avanzar en el tiempo. También parece seguro que la transformación en la imagen que Romero daba del mundo social y político no respondía a un cambio individual sino colectivo. Así lo indica la espontaneidad con que Romero participó de dicha adopción y transformó su conceptualización de la sociedad, ya que nunca la explicitó ni creyó necesario

<sup>50</sup> *Idem*, pp. 57 y 58.

<sup>51</sup> *Idem*, pp. 82 y 84.

adecuar los primeros capítulos de *Las ideas políticas* a su nuevo modo de ver el mundo social circundante. En igual dirección apunta la rápida difusión adquirida por el término clase media en esos años.

## Clase media, medio pelo y antiperonismo

El trabajo de Altamirano ya citado analiza magistralmente la literatura de izquierda que durante el período 1955-1965 formó parte central de la explosión discursiva que hizo de la clase media su piedra angular para la comprensión de la sociedad y la historia argentinas. No es preciso, entonces, que nos detengamos aquí en esa "literatura de mortificación y expiación", pero sí recordar la gran distancia que la separa de los modos de representar y organizar el mundo vigentes tan sólo una década antes. Por ello aquí analizamos una obra de otra corriente, el nacionalismo popular, que nos permitirá insistir no sólo en la ubicuidad con que circuló la idea de clase media tras la caída de Perón sino también en cuanto tenía de novel descubrimiento.

Escrito cuando ya la noción de clase media circulaba ampliamente, *El medio pelo en la sociedad argentina* refuerza lo que venimos sosteniendo desde otro lugar de producción. Yrigoyenista primero, seguidor de la línea de Perón después, siempre militante de lo que gustaba llamar la Causa Nacional, Jauretche centró buena parte de su obra en la denuncia y el rechazo de la tradición liberal que tanto Germani como Romero representaban. Publicado inmediatamente después del golpe de 1966, *El medio pelo* denunciaba e ilustraba los fracasos de una burguesía nacional en el cumplimiento de su "función histórica", consistente en "el desarrollo de un capitalismo nacional" y "la modernización de las estructuras". El "medio pelo" del título hacía referencia a quienes ocupaban "una posición equívoca en la sociedad; la situación forzada de quien trata de aparentar un status superior al que en realidad posee".<sup>52</sup>

"El equívoco se produce en el ambiguo perfil de una burguesía en ascenso y sectores ya desclasados de la alta sociedad".<sup>53</sup> La burguesía surgida gracias al desarrollo capitalista de los años 1930 y 1940 se había convertido en el execrable medio pelo, pero no el grueso de la clase media. Precisamente, era a través de tal distinción que Jauretche esperaba ganar a la última. Pretendía mostrar no sólo que sus intereses estaban del lado de la Causa Nacional, sino

<sup>52</sup> Arturo Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1982 (primera edición, 1982), pp. 380 y 18.

<sup>53</sup> *Idem*, p. 19.

también separar al grueso de la clase media del medio pelo antiperonista. En este sentido Jauretche se diferenciaba de autores como Hernández Arregui o Sebrelí, solo la describían en términos negativos, como inherentemente reaccionaria y opuesta al movimiento popular de liberación nacional. En suma, y en contraste con Jauretche, estos otros escritores pintaban a la clase media como medio pelo —y era desde esa denuncia implacable, en verdad una autoinculpación, que esperaban la redentora reacción de la timorata clase media—. <sup>54</sup>

Aunque Jauretche fue el principal difusor de la noción de “medio pelo” en Argentina, su uso más difundido no se refiere a la burguesía sino a la clase media. Más aun, aunque este autor insistía con que “no puede confundirse clase media con ‘medio pelo’”, <sup>55</sup> la contratapa de la edición de 1982 lo define como “el libro desmitificador por excelencia de la clase media argentina”, desliz interpretativo que no es responsabilidad exclusiva de los editores pues el propio autor cayó eventualmente en el mismo error que intentaba despejar.

Según Jauretche, el medio pelo era un producto histórico de los años cuarenta, y para las décadas previas describía la existencia de una “genuina” clase media; en este aspecto no se diferenciaba demasiado de las consideraciones realizadas por Germani y Romero. Así, la UCR había dado “cauce nacional a la inquietud política y a las aspiraciones de las clases medias surgidas de la inmigración”. <sup>56</sup> La clase media de las primeras décadas del siglo XX “actuó entonces como tal, sabiendo que no era la alta clase argentina sino un componente de la nueva realidad del país; ella nutrió esencialmente las filas del radicalismo”. Y agregaba:

“mientras la alta clase media y la burguesía de principios de siglo se comportaron como tales y fueron factores activos de la democratización del país a través de la transformación económica y política con la cual identificaron su destino, un numeroso grupo perteneciente a los equivalentes sectores contemporáneos, toma [desde los años cuarenta] el rumbo inverso para constituir este *status*, históricamente anómalo, caracterizado por la adopción de pautas de imitación que marginan a sus componentes del proceso de avance de la sociedad argentina”. <sup>57</sup>

<sup>54</sup> Juan José Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Ediciones Hachea, 1960; Juan José Sebrelí, *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1964. Para un análisis de conjunto, Altamirano, *ob.cit.*

<sup>55</sup> A. Jauretche, *ob.cit.*, p. 182.

<sup>56</sup> *Idem*, pp. 193-4.

<sup>57</sup> *Idem*, p. 276-7.

Tenemos, así, una clase media completamente formada ya a comienzos del siglo XX, con su organización política específica (la UCR) y con una clara conciencia de su "función histórica". Pero Jauretche escribía esto a mediados de los años sesenta, cuando la idea de clase media como actor político estaba bien asentada y difundida. Es cierto, por otro lado, que los párrafos citados se hallan en tensión con otra concepción del período más amplia y abierta en la que resulta difícil reconocer una sociedad compuesta de clases sociales ya formadas y con clara conciencia política. Esto es, aunque de forma velada, persistía la visión dicotómica de la sociedad que había dominado de forma abierta, sin competencia, sus representaciones previas a la irrupción del peronismo. Así, Jauretche también describía una sociedad en la que una extendida movilidad social ascendente y unas clases en proceso de formación, producían expresiones políticas que reflejaban más que conflictos de clases una oposición simple pueblo/oligarquía, con la clase media -igual que en el Romero de 1946- ocupando su lugar en el polo popular:

"El carácter que los sociólogos atribuyen a la clase media que no se cristaliza sino que tiene una movilidad social constante ascendente y descendente, era compartido por los estratos más bajos de la sociedad, y aún lo es [...]. En una palabra: el comportamiento cultural de la clase baja no era, según los esquemas, transferido de la lucha de clases, y se parecía más al de las clases medias con una esperanza de ascenso en los hechos, ya que la mayoría de los individuos ubicados más alto, de origen inmigratorio, de la clase media de la burguesía, eran de reciente ascenso".<sup>58</sup>

Pero aunque Jauretche repetía consideraciones como las que acabo de citar, dirigida contra las posiciones de socialistas y comunistas, rara vez utilizó nociones amplias como *pueblo* en *El medio pelo*; en su lugar, normalmente se refería a la clase media, la burguesía, el proletariado y la oligarquía. En el crecientemente radicalizado ambiente intelectual de los años sesenta, el lenguaje de clase se imponía incluso a un intelectual como Jauretche, aunque no cuadrara bien con la representación más general de la sociedad argentina de comienzos del siglo XX postulada por él mismo. Y éste es un indicio de los cambios en el discurso político que apuntábamos antes, entre los que figuraba el descubrimiento de una clase media como elemento central. El cambio resalta más si tenemos en cuenta que tanto Jauretche como la FORJA de la que había formado parte, rara vez utilizaron un lenguaje clasista durante los años treinta y cuarenta - años en los que, por el contrario, Jauretche y sus

<sup>58</sup> *Idem*, pp. 157-8.

correligionarios recurrían a la figura del pueblo—. Como notaba Hernández Arregui:

“En el desarrollo histórico de la nacionalidad, el proletariado, para FORJA no existía. En su extensa literatura política y panfletaria de diez años, sólo una vez, y de modo puramente accesorio, se menciona la palabra ‘proletariado’. La denominación clase obrera nunca. Prefería FORJA hablar de ‘pueblo’ en una generalización idealizadora, que es la coartada ideológica para eludir, justamente, por temor pequeño-burgués de clase, la existencia de las clases sociales y sus antagonismos reales [...] La gente seguía con simpatía su lucha patriótica. ¿Pero qué gente? Un público de clase media [...]”<sup>59</sup>

Incluso, en 1945, el también forjista Scalabrini Ortiz se mostraba reacio a hablar de clase obrera y prefería el más inclusivo y ambiguo “pueblo” para describir a los manifestantes del 17 de octubre.<sup>60</sup> Con similar lenguaje evasivo, esta vez en referencia a lo que luego llamaría clase media, Jauretche había hecho su evaluación parcial de seis años de FORJA en 1941:

“Día por día hemos visto crecer el público alrededor de nuestras tribunas callejeras [...] El idioma que hablamos, que era sólo el de una pequeña minoría y hasta parecía exótico, hoy es el lenguaje del *hombre de la calle* [...] estamos celebrando el triunfo de nuestras ideas. Pero estamos constataando al mismo tiempo nuestro fracaso como fuerza política: no hemos llegado a lo social, *la gente* nos comprende y nos apoya, pero no nos sigue.”<sup>61</sup>

Años después el propio Jauretche explicaba qué entendía por “la gente”, por “el hombre de la calle”: “Cuando digo que el lenguaje que hablábamos, pocos años antes exótico, era ya el del hombre de la calle, me estoy refiriendo al hombre de la clase media”.<sup>62</sup>

Si retomamos *El medio pelo*, Jauretche señala que aquella clase media constituida por la movilidad social facilitada durante el modelo agroexportador había sufrido más que nadie la crisis económica.<sup>63</sup> Pero desde mediados

<sup>59</sup> J. J. Hernández Arregui, *ob. cit.*, pp. 389-90.

<sup>60</sup> Cit. en *Idem*, p. 388.

<sup>61</sup> Cit. en Jauretche, *ob. cit.*, p. 241.

<sup>62</sup> *Idem*, p. 250. Cabe asimismo señalar que el uso recurrente de la noción de clase media por parte de Jauretche, inexistente durante los años treinta y cuarenta, ya se aprecia a fines de los años cincuenta. Ver *Los profetas del odio*, Buenos Aires, Ediciones Tráfico, pp. 54, 63, 68, 124, 128 y 131, donde en p. 69 también recordaba el discurso citado de 1941, aunque sin aclarar aún que con “hombre de la calle” se refería al “de clase media”.

<sup>63</sup> A. Jauretche, *El medio pelo... ob. cit.*, pp. 199-200.

de la década de 1930, una nueva fase económica transformó la situación. El crecimiento industrial produjo una transformación aun más profunda de la sociedad argentina y de su mundo político. Según Jauretche, una nueva burguesía y un nuevo proletariado aparecieron en escena, mientras que la clase media encontraba nuevas y crecientes oportunidades. Y fue precisamente esta clase donde, según Jauretche, la Causa Nacional había encontrado sus primeros y más fervientes seguidores durante unos años de gran desarrollo del pensamiento nacional. Pero la clase media no siguió esta línea en forma consecuente, sobre todo tras el inicio de la conflagración mundial y el ascenso de Perón. Por el contrario, algunos sectores, en especial la "alta clase media", traicionaron tanto al país como a sus posiciones iniciales y sus reales intereses. Como resultado, estos sectores comenzaron a conformar el "medio pelo", dejando a la clase trabajadora como principal y casi única defensora de la Causa Nacional.

Un evento histórico resultó central en el nacimiento del medio pelo: la revolución de 1943 y el ascenso de Perón, con sus consecuencias políticas, económicas y sociales. "Porque allí se quebraron las tablas de valores culturales que aquellos sectores [clase media, burguesía y primos pobres de la clase alta] consideraban inamovibles e identificadas con la naturaleza del país."<sup>64</sup> Dos elementos principales explican esta actitud, subentendidos ambos por lo que Jauretche consideraba el peor pecado de la "intelligentzia" argentina: su estructura de pensamiento liberal y anti-nacional. En primer lugar, aunque burguesía y clase media eran hostiles a la década infame, habían subsumido su búsqueda democrática a la causa aliada en la guerra europea. En segundo lugar, la irrupción de las criollas masas peronistas, del "país real" en el escenario nacional, lesionó el "colonialismo mental" de la *intelligentzia* y liberó el "racismo liberal" compartido por burguesía, clase media y oligarquía.<sup>65</sup> Todos ellos se juntaron para crear la "vendepatria" Unión Democrática, que "de mera asociación política circunstancial se convirtió en una especie de *status social*" que permitió al medio pelo sentirse incorporado a la clase alta: "la Unión Democrática era el *status* de la 'gente bien', por oposición a la 'chusma', a la 'plebe'."<sup>66</sup>

<sup>64</sup> *Idem*, p. 297.

<sup>65</sup> En "Los argentinos descendemos de los barcos...", *ob.cit.*, analizo la articulación racial de una identidad de clase media a través de unos discursos fuertemente racistas y racializantes que enfrentaron la irrupción del peronismo en el marco de construcciones identitarias previas que enfatizaban el carácter blanco-europeo de los argentinos.

<sup>66</sup> *Idem*, p. 314.

Como consecuencia del lugar central ocupado por el peronismo en el nacimiento del medio pelo, su gran pauta autoidentitaria y definitoria pasaría a ser el antiperonismo. Y a pesar de los esfuerzos realizados por Jauretche para deslindar al grueso de la clase media del medio pelo, desde los años cincuenta la opinión pública identificó, explícita o implícitamente, a la clase media con el antiperonismo. De hecho, el propio Jauretche pareció confundir en ocasiones tales posiciones, al punto que intentó darle una explicación:

“Desde luego que la clase media en conjunto vio alteradas muchas de las valoraciones en que se había formado y constituían parte de su ética y su estética, pero no reaccionó homogéneamente. Gran parte de ella comprendió la necesidad del cambio y participó del mismo [...] Eso sí: este sector careció de medios de expresión políticos y culturales dentro del peronismo”.<sup>67</sup>

Incluso, quien escribiera *El medio pelo* en buena medida para rechazar la identificación entre clase media y antiperonismo, consideraba que esta clase en conjunto había sufrido con el arribo de las masas peronistas y que, como actor político, había carecido por completo de espacio institucional dentro del peronismo —el que, por añadidura, había cometido numerosos y reiterados errores para con ella—.<sup>68</sup> En definitiva, el único espacio político en el que los miembros de la clase media pudieron encontrar reconocimiento en tanto que tales habría sido el antiperonismo. Y esto era lo que Jauretche llamaba medio pelo.

Como señalábamos, un extendido sentido común tendía y tiende a relacionar estrechamente al medio pelo con la clase media, al punto que la propia contratapa de la reedición de 1982 reprodujo tal imaginario. Vimos también que el mismo Jauretche cayó en tal confusión de términos —a pesar de su explícita intención en sentido contrario—. Y esto último no parece consecuencia del azar sino de la difundida y estrecha relación que se hacía en la época entre los rasgos que Jauretche señalaba como propios del medio pelo y los que se consideraban característicos de la clase media. Por eso, podemos leer sus análisis del medio pelo como parte constitutiva de la idea de clase media que circulaba por esos años. Y podemos avanzar un poco más. Si lo que popularmente se empezaba a llamar clase media se corresponde al medio pelo de Jauretche, podemos pensar con él que la clase media más que una

<sup>67</sup> *Idem*, p. 251.

<sup>68</sup> Significativamente los errores cometidos por el peronismo en relación a la clase media derivaban, según Jauretche, de la misma visión deformada que la identificaba en bloque con quienes se oponían al proyecto nacional (*Ibid.*).

clase social constituía un grupo de *status*. Y todavía más: un grupo de *status* definido principalmente por la posición política adoptada en la encrucijada planteada por la irrupción del peronismo. Esto es, por “la pauta de todas las pautas”: el antiperonismo. Sólo que no se trata ya de repetir que una clase media de dudosa existencia hacia 1943 se habría opuesto firmemente a Perón, ni siquiera de distinguir al medio pelo de una clase media consecuente. Se trata en cambio de comenzar a pensar cómo la emergencia del peronismo desencadenó procesos de diferenciación, clasificación e identificación que terminaron por articular una identidad de clase media.

## Conclusiones

En un país que se jactó durante buena parte del siglo XX de ser no sólo cosmopolita sino también de origen europeo y cuya elite política y cultural tuvo por muchos años el viaje a Europa como “fin de estudios” e inicio del *cursum honorum*, no debiera extrañar una temprana importación del concepto de clase media. Y si a ello le agregamos una imagen persistente que hace de la Argentina “un país de clase media” que experimentó en las primeras décadas del siglo XX una rápida modernización con altas tasas de movilidad social ascendente, tampoco debiera sorprender que dicha importación conceptual desarrollara firmes raíces en su terreno de adopción. Por el contrario, sorprenden verificar que esto último recién ocurrió en fechas tardías. En efecto, aunque el término “clase media” circuló con libertad por las pampas, el segundo fenómeno previsto –la adopción y aclimatación del concepto en Argentina– no se manifestó con claridad hasta que el peronismo hizo su tumultuosa aparición. Más aun, fue con posterioridad al golpe de 1955 que la idea de clase media irrumpió con fuerza en la escena político-cultural, hasta el punto de parecer imposible, en aquellos agitados años, explicar al país sin hacer mención a su clase media, que habría jugado un rol central como sujeto social y actor político en el desenvolvimiento de la crisis por la que atravesaba la nación.

Atrás quedaba la representación bipartita de la sociedad, escindiéndose del otrora indivisible pueblo una clase media reconocida en forma casi unánime como antiperonista. Pero estas visiones no se limitaron a poner a la clase media en el centro de sus interpretaciones del presente, sino que extendieron su nuevo modo de percibir y dividir el mundo sociopolítico a su propia historia, a un pasado que se había resistido en su momento a ser analizado en tales términos. Fue entonces, y sólo entonces, cuando el radicalismo de las

primeras décadas del siglo que con escasas excepciones había rehuído a considerarse como representante de las clases medias— pasó a ser considerado un *típico* partido de clase media. En un movimiento aparentemente paradójico, cuando se ligaron las posiciones antiperonistas y antipopulares a la (recientemente descubierta) clase media, ésta se transformó retrospectivamente en el sujeto histórico responsable de aspectos claves de la modernización y democratización pretéritas. La paradoja quizá se disuelva si abandonamos la noción de clase media como sujeto histórico —con una *función* o *rol* propios— y vemos en este descubrimiento de la Argentina peronista no ya a una clase social preexistente que asume determinada posición política, sino a una posición política que articuló diversos grupos por medio de un lenguaje de clase. En cualquier caso, la perplejidad inicial parece no ser más que un efecto, sin duda sorprendente, de esa adopción de la idea de clase media que aunque tardía modificaba el pasado al construir su presente.

### Resumen

El presente artículo intenta mostrar que el concepto de clase media no circuló de manera significativa en Argentina hasta mediados del siglo XX. Con anterioridad, el modo dominante de pensar la sociedad se había fundado en una representación bipartita (pueblo/oligarquía), que dejaba poco espacio para la construcción cabal de una clase media. La misma sólo pudo articularse cuando, al calor de la irrupción del peronismo, aquella representación bipartita fue reemplazada por otra tripartita, en la que entre el pueblo y la oligarquía se introdujo a la recientemente “descubierta” clase media.

**Palabras clave:** Clase media, Dicotomía pueblo/oligarquía, Peronismo, Historia intelectual.

### Abstract

This article shows that the concept of middle class in Argentina did not circulate in any significant way until mid-20th century. A dichotomy people/oligarchy had been dominant during the first half of the 20th century and it did not favor the construction of any clear notion of middle class. It was not until the emergence of Peronism that the previously bipartite image of society was replaced by a new tripartite one, in which a recently discovered middle class was introduced in between the people and the oligarchy.

**Keywords:** Middle class, People/oligarchy dichotomy, Peronism, Intellectual history.

# El concepto de hegemonía a la luz de las hegemonías neoconservadoras

Alberto R. Bonnet<sup>1</sup>

El concepto de hegemonía no carece de ambigüedades: este artículo lidia con algunas de esas ambigüedades y quiere contribuir a precisarlo.<sup>2</sup> Pero no reflexionaremos sobre este concepto en abstracto, sino a la luz de la articulación y desarticulación de una hegemonía neoconservadora en la Argentina reciente —aunque creemos que algunas de estas reflexiones también serían pertinentes partiendo de otros casos de hegemonía neoconservadora. El artículo descansa entonces sobre un análisis minucioso de esa hegemonía neoconservadora argentina, análisis que no podemos reproducir aquí<sup>3</sup>. Tendremos que contentarnos, pues, con algunas alusiones muy sumarias. En pocas palabras, si en ese análisis empleamos el concepto de hegemonía para analizar el *menemismo*, ahora se trata de reflexionar sobre este concepto a la luz de ese análisis.

Vamos a ordenar estas reflexiones en tres apartados dedicados a tres grandes problemas o nudos problemáticos. El primer apartado se concentra en problemas vinculados con la dimensión discursiva de la hegemonía, como es abordada en el enfoque neogramsciano de Laclau. El segundo se ocupa, por su parte, de una serie de problemas atinentes a la clásica dupla de coerción/consenso, asociada al concepto de hegemonía desde la época del

---

<sup>1</sup> Universidad Nacional de Quilmes. E-mail: abonnet@unq.edu.ar

<sup>2</sup> El artículo de J. Balsa, "Notas para una definición de hegemonía", en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, n.º 3. Buenos Aires, 2006, plantea con claridad varias de estas dificultades que aquí retomaremos. Nuestro artículo debe mucho a nuestras intervenciones, junto con Adrián Piva, en la *Cátedra Libre Antonio Gramsci*, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UNR, 31 de agosto de 2005, en el Seminario *Teoría y praxis política. El pensamiento de Antonio Gramsci* a cargo de la Dra. Mabel Thwaites Rey, Departamento de Ciencia Política de la FCS-UBA, 27 de junio de 2005, entre otros encuentros. Los participantes de estos encuentros, en especial Adrián Piva y Hernán Ouviaña, nos ayudaron mucho a pulir nuestros argumentos.

<sup>3</sup> Véase Alberto Bonnet, *La hegemonía menemista. El neoconservadurismo en Argentina, 1989-2001*, Buenos Aires, Prometeo, en prensa.

Gramsci carcelario. Y el tercero apunta a circunscribir el concepto de hegemonía a partir de sus vínculos con los de forma de estado y estrategia de acumulación, en diálogo con algunas páginas de Poulantzas y Jessop.

## I. Hegemonía y discurso

Comencemos recordando algo que debería ser una obviedad: toda hegemonía política remite a determinada estructura de clases y fracciones de clases y a determinadas relaciones económicas y sociales de fuerza entre esas clases y esas fracciones de clase. Gramsci planteaba así, como primer momento de su conocido esquema de análisis de las relaciones de fuerza, “una relación de fuerzas sociales estrechamente ligada a la estructura, objetiva, independiente de la voluntad de los hombres” y sólo como su momento posterior una “relación de fuerzas políticas” consistente en “la evaluación del grado de homogeneidad, de autoconciencia y de organización alcanzado por los diversos grupos sociales”<sup>4</sup>. Y dentro de este último momento distinguía, a su vez, entre “diversos momentos de la conciencia política colectiva”, que se extendían desde los correspondientes a los más elementales modos de solidaridad económico-corporativa de grupos particulares hasta el correspondiente a la universalización propiamente ético-política de los intereses de una clase. Este último era “la fase más estrictamente política, que señala el tránsito neto de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas”, sostenía, “la fase en la que las ideologías germinadas anteriormente se convierten en ‘partido’, entran en confrontación y se declaran en lucha hasta que una sola de ellas o al menos una sola combinación de ellas, tiende a prevalecer, a imponerse, a difundirse por toda el área social, determinando, además de la unidad de los fines económicos y políticos, la unidad intelectual y moral, situando todas las cuestiones en torno a las cuales hierva la lucha no en el plano corporativo sino en un plano ‘universal’, y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados”<sup>5</sup>. La cristalización de relaciones políticas de fuerza en una hegemonía descansa, en este esquema gramsciano, sobre determinada disposición de aquellas relaciones de fuerza económicas y sociales. Así dice Gramsci: “si la hegemonía es ético política, no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica”<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel V*, México, 1999, Fra. pp. 35-36. En adelante sólo indicaremos el número del volumen de los *Cuadernos*.

<sup>5</sup> *Idem*, pp. 36-37.

La misma idea subyacía siempre a sus análisis históricos específicos. Una clase puede entonces ser económica, social e incluso políticamente dominante sin llegar a ser, o habiendo ya dejado de ser, dirigente y por ende hegemónica. Tal era el caso de la burguesía en las comunas florentinas renacentistas: “clase dominante que, como detentadora de la riqueza, tiende a arrojar las cargas fiscales sobre la masa de la población con los impuestos sobre el consumo”, pero que “no logró superar la fase económica-corporativa, o sea crear un Estado ‘con el consenso de los gobernados’ y capaz de desarrollo”<sup>7</sup>. Y tal el caso, más interesante en este contexto, en las crisis de hegemonía: “si la clase dominante ha perdido el consenso, o sea, si no es ya ‘dirigente’, sino únicamente ‘dominante’, detentadora de la sola fuerza coercitiva...”<sup>8</sup>. Más aún. Una clase económica y socialmente dominante puede ser políticamente dirigente incluso cuando no ejerza personalmente esa dirección. Así, en un lúcido apunte sobre las clases dirigentes, Gramsci sostenía que “el hecho de que el Estado-gobierno, concebido como una fuerza autónoma, haga refluir su prestigio sobre la clase que es su fundamento, es de los más importantes práctica y teóricamente y merece ser analizado en tosa su extensión si se quiere tener un concepto más realista del Estado mismo. [...] Esta clase, a menudo, como hecho económico (y tal es esencialmente toda clase) no gozaría de ningún prestigio intelectual y moral, o sea que sería incapaz de ejercer una hegemonía y, en consecuencia, de fundar un Estado. De ahí la función de las monarquías, incluso en la época moderna, y de ahí el hecho, que se da especialmente en Inglaterra y en Alemania, de que el personal dirigente de la clase burguesa organizada en Estado [*il personale dirigente della classe borghese organizzata in Stato*] esté constituido por elementos de las viejas clases feudales desposeídas en el predominio económico (*junkers* y *lords*) tradicional, pero que han hallado en la industria y en la banca nuevas formas de potencia económica, aún no queriéndose fundir con la burguesía y permaneciendo unidas a su grupo social tradicional”<sup>9</sup>.

Pensamos que esta remisión de la hegemonía a determinada estructura de clases y fracciones de clases y a determinadas relaciones económicas y sociales de fuerza entre esas clases y fracciones de clase es completamente justificada. Pero, antes de darla por sentada y seguir adelante, precisemos la manera en

<sup>6</sup> Cuadernos V, p. 42.

<sup>7</sup> Cuadernos III, p. 21.

<sup>8</sup> Cuadernos II, p. 37.

<sup>9</sup> Cuadernos IV, p. 194. Gramsci retomaba así una complejidad de la constitución de las clases dominantes que ya habían señalado Marx y Engels y que, en el caso de la británica, estaría en el centro del posterior debate entre Anderson y Thompson (con intervención de Poulantzas).

que la recuperamos en este artículo. No estamos diciendo que la hegemonía guarda una relación de exterioridad respecto de esa estructura de clases y fracciones de clase, de esas relaciones económicas y sociales de fuerza, respecto, en síntesis, de la lucha de clases. Estamos diciendo que el concepto de hegemonía, concepto correspondiente a un nivel intermedio de abstracción, menta una modalidad específica de ejercicio del poder político del estado y, por consiguiente, menta una modalidad específica de desenvolvimiento de esa lucha de clases.<sup>10</sup> Ciertas clases o fracciones no devienen hegemónicas en la medida en que logran erradicar la lucha de clases, naturalmente, sino en la medida en que logran encuadrarla en la modalidad de desenvolvimiento de la lucha de clases inherente a su propio proyecto hegemónico. La articulación de la hegemonía menemista alrededor de la convertibilidad consistió, precisamente, en la imposición de una nueva modalidad de desenvolvimiento de la lucha de clases en relación con la modalidad inflacionaria previa. Todavía más. La imposición, las mutaciones y la supresión de esas modalidades de desenvolvimiento de la lucha de clases son resultados de la propia lucha de clases. En este sentido, el concepto de hegemonía debe pensarse a partir del concepto de lucha de clases, y no viceversa. Así, esa hegemonía menemista no fue un marco externo dentro del cual se desarrolló la lucha de clases, ni un resultado igualmente externo de las relaciones de fuerza entre esas clases, sino la modalidad que adoptó el desenvolvimiento de esa lucha de clases durante los noventa. Y esto implicó profundos cambios en las características de las luchas sociales, en sus sujetos, sus demandas, sus modos de organización y de acción en el período. Pero, a la vez, las reglas inherentes a esa modalidad hegemónica de desenvolvimiento de la lucha de clases fueron cada vez más desbordadas por estas luchas sociales en el ascenso que culminó en la insurrección de diciembre de 2001. Fue el propio desenvolvimiento de la

<sup>10</sup> Esta noción de *modalidad de desenvolvimiento de la lucha de clases* parece estar implícita en la manera en que Gramsci distinguía entre los conceptos de *revolución permanente* y *hegemonía* (y entre *guerra de movimiento* y *de posición*) en su período carcelario (*Cuadernos III*, pp. 243-244 y *Cuadernos V*, pp. 21-22). Estos conceptos remiten en Gramsci a modos sucesivos, históricamente determinados, del desarrollo de la lucha de clases. Entonces, filtrado a través de los cambios en el concepto de hegemonía que iremos introduciendo en este artículo, nuestro propio concepto de hegemonía se aproximaría al gramsciano en este punto (esta conclusión es deudora, en buena medida, de mis intercambios con Piva). Sin embargo, el recurso gramsciano a la metáfora marxiana de *infraestructura / superestructura*, sobre el que volveremos más adelante, dificulta las cosas en la medida en que esa estructura de clases y fracciones y esas relaciones económicas y sociales de fuerza aparecen a menudo en sus notas como la *infraestructura* de una hegemonía política situada en la *superestructura* y, en este sentido, en una posición de relativa exterioridad.

lucha de clases el que rompió, en esa coyuntura, su modalidad hegemónica previa.

Ahora bien, en cualquier caso, la concepción gramsciana es más adecuada que la neogramsciana que, mediante su fetichización posestructuralista del discurso, ignora la existencia de clases y fracciones, de luchas, conflictos y relaciones de fuerza entre esas clases y fracciones, con independencia de su articulación discursiva y, por consiguiente, completamente contingente.<sup>11</sup> Esa concepción gramsciana es superior porque era capaz de explicar por qué ciertos grupos y demandas sociales tienen la capacidad de devenir hegemónicos y otros no. Veamos esto. En su clásico libro, Laclau y Mouffe sostenían que “el campo general de emergencia de la hegemonía es el de las prácticas articulatorias”, entendiendo por práctica articulatoria “toda práctica que establece una relación tal entre elementos que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esa práctica” y por discurso a “la totalidad estructurada resultante de la práctica articulatoria”<sup>12</sup>. Y esta última definición, donde discurso y realidad social son simplemente coextensivos, daba lugar a una fetichización del discurso en la que Laclau y Mouffe superaron aún a sus colegas posestructuralistas más distanciados del marxismo, como Foucault.<sup>13</sup> “Nuestro análisis –reconocían– rechaza la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas y afirma: a) que todo objeto se constituye como objeto de discurso, en la medida en que ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva de emergencia; b) que toda distinción entre los que usualmente se denominan aspectos lingüísticos y prácticos (de acción)

<sup>11</sup> Lo primero que ignora, tachado con el mote de “esencialismo marxista”, es más exactamente la existencia de las relaciones sociales capitalistas y su inherente carácter antagónico, pero aquí nos limitaremos a discutir esta perspectiva neogramsciana a un nivel menor de abstracción.

<sup>12</sup> Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 155, 119.

<sup>13</sup> En su crítica del posmodernismo, que asocia con la derrota de las luchas sociales de los 60 y 70, Eagleton denuncia justamente esta fetichización del discurso: “El lenguaje, como cualquier otra cosa, puede también convertirse en un fetiche –tanto en el sentido marxista de estar reificado, investido de un poder demasiado numinoso, como en el sentido freudiano de estar en lugar de algo ahora elusivamente ausente–. Negar que haya una distinción significativa entre discurso y realidad, entre practicar el genocidio y hablar de él, es, entre otras cosas, una racionalización de su condición. Ya sea que se proyecte el lenguaje en la realidad material o la realidad material en el lenguaje, el resultado es confirmar que no hay nada tan importante como hablar. Y si esto no habla elocuentemente de la desfalleciente situación política de un muy específico rincón del planeta, entonces es difícil saber de qué se trata”, Terry Eagleton, *Las ilusiones del posmodernismo*, Buenos Aires, Paidós, 1997, pp. 39-40.

de una práctica social, o bien son distinciones incorrectas, o bien deben tener lugar como diferencias internas a la producción social de sentido, que se estructura bajo la forma de totalidades discursivas". Y agregaban, a manera de definición, que "basta que ciertas regularidades establezcan posiciones diferenciales para que podamos hablar de una formación discursiva"<sup>14</sup>. La paradoja radica en que "discurso", según esta definición del término y según su uso en los escritos de Laclau, carece de significado, precisamente porque los signos funcionan en virtud de sus diferencias y, si un término significa cualquier cosa, entonces no admite diferencia y no significa nada en absoluto.

Pero no vamos a detenernos aquí en el escabroso problema de la relación entre las realidades discursiva y extra-discursiva, sino que nos concentraremos en las consecuencias que esa fetichización del discurso trae para el concepto de hegemonía.<sup>15</sup> Y su consecuencia más inmediata es la ya citada incapacidad de explicar por qué ciertos grupos y demandas sociales tienen la capacidad de devenir hegemónicos y otros no. Laclau admite ocasionalmente este hecho: "no toda posición en la sociedad, no toda lucha es igualmente capaz de transformar sus contenidos en un punto nodal que pueda tornarse un significante vacío"<sup>16</sup>. Y va de suyo, en cualquier hegemonía. En la Argentina en crisis de fines de la década de los ochenta, por ejemplo, la gran burguesía forjada durante más de dos décadas de concentración y centralización del capital, negocios y subsidios estatales, transnacionalización y financiamiento externo estaba en mejores condiciones para encabezar una hegemonía que los pequeños comerciantes cordobeses o los campesinos chaqueños... El punto es que un hecho tan evidente desafía la reducción de la realidad social al discurso. ¿Por qué determinados grupos y demandas sociales, en lugar de cualesquiera otros, tienen la capacidad de encabezar a los restantes en una determinada articulación hegemónica? Laclau invoca como respuesta, en un juego de manos, un misterioso "carácter desnivelado de lo social" [*unevenness of the social*] (*ibidem*) que no es sino una expresión bastante vaga para hacer regresar por la ventana ese mismo sustrato de clases y fracciones, luchas,

<sup>14</sup> Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 121, 124.

<sup>15</sup> El problema fue discutido, aunque con resultados poco alentadores, entre Geras, Laclau y Ch. Mouffe en la *New Left Review*. Véase Geras, N., "Post-Marxism?", en *New Left Review* n° 163, 1987, Londres, Laclau y Mouffe, "Post-Marxism without apologies", en *New Left Review* 166, 1987; Londres. Geras, "Ex-Marxism without substance: being a real reply to Laclau and Mouffe", *New Left Review* 169, Londres, 1988, y para una reseña, Alan Rush, "Marxismo y posmarxismo. Polémica Laclau-Mouffe versus Geras", en *Herramienta* n° 18, Buenos Aires, 2002.

<sup>16</sup> Ernesto Laclau, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996, p. 81.

conflictos y relaciones de fuerza, independientes de cualquier articulación discursiva, que había echado por la puerta.<sup>17</sup>

Pero antes de continuar con esta crítica al enfoque de Laclau conviene intercalar dos aclaraciones. La primera y bastante evidente consiste en que el análisis riguroso de la dimensión discursiva de la hegemonía, imprescindible, no requiere necesariamente esta reducción de la realidad social al discurso. Slavoj Žižek, por ejemplo, a pesar de su relativa cercanía intelectual con Laclau, rechaza como ideológica semejante reducción: “cuando denunciamos como ideológico el intento mismo de trazar una clara línea de demarcación entre la ideología y la realidad, esto parece imponer la conclusión inevitable de que la única posición no ideológica es renunciar a la noción misma de la realidad extra-ideológica y aceptar que todo lo que tenemos son ficciones simbólicas, una pluralidad de universos discursivos, nunca ‘la realidad’; no obstante, una solución ‘posmoderna’ rápida e ingeniosa como ésta es ideológica por excelencia.”<sup>18</sup>

La segunda aclaración consiste en que el propio enfoque de Laclau, a pesar de sus debilidades, aporta a ese análisis riguroso de dimensión discursiva de la hegemonía. Es claro, por ejemplo, que “democracia” emergió efectivamente durante la transición democrática argentina de inicios de los ochenta como un significante tendencialmente vacío gracias a su flotación dentro de una cadena de equivalencias que incluía las más amplias demandas económicas y sociales reprimidas durante la dictadura —el “retorno a la democracia” operó, así, parecido al “retorno de Perón”, como afirma Laclau (1996), en la transición previa de inicios de los setenta— y sobredeterminó al conjunto de las luchas sociales del período<sup>19</sup>. La mejor ilustración de esa cadena de

<sup>17</sup> A este misterio vuelve Laclau, a propósito de la relación entre lógicas de la equivalencia y la diferencia, en su último libro. “Por un lado, tenemos que toda identidad social (es decir, discursiva) es constituida en el punto de encuentro de la diferencia y la equivalencia [...]. Sin embargo, por otro lado, existe un desnivel esencial en lo social ya que, como hemos visto, la totalización requiere que un elemento diferencial asuma la representación del una totalidad imposible”, E. Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005, p. 107. Y vuelve a aplicársele la crítica de Eagleton a *Hegemonía y estrategia socialista*: “su texto avanza dudando sintomáticamente entre el enfoque ‘extremo’ de que el significante conforma enteramente al significado —la hegemonía política construye ‘la verdadera identidad’ de los agentes— y el argumento más moderado de que los medios de representación política ideológica tienen un efecto sobre los intereses sociales que representan”, Terry Eagleton, *Ideology: an introduction*, Londres, Verso, 1991, p. 216.

<sup>18</sup> S. Žižek (comp.), *Ideología. Un mapa de la cuestión*, Buenos Aires, FCE, 2003, p. 26. Véase asimismo cómo N. Fairclough discute los conceptos foucaultianos de *práctica discursiva* y gramsciano de *hegemonía* en N. Fairclough, *Discourse and social change*, Cambridge, Polity Press, 1992, pp. 55ss y 91ss.

equivalencias es el conocido recurso retórico del discurso alfonsinista de 1983, “con la democracia se come, con la democracia se cura, con la democracia se educa”, una auténtica fórmula mística que invocaba los múltiples nombres de dios.<sup>20</sup> Y no menos claro es que “la estabilidad” también emergió a comienzos de la década siguiente como un nuevo significante vacío dentro de una nueva cadena de significantes que esta vez incluía consumo de importados, viajes al exterior, crédito y cuotas, acceso al primer mundo. En la serie de afiches con interrogante con los que Menen insistió en 2003, “la estabilidad” de “¿con quién teníamos estabilidad?” volvía a operar de alguna manera como la parte y el todo.

Podría objetárenos que, aún cuando se aceptara esta crítica a la fetichización del discurso operada por estos enfoques neogramscianos, ella valdría tanto para el análisis de hegemonías neoconservadoras como para el análisis de cualesquiera hegemonías. Y es así: no sólo la hegemonía neoconservadora, sino cualquier hegemonía remite a clases y fracciones, a luchas y conflictos, con independencia de su articulación discursiva. Pero esta crítica tiene un corolario especialmente relevante para las hegemonías neoconservadoras. En efecto, una de las dimensiones decisivas de la hegemonía que es suprimida con la reducción de la realidad social al discurso es la de la violencia extra-discursiva. La constitución de una nueva hegemonía política supone siempre una modificación violenta de las relaciones económicas y sociales de fuerza preexistentes y esta violencia no puede reducirse sin resto a una violencia simbólica. Y esta violencia, como veremos enseguida, adopta una modalidad muy específica en las hegemonías neoconservadoras.

Laclau roza esta dimensión de la violencia sosteniendo, con razón, que es de una “situación extrema de una desorganización radical del tejido social” –una actualización del *estado de naturaleza* hobbesiano, una *crisis orgánica* gramsciana– de donde emerge un significante articulador radicalmente vacío. En tales situaciones, “el orden está presente como aquello que está ausente; pasa a ser un significante vacío, el significante de esa ausencia”<sup>21</sup>. Lo que se

<sup>19</sup> E. Laclau, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.

<sup>20</sup> Semejantes a las analizadas en E. Laclau, *Misticismo, retórica y política*, Buenos Aires, FCE, 2002. El consenso alfonsinista fue pasajero y no componente de una hegemonía duradera. Pero esto no alcanza para descartar nuestro ejemplo, pues estamos hablando de mecanismos que, aunque resulten fallidos, no dejan de ser mecanismos hegemónicos. Si asumimos consecuentemente a la hegemonía como un modo de desenvolvimiento de la lucha de clases, se sigue su carácter siempre conflictivo e inestable: aunque planteada en clave cultural es muy pertinente, en este sentido, la insistencia de Raymond Williams, *Marxismo y literatura*, Barcelona, Península, 1980, pp. 134-135, en el carácter procesual de la hegemonía.

opone a tales situaciones de caos “no es un orden con un contenido específico sino la noción misma del ‘orden’ a secas, la forma misma del orden al margen de todo contenido”<sup>22</sup>. Retomemos nuestros ejemplos. La “democracia” emergió como significante vacío en el discurso alfonsinista a través de la instauración de una frontera: de un lado se hallaba el “orden” por venir (la democracia, el respeto por la vigencia del derecho encarnado en una tradición radical que Alfonsín recuperaba y renovaba), y del otro, el “caos” del pasado (el autoritarismo, las violencias militar y subversiva desatadas por el des-gobierno peronista previo que Luder, Miguel, Iglesias seguían representando). Pero la condición de posibilidad para que semejante operación discursiva alcanzara algún éxito era una violencia que no se había reducido a violencia simbólica en mayor medida que la ejecución de un cuadro revolucionario no se reduce a su baja como ciudadano del padrón electoral: la violencia armada de la dictadura, que había modificado las relaciones de fuerza preexistentes. Algo semejante sucedió cuando la “estabilidad” emergió como nuevo significante vacío en el discurso menemista, a través de una nueva frontera: de un lado, el “orden” (la estabilidad alcanzada gracias a la convertibilidad, inseparable de la modernización encarada por Menem); y del otro, el “caos” (la hiperinflación previa, asociada a su vez a la incapacidad de gobernar de Alfonsín). Y también, la condición de posibilidad para el éxito de esta operación discursiva fue una violencia que no puede reducirse a violencia simbólica, pero esta vez se trató de la propia violencia dineraria de los procesos hiperinflacionarios de 1989-90. Y, más estrecho aún, es el paralelismo entre ambos casos de esta de matriz orden/caos y de sus violencias subyacentes: en la medida en que la democracia y la estabilidad aparecían como logros recientes y precarios, siempre amenazados, esa matriz implica un violento chantaje: yo o el caos.

## II. Hegemonía, coerción y consenso

Pasemos ahora a los desafíos que plantea esta especificidad de la violencia en las hegemonías neoconservadoras para el concepto de hegemonía. Dijimos que la violencia específica que modificó las relaciones económicas y sociales de fuerza previas y sentó las condiciones de posibilidad para la constitución

<sup>21</sup> E. Laclau, *Emancipación y diferencia*, ob. cit. p. 84.

<sup>22</sup> E. Laclau, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993, p. 86.

de la hegemonía política menemista fue la dineraria de los procesos hiperinflacionarios de 1989-90. Pero, esta afirmación tiene consecuencias importantes para el concepto de hegemonía pues requiere revisar la dupla coerción / consenso tradicionalmente asociada al mismo.

La distinción gramsciana entre coerción y consenso [coerzione y consenso] significó un avance de la crítica marxista de la sociedad pues permitió la revalorización de los mecanismos consensuales de ejercicio del poder en las sociedades capitalistas avanzadas.<sup>23</sup> Pero esta distinción, aún cuando conserve cierta utilidad desde un punto de vista analítico, puede originar dificultades si se emplea de manera demasiado mecánica. Más precisamente, puede volver invisibles ciertos mecanismos de ejercicio del poder que no parecen inscribirse en ninguna de ambas categorías, al menos en sus definiciones usuales. Las constantes referencias de Gramsci a la dupla coerción / consenso, en este sentido, no carecen de ciertas ambigüedades.<sup>24</sup> En sus notas sobre Maquiavelo, Gramsci se refiere así a una "doble perspectiva" en la acción política y en la vida estatal" o "doble naturaleza del Centauro maquiavélico" que consiste en la dualidad "ferina y humana, de la fuerza y del consenso, de la autoridad y de la hegemonía, de la violencia y de la civilización, del momento individual y del universal (de la 'Iglesia' y del 'Estado'), de la agitación y de la propaganda, de la táctica y de la estrategia, etcétera".<sup>25</sup> Y luego contrapone entre "fuerza y consenso, coerción y persuasión, Estado e Iglesia, sociedad política y sociedad civil, política y moral (historia ético-política de Croce), derecho y libertad, orden y disciplina o, con un implícito juicio de sabor libertario, violencia y engaño"<sup>26</sup>. En estas duplas, sin embargo, las

<sup>23</sup> Revalorización cuya importancia debe apreciarse sobre el telón de fondo de la crítica marxista del estado y la política preexistente, centrada casi excluyentemente en el ejercicio coercitivo del poder, cuyos pilares más influyentes eran los del viejo Engels y Lenin. Como indica Thwaites Rey: "la ampliación del concepto de estado y la consiguiente reformulación del concepto de hegemonía producida por Gramsci es uno de los aportes más significativos a la teoría del estado contemporánea. [...] Al indagar sobre el aspecto consensual de la dominación, Gramsci realiza un invalorable aporte para desentrañar la complejidad de la dominación burguesa en las sociedades del capitalismo desarrollado [...]". Mabel Thwaytes Rey, "La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo", en AAVV: *Gramsci mirando al sur*, Buenos Aires, Tesis XI, 1994, p. 54

<sup>24</sup> Sobre estas ambigüedades, véase la reconstrucción del empleo gramsciano de la noción de hegemonía —así como su propia apreciación de la importancia de mecanismos de coerción económica como el desempleo, tan relevante para el caso de hegemonías neoconservadoras— por parte de Perry Anderson, "Las antinomias de Antonio Gramsci", en *Cuadernos del Sur* 6, Buenos Aires, 1987.

<sup>25</sup> *Cuadernos IV*, p. 30 y *Cuadernos III*, pp. 259-260.

<sup>26</sup> *Cuadernos III*, p. 75.

posiciones de los dos polos no son intercambiables sin ambigüedades. El estado, por ejemplo, aparece en ellas asociado con el polo de la coerción. Sin embargo, en su rescate del aporte hegeliano a la teoría del estado, Gramsci sostiene que “en la noción general de Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido, podría decirse, de que Estado = sociedad política + sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción)”.<sup>27</sup> Y, refiriéndose a Marx, afirma que “en él está contenido en embrión también el aspecto ético-político de la política o teoría de la hegemonía y del consenso, además del aspecto de la fuerza y de la economía”.<sup>28</sup> El estado, como estado ampliado que incluye instituciones tradicionalmente consideradas como parte de la sociedad civil, aparece ahora asociado a la vez con ambos polos de la dupla.<sup>29</sup> Y la noción de hegemonía, inseparablemente ligada a la de estado, carga por ende con la misma ambigüedad.

Esta ambigüedad no es demasiado problemática en sí porque puede resolverse adoptando una decisión metodológica en favor, por ejemplo, de emplear los conceptos de hegemonía y estado como atravesados por una doble dimensión coercitiva / consensual. Pero recordemos que en este sentido Poulantzas reprochaba a Gramsci “el haber querido restringir el concepto de hegemonía y distinguir en principio, en las estructuras de dominación y de explotación de la sociedad moderna, entre poder directo de dominación –fuerza y coerción– ejercidos por el estado y el gobierno ‘jurídico’ [...] y poder indirecto de dirección intelectual y moral y de organización-hegemonía. Este sería ejercido por la clase hegemónica en la sociedad civil por medio del conjunto de las organizaciones habitualmente consideradas como ‘privadas’ (iglesia, enseñanza, instituciones culturales, etc.)”.<sup>30</sup> Este primer Poulantzas señalaba así, correctamente, que la escisión entre un poder político institucionalizado vinculado con la coerción y uno no-institucionalizado vinculado con el consenso, con la hegemonía, no permitía apreciar la presencia de mecanismos de coerción no-institucionalizados (como el despotismo patronal en lugares

<sup>27</sup> Ibidem, p. 76.

<sup>28</sup> Ibidem, p. 198.

<sup>29</sup> Sobre este concepto hegeliano de estado ampliado, que incluye instituciones tradicionalmente asociadas con la sociedad civil (como sucedía con las corporaciones en Hegel, sucede con los partidos políticos o los sindicatos en Gramsci), véanse los clásicos ensayos de Norberto Bobbio, “Gramsci y la concepción de la sociedad civil”, en *Estudios de historia de la filosofía: de Hobbes a Gramsci*, Madrid, Debate, 1991, y Jacques Texier, *Gramsci, teórico de las superestructuras: acerca del concepto de sociedad civil*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1976.

<sup>30</sup> N. Poulantzas, “Introducción al estudio de la hegemonía en el estado”, en *Hegemonía y dominación en el estado moderno*, México, Pasado y Presente, 1985, p. 65.

de trabajo o la disciplina en instituciones privadas) así como de mecanismos de consenso institucionalizados (como las políticas sociales del estado). Y el segundo Poulantzas profundizaría esas objeciones, planteando la necesidad de "superar la metáfora analógica de una simple complementariedad entre violencia y consentimiento, calcada de la imagen del centauro (medio bestia, medio hombre) de Maquiavelo".<sup>31</sup>

Pero acaso estas ambigüedades alrededor de la ubicación de los mecanismos coercitivos y consensuales de ejercicio del poder sean sintomáticas de limitaciones más profundas. A propósito del derrotero de los regímenes parlamentarios de los estados capitalistas europeos Gramsci señalaba: "El ejercicio 'normal' de la hegemonía en el terreno que ya se ha vuelto clásico del régimen parlamentario, se caracteriza por la combinación de la fuerza y del consenso que se equilibran diversamente, sin que la fuerza domine demasiado al consenso"<sup>32</sup>. Pero a continuación agregaba un tercer mecanismo de ejercicio del poder difícilmente clasificable en esa dupla coerción / consenso. "Entre el consenso y la fuerza está la corrupción-fraude (que es característica de ciertas situaciones de difícil ejercicio de la función hegemónica, presentando el empleo de la fuerza demasiados peligros) o sea el debilitamiento y la parálisis infligidos al adversario o a los adversarios acaparando sus dirigentes bien sea encubiertamente o, en caso de peligro emergente, abiertamente, para provocar confusión y desorden en las filas adversarias". Estas consideraciones sobre mecanismos de poder que escapan a la dupla coerción / consenso son más bien raras en Gramsci (aunque el citado es clave para sus nociones de "transformismo" y "revolución pasiva") y se encuentran asociadas a situaciones de excepcionalidad (un agrietamiento del aparato hegemónico de esos estados capitalistas europeos tras la I Guerra Mundial, en este caso). Pero nosotros creemos que estos mecanismos son menos raros y excepcionales.

Volvamos a la violencia hiperinflacionaria. Esta violencia no pone en juego los mecanismos de persuasión ideológica asociados con la noción de consenso, aunque sustentó un ceñido consenso alrededor de la convertibilidad. Tampoco pone en juego los mecanismos represivos asociados con la noción de coerción, aunque no careció de efectos coercitivos equiparables a los resultantes de una violencia ejercida sobre los cuerpos mismos. Esta violencia se diferencia además de la pública y relativamente monopolizada por el aparato represivo de estado, pues es privada y desencadenada en el mercado mismo. Pero también se diferencia de los constreñimientos de los procesos de producción privados, pues es una violencia extraordinaria que amenaza

<sup>31</sup> Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 1986, p. 93.

<sup>32</sup> *Cuadernos V*, p. 81.

con interrumpir el proceso de acumulación en su conjunto. Y son estas mismas características de esta violencia dineraria hiperinflacionaria, violencia sin sujeto manifiesto o violencia del dinero mismo, las que la envuelven en un aura mística particularmente eficaz en sus efectos de poder. Y la presencia de estos mecanismos de ejercicio del poder difíciles de clasificar en la dupla coerción / consenso no se limita a esas condiciones excepcionales de alteración radical de las relaciones de fuerza que establecen las condiciones de posibilidad para la constitución de la hegemonía menemista, sino que siguen operando posteriormente como elementos constitutivos de la misma.

Aparentemente, podríamos deshacernos de estas dificultades de clasificación reconociendo las limitaciones de esta dupla coerción / consenso. Las clasificaciones relevantes suelen no ser perfectamente exhaustivas y, en todo caso, la existencia de híbridos no inutiliza a las clasificaciones zoológicas. El problema radica en que quizás estas dificultades sean, a su vez, sintomáticas de dificultades aún mayores, relacionadas con los conceptos y sus objetos. Y estas dificultades remiten al modo en que Gramsci concebía la relación entre lo político y lo económico mediante su asimilación de la problemática metáfora marxiana de estructura y superestructura, en términos de su propia noción de "bloque histórico" [*blocco storico*] y en el marco de su controversia con el marxismo economicista. La articulación estructura / superestructura inherente a la noción de bloque histórico aparece a veces en los escritos gramscianos de manera más o menos tradicional, como cuando señala que "la estructura y las superestructuras forman un 'bloque histórico', o sea que el conjunto complejo, contradictorio y discorde de las superestructuras son el reflejo [*il riflesso*] del conjunto de las relaciones sociales de producción"<sup>33</sup>. Pero, naturalmente, también aparece a veces de maneras más complejas, que sugieren interpretaciones diferentes. Tales los casos en que aparece como articulación entre naturaleza y espíritu: "concepto de 'bloque histórico', o sea unidad entre la naturaleza y el espíritu (estructura y superestructura) [*unità tra la natura e lo spirito (struttura e superstruttura)*] unidad de los contrarios y de los distintos" o entre contenido y forma: "concepto de bloque histórico en el cual contenido económico-social y forma ético-política [*contenuto economico sociales e forma etico-politica*] se identifican concretamente"<sup>34</sup>. Esta manera en que aparece la articulación estructura/superestructura

<sup>33</sup> Cuadernos III, p. 309.

<sup>34</sup> Cuadernos IV, pp. 24 y 137 respectivamente. Para esta compleja noción de bloque histórico véase el conocido trabajo de Hugo Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*, México, Siglo XXI, 1983, 70 ss. Los esfuerzos por superar el economicismo que se apoyan en esta noción de bloque histórico (como Nestor Kohan, "Gramsci y Marx: hegemonía y poder en la

parece ratificada además por la manera en que Gramsci presentaba el pasaje del momento económico-corporativo al ético-político. “Se puede emplear el término ‘catarsis’ –escribe– para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el paso de lo ‘objetivo a lo subjetivo’ y de la ‘necesidad a la libertad’ [dall’ ‘oggetivo al soggetivo’ e dalla ‘necesità alla libertà]”.<sup>35</sup>

Pero esta asimilación de la metáfora estructura / superestructura en términos de naturaleza y espíritu o contenido y forma sugiere la idea de que estamos ante relaciones técnicas de producción, por una parte, y relaciones propiamente sociales, políticas e ideológicas, por la otra. La manera en que Gramsci define al marxismo, particularmente en su relación con la economía política clásica, parece reafirmar esta idea: “la filosofía de la praxis es igual a Hegel más David Ricardo”.<sup>36</sup> Relaciones técnicas de producción, cuyo secreto ya habría desentrañado la economía política ricardiana con su teoría del valor –entendido como “relación entre el trabajador y las fuerzas industriales de producción”.<sup>37</sup> Y relaciones propiamente sociales, políticas e ideológicas, motivo de reflexión filosófica hegeliana –o en su caso crociana, cuya “historia ético-política”, asimilada en términos de hegemonía, Gramsci consideraba como fuente para una “renovación de la teoría de la praxis en nuestros días”. El problema radica en que esas relaciones asociadas con la esfera de lo económico o la estructura no pueden entenderse como relaciones técnicas que recién adquieren una dimensión plenamente social cuando consideramos la distribución del producto o de los medios de producción, como sucede ciertamente en Ricardo –y en Sraffa. Y tampoco, como contrapartida, esas relaciones asociadas con la esfera de lo político-ideológico o la superestructura pueden entenderse como relaciones inmediatamente sociales, en el sentido de un reino del espíritu y la realización de la libertad, como sucede en Hegel –o en Croce. La crítica marxiana de las relaciones sociales capitalistas no puede entenderse, en síntesis, como una simple combinación entre las mejores expresiones de la economía y la filosofía políticas clásicas.

---

teoría marxista”, en [www.rebelion.org](http://www.rebelion.org), 2001), suelen llevar a callejones sin salida, pero el problema del economicismo –que Gramsci, con razón, consideraba clave en su momento– se encuentra a su vez superado en el marxismo contemporáneo y no nos detendremos en este asunto.

<sup>35</sup> Cuadernos IV p. 143

<sup>36</sup> Cuadernos IV p. 144

<sup>37</sup> Cuadernos III p. 158

No tenemos formas ético-políticas por una parte y contenidos económico-sociales por otra, pues las formas son simplemente modos de existencia del contenido. Tenemos un único contenido, relaciones sociales capitalistas inherentemente antagónicas, cuya existencia asume distintas formas, formas “políticas” como el estado, diferenciadas de formas “económicas” como el mercado. Tal como sostienen Holloway y Picciotto, “lo económico no debe verse como la base que determina la superestructura política, sino que más bien lo económico y lo político son ambos formas de relaciones sociales, formas asumidas por la relación básica del conflicto de clase en la sociedad capitalista, la relación capital; formas cuya existencia separada emerge, a la vez lógica e históricamente, de la naturaleza de esta relación”. La crítica marxiana es, precisamente, la crítica de esas formas fetichizadas. Tampoco tenemos por una parte un reino del objeto, la naturaleza o la necesidad, y por otra un reino del sujeto, el espíritu o la libertad. La sociedad, es decir, la totalidad articulada por aquellas relaciones sociales capitalistas, es a la vez sujeto y objeto, espíritu y naturaleza, libertad y necesidad. La crítica marxiana consiste, precisamente, en develar este doble carácter de la sociedad capitalista.

Pero este problema tampoco se resuelve recurriendo al modo en que luego el estructuralismo entendería esa relación entre lo político y lo económico mediante su propia versión de aquella metáfora marxiana de estructura/superestructura en términos de niveles con autonomía relativa aunque determinados en última instancia. Es cierto que ya el primer Poulantzas era consciente del problema cuando advertía contra la tendencia a expurgar a las relaciones de producción del nivel de lo económico respecto de unas relaciones de poder, de lucha y dominación de clase que, en consecuencia, quedarían desplazadas hacia los niveles de lo político y lo ideológico<sup>38</sup>. El segundo Poulantzas retomarí­a esta advertencia en su discusión de la idea foucaultiana y deleuziana de unas relaciones de poder situadas en una posición de exterioridad respecto de las relaciones de producción<sup>39</sup>. Pero la manera en que entiende las relaciones establecidas a nivel económico, siguiendo a Althusser, reinstala el problema: las relaciones de producción serían las estructuras de un modo de producción y una formación social (el capital y trabajo) cuyos apoyos se distribuyen en relaciones sociales (los capitalistas y trabajadores) y las clases sociales serían los efectos de aquella estructura (así como de las estructuras políticas e ideológicas) sobre las prácticas (así como sobre las

<sup>38</sup> N. Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1976, p. 120.

<sup>39</sup> N. Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 1986, pp. 35ss.

prácticas políticas e ideológicas)<sup>40</sup>. Nos queda así una estructura abstracta constituida por relaciones de trabajo y de propiedad / posesión de los medios de producción y del producto, por una parte, y prácticas concretas de las diversas clases y fracciones de clase, por la otra. Y volvemos a encontrarnos con una definición de lo económico como constituido por relaciones técnicas que adquieren dimensión social apenas cuando consideramos la propiedad del producto y los medios de producción, como sucede en la economía política. Y ahora, en añadidura, con una definición de las clases derivada de esa propiedad de los medios de producción y el producto, como sucede en la sociología. Y así Clarke cierta en que tanto los marxistas althusserianos como los gramscianos "toman como punto de partida la distinción entre relaciones de producción, vistas como las relaciones técnicas que combinan factores en la producción material, y relaciones de distribución, vistas como relaciones sociales constituidas por la propiedad de los medios de producción" y su resultado "no es una teoría marxista de las clases, sino una teoría de las clases de la economía política clásica, tal como es modificada y desarrollada por la sociología burguesa contemporánea"<sup>41</sup>

No vamos a profundizar aquí en consideraciones generales sobre la relación entre lo político y lo económico; nos interesan más bien sus implicancias para el concepto de hegemonía. La posibilidad misma de entender el papel de los mecanismos de violencia dineraria en la constitución de las hegemonías neoconservadoras depende de que se reconozca plenamente la naturaleza social de esa esfera de lo económico. Es decir, de que objetos usualmente clasificados como "económicos", como el dinero, sean asumidos consecuentemente como formas de las relaciones sociales capitalistas. Y de que procesos normalmente tomados por "económicos", como los hiperinflacionarios, sean asumidos como procesos en los que se expresa el antagonismo inherente a esas formas de las relaciones sociales.

Y algo semejante puede decirse de los mecanismos de consentimiento propios de esas hegemonías neoconservadoras. En efecto, el empleo demasiado mecánico de la distinción gramsciana entre coerción y consenso también puede impedirnos advertir en el consentimiento pasivo propio de las hegemonías neoconservadoras un mecanismo consensual de ese ejercicio del poder. Pocas

<sup>40</sup> N. Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1976, pp. 71 ss. Poulantzas no modificó posteriormente esta concepción, aunque la matizara en sus abordajes posteriores de la división del trabajo y las relaciones de poder, *Estado, poder y socialismo*, México, Siglo XXI, 1986, pp. 35ss.

<sup>41</sup> Clarke, S., "Marxism, sociology and the Poulantzas theory of the state", en S. Clarke (ed.): *The state debate*, Londres, Macmillan, 1995, pp. 81, 91.

veces Gramsci acompañaba su concepto de "consenso" con los atributos "activo" o "pasivo" [*attivo* o *passivo*], e incluso a veces se refería indistintamente a ambos, como cuando decía que las fuerzas que guiaron el Renacimiento "tomaron el poder, se unificaron en el Estado italiano moderno, luchando contra otras determinadas fuerzas y ayudadas por determinados auxiliares o aliados: para convertirse en Estado debían subordinarse o eliminar a unas y tener el consenso activo o pasivo de las otras". Y las veces que remarca el carácter activo de cierto consenso parecía hacerlo para oponerlo a la coerción abierta, a la dictadura, como cuando escribía comparando a Croce y Gentile que "los grandes intelectuales ejercen la hegemonía, que presupone una cierta colaboración, o sea un consenso activo y voluntario (libre) o sea un régimen liberal-democrático".

Hoy, sin embargo, el concepto gramsciano de "consenso" es empleado a menudo como sinónimo de "consenso activo". Así, las modalidades de consenso más pasivas, propias de las hegemonías neoconservadoras, parecen destinadas a ser reducidas a modalidades de un consenso disminuido o, incluso, a ser excluidas sin más del concepto de consenso, y esto conduce a la crítica de las hegemonías neoconservadoras a incurrir en graves errores. Estas modalidades pasivas del consenso deben ser asumidas como modalidades de consenso en sentido pleno. Debemos cuestionar, incluso, la asimilación misma de estas modalidades de consenso con un consenso pasivo pues, en realidad, en ellas no se juega el par pasividad/actividad sino diversos modos de actividad o, en otras palabras, diversas prácticas ideológicas. El consenso materializado en la práctica ideológica de los trabajadores en un acto en la Plaza de Mayo ¿es más activo que el materializado en la práctica ideológica de los consumidores en Alto Palermo Shopping o se trata, simplemente, de consensos sustentados en prácticas ideológicas diferentes?

### III. Hegemonía, estado y capital

Conviene, ahora, circunscribir el concepto de hegemonía a partir de sus vínculos con los de forma de estado y estrategia de acumulación. Entendemos que, para Gramsci, la constitución de cualquier hegemonía política requiere la mediación del estado. Este es el sentido de tajantes expresiones suyas tales como aquella de que "La unidad histórica de las clases dirigentes ocurre en el Estado [*L'unità storica delle classi dirigenti avviene nello Stato*] y la historia de aquellas es esencialmente la historia de los Estados y de los grupos de Estados"<sup>42</sup>. Sin embargo, la relación entre hegemonía y estado es sumamente

compleja en el pensamiento gramsciano debido a la extensión que reviste el concepto de hegemonía en su seno. Esta dificultad deriva en su mayor parte, simplemente, de que Gramsci introdujo el concepto de hegemonía para lidiar con problemas de estrategia política revolucionaria antes que de dominación política burguesa.<sup>43</sup> En efecto, Gramsci introdujo el concepto de hegemonía, a mediados de la década de 1920, para referirse al papel del proletariado como la clase dirigente de una alianza revolucionaria de clases.<sup>44</sup> Escribía entonces que "los comunistas turineses se plantearon concretamente la cuestión de la 'hegemonía del proletariado', o sea de la base social de la dictadura proletaria y del estado obrero. El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida en que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permita movilizar contra el capitalismo y el estado burgués a la mayoría de la población trabajadora..."<sup>45</sup> Pero, en escritos posteriores, Gramsci empleó la noción de hegemonía tanto para continuar reflexionando sobre problemas de estrategia política revolucionaria como para reflexionar acerca de las características de la dominación política burguesa. Este empleo extenso del concepto de hegemonía, sin embargo, complicó enormemente su relación con el de estado, en la medida en que tanto la política de las clases

<sup>42</sup> Cuadernos VI, p. 182. Asimismo Cuadernos II, p. 89.

<sup>43</sup> Nos referimos, naturalmente, a los problemas de estrategia revolucionaria suscitados por la derrota del movimiento de consejos obreros del norte de Italia del *bienio rojo* de 1919-20, del que participara activamente el propio Gramsci. Ya en los escritos correspondientes de *L'Ordine Nuovo* aparecía claramente, aunque en ausencia de la noción de hegemonía, el papel de los consejos obreros, en su interacción con los sindicatos y el partido, como "modelo" o "cédula" de un futuro estado obrero. "El estado socialista -escribía Gramsci por ejemplo- existe ya potencialmente en las instituciones de la vida social característica de la clase trabajadora explotada. Unir entre sí estas instituciones, coordinarlas y subordinarlas en una jerarquía de competencias y poderes, centralizarlas fuertemente, pero respetando las autonomías necesarias y sus articulaciones, significa crear desde ahora una verdadera democracia obrera, en contraposición eficiente y activa con el estado burgués, preparada ya desde ahora para sustituir al estado burgués en todas sus funciones esenciales de gestión y de dominio del patrimonio nacional". A. Gramsci, *Escritos políticos 1917-1933*, México, Pasado y Presente, 1981, p. 89; véanse en conjunto los artículos reunidos en *Consejos de fábrica y estado de la clase obrera*, México, Era, 1973, la obra anterior. Esta misma problemática, aunque más complejizada, sería luego abordada por Gramsci en términos de hegemonía.

<sup>44</sup> Específicamente en *La situación italiana y las tareas del PCI*, un documento para la discusión del III Congreso del PCI realizado en Lyon en 1926, y en *Algunos temas sobre la cuestión meridional*, escrito también en 1926 (ambos incluidos en Gramsci *Escritos políticos*, op.cit. Este, naturalmente, es un punto enfatizado por las lecturas más leninistas de Gramsci (por ejemplo A. Gruppi, *El concepto de hegemonía en Gramsci*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1978).

<sup>45</sup> A. Gramsci, *Escritos políticos 1917-1933*, México, Pasado y Presente, 1981, p. 307.

dominantes (que detentan efectivamente el poder de estado) como la de las clases dominadas (que no detentan ese poder de estado) eran analizadas en términos de políticas hegemónicas. De aquí las ambigüedades que irremediablemente cargan afirmaciones como aquella, contrapartida de la citada, de que “Las clases subalternas, por definición, no están unificadas y no pueden unificarse mientras no puedan convertirse en ‘Estado’”<sup>46</sup>.

Quizás ayude a precisar esa relación el reemplazo de la asociación estática entre hegemonía y poder de estado que se encuentra, por ejemplo, cuando Gramsci equipara “el momento en que un grupo subalterno se vuelve realmente autónomo y hegemónico” con el momento en que crea “un nuevo tipo de estado”<sup>47</sup>, por una asociación más dinámica entre ambos, como cuando afirma que “un grupo social puede e incluso debe ser dirigente aún antes de conquistar el poder gubernamental (esta es una de las condiciones principales para la misma conquista del poder)”<sup>48</sup>. Quizás la ya mencionada concepción del estado de Gramsci, como estado ampliado a instituciones de la sociedad civil, también pueda ayudar a precisarla en la medida en que los aparatos de hegemonía privados situados en la sociedad civil pueden ser instancias de disputa hegemónica. Pero ninguna de estas consideraciones alcanza para precisar sin resto esa relación entre hegemonía y poder de estado. Pensamos que, para precisarla, conviene optar por una asociación muy estrecha entre ambos, restringiendo por consiguiente el campo de aplicación del concepto de hegemonía a la dominación política burguesa.<sup>49</sup> En este sentido Poulantzas reprochaba más bien a Gramsci “el haber querido restringir el concepto de hegemonía y de distinguir en principio, en las estructuras de dominación y de explotación de la sociedad moderna, entre *poder directo de*

<sup>46</sup> Cuadernos VI, p. 182.

<sup>47</sup> Cuadernos IV, p. 349.

<sup>48</sup> Cuadernos V, p. 387.

<sup>49</sup> Aunque no podemos detenernos en este punto, consideramos que esta opción no sólo es más adecuada desde un punto de vista teórico, sino también político. En efecto, el análisis de las políticas dominante y revolucionaria indistintamente en términos de políticas hegemónicas puede conducirnos a una concepción instrumentalista de la política. Acaso Gramsci (¿siguiendo los pasos de Lenin?) no sea plenamente ajeno a este instrumentalismo –y en cualquier caso, los líderes de la nueva derecha saben aprovecharlo (véase Kranenburg, R. van, “Whose Gramsci? Right-wing Gramscism”, en *International Gramsci Society Newsletter* n° 9, 1999. Agreguemos que el recurso de emplear el concepto de *contrahegemonía* (que, por cierto, no se encuentra en Gramsci) para analizar la política revolucionaria no resuelve este problema en la medida en que el mismo no sea definido como algo distinto de la mera contracara de la política dominante (véase, en este sentido, la discusión planteada recientemente por Holloway en AAVV, *Contrapoder: una introducción*, Bs. As. De mano en mano, 2002).

dominación –fuerza y coerción– ejercido por el estado y el gobierno 'jurídico' (...) y poder indirecto de dirección intelectual y moral y de organización –hegemonía. Este sería ejercido por la clase hegemónica en la sociedad civil por medio del conjunto de las organizaciones habitualmente consideradas como 'privadas' (iglesia, enseñanza, instituciones culturales, etc.)"<sup>50</sup>. Poulantzas restringiría entonces el concepto de hegemonía, afirmando que "tiene por campo la lucha política de clases en una formación capitalista, y comprende, más particularmente, las prácticas políticas de las clases dominantes en esas formaciones"<sup>51</sup>.

Pero esta asociación estrecha entre hegemonía y poder de estado implica una segunda restricción en el uso del concepto de hegemonía, mucho más relevante para el análisis de las hegemonías neoconservadoras, a saber, que queda restringido a escala de los estados-nación. También aquí, Gramsci solía emplear la noción de hegemonía de manera más extensa. Afirmaba así que la hegemonía "se verifica no sólo en el interior de una nación, entre las diversas fuerzas que la componen, sino en todo el campo internacional y mundial, entre complejos de civilizaciones nacionales y continentales"<sup>52</sup>. La peculiar posición de la cultura italiana en el seno de la cultura europea inspiraba este uso gramsciano del concepto de hegemonía a escala internacional. Por una parte, conforme la instauración de la sede papal en Roma del siglo XVI, el cosmopolitismo religioso de los intelectuales italianos revestía "un carácter estrictamente político, de hegemonía internacional", cumplía una "función hegemónica mundial", se nutría de un "espíritu imperialista"<sup>53</sup>. Por otra parte, como contrapartida de ese cosmopolitismo, el atraso relativo en la construcción de una cultura burguesa nacional durante el siglo XIX conducía para Gramsci a una hegemonía de la cultura francesa. "Cada pueblo tiene su literatura, pero ésta puede venirle de otro pueblo, o sea que el pueblo de que se trata puede estar subordinado a la hegemonía intelectual y moral de otros pueblos. (...) ¿Qué significa el hecho de que el pueblo italiano lee con preferencia a los escritores extranjeros? Significa que sufre la hegemonía intelectual y moral de los intelectuales extranjeros, que se siente

<sup>50</sup> Poulantzas, "Introducción al estudio de la hegemonía en el estado", en *Hegemonía y dominación en el estado moderno*, México, Pasado y Presente, 1985, p. 64.

<sup>51</sup> Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1976, p. 169. Es injustificada entonces la crítica de Buci-Glucksman, *Gramsci y el estado*, México, Siglo XXI, 1985, a esta restricción poulantziana del concepto de hegemonía a la dominación política burguesa –y paradójica, en la medida en que ella misma insiste en ese vínculo entre hegemonía y poder de estado.

<sup>52</sup> *Cuadernos IV*, p. 210.

<sup>53</sup> *Cuadernos V*, p. 305.

más ligado a los intelectuales extranjeros que a los 'paisanos', o sea que no existe en el país un bloque nacional intelectual y moral, ni jerárquico y mucho menos igualitario"<sup>54</sup>. Estas afirmaciones gramscianas parecen involucrar privilegiadamente la dimensión cultural, intelectual y moral, es decir ideológica de la hegemonía en su extensión a una escala internacional —aunque la influencia del papado puede involucrar asimismo aspectos jurídico-políticos. Pero el problema que plantean está en la articulación entre esta hegemonía ideológica (e incluso en su caso jurídico-política) internacional y los estados nación, que siguen operando como mediadores necesarios de la hegemonía a escala nacional.

Este es un problema importante e incumbe directamente a nuestro asunto de las hegemonías neoconservadoras. Es evidente que las hegemonías neoconservadoras a escala de los estados nación particulares no pueden analizarse prescindiendo de la existencia de una suerte de "hegemonía neoconservadora" a escala internacional. Las relaciones sociales capitalistas y el antagonismo que les es inherente son globales por definición y, además, devienen más globales conforme se desarrolla históricamente el capitalismo. Las clases, la lucha de clases y las relaciones de fuerza entre las clases son, asimismo, globales por definición y devienen cada vez más globales con ese desarrollo histórico del capitalismo. La hegemonía, a escala de los estados nación particulares, debe entenderse, entonces, como la territorialización política, en las fronteras de esos estados nación, de luchas y relaciones de fuerza entre clases vigentes a escala internacional.<sup>55</sup> La constitución de hegemonías neoconservadoras a escala de varios estados nación particulares en las décadas de los ochenta y noventa, incluida la menemista, remite así a un proceso global de recomposición de la acumulación y la dominación capitalistas respecto de la crisis que atravesaron a fines de los sesenta y comienzos de los setenta.

Sin embargo, creemos que conviene seguir restringiendo el empleo del concepto de hegemonía a escala del estado nación, manteniendo aquella asociación estrecha entre hegemonía y poder de estado. Veamos las razones. Antes que nada conviene aclarar que aquí estamos empleando el concepto

<sup>54</sup> Cuadernos VI. pp. 155.

<sup>55</sup> Desde luego, esta territorialización supone una suerte de "nacionalización" de esa lucha y de esas relaciones de fuerza entre clases según las particularidades de las formaciones económico-sociales encuadradas en esos estados nación. En este sentido podemos acordar con Gramsci cuando afirmaba que "el concepto de hegemonía es aquel en el que se anudan las exigencias de carácter nacional (...). Una clase de carácter internacional, en cuanto a que guía a estratos sociales estrictamente nacionales (intelectuales) e incluso a menudo menos aún que nacionales, particularistas y municipalistas (los campesinos), debe 'nacionalizarse'. en cierto sentido... (idem, p. 156).

de hegemonía para analizar cierta relación política entre clases en el terreno de la lucha de clases y no una relación entre estados en el de las relaciones internacionales —como sucede, por ejemplo, en la escuela inaugurada a comienzos de los ochenta por Robert Cox.<sup>56</sup> Aclarado este punto, cabe reconocer que algunas instituciones extranjeras o internacionales (organismos financieros como el FMI, organizaciones como la OMC, instituciones que integran aparatos de estado extranjeros como la USFR, institutos privados como el *Cato Institute*, etc.) desempeñan auténticas funciones hegemónicas a una escala internacional: producen y divulgan discursos legitimadores sobre las virtudes de la economía de libre mercado, elaboran proyectos de reforma del estado, proveen cuadros intelectuales para desempeñarse como funcionarios de gobiernos neoliberales, etc. Y todo esto es decisivo para entender las características de las hegemonías neoconservadoras. Sin embargo, en la medida en que los estados nación no fueron relevados de su función como territorializadores de las relaciones sociales capitalistas por una instancia supranacional de soberanía, conviene seguir restringiendo el empleo del concepto de hegemonía a escala de esos estados nación. Esas funciones hegemónicas desempeñadas por instituciones extranjeras o internacionales deben considerarse, en consecuencia, como complementarias de las desempeñadas por los estados nación particulares pero, en la medida en que no existe un auténtico estado supranacional, no las sustituyen.<sup>57</sup>

Ahora bien, ¿en qué consiste exactamente esa relación entre hegemonía y poder de estado? Recordemos la doble dimensión que caracteriza al concepto de hegemonía. Esta doble dimensión está presente en innumerables afirmaciones gramscianas, como aquellas acerca de la integración de las viejas clases dominantes en los nacientes estados burgueses alemán y británico o de las dificultades de la burguesía italiana para asumir su función dirigente respecto de los grupos sociales afines y aliados para la constitución de su propio estado moderno. Pero esta doble dimensión —y su vínculo específico con el poder de estado—, aparece quizás con mayor precisión en la concepción específicamente poulantziana de la hegemonía: “la clase hegemónica es la que concentra en sí, en el nivel político, la doble función de representar el

<sup>56</sup> Véase, para un panorama acerca de este empleo del concepto gramsciano de hegemonía en las relaciones internacionales, Bieler y Morton, “Theoretical and methodological challenges of neogramscian perspectives in international political economy”, en *International Gramsci Society Online Archive*, 2003.

<sup>57</sup> Este argumento contradice, ciertamente, el argumento central de los escritos más recientes de Negri, A. y Hardt, M., *Imperio*, Madrid, Paidós, 2002, y *Multitud. Guerra y democracia en la era del imperio*, Madrid, Debate, 2005. Los estados capitalistas siguen desempeñando esa función decisiva de territorializadores de las relaciones sociales capitalistas.

interés general del pueblo-nación y de detentar un dominio específico entre las clases y fracciones dominantes: y esto, en su relación particular con el estado capitalista<sup>58</sup>. Puesto que ambas funciones hegemónicas están mediadas por el estado capitalista, sostiene en consecuencia Poulantzas, ese estado asumirá una doble función: "respecto de las clases dominadas, la función del estado capitalista es impedir su organización política, que superaría su aislamiento que es en parte su propio efecto (...) Por el contrario, respecto de las clases dominantes, el estado capitalista trabaja permanentemente en su organización en el nivel político, anulando su aislamiento económico, que es, también aquí, su propio efecto así como el de lo ideológico"<sup>59</sup>. Así las clases o fracciones de clases económica y socialmente dominantes sólo pueden devenir políticamente hegemónicas en esta doble dimensión de la hegemonía, es decir, integrarse en un bloque en el poder encabezado por la fracción dirigente y ejercer la dirección de las clases subalternas, gracias a la mediación del estado capitalista. Y fue efectivamente gracias a la mediación del estado argentino, con su batería de políticas de reestructuración capitalista enmarcadas por la convertibilidad, que esa gran burguesía que había acabado de consolidarse económica y socialmente como clase dominante en los procesos hiperinflacionarios de 1989-90 pudo integrarse en un bloque en el poder y devenir políticamente dirigente mediante la constitución de la hegemonía menemista desde 1991. Pero el propio estado capitalista se recompone a su vez, en un doble sentido de transformarse y fortalecerse, en la medida en que desempeña esa función de mediador de la hegemonía. El proceso de constitución de una hegemonía es así, simultáneamente, proceso de reconstitución del estado, es decir, proceso de metamorfosis en la forma de estado. Ese estado argentino sumido en la impotencia durante el proceso hiperinflacionario que clausuró la administración de Alfonsín, económicamente quebrado y políticamente vacante, se recompuso durante la primera administración de Menem adoptando una nueva forma neoconservadora de estado acorde con su función de mediador de la hegemonía menemista. El proceso de constitución de una nueva hegemonía es, precisamente, este proceso de mediaciones recíprocas y simultáneas: la burguesía se recompone como clase hegemónica a través del estado capitalista y el estado capitalista se recompone como instancia de dominación a través de la recomposición de la burguesía como clase hegemónica. Y la constitución de hegemonías neoconservadoras, si bien no

<sup>58</sup> N. Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI, 1976, p. 175.

<sup>59</sup> *Idem*, p. 239.

plantea desafíos específicos al concepto de hegemonía en este plano de la relación entre hegemonía y poder de estado, la ilustra acabadamente. Resulta muy importante tener en cuenta esta relación para evitar errores en nuestra crítica de esas hegemonías neoconservadoras como, por ejemplo, el error generalizado en la crítica populista de considerar irrelevante esa mediación del estado en el neoconservadurismo.

La fórmula poulantziana para referirse a esta función hegemónica del estado, aquella de “desorganizar políticamente a las clases dominadas, organizando a la vez políticamente a las clases dominantes”,<sup>60</sup> es, sin embargo, algo estrechamente politicista. Esa función hegemónica del estado guarda, asimismo, una estrecha relación con la acumulación capitalista. En efecto, en la sociedad capitalista la acumulación, es decir, la reproducción ampliada del capital, es reproducción ampliada de la sociedad en su conjunto. La capacidad de determinadas fracciones de clase económica y socialmente dominantes de convertirse en políticamente dirigentes, tanto respecto de las restantes fracciones de clase integrantes del bloque en el poder como de las clases subalternas, descansa así en la capacidad de esas fracciones de garantizar la reproducción del capital como reproducción de la sociedad en su conjunto. Su capacidad de universalizar sus intereses particulares políticamente descansa, en otras palabras, en su capacidad de universalizar su propia reproducción económica y social.<sup>61</sup> Nótese, antes de continuar, que no nos estamos refiriendo a concesiones económicas puntuales de esas fracciones dirigentes –los “sacrificios de orden económico corporativo” de Gramsci<sup>62</sup>, los “sacrificios económicos” de Poulantzas<sup>63</sup>– sino a su capacidad de encabezar la reproducción de la sociedad entera –algo que parece sugerir Gramsci en su análisis del fordismo.<sup>64</sup>

<sup>60</sup> *Idem*, p. 239.

<sup>61</sup> Especialmente en este punto estoy en deuda con Adrián Piva. Véase su ponencia “Las raíces marxistas de la noción de hegemonía en Gramsci”, presentada en el II Congreso Nacional de Sociología y VI Jornadas de Sociología de la UBA, Bs. As., 20 al 22 de octubre de 2004, así como, para su aplicación a nuestro caso de la hegemonía neoconservadora en la Argentina de los noventa, su ponencia “Acumulación de capital y hegemonía débil en Argentina (1989-2001)”, presentada en el XXV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Porto Alegre, 22 al 26 de agosto de 2005 (Adrián Piva, “Acumulación de capital y hegemonía débil en Argentina (1989-2001)”, en *Realidad Económica* n° 225, Buenos Aires., IADE, 2007.

<sup>62</sup> Cuadernos V, p. 42.

<sup>63</sup> N. Poulantzas, (1976): *Poder político y clases sociales en el estado capitalista*, México, Siglo XXI, p. 245.

<sup>64</sup> Cuadernos VI, pp. 61 ss.

Ahora bien, así como antes especificamos la relación entre hegemonía y estado valiéndonos del concepto de forma de estado, como concepto de un nivel de abstracción inferior al de estado capitalista en general, ahora conviene especificar esta relación entre hegemonía y acumulación valiéndonos del concepto de estrategia de acumulación. Esta especificación introducirá así una nueva restricción en nuestro empleo del concepto de hegemonía, ya no una restricción de tipo espacial, a un estado nación particular, sino una restricción temporal, a un período acotado de esa acumulación capitalista. Escribe Jessop: "una 'estrategia de acumulación' define un 'modelo de crecimiento' económico específico completo con sus varias precondiciones extraeconómicas y esboza una estrategia general apropiada para su realización"<sup>65</sup>. El citado fordismo en la economía norteamericana, así como la industrialización sustitutiva de importaciones en las latinoamericanas, serían ejemplos de tales estrategias de acumulación durante la posguerra. Una estrategia de acumulación opera como una suerte de marco para un proceso de acumulación capitalista que integra, detrás de la dirección de una fracción dirigente, al conjunto de las fracciones de la burguesía en pugna: "un marco estable en palabras de Jessop— en el cual la competencia y los intereses en conflicto pueden ser conducidos sin romper la unidad de conjunto del circuito del capital"<sup>66</sup>. Y esa estrategia de acumulación se articula a su vez con un proyecto hegemónico que, ejercicio del poder de estado mediante, apunta a resolver esos conflictos de intereses económicos inmediatos entre la fracción dirigente y las restantes fracciones de la burguesía —e incluso de las clases subordinadas.

Las políticas de reestructuración capitalista encaradas durante la década de los noventa y enmarcadas en la convertibilidad pueden entenderse, en un sentido semejante a este propuesto por Jessop, como políticas que apuntaban a la consolidación de una nueva estrategia de acumulación reorientada hacia el mercado mundial y articulada a su vez con el nuevo proyecto hegemónico menemista.<sup>67</sup> Dicha estrategia de acumulación, dirigida por las fracciones

<sup>65</sup> Bob Jessop, "Accumulation strategies, state forms and hegemonic projects", en Jessop. *State theory. Putting capitalist states in its place*, Pennsylvania, Pennsylvania State University, 1990. pp. 198-199.

<sup>66</sup> *Idem*, p. 199.

<sup>67</sup> El empleo de estos conceptos no debe conducirnos, empero, a un uso estructuralista de modelos de articulación entre acumulación y dominación capitalistas que reduce las crisis a procesos de transición entre modelos determinados por la funcionalidad / disfuncionalidad registradas entre sus elementos, concediendo así una posición subordinada e incluso a ninguna posición a la lucha de clases en nuestras explicaciones. Incurriríamos en este caso en una auténtica fetichización de los modelos que emplea. Las críticas en este sentido

más aperturistas de la gran burguesía, operó efectivamente en los noventa como marco para la reproducción de las restantes fracciones de la burguesía y de las clases subalternas. La deserción respecto de dicho marco implicaba una recaída en ese caos de expropiaciones extraordinarias mutuas entre las distintas fracciones de la burguesía y expropiación extraordinaria masiva en desmedro de las clases subalternas que había caracterizado los procesos hiperinflacionarios de 1989-90. Y esa estrategia de acumulación se articuló a su vez con el proyecto hegemónico menemista, sustentando materialmente a la vez la cohesión del bloque burgués en el poder que la encabezó y la subordinación de la clase trabajadora al mismo. La convertibilidad operó de este modo, simultáneamente, como marco para la recomposición de la acumulación y de la dominación capitalistas.

La constitución de hegemonías neoconservadoras, ciertamente, tampoco plantea desafíos específicos para el concepto de hegemonía en este plano de la relación entre hegemonía y acumulación. Esta relación existe en cualquier caso de hegemonía. Pero acaso sea especialmente importante precisar las características de dicha relación para la crítica de las hegemonías neoconservadoras en particular, evitando así el típico error de la crítica populista consistente en considerar que el neoconservadurismo sólo representa los intereses de una supuesta fracción financiera, rentística o parasitaria de la burguesía.

---

de Holloway. Bonefeld y Clarke a las interpretaciones de Jessop y Hirsch de la crisis del capitalismo de posguerra en términos de transición del fordismo al posfordismo son concluyentes en general así como relevantes para nuestro análisis en particular (véase Holloway, J. / Bonefeld, W. (eds.) *¿Un nuevo estado? Debate sobre la reestructuración del estado y el capital*, México. Fontamara, 1994. Los intentos de Jessop de evitar el sesgo determinista de su aparato conceptual en particular, el de presentar las estrategias de acumulación en términos de "resultados contingentes de una dialéctica de estructuras y estrategias", Jessop, B., "Accumulation strategies, state forms and hegemonic projects", en Jessop, *State theory. Putting capitalist states in its place*, Pennsylvania, Pennsylvania State University, 1990. p. 205 y la articulación entre estrategias de acumulación y proyectos hegemónicos como derivada de "prácticas articuladoras contingentes", "Capitalist states, the interests of capital and bourgeois rule", en el mismo libro, p. 80 - se revelan como infructuosos dentro del marco estructuralista de referencia de dicho aparato conceptual.

# “La imaginación histórica” en la obra de Juan José Hernández Arregui

María Teresa Bonet<sup>1</sup>

Este artículo presenta un análisis de “la estructura profunda” de la obra histórica de Juan José Hernández Arregui guiado por la teoría que sobre el pensamiento histórico europeo del siglo XIX ha sistematizado Hayden White.<sup>2</sup> Esta concepción de lo histórico como un relato o “discurso verbal en prosa narrativa”, y fundamentalmente el modelo arquetípico, derivado de la teoría de las tramas y de los tropos lingüísticos, permite captar la poética del discurso.

<sup>1</sup> Profesora en Historia en Universidad Nacional de La Plata y profesora regular de Historia Social Argentina en la Universidad de Buenos Aires; doctora en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. E-mail: mariabonet@yahoo.com.ar. Este artículo es una síntesis del análisis del discurso de Hernández Arregui que forma parte de la tesis doctoral *El peronismo en el discurso académico: 1955-1966*, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid, 2004. [www.ucm.es/eprints/view/creator](http://www.ucm.es/eprints/view/creator). En ella, tomando las teorías sobre el relato histórico de Paul Ricoeur y Hayden White, he identificado la trama romántica de José Luis Romero, dentro de la cual el historiador o el político, héroe transformador, tiene la misión de ordenar el caos al que ha conducido el triunfo de ideas amorfas por error de las ideas claras, perfectas y distintas en 1946. Su argumentación organicista, gobernada por el mundo de las ideas fundamenta la identificación del peronismo como fascismo; la trama trágica derivada de un modo de argumentación mecanicista del discurso de Germani que enfatiza la inadecuación de las instituciones democráticas en relación con el cambio vertiginoso que se ha producido en el país durante los años treinta; la imagen metonímica que se encuentra presente en la estructura de un discurso también dominado por la trama trágica de Silvio Frondizi, en cuya argumentación mecanicista el peronismo es un bonapartismo que ha surgido en un momento de interregno entre dos imperialismos; el esfuerzo de *Contorno* por salir de las interpretaciones dicotómicas intentando separar lo que considera la farsa de Perón de la experiencia popular y el modo irónico que predomina en el relato de Tulio Halperin Donghi con el que diluye el problema del peronismo como fascismo.

<sup>2</sup> Hayden White. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998 (ed. original en inglés, 1973).

La apuesta de White por la doble pertenencia de lo histórico al campo de la ciencia y al del arte, así como por la unidad indisociable entre forma y contenido o representación imaginativa del pasado a partir de la ordenación del registro histórico de lo real, originó un profundo debate acerca del estatuto de lo histórico. Para White, piedra de la discordia, un tropo figurativo y por lo tanto de naturaleza poética, domina el sentido o la aspiración utópica contenida en toda obra histórica. A esa dimensión tropológica de la narración histórica voy a referirme a través del análisis narrativo de una obra cuya interpretación del peronismo enlaza una historia argentina de largo período.

Es posible oponer que las diferencias entre el pasado que narraron los historiadores y filósofos de la historia del siglo XIX,<sup>3</sup> y el presente asentado sobre un pasado lejano que relata el historiador argentino, constituyen un obstáculo para el propósito de este trabajo. Pero recordando a White, vemos como aún en la crónica del anal medieval, en la que un testigo “que ve lo que sucede” realiza un registro de hechos, ese mero registro es también la prefiguración de un campo que representa una particular visión de un mundo.<sup>4</sup> Debo señalar, no obstante, que la pertenencia de Hernández Arregui al siglo XX me obliga a modificar, en parte, las posiciones ideológicas así como los modos de argumentación que White categorizó para los pensadores del siglo XIX. En su “Introducción” nos advertía que no había podido incluir la ideología fascista, por ejemplo, porque se trataba de una ideología extemporánea respecto del pensamiento que él había analizado. Por esta razón trataré de mostrar cómo esas combinaciones “no necesarias” rompen con una categorización rígida que White sólo construyó como un modelo arquetípico respecto del cual la variedad de discursos podría compararse.

<sup>3</sup> La estrategia analítica de White comienza con la identificación de tres niveles en los que se despliegan los grandes relatos y que, de un modo manifiesto, posibilitan el descubrimiento de sus dimensiones estéticas, epistemológicas y morales: trama, argumento y posición ideológica. Pero el “sentido profundo” contenido en la narración poética se encuentra expresado a través del estilo historiográfico cuyos tropos lingüísticos, metáfora o metonimia, etc., responden a un acto de elección con el que el historiador figura un determinado pasado. White llamó a estos niveles, explicación por argumentación formal, explicación por la trama y explicación por implicación ideológica. A partir de ellos ideó una tipificación con la que categorizó a los discursos según su forma de trama trágica, cómica, romántica o satírica. A cada forma de trama le correspondía una determinada manera de argumentación —mecanicista, organicista, formista o contextualista— y también un modo de implicación ideológica radical, conservador, anarquista o liberal. Hizo explícito que se trataba de una combinación posible y que él la había hallado cuando analizó el pensamiento histórico del siglo XIX, pero que la implicación de esos niveles podía variar de acuerdo con las “afinidades electivas” con las que otros pensadores establecían su propia combinación y, que estas respondían al “efecto explicatorio” que el relato pretendía conseguir.

<sup>4</sup> Hayden White, *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, 1992.

Sin embargo, considerando otros modos de analizar la obra de Hernández Arregui, se trata de una estrategia que prefiero a otras porque permite hacer una lectura diferente a través del estilo de la escritura, de la forma de argumentación del discurso y de su implicación con una ideología. En la acepción de White, la forma expresa siempre un contenido o sentido filosófico específico. En otras palabras, la construcción metafórica puede contribuir al conocimiento de las utopías de los escritores del pasado junto con las formas de argumentación del discurso. En suma, lo que aquí interesa es la forma con la que White detecta, a través del rescate de la dimensión cognitiva de la narración histórica, a la filosofía de la historia. En ese sentido podemos situar al discurso de Hernández Arregui más cercano a ese modo de construir historia – que puede parecerse a un ensayo político o impregnado del intuicionismo filosófico que tanta desconfianza produjo entre quienes abogaban por un tipo de análisis “científico” o “sociológico” de la realidad–, que a la que todavía no era hegemónica en la época en la que escribió sus libros. White partió de una crítica al escepticismo del siglo XIX, pero a partir de ahí ideó una tipificación en la que incluyó otros modos de construcción de los discursos a través de la metáfora romántica, por ejemplo, o de la trama trágica, con lo que pretendió sugerirnos que hay otras formas de mirar la realidad y, por ende, de proyectar el futuro. Frente a un discurso “sancionado” por la ironía, tropo que adquiere sentido si se comprende de qué modo predomina en la sátira pesimista, White alienta la esperanza de que ésa es sólo una de las representaciones que puede ofrecer el relato histórico, así como uno de los “efectos de realidad” o agencia que puede producir.

## Desde los márgenes. El discurso hernández-arreguiano

La obra de Hernández Arregui constituye una de las vertientes de ideas más arraigadas en la izquierda nacional. Más reconocido como intelectual que como académico, escribió *Imperialismo y cultura*, *La formación de la conciencia nacional*, *¿Qué es el ser nacional?* y *Peronismo y socialismo*, entre otras obras. Como ha señalado Neiburg, fue un intelectual situado entre la burocracia estatal peronista y la actividad universitaria. Esta pertenencia a dos campos signados por la exclusión y el rechazo recíproco se debió a la relación que mantuvo siempre con el partido, aún en los momentos de mayor conflicto con sus sectores conservadores. Algunas de estas razones explican la forma con la que en sus escritos fustigó a los intelectuales que se comprometieron con la Revolución Libertadora.

A lo largo de sus obras, Hernández Arregui se implica en los sucesos de 1955 y construye un relato en el que patria y antipatria separan ideologías y acciones, oponen discursos y narraciones en un contexto en el que imperialismo y antiimperialismo son los ejes sobre los que se ordenan las interpretaciones. Se está –se es– de un lado o de otro.

Demasiado próximo al subjetivismo filosófico para algunos académicos de la época, cercano a intelectuales críticos de la *intelligentzia* dentro del campo de la izquierda nacional-popular, sus argumentos en favor de una síntesis entre marxismo y nacionalismo, entre clase y nación, irán arraigándose desde los márgenes, en una universidad desencantada del cientificismo, en una clase media politizada bajo la renovación cultural de los años sesenta y la influencia revolucionaria latinoamericana y en los sectores más radicalizados del movimiento sindical peronista.<sup>5</sup>

Con una trayectoria política diferente, intelectuales de izquierda escindidos de sus partidos tradicionales, separándose de la interpretación nazifascista del peronismo y desestimando la identificación con el bonapartismo, pondrán esa misma síntesis a través de un acercamiento entre el análisis marxista crítico y la identidad nacional; tendrán como referente teórico a Rodolfo Puiggrós y se expresarán desde 1947 a través de *Clase Obrera*. Este análisis, centrado en las causas internas que posibilitaron su ascenso, enfatizará la defensa de los intereses nacionales en lucha contra el imperialismo así como las reivindicaciones de las masas populares.

Jorge Abelardo Ramos, reconociendo la herencia del revisionismo argentino, manifestando su apoyo crítico al peronismo y situándose en un lugar marginal respecto de la izquierda tradicional, con su interpretación trotskista reclamará para sí el lugar de precursor de la izquierda nacional a través de un modo alternativo de lectura del peronismo. Su obra, a diferencia de Hernández Arregui, enfatizará el análisis de las condiciones económicas, sociales y políticas que hicieron posible el surgimiento del peronismo y la ruptura histórica que en ellas produjo, así como las razones que impidieron la adhesión del proletariado industrial a un partido obrero independiente del peronista. Lo separa de Hernández Arregui la interpretación del régimen político del peronismo como un bonapartismo fundado en el poder militar y en la burocracia. Pero lo acerca a éste su consideración de que ese ejército y esa

<sup>5</sup> Hernández Arregui se refirió al *Ser Nacional* en 1961 bajo los auspicios del Movimiento de Estudiantes Reformistas de la Universidad Nacional del Nordeste. La Facultad de Ciencias Económicas de Tucumán lo convocó también para esta conferencia y posteriormente lo hizo la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional del Litoral.

burocracia expresaron en parte los intereses nacionales. El peronismo fue nacional, burgués y capitalista: en ello consistió su mérito respecto del sistema oligárquico precedente.<sup>6</sup>

La labor fecunda de John W. Cooke en el campo político —como dirigente de la resistencia peronista aún en el exilio— y la de Hernández Arregui en el campo intelectual, fueron, dentro del peronismo, el "esfuerzo más sistemático en la construcción de un linaje nacional-populista".<sup>7</sup>

Dentro este linaje, los conceptos de *nación*, *patria*, *pueblo*, *clase*, son prefigurados bajo una "retórica de combate" que se construye sobre la defensa de la cultura iberoamericana como síntesis integrativa del sentimiento nacional, popular y patriótico. El origen mítico del pasado nacional es desentrañado por Hernández Arregui en un discurso construido sobre la imagen de una Argentina cuya herencia indígena y su "trasfondo vital reasimilado por la cultura europea" habían sido históricamente aprisionados por los imperialismos.

Su obra consiste en la búsqueda del "ser nacional" a través de una interlocución que, en clave de empatía o de irónica polémica, sostiene con intelectuales pasados y presentes. Cree en esa búsqueda como en el único modo capaz de consolidar la conciencia de nación sobre la que, en su interpretación, comienza a asentarse el peronismo. La argumentación organicista con la que Hernández Arregui resuelve la integración de conceptos antagónicos y confusos como la clase, el pueblo, la nación, "el ser nacional", y la construcción del linaje nacional-popular, son núcleos centrales de este análisis.

El triunfo de una clase y de una imagen de nación a través de la lucha, lo lleva por derivación a una explicación mecanicista, metonimia que Hernández Arregui resuelve con la conquista de la síntesis ideal. Las "resonancias de un discurso romántico", en el que el triunfo del "peronismo revolucionario" o la lucha por la revolución social desde el peronismo, no sólo en el 17 de octubre sino aún después de 1973 con el regreso de Perón, es la metáfora que domina la trama de ambos procesos. El peronismo se identifica entonces, con una etapa necesaria en el proceso histórico hacia la revolución social, como metáfora de un futuro más libre.

<sup>6</sup> En Carlos Strasser. *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959.

<sup>7</sup> Horacio Tarcus. *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, p. 23.

## La búsqueda del Ser nacional. Clase, Pueblo y Nación

Guiado por Henri Lefebvre, el principio de “la política como nervio de la historia”, conduce el sentido de sus obras. Su concepción de la historia, a la vez arte y ciencia, del quehacer y de la implicación ideológica del historiador con un presente desde el cual inquiere al pasado, es el punto de partida para la construcción de *La formación de la conciencia nacional*. Pleno de imágenes del “ser nacional”, es la síntesis de una filosofía de la historia que indaga en la historiografía para encontrar el “espíritu común” o conciencia histórica de la Argentina del siglo XX. Pero esa búsqueda no halla el “espíritu común” en una única forma de pensar la Argentina, sino en la contraposición de dos mundos o dos imágenes, de la que emerge “el ser nacional”.

El compromiso de Hernández Arregui con la filosofía de la historia y el paso decidido con el que atraviesa la frontera entre Historia y Política, quizá pretende ocultarse frente al impulso “cientificista de la época” y, por eso, *¿Qué es el ser nacional?* es un esfuerzo sistemático por despejar analíticamente los componentes de esa idea, de cuyos matices románticos –“no solamente como estética sino como saber del mundo”–, no puede escapar:

Quando un concepto es manejado por corrientes ideológicas contrapuestas, el mismo es una metáfora o uno de esos recursos abusivos del lenguaje, que más que una descripción rigurosa del objeto mentado, tiende a expresar un sentimiento confuso de la realidad.

Su propósito es desintegrar el concepto en sus elementos constitutivos, despojarlo de su “brumosidad irracional”. La patria es el primer concepto que aparece cuando Hernández Arregui intenta seccionar la idea del “ser nacional”. Y la patria se hace tangible, entonces, como “una categoría histórico-temporal experimentada como la posesión en común de una herencia de recuerdos”.<sup>8</sup> No es sólo un sentimiento primario y genérico. “Es un concepto poliédrico. Una categoría histórica”. Por ende, en el mundo de lo histórico, de la acción que interpela al tiempo, “el ser nacional” empieza a desplegarse ante nosotros, no como un tropo literario sino como actividad social viviente y desgarrada; a la vez, “experiencia individual y conciencia colectiva de un destino”.

Sin embargo, es una metáfora la que Hernández Arregui elige para aprehender un campo histórico que, a través de ese tropo, se despliega desgarrado por la lucha entre dos Argentinas, por dos herencias distintas de recuerdos.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 17.

Así, "lo imaginario introduce a la verdad del conocimiento de lo real".<sup>9</sup> Y Hernández Arregui, a través de la metáfora romántica del historiador en tanto héroe o sujeto transformador, se empeña en la misión de ordenar, batiendo a los intelectuales uno a uno, ese campo que así dividido aparece en la historiografía.

Continúa por el camino deductivo que ha elegido para argumentar sobre la construcción "poliédrica" del ser nacional. La comunidad como unidad de cohesión colectiva más pequeña, es el concepto con el que trata de hacer inteligible su ambigüedad. La lengua aparece, entonces, como "nexo de la interacción humana" y principal factor de desintegración y de cohesión nacional a la vez. La lengua define y diferencia las identidades.<sup>10</sup> Así, el lunfardo como condensación de otros lenguajes, síntesis de la cultura "criollista" del suburbio porteño, del desarraigo nostálgico del inmigrante y del migrante del interior hacia el arrabal fabril, se erige en el lenguaje o la identidad más próxima a la esencia del "ser nacional".

El concepto de comunidad, con todos sus elementos formativos, se subsume en uno más comprensivo: la *nación*. La argumentación organicista con la que describe la integración de partes que se subsumen en una mayor —la nación— choca con un concepto que se le opone o se le resiste: el de clase social. El concepto de nación, pueblo o comunidad nacional subsume a las clases en una unidad. La argumentación marxista que Hernández Arregui sostiene, le impide integrar fácilmente a la clase. La pretensión de unificar las ideas de clase, de lucha y la de nación o de pueblo, deriva en la ideología del peronismo de izquierda, que necesariamente se apoya en esta tensión y que ineludiblemente conduce a una separación entre la izquierda peronista y la izquierda no peronista en los años setenta. Por eso es el organicismo el modo con el que Hernández Arregui argumenta que el todo como "ser nacional múltiple" emerge de la lucha y a la vez contiene la tensión entre las clases.

"El ser nacional es el proceso de la interacción humana, surgido de un suelo y de un devenir histórico, es el que pugna por cimentarse sobre las oposiciones de las clases sociales que luchan por el poder político. No es uno sino múltiple".

Pero también, dota de sentido a su historia a través de una argumentación mecanicista o metonímica, cuya representación de la lucha es una contradicción que finalmente se resuelve a través de la conquista "del ser nacional",

<sup>9</sup> G. Gusdorf, *Fundamentos del saber romántico*, París, Payot, 1982, p. 180.

<sup>10</sup> J. J. Hernández Arregui, *La formación de la conciencia nacional*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973, p. 86.

“En las crisis de una nación cada clase concebirá la realidad nacional desde perspectivas diferentes [...] El ser nacional emerge ahora, como comunidad escindida, en desarrollo y en discordia, como proceso en movimiento. No como paz sino como guerra”.

El imperialismo es el principio separador de las aspiraciones de clase. Su acción divide a éstas en la defensa de un destino común opuesto, y en esa separación profunda se halla el ser nacional desgarrado. Por eso, en la conciencia de la dominación se encuentra tanto el origen de la libertad como el del desgarro.

“El ser nacional es una comunidad [...] de creencias y tradiciones conservadas en la memoria del pueblo, y amuralladas [...] en sus clases no ligadas al imperialismo [...], que en tanto disposición revolucionaria de las masas oprimidas se manifiesta como conciencia antiimperialista”.

Se expresa, así, el triunfo romántico de la conciencia antiimperialista, de “la herencia común de recuerdos” como imagen de una sola España, en rebeldía “contra el dominio de la razón y la técnica”, y de una sola América. La cultura hispanoamericana concebida como lo original o autóctono –“ligazón germinal con la tierra”– es la que identifica al ser nacional y está en las masas rurales y en el suburbio fabril que persiste frente la ciudad colonizada. En esa cultura que resiste al progreso moderno, se asienta el origen del “peronismo como época triunfal de la conciencia histórica” o emergencia del ser nacional.

## Hacia una definición del peronismo. Imágenes en lucha

Señala Federico Neiburg que “la razón del interés en el pasado de los intelectuales que después de la Revolución Libertadora se identificaron como peronistas, era legitimar su propuesta mostrando las posibilidades de un futuro mejor. Su concepción de la historia les permitía decir que se hallaban en un tiempo de derrota y que el sentido de la historia estaba del lado de los débiles”.<sup>11</sup> Bajo ese sentido de la historia, Hernández Arregui construye en 1957 la narrativa de *Imperialismo y Cultura*. El nexo que une a los ensayos que componen esta obra es una imagen representativa de la Argentina que resiste a otras representaciones y que, como en una batalla, resuelve su lucha a través “de la epopeya del peronismo”.

<sup>11</sup> F. Neiburg, ob. cit., p. 101.

En la generación de 1912, en escritores como Lugones, Ingenieros y Gálvez, junto al surgimiento de tendencias nacionalistas de una burguesía nacional, identifica el origen de "un sentimiento nacional latente".<sup>12</sup> Frente al nacionalismo católico atado al pretérito hispánico y frente al europeísmo cultural, presentará Hernández Arregui a este linaje creador de una literatura propia. Así, *Florida* y *Boedo* son imágenes de antagonismos sociales que dividen a la gran urbe. La primera, efecto de la nostalgia de una oligarquía que hacia los años treinta ve languidecer su preponderancia junto con el predominio del campo y, en consecuencia asiste a un escenario de poder que se modifica. La segunda, es la imagen que extrae sus tipos de las "bajas capas sociales".

Hernández Arregui se refiere a la polémica estética/ideológica que manifiesta dos modos diferentes de concebir el cambio social y que, en palabras de Borges, se expresará a través de "la revolución de las imágenes".<sup>13</sup> El autor reduce la reflexión estética de Borges y lo condena a la categoría de artista colonizado. Pero también revela cómo el desdén de Boedo por la forma estética le cierra el paso hacia la verdadera literatura. Florida se convierte en los 30 en literatura oficial y su producción emblemática es la revista *Sur* dirigida por Victoria Ocampo. La herencia del modernismo aristocrático que se aleja de una España "encerrada en la muralla de su tradición, aislada en su propio carácter, sin que penetre hasta ella la oleada de la evolución mental" es recibida por *Sur*, que en la reconstrucción de Hernández Arregui tendrá en Borges a su mayor representante.<sup>14</sup>

Pero la crisis del 30 es representada en este relato por la metáfora de Roberto Arlt: "yo era una esperanza. Y una esperanza sin proporciones es siempre superior a una realidad mensurable. Espoloneado por mi amor propio, juré ver muy lejos, sin cavilar que mi ver muy lejos pertenecía al pasado". Con esa metáfora Hernández Arregui nos habla del intelectual alienado, pero también del fracaso de una Argentina que sólo entonces puede comenzar a verse a sí misma: "La angustia de Arlt refleja la pérdida del camino colectivo del país...".<sup>15</sup> Arlt crea personajes de ficción que muestran a un pequeño-burgués desdoblado, el intelectual de clase media que hacia 1956 es la preocupación recurrente del grupo *Contorno*, y como escritor es a la vez desenterrado por aquellos *parricidas*, los hermanos Viñas.

Para Hernández Arregui esta literatura tiene el valor de descubrir psicológicamente a una clase. No es progresista, como la calificara Raúl Scalabrini

<sup>12</sup> J. J. Hernández Arregui, *Imperialismo y cultura*, ob. cit., p. 79.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 92.

<sup>14</sup> Rubén Darío en *ibid.*, p. 83.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 113.

Ortiz, ni conservadora, “es el corte transversal de un sector social de Buenos Aires fotografiado en medio del desordenamiento económico y político del país que anuncia cambios revolucionarios”.<sup>16</sup>

Adelanta ya su verdadera interpretación del peronismo. La tristeza del argentino y la soledad del porteño son los temas que expresa la literatura del inmigrante de raíces extranjeras pero de arraigo porteño: “ya no es Europa el contenido de esta soledad, se trata de una soledad que mira hacia adentro”. Se busca a sí misma y en “la espera”, en medio de la crisis de 1929, construye una conciencia casi nacional, histórica, y prepara su “fe en la Argentina”, en el peronismo.<sup>17</sup>

Por otro lado, *Sur* es, para el autor, la máxima expresión de una “sociedad que asiste a la decadencia del sentimiento nacional”. Evasiva y vacilante, esta literatura percibe a esta realidad pero no alcanza a descubrir sus verdaderas causas, sus personajes están gobernados por fuerzas desconocidas y extrañas; “la artificialidad” es lo que define a la literatura de esa generación de 1930. Hernández Arregui ironiza sobre la forma con la que después de 1930, Borges intenta separar el arte popular o la literatura del compromiso, del “arte puro”, y le reclama la falta de encarnadura histórica de problemas como “el mal, el destino y la desventura”.

*Sur* declina en 1945, según Hernández Arregui, con “la rotura del eslabón imperialista y el violento ascenso de las masas al escenario de la historia nacional”, pero retorna con la caída del peronismo en 1955. Recién entonces, después de 25 años de “literatura pura” la revista *Sur* publica un número especial dedicado a la reconstrucción nacional. Hernández Arregui con el título de “La revista *Sur* y la libertad” da por cerrado un ciclo de contraposición discursiva de imágenes argentinas y, examinando “la política como nervio de la historia”, vuelca su ironía sobre *Sur*.

## Nacionalismo y peronismo

El peronismo se nutrió de la confluencia de todas las vertientes nacionalistas pero interesa analizar la unidad *pueblo-clase* que Hernández Arregui pretende fundamentar a partir de una síntesis entre su argumentación marxista y a la vez nacionalista u organicista. Las dos imágenes de la Argentina que

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 117.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 124.

Hernández Arregui encuentra en el campo de la literatura política se confunden cuando se introduce en los matices de las corrientes nacionalistas que derivan en la emergencia del ser nacional.

A pesar de la dispersión que nos presenta su discurso, permite que despleguemos sus niveles en una trama romántica, en dos formas de argumentación dominantes —organicismo y mecanicismo—, y en una implicación ideológica que deriva de la combinación de estos modos, en el nacionalismo de izquierda. Su nacionalismo no es el conservador propio de Ranke que a través de una trama cómica, y de una argumentación organicista, concebía a la Nación como un todo en el que las crisis se superaban armónicamente, aunque esta armonía se lograra bajo la custodia de la Iglesia y el Estado. Hernández Arregui piensa en el ser nacional como una lucha entre formas diferentes con las que éste es concebido. Pero la resolución no es una reconciliación feliz propia de la Comedia o trama que, según White, da el significado a un relato conservador. La resolución es la de un triunfo heroico después de una obstinada lucha por la emergencia del "ser nacional". El discurso del ser nacional como "categoría histórica" que se construye "en lucha y no en concordia", es guiado también por una imagen representativa de construcciones sociales antagónicas y en conflicto, propias de una argumentación más estructuralista.

Todas las variantes del nacionalismo o formas de interpretación de lo nacional convergen en el proceso de gestación y desarrollo del peronismo. El nacionalismo, como ideología múltiple, concierne tanto a la derecha política como a sectores más progresistas del conservadurismo. Pero también a los sectores populares, e incluso a algunos sectores medios de los que surgen algunas tendencias que influyen en el peronismo. Por otro lado, la izquierda tradicional, "que nace de la pequeña burguesía", rechaza hasta los años cincuenta todo tipo de nacionalismo, y el discurso de Hernández Arregui combate constantemente contra el sentido de lo histórico contenido en su historiografía. Porque lo que busca Hernández Arregui es una argumentación para la izquierda nacional o "peronista", y en ese sentido pretende precisar cuál es esa izquierda que se compromete con lo "nacional", y qué nacionalismo es el que puede asimilarse a este modo de pensar las sociedades. Recorre, entonces, en primer lugar, las distintas corrientes nacionalistas que han convergido "dramáticamente" en el movimiento peronista.

Distingue a un nacionalismo hispanista, católico, antiliberal y partidario de los regímenes de fuerza, cuya unidad ideológica tuvo su núcleo en el anticomunismo. A este nacionalismo de derecha lo sitúa en la oposición a

Perón, una vez que las características populares del movimiento se definieran en los hechos.

Pero sus más precisas interpretaciones sobre el nacionalismo aparecen en sus escritos sobre Leopoldo Lugones. Claramente en su texto, el origen del nacionalismo es una reacción antidemocrática contra el crecimiento de la sindicalización de los trabajadores después de la primera guerra mundial. Hernández Arregui rechaza ese nacionalismo, y elige la literatura de Lugones para distinguir qué nacionalismo o qué idea de nación es la que puede asimilarse al sentido con el que piensa la historia de los pueblos. Lugones es un intelectual importante como inspirador de la reacción antidemocrática que, además, estimula el diseño de una política de desarrollo industrial capaz de hacer de la Argentina una férrea potencia, dirigida por un gobierno conservador garante de la permanencia del poder oligárquico. Pero no es esto lo que Hernández Arregui rescata del poeta sino su transmisión de "lo popular" ligado al recuerdo de una infancia sencilla, expresado en sus versos. Así, la esencia de la nacionalidad se hace presente en la búsqueda poética de un proyecto de país. El Lugones de Hernández Arregui es el poeta que ha traspasado los límites del arte puro del modernismo para introducirse en el campo de lo social.

Apoyando la intervención militar del golpe de 1930 con su emblemática "hora de la espada", Lugones convierte en epopeya griega el destino argentino, y también lo hace Borges desde un camino inverso. No es azaroso que Hernández Arregui omita este cruce de senderos y que desluzca en Borges lo que hace relucir en Lugones. Como ha señalado Hernán Díaz, ambos fueron expansionistas del lenguaje y es en este expansionismo donde se lee la confluencia de literatura y política. En síntesis, aún desde senderos cruzados, la preocupación filológica de ambos poetas iba en la línea de la recuperación de una especificidad argentina.

"Lugones es el exponente alterado y oscuro de un cambio de la *intelligentzia* argentina, una revuelta a mitad de camino contra el poder político y cultural de la clase dirigente [...] Es el crepúsculo de la oligarquía tanto como el ascenso de las masas a una historia nacional que Lugones cifró en la espada sin atinar al pueblo."

Pero otro es el nacionalismo que se hace cargo de la interpretación oficial del peronismo. La concepción de la Nación como entidad que diluye en su interior a la lucha de clases aparece dentro del revisionismo histórico, y con

la reconstrucción del linaje San Martín-Rosas-Yrigoyen-Perón esta historiografía recrea la imagen de un pasado nacional. También en Forja encuentra Hernández Arregui la expresión activa de otro nacionalismo de sesgo anticolonial que aunque vacilante, adhirió al peronismo. Destaca entonces, la actividad de agitación activa y callejera de un grupo que denuncia la tragedia de la Argentina de los años treinta.

Sin embargo, muchos de los nacionalistas de primer orden que pusieron sus esperanzas en el diseño de un Estado y de una universidad que devolviese a la Iglesia el patrimonio de la educación perdido y la custodia del orden social al Ejército del que surgió Perón, no alcanzaron las posiciones esperadas a partir de 1943; aunque sí lo hicieran otros que eran más próximos al conservadurismo tradicional. Aquellos nacionalistas "más militantes", más esperanzados en "un César popular y católico", no fueron convocados entonces por Perón y, tampoco lo fue el grupo de nacionalistas de cuño antiimperialista nucleados en FORJA. Manuel Ugarte, fue nombrado embajador en México y Arturo Jauretche designado presidente del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Dos lugares lejanos para la actividad de formación ideológica o intelectual. Scalabrini Ortíz que también tuvo desavenencias con el gobierno de Perón, fue uno de los primeros en acercarse, con tono romántico, a la comprensión de la actitud popular frente al peronismo. De ahí la metaforización del 17 de octubre, "sublevación de una patria", quizá largamente esperada por estos intelectuales que en ello habían centrado sus predicciones.

## El peronismo como epopeya de la revolución nacional

En el discurso romántico, la descripción de los sucesos de octubre constituye la epopeya del peronismo. La interpretación de un proletariado que en tanto sujeto homogéneo, conciente de su situación de clase, alcanza el comienzo de la revolución social, da lugar a una de las imágenes de la dicotomía discursiva sobre la adhesión obrera al peronismo. Para intelectuales de la izquierda tradicional, el 17 de octubre fue el resultado y la iniciación de la experiencia de un régimen, obra de la demagogia de un líder carismático, portavoz de un pueblo carente de autonomía y artífice de la inspiración de una derecha dispuesta a distorsionar el proceso de crecimiento político que los obreros estaban alcanzando. Para Hernández Arregui se trataba de la conquista triunfal de ese mismo pueblo:

“Aquellos desheredados de la tierra estaban ahí, con la vieja Argentina, llenando la historia de un día famoso. [...] La Argentina profunda se paralizaba en una huelga general y conseguía la libertad de Perón.”

A partir de entonces, en el discurso de Hernández Arregui, Perón es un nuevo artífice que condensa las tensiones ideológicas y conduce al movimiento obrero, identificado con el ser nacional, en su lucha hacia la revolución social:

“Perón comprendió la transformación que se había operado en el país [...] su campo de operaciones inmediato, fue el proletariado industrial de las ciudades sin conexiones con los partidos de izquierda carentes de prestigio en las masas.”

La cita precedente nos lleva a la fecunda reflexión que aún discurre en el debate historiográfico contemporáneo acerca de la dicotomía entre viejos y nuevos trabajadores en los orígenes del peronismo, para ubicar a Hernández Arregui dentro de la interpretación historiográfica tradicional de los años cincuenta. En su relato coinciden ruptura epistemológica e histórica. La discontinuidad es narrada a partir de la emergencia de nuevos trabajadores cohesionados por un cuerpo de valores culturales “auténticos”, escindidos de otros viejos de larga militancia socialista y comunista. La coincidencia entre las interpretaciones de algunos intelectuales no peronistas que a partir de 1955 se empeñaron en despojar al “fenómeno novedoso” de connotaciones valorativas, y la de un intelectual comprometido con el gobierno peronista, resulta paradójica. Resuelve esta paradoja sin solucionar el problema historiográfico y sociológico tantas veces enunciado, la contraposición ideológica de ambas interpretaciones. Para un discurso, el de Hernández Arregui, es valor esencial aquello que en su opuesto se percibe como disvalor fundamental:

Perón logró rápidamente el sostén de un sector social hasta entonces excluido, la clase obrera de origen provinciano sin ligazones con el débil, anárquico y extranjerizante movimiento sindical de la ciudad puerto.

Pero Hernández Arregui, preso del dilema argumentativo inicial, intenta trasladar el modelo conceptual estructuralista para explicar la crisis de la economía agroexportadora como si se tratara de un verdadero cambio social en el que, incluso, la acción del líder es contingente:

“Si tal política se personificó en un hombre fue porque ella coincidía con la realidad de la clase trabajadora argentina en una fase de su desarrollo histórico que era, al mismo tiempo, el de la industria nacional. Esa

masa hasta entonces dispersa, en breve tiempo, dio un salto histórico formidable hacia su unidad de clase."

Este tipo de argumentación basada en el cumplimiento de determinadas relaciones entre clases u opuestos, incluso se mantiene en lo que respecta a la interpretación del peronismo como alianza de clases: "ambas fuerzas –burguesía industrial y proletariado– integraron un frente nacional defensivo fluido en torno al eje del Ejército. Tal tipo de alianza es inevitable en un país semicolonial".

Pero vuelve a su discurso original, organicista o propiamente peronista, al señalar que el principal objetivo de Perón fue el desarrollo de la industria nacional y la plena ocupación de trabajadores fabriles a través de la recuperación de la deuda externa. Enfatiza incluso que la repatriación de estos fondos permitió superar la crisis del campo provocada por la sequía bienal de 1951, sin recurrir al crédito extranjero. Cierra la discusión sobre el destino de los saldos acumulados durante la guerra bajo la simbólica y reiterada expresión "de la compra de soberanía": y pone acento en las mejoras sociales: salarios que sobrepasan la inflación, mendigos que desaparecen, sectores que con la superación de la pobreza comienzan a habituarse al ahorro, obreros que se jubilan, contratos que se cumplen, accidentes laborales que se protegen, problemas sanitarios y habitacionales que se resuelven, estudiantes de clase media y obreros que acceden a una universidad gratuita. En síntesis, "la vida de los argentinos se modificó", y eso es el peronismo para Hernández Arregui.

El mantenimiento de la estructura tradicional de la propiedad de la tierra es reconocida por Hernández Arregui cuando señala la persistencia del predominio económico terrateniente, y afirma que, por esa razón, el área sembrada disminuyó. Pero también destaca la diversificación de la producción, las posibilidades de compra de tierras confiscadas para los pequeños propietarios y medieros así como las mejoras en las condiciones de acceso a la tierra para los arrendatarios. Sin embargo, los datos acerca de los intentos estatales para modificar el sistema de explotación agraria no le alcanzan para argumentar a favor del cambio radical que, en su interpretación, significó el peronismo. Por eso agrega que:

"La cuestión agraria no es simple. Es la más ardua de todas sobre todo en un país semicolonial. Lenin se habría burlado de la creencia en una desaparición súbita de la clase terrateniente. Ni siquiera la confiscación

basta. Para ello es necesaria la transformación total de la economía y de su aparato jurídico.”

Es el problema de la propiedad el que, no obstante, le impide confirmar la existencia de un Estado totalmente nuevo o revolucionario, aunque señale con acierto que “el mal reside en el sistema que dirige la producción, es decir la dependencia al mercado industrial exterior”.

Hernández Arregui resuelve su problema discursivo sosteniendo que el peronismo es, entonces, una etapa en el proceso revolucionario que coincide con la revolución nacional burguesa y por sus reformas logradas; desde ella es posible preparar el camino para la verdadera revolución social:

En un país semicolonial, la revolución burguesa que rompe los antiguos moldes de la economía fundada en la exclusiva explotación de la tierra, es progresista en relación a la economía nacional, por el retroceso que impone a la clase terrateniente y el impulso que da al movimiento obrero.

En síntesis, como el Michelet de la trama romántica por excelencia, Hernández Arregui niega su romanticismo. Los dos historiadores luchan “por una fusión simbólica de las diferentes entidades que ocupan el campo histórico”. Y en ambos, “el mero hecho de esa lucha sugiere que esa unidad es una meta a alcanzar”. Para Hernández Arregui esa meta sólo se alcanza a través de la lucha de opuestos, y para Michelet a través del intercambio ocasional entre valores contrarios y excluyentes: tiranía y justicia, odio y amor, etc. Ambos se acercan cuando piensan en la conquista de la unidad final, y así coinciden en su resolución de lo macrohistórico: “el pueblo alcanza la libertad y la unidad perfectas, mediante la disolución de todas las fuerzas inhibitorias dispuestas contra él”.

Pero el tono de la narración de Michelet estaba destinado a volverse más melancólico o incluso trágico a medida del retroceso de los ideales revolucionarios. La ironía se va adueñando de un discurso que ve a la revolución pasada, desde el retorno de la tiranía. También Hernández Arregui cambia de tono y se vuelve más crítico al explicar la caída del primer peronismo en su “balance de una experiencia”:

“Durante una década el gobierno de Perón debió enfrentar el fuego concentrado de las derechas y las izquierdas. La base de masas del régimen soportó con éxito la ofensiva. Pero también el movimiento se había gastado. Años de prosperidad, luego del ascenso y participación en el poder

del movimiento sindical, habían traído más que por la llamada burocracia sindical peronista que efectivamente existió— el relajamiento gradual, típico de las épocas de bonanza, de la combatividad revolucionaria de las masas y sus dirigentes. Hecho en el que, sin duda contribuyó la propia y dominante personalidad de Perón."

## Socialismo y peronismo. Los 70 en un discurso

En 1969, cuando aún faltaban cuatro años para el regreso de Perón y la historia del país entraba en su tiempo más urgente, Hernández Arregui escribía *Peronismo y socialismo*. Ese mismo año, en carta desde Madrid, Perón le agradecía su dedicatoria y le decía que tanto *La formación de la conciencia nacional* como *Peronismo y socialismo* serían dos fuentes de inspiración doctrinaria de la juventud latinoamericana.

El propósito del libro era advertir acerca de un desenlace conflictivo. La urgencia del tiempo tenía que ver con el año 1969, cuando la protesta social generalizada alcanzaba uno de sus más agudos momentos y trastocaba la seguridad del orden político militar establecido en 1966.

Ese movimiento social reciente se había construido no sin tensiones internas, como una nueva cultura de izquierdas que trascendía la acción política y se introducía como práctica en el interior de la sociedad, en la fábrica, en los barrios, en la escuela, en la universidad. Una ética casi mística daba amparo a la tarca, por momentos penosa, de estar siempre en la necesidad del otro, fuera de uno mismo, en los otros.

Una ideología confundida entre el socialismo nacional de Cuba, el maximalismo de los intelectuales, fragmentos de un discurso con arraigo en los cambios alcanzados durante el primer peronismo, y una renovada valoración del trabajo colectivo, guiaban la acción hacia un modo de ser social que se creía muy próximo a su consumación. Un peronismo "verdadero" dividido por matices entre los que se orientaban hacia el guevarismo y los que no terminaban de entender al Che Guevara contradictorio y crítico de Perón, y un clasismo más decidido en la conquista de la revolución socialista pero también confuso a la hora de definir de qué se trataba realmente. construían con partes —contra el capital, por una sociedad sin clases, contra el imperialismo, por una sociedad obrera, latinoamericana, socialista— un discurso que, entrecortado, se constituiría en práctica y alcanzaría fluidez con el retorno de Perón.

En aquella carta Perón le había dicho a Hernández Arregui que en Córdoba, Rosario y Tucumán, “había ocurrido lo mismo que en las grandes ciudades francesas y que se trataba del comienzo de la verdadera revolución” que, sostenida por los trabajadores y los jóvenes, estaba dirigida “contra el futuro incierto al que arroja la sociedad industrial contemporánea.” Sus ideas sobre la humanización del capital habían dado paso a otras convencidas de que ese tiempo de convulsión era preanuncio de una revolución mundial. Pero Perón también había dicho en la misma carta que, “en nuestro país, la juventud argentina ha sabido salvar el honor de su bandera y cuando una juventud sabe morir por sus ideales es que ha aprendido todo lo que debe saber una juventud”. El dilema entre lo mítico y lo real, más bien sobre qué es lo que tiene mayor peso en el curso de la historia, lleva necesariamente a pensar sobre la posibilidad o imposibilidad de la existencia de ese *peronismo* que en un momento histórico se autodenominó *verdadero*.

Para Hernández Arregui, el peronismo es ideológicamente heterogéneo. Su ideología como interés de una clase que se expresa como el interés de toda la sociedad y que es contradictoria, “no se anula por ello aunque sí se ve trabada en sus objetivos revolucionarios. Su composición múltiple y en algunos casos antagónica fue capaz de construir, con el condicionamiento de la clase obrera, un programa nacional”. Políticamente tensionado por sus contradicciones, este programa no fue socialista pero la clase obrera, “poco esclarecida en los orígenes del peronismo”, ocupó un lugar protagónico en la inclinación hacia el socialismo. Hernández Arregui insiste en que es Perón quien unifica al proletariado como clase cuya conciencia, “rudimentaria”, se vio sitiada por el Ejército a partir de 1955; pero justamente en la resistencia encuentra “esa potencia, aún inorgánica del proletariado argentino en su inicial y grandiosa experiencia histórica”.

Así, el “peronismo verdadero” es el socialismo nacional que hacia 1970 asume la defensa de las tres banderas caídas y, avanza de este modo sobre la inmovilidad de los cuadros tradicionales. Una vez más Hernández Arregui insiste: “el peronismo obrero se nutre de sus propias luchas como clase nacional, de sus tradiciones colectivas, de su propia historia y de su afirmación revolucionaria en la Argentina [...] La gravedad del movimiento obrero peronista es tal que todas las clases están circunstanciadas, en pro o en contra por su presión”.

La definición del “peronismo verdadero” es el núcleo de *Peronismo y Socialismo*, y en él Hernández Arregui sintetiza el tiempo político de esos años:

un ejército instaurado en partido político que no resuelve los problemas nacionales; clases sociales que asisten a tensiones ideológicas críticas; desafiante conciencia nacional que enfrenta a una reacción colonialista de los grupos económicos dependientes del imperialismo: lucha obrera que divide a la clase media e incorpora vastos sectores populares a la liberación nacional; intentos de conciliación con el peronismo, que bajo el nombre de Gran Acuerdo Nacional pretenden mitigar "desde arriba" la resistencia del pueblo.

Su discurso de trama romántica cambia de sujeto heroico y ahora es Perón quien tiene en sus manos la estrategia política capaz de contener su desenlace hasta la llegada de la revolución social:

Perón debe maniobrar [...] con extrema flexibilidad táctica y una sola estrategia: la liberación nacional. La salida electoral es deseada dentro del propio partido por sus capas centristas, e impugnada por grupos revolucionarios [...] Más Perón no aprobará una salida electoral si el Ejército no crea las condiciones para una política de rescate nacional. Perón sabe que la liberación nacional está próxima y que el Ejército está dividido.

Así, la aceptación del Gran Acuerdo no había sido consecuencia de una claudicación sino de la confianza política en la concertación de Perón entre fuerzas e intereses contrapuestos. Pero Hernández Arregui, en esos años urgentes, enfatiza en la necesidad de la radicalización ideológica del peronismo y su confluencia con "las izquierdas no ligadas a partidos internacionales. En estado de transición, las contradicciones del peronismo [...] anuncian su superación y conciliación en una síntesis más alta".

Superación, síntesis más alta como hecho consumado de la conciencia socialista, reveladores significantes de un discurso romántico, cuyo influjo venía todos los obstáculos y cuya fuerza arrastraba a la acción.

"La conciencia socialista no se alcanza de golpe. Junto al esclarecimiento de las cuestiones teóricas [...] la acción debe desplegarse en dos frentes, pero consciente de que la actividad ilegal es la que realmente corroe al sistema [...] La conjunción de la actividad legal e ilegal, necesita de millares de activistas que actuando en el plano local, sepan utilizar ese terreno sin perder de vista el principio que no hay otra solución que la revolución socialista."

La advertencia de Hernández Arregui se anticipa ahora y arriesga una definición sobre el desenlace o resolución histórica para las posibilidades del "peronismo verdadero": "mientras el peronismo no concluya esta depuración

interna, no será más que un partido reformista de base obrera destinado a la desintegración histórica”.

Algunas interpretaciones sobre la resolución de los 70 señalan la estrategia internacional que acabaría en la más violenta represión terrorista de Estado sobre un movimiento social que, desgarrado, estallaba violentamente en contradicciones imposibles de sintetizar. El aleccionador castigo, “escarmiento inolvidable” sólo por haber sido incapaces de racionalizar una ilusión, de eludir una fascinación: la posibilidad melancólica de un movimiento más confiado en la democracia política. “menos hechizado por la aventura del partido armado, menos prisionero del espíritu de dominación”. Pero también, una fuerza superadora recupera la encarnadura de los sujetos en las interpretaciones y en los testimonios de quienes nos dicen que sólo una fuerza tan implacable se necesitaba para borrar la huella profunda que dejó, una vez, la certeza de que la sociedad más libre estaba ahí. “al alcance de la mano”, y que esa certeza coincidía con el momento más feliz de muchas vidas.

Lo cierto es que esa revolución socialista no llegó entonces. Empeñada en ello, una generación entera debió esperar –bajo el peso del silencio, la clandestinidad, la vejación y la muerte– durante largos años el rescate público de su memoria. Acaso sólo en ello consista la esperanza de su redención. “Nada se olvida, ni hombre ni cosa. Lo que ha sido no puede ser aniquilado así. Los muros mismos no olvidan [...] el aire no olvidará”.

### Resumen

El análisis de la obra de Juan José Hernández Arregui se sostiene metodológicamente en la teoría del discurso histórico fundamentado por Hayden White en su *Metahistoria*. La trama romántica de Juan José Hernández Arregui es claramente identificable en su relato sobre el 17 de octubre y en el modo de alentar la confianza en el peronismo como una etapa necesaria en el proceso hacia la revolución social como metáfora de un futuro más libre. En ella, su argumentación -síntesis entre nacionalismo popular y marxismo- concibe al Ser nacional, a la Nación, al Pueblo como unidades más comprensivas dentro de las cuales se subsume la separación entre las clases. Pero al mismo tiempo esa unidad más comprensiva o Ser nacional sólo puede alcanzarse "en lucha y no en concordia entre las clases".

**Palabras clave:** Discurso; Imaginación histórica; Izquierda nacional; Peronismo.

### Abstract

This article presents an analysis of Juan José Hernández Arregui's works, based on the theory of linguistic tropes and plots as studied by Hayden White in his *Metahistory*. Juan José Hernández Arregui's romantic plot can be clearly identified in his narration of 17 October and in the way he fostered the belief that peronism was a necessary stage in the process of a coming social revolution, a metaphor of a freer future. In his argument -a synthesis of popular nationalism and Marxism- the National Being, the Nation and the People are conceived as comprehensive unities within which class divide can be overcome. But at the same time the comprehensive unity "National Being" can only be achieved "through class struggle and not through class agreement".

**Keywords:** Discourse; Historical Imagination; National Left; Peronism.

# Periferias

Revista de Ciencias Sociales • Año 11 • N° 14 • Primer Semestre 2007

## Dossier: 10 años de *Periferias*

Julio C. Gambina  
La economía argentina entre 1996-2006

Beatriz Rajland  
A diez años (¿de qué?)

Pablo Pozzi  
Historia Oral y repensar la historia

## Artículos

Pablo Stefanoni  
A un año de gobierno de Evo Morales. Los desafíos de la revolución boliviana

Claudia Korol  
Fernando Martínez Heredia. La coherencia del pensamiento crítico, la pasión de la revolución

Fernando Martínez Heredia  
Palabras al recibir el premio nacional de Ciencias Sociales

Adrián López  
Dudas y precauciones: ¿desde cuándo hubo clase obrera en la Argentina?

Alberto R. Bonnet  
Kirchnerismo: el populismo como farsa

## Comentarios de libros

*La escuela pública sitiada*, de Pablo Imen

*La sociedad excluyente. La argentina bajo el signo del neoliberalismo*, de Maristella Svampa

# Las coordinadoras interfabriles y la huelga general de junio y julio de 1975. Un ensayo de interpretación a partir de dos libros recientes

Juan Luis Hernández<sup>1</sup>

Con poca distancia de tiempo entre sí, aparecieron en Buenos Aires dos libros dedicados al estudio de las Coordinadoras Interfabriles y la huelga general de junio y julio de 1975: *La guerrilla fabril*, de Héctor Löbbe,<sup>2</sup> e *Insurgencia obrera en la Argentina (1969-1976)*, de Ruth Werner y Facundo Aguirre.<sup>3</sup> Ambas obras son el resultado de investigaciones serias e importantes sobre el movimiento obrero de nuestro país en una de las coyunturas más críticas de su historia. El tema de estos libros no tiene demasiados antecedentes en la bibliografía sobre el movimiento obrero. Diversos autores, entre ellos J. C. Torre, D. James, P. Pozzi y A. Schneider, y R. Gillespie, han aludido a las coordinadoras en obras referentes a este período, pero sin hacer un estudio específico sobre las mismas. En 1998, las investigadoras Yolanda Colom y Alicia Salomone publicaron el artículo “Las Coordinadoras Interfabriles de Capital y Gran Buenos Aires, 1975-1976”. En este texto y en sus versiones preliminares -durante muchos años únicas referencias sobre el tema-<sup>4</sup> las

---

<sup>1</sup> Universidad de Buenos Aires-Facultad de Filosofía y Letras.

E-mail: jlhernandez50@yahoo.com.ar.

<sup>2</sup> Héctor Löbbe, *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Buenos Aires, Ediciones ryr, 2006.

<sup>3</sup> Ruth Werner y Facundo Aguirre, *Insurgencia obrera en la Argentina (1969-1976). Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de izquierda*, Buenos Aires, IPS, 2007.

<sup>4</sup> Yolanda Colom y Alicia Salomone, “Las Coordinadoras Interfabriles de Capital Federal y Gran Buenos Aires, 1975-1976”, en *Razón y Revolución*, n° 4, 1998, pp. 111-122. Una primera versión de este artículo fue presentada por las autoras en la III Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia (Buenos Aires, 1991), y circuló durante años en mimeo y a través de reproducciones estudiantiles y/o barriales (*Locus Standi*, 1992, *La Buraco*, 1992). En el mismo número de *Razón y Revolución*, ver también: María Celia Cotarelo y Fabián Fernández, “Lucha del movimiento obrero en un momento de crisis de la sociedad Argentina 1975-1976”, pp. 123-134.

autoras formularon una primera aproximación a las Coordinadoras Interfabriles, demostrando su vinculación con las luchas que los trabajadores venían dando en el conurbano bonaerense desde 1973 por la recuperación de las comisiones internas de fábrica y el cuestionamiento de la gestión empresarial al interior de las mismas; y su rol fundamental en las jornadas de junio/julio del '75 hasta el golpe de marzo de 1976. En el análisis quedaron pendientes diversos interrogantes, que las mismas autoras formulan a modo de conclusión: el origen de las coordinadoras, su naturaleza dual como organismos de coordinación sindical y de autonomía obrera, la vinculación con las distintas corrientes políticas del peronismo combativo y la izquierda marxista que en ese entonces militaban en el movimiento obrero.

\* \* \*

*La guerrilla fabril*, de Héctor Löbbe, intenta responder a estos interrogantes, centrando su análisis en la Coordinadora de la Zona Norte del Gran Buenos en los años 1975-1976, con el propósito de avanzar en la comprensión del surgimiento, conformación, objetivos y funcionamiento de esta forma de organización zonal, y trazar un primer balance de su actuación. El autor parte de un muy completo y abarcativo estado de la cuestión -en el que otorga centralidad al artículo pionero de Colom y Salomone, ya mencionado- para exponer a continuación las hipótesis básicas que pretende demostrar en el libro, y que pueden resumirse de la siguiente manera: a) El proceso de formación de las coordinadoras no puede entenderse al margen del trabajo político de las organizaciones de izquierda y del peronismo combativo, que recrearon las experiencias de lucha obrera de la resistencia post '55 y del clasismo de los primeros '70; b) En el transcurso de ese proceso, entre julio de 1975 y marzo de 1976, la movilización de los trabajadores atravesó momentos de auge y reflujo, que reflejaban límites que la clase obrera no pudo trasponer; c) Esos límites no pudieron ser visualizados -en su totalidad- por la vanguardia obrera y las organizaciones políticas actuantes, lo que facilitó la posterior derrota a manos de la dictadura militar.<sup>5</sup> El aporte fundamental de *La guerrilla fabril* es demostrar en forma contundente la intervención política de la izquierda y del clasismo y el desarrollo de las Coordinadoras Interfabriles en el movimiento obrero industrial de la Zona Norte del Gran Buenos Aires, en los años 1975 y 1976. Los elementos reunidos por Löbbe permiten concluir que los establecimientos industriales pertenecientes a las

<sup>5</sup> H. Löbbe, ob. cit., pp. 16-17.

ramas más concentradas de la industria de la época fueron el escenario en el que se insertaron las organizaciones políticas de izquierda y del peronismo combativo. El autor traza un detallado mapa de la presencia de las distintas organizaciones políticas en las fábricas de Zona Norte, demostrando la imbricación de estos grupos y partidos con la clase obrera. El clasismo, entonces, surge en este “mundo de las grandes fábricas”, como decía Pancho Aricó, no sólo por ser el portador de una conducta sindical diferente y alternativa a la de la dirigencia sindical, sino a partir, fundamentalmente, de un proceso de diferenciación política al interior de la vanguardia obrera. Las fuentes en las que se basa la obra están constituidas por entrevistas y archivos documentales, fundamentalmente información extraída de periódicos y materiales de las organizaciones y partidos de izquierda. Se tratan, estos últimos, de registros habitualmente poco transitados, a pesar de ser extraordinariamente ricos en información de primera mano sobre la realidad del movimiento obrero en la zona, pero que sin embargo plantean dificultades para su abordaje. El propio autor explica con mucha claridad el problema de interpretación que se le presentó:

“La discusión gira en el grado de coherencia entre lo que se proclamaba en dicha prensa y la aplicación práctica de esa línea por parte de los militantes que actuaban dentro de la clase obrera. Para nuestra sorpresa, al entrevistar a activistas políticos y sindicales con participación en los hechos estudiados, nos encontramos que la mayoría de ellos ratificaron la identidad entre la línea expresada en los documentos escritos y su propia práctica concreta”.<sup>6</sup>

En nuestra opinión, esta interpretación debería matizarse a la luz de las conclusiones que el propio autor extrae en diversas partes del libro sobre las características que asumía la actividad política en el interior de las fábricas. Los activistas, aportaban a sus organizaciones impresiones directas sobre el estado de ánimo de sus compañeros, las cuales muchas veces, según Löbbe, no coincidían con el diagnóstico formulado por la organización, en un contexto donde aquellos tenían una visión “más precisa y menos dogmática que el sostenido por sus conducciones”, al estar más influidos por la experiencia cotidiana en la fábrica.<sup>7</sup> Lógicamente, esto no podía menos que introducir tensiones entre la línea política de las organizaciones y su aplicación en la

<sup>6</sup> H. Löbbe, ob. cit., p. 29.

<sup>7</sup> H. Löbbe, ob. cit., p. 76.

práctica por los militantes, quienes debían prestar mucha atención a la recepción de las iniciativas partidarias en el colectivo obrero que integraban, buscando su adaptación a cada situación específica, de acuerdo a la reelaboración que el propio colectivo hacía de la misma a través de su experiencia. Retrospectivamente, y desde el punto de vista del investigador, esto significa que no pueden tomarse al pie de la letra las interpretaciones y caracterizaciones de la prensa política de la época sobre la situación en las fábricas, sino que es necesario su contextualización y confrontación constante.

\* \* \*

*Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1976*, de Ruth Werner y Facundo Aguirre, es una obra dedicada al estudio de la etapa abierta con el Cordobazo y cerrada con el golpe de marzo del '76, centrado en el análisis del clasismo, las estrategias de la izquierda y la emergencia de las Coordinadoras Interfabriles en Capital y Gran Buenos Aires. El libro está compuesto por cuatro partes, escritas con distintos estilos. En la primera parte se describen las características generales de la etapa con un propósito de divulgación general; en la segunda y tercera parte se vuelcan los principales elementos y conclusiones provenientes de la investigación empírica emprendida por los autores sobre el '75 y las coordinadoras; mientras que en la cuarta parte se propone una discusión política sobre las estrategias de la izquierda durante el período. A ello se suman dos apartados monográficos, uno sobre el clasismo cordobés escrito por Walter Moretti y Mónica Torraz, y otro sobre la Triple A y la política represiva del gobierno peronista. de Andrea Robles. Los objetivos generales de la obra, consistentes en "rastrear los elementos de socialismo, democracia obrera e independencia de clase en el proceso revolucionario que vivió Argentina a partir del Cordobazo", son logrados por los autores en la primera y segunda parte del libro. Las características generales del período 1969-1976 son descriptas con claridad y precisión a partir de conceptos sencillos y de pocas y adecuadas cifras y datos representativos de lo que se pretende demostrar. La investigación sobre las jornadas de junio y julio de 1975, la huelga general y el papel de las coordinadoras constituye, sin duda, la parte central del libro. Werner y Aguirre ofrecen un panorama general del desarrollo de las coordinadoras bonaerenses -Norte, Sur, La Matanza, Oeste y La Plata, Berisso y Ensenada- apoyado por detallados anexos que incluyen establecimientos, actividades fabriles, cantidad de obreros, corrientes de izquierda participantes. Los autores logran, de esta manera, ofrecer

por primera vez a los lectores un cuadro de conjunto del despliegue de la izquierda, del clasismo y de las Coordinadoras Interfabriles a mediados de los '70, demostrando en forma palmaria no sólo la existencia de este tipo de organizaciones obreras, sino también su enorme incidencia en la lucha de los trabajadores del área metropolitana en el período bajo estudio. La última parte del libro, dedicada al análisis de las estrategias de las distintas organizaciones políticas que militaban en el movimiento obrero de la época, es sin duda la más polémica. Los autores reiteran caracterizaciones generales sobre las corrientes de izquierda y del peronismo combativo, sin poder dar cuenta -dada la magnitud del objetivo propuesto- de la bibliografía y los repertorios documentales hoy disponibles para el estudio de algunas de ellas.

\* \* \*

Volviendo a los interrogantes planteados por Colom y Salomone en su trabajo, intentaremos definir a través de ellos algunos ejes de debate sobre el clasismo y el movimiento obrero en el período, según el punto de vista de Werner y Aguirre.

## 1. Origen de las Coordinadoras

Está sujeta a controversia la influencia que pudieron tener en el conurbano bonaerense los antecedentes de coordinación de los gremios clasistas y combativos a nivel nacional, especialmente en el interior del país (convocatorias de SITRAC-SITRAM, Plenario de Villa Constitución, Mesa Coordinadora de los Gremios en Lucha). Parecen menos discutible los antecedentes de coordinación del activismo fabril en los barrios del Gran Buenos Aires alrededor de las fábricas en conflicto, por lo menos desde 1973/74. Hasta ahora, las Coordinadoras aparecían en la bibliografía como fenómenos tardíos y efímeros, resultado de la incapacidad de la izquierda para capitalizar sus avances en el plano sindical y la crisis del gobierno peronista a mediados del '75 (James y Torre). Gillespie afirma que las Coordinadoras fueron una creación de Montoneros, una especie de frente sindical de la JTP. Löbbe rechaza estas apreciaciones. En su opinión, al calor de los acontecimientos de junio y julio de 1975, y ante la presión de las bases, las conducciones políticas sindicales de las distintas fuerzas de izquierda formalizaron el encuentro de sus principales cuadros sindicales, mientras los organismos de base fabril dirigidos y/o influenciados por estos últimos se convirtieron en polo de referencia y

nucleamiento de la convocatoria, dando nacimiento de esta manera a las "Coordinadoras de gremios, comisiones internas y cuerpos de delegados en lucha de Capital Federal y Gran Buenos Aires". Agreguemos nosotros que de acuerdo a los elementos hasta hoy reunidos, resulta bastante claro que el segundo polo (los organismos fabriles de base, es decir, las comisiones internas de fábrica) desequilibró al primero. En otras palabras, pensamos que en el origen de las Coordinadoras primó el espíritu de unidad impulsada desde abajo para generar nuevos espacios de coordinación, ya que, más allá de cualquier debate ideológico, la realidad de la lucha contra la patronal, la burocracia y las bandas parapoliciales no dejaba demasiado espacio para el sectarismo y la discusión superflua en el activismo de base.

## 2. Naturaleza de las Coordinadoras

En el surgimiento de las Coordinadoras aparecen juntos dos objetivos, la necesidad de coordinación de la movilización obrera ante la claudicación de la dirigencia burocrática en la huelga general de junio/julio del '75, y el avance hacia nuevas formas de autonomía obrera y dualidad de poderes. Las comisiones internas y cuerpos de delegados que formarán parte de este fenómeno en el Gran Buenos Aires no tenían intención de reemplazar a las organizaciones gremiales tradicionales, pero de hecho quedaron al frente del movimiento huelguístico ante la negativa de la dirigencia de asumir su conducción. A su vez, los autores coinciden en que las comisiones internas y cuerpos de delegados recuperados de las fábricas, y posteriormente las Coordinadoras, pueden asemejarse en sus rasgos generales a los Consejos de Fábrica y/o Consejos Obreros clásicos. Según Löbbe, sus rasgos salientes eran: delegación mínima del poder de decisión de los trabajadores a los delegados, revocabilidad de estos últimos, funcionamiento de acuerdo al mandato de las bases, y expresión del mismo como elaboración del colectivo obrero en el ámbito de la producción. En función de todo esto, sostendrá que se trataba de un fenómeno que "si bien incipiente, buscaba trascender. Se trató de un germen de doble poder".<sup>8</sup> Werner y Aguirre coinciden en lo fundamental con esta caracterización, señalando que las Coordinadoras fueron una herramienta organizativa del movimiento obrero, que sobrepasó los límites de fábricas y gremios generando lazos de solidaridad y organización sobre bases territoriales. "organizaciones de democracia obrera, antiburocráticas, germinalmente pre-soviéticas".<sup>9</sup>

<sup>8</sup> H. Löbbe, ob. cit., p. 286.

### 3. Vinculación con las organizaciones políticas

En este punto, las opiniones son claramente divergentes. Werner y Aguirre afirman en varias oportunidades que “Las Coordinadoras Interfabriles estuvieron hegemonizadas por la JTP”, aduciendo que esto era así “por el ascendiente peronista del proletariado del conurbano bonaerense, pero también en su importancia como aparato político”.<sup>10</sup> Sin embargo, existen numerosos testimonios que aseguran que en los plenarios de las Coordinadoras las decisiones se tomaban por consenso, lo que sugiere una relación de fuerzas más compartida entre las distintas corrientes y las dificultades de la construcción hegemónica al interior de estos organismos clasistas. Es preciso señalar que el predominio político a nivel regional, provincial o nacional, poco contaba en la organización del movimiento obrero de signo clasista, porque de lo que se trataba era de la construcción de un sujeto político revolucionario a partir de las grandes fábricas, que eran las que marcaban el rumbo en las distintas zonas del conurbano. En pocas palabras, el peso político de las distintas organizaciones tenía que ver con su inserción y reconocimiento en las fábricas, especialmente en aquellas con mayor concentración obrera. En este sentido, la JTP llevaba la voz cantante en Zona Norte (con fuerte inserción en Astarsa, Laboratorios Squibb y Lozadur) y en la Capital (Grafa, bancarios y trabajadores del subte), pero su “hegemonía” en las restantes Coordinadoras zonales es muy controvertible, dada la inserción de la izquierda en los establecimientos más importantes que formaban parte de las mismas. Löbbe, por su parte, destaca que el proceso de construcción de las Coordinadoras

“no puede ser concebido solo como resultado de la acción espontánea de la clase obrera [...] ese proceso fue consecuencia de la acción conciente, de la labor de recuperación de los organismos fabriles y coordinación impulsada por las fuerzas de izquierda”.

En torno a ello, introduce un par de nociones sencillas pero interesantes: los “militantes obreros”, como llama a los cuadros políticos de las organizaciones de izquierda que intentaban insertarse en el medio fabril, y los “obreros militantes”, aquellos trabajadores con inquietudes políticas y sociales que buscaban estructuras partidarias que dieran respuesta y contención a dichas

<sup>9</sup> R. Werner y F. Aguirre, ob. cit., p. 451. Queremos destacar que tanto en este libro como en *La guerrilla fabril* los autores se esfuerzan en la discusión teórica sobre el poder dual, debatiendo ideas de Lenin, Trotsky, Gramsci, Pannekoek, Gilly y otros, sobre lo cual no podemos extendernos por razones de espacio.

<sup>10</sup> R. Werner y F. Aguirre, ob. cit., pp. 273 y 277.

inquietudes. En la convergencia entre ambos, y su actuación sobre el colectivo obrero, se forjaba la "vanguardia obrera" de la época, en un constante intercambio entre las organizaciones políticas y la clase. Para este autor, no existió una fuerza política hegemónica al frente de las Coordinadoras, por el contrario, éstas tenían un carácter plural, en lo que denomina "un original intento de constituir un 'frente único revolucionario' en el movimiento obrero, potenciando los esfuerzos particulares de las distintas fuerzas políticas que lo impulsaron".<sup>11</sup>

\* \* \*

Intentando una visión de conjunto, es claro que para los autores que estamos analizando el Cordobazo y la huelga de junio y julio de 1975 constituyen los hitos fundamentales de la lucha del movimiento obrero, en el período que se inicia, justamente, con el estallido del mayo cordobés en 1969 y concluye con la derrota del 24 de marzo de 1976. Werner y Aguirre sostienen que es en esta tenaz lucha de clases desencadenada por los trabajadores y que arrastró a otros sectores subalternos, donde radica la explicación última de las turbulencias política de esos años, y no, como muchos sostienen, en la decisión de una generación de transformar la realidad social mediante la lucha armada. Y es en esta lucha de clases donde surge una nueva vanguardia obrera, compuesta por activistas que se vuelcan al clasismo y las corrientes combativas y antiburocráticas del movimiento obrero. No pretenden negar con ello el papel político de las organizaciones armadas en esos años, ni establecer una separación ficticia entre ellas y el movimiento obrero, pero sí criticar las visiones que, al colocar a aquellas en el primer plano de los acontecimientos, corren del centro del escenario el accionar del movimiento obrero, reducido a simple telón de fondo de los enfrentamientos de la época. Y a la pregunta ¿por qué se produjo la derrota de marzo de 1976?, responderán que los trabajadores tenían fuerza social, disposición al combate y organización dentro y fuera de la fábrica, pero su problema fundamental era la ausencia de una dirección revolucionaria.<sup>12</sup> La influencia que todavía ejercía la burocracia sindical

<sup>11</sup> H. Löbbe, *ob. cit.*, pp. 284 y 286.

<sup>12</sup> "En la Argentina de los '70 se había abierto un proceso revolucionario y el problema de la clase obrera era su dirección. Una política correcta de partido y un programa que señalara las tareas y los objetivos de la revolución argentina era lo que se necesitaba para superar la crisis de dirección." R. Werner y F. Aguirre, *ob. cit.*, p. 452. Cabe acotar que extienden la crítica a las organizaciones trotskistas existentes en la época (y en particular al morenismo) que habrían fallado en plantear un programa y una estrategia revolucionaria

peronista sobre el conjunto de la clase, y la carencia de una estrategia "sovietista" por parte de la izquierda que actuaba en las Coordinadoras (para ayudar a éstas a convertirse en verdaderos organismos de doble poder) fueron en este sentido los obstáculos más importantes. Para Löbbe en cambio, las organizaciones políticas de izquierda, "aún con sus diferencias, debilidades y vacilaciones, estaban construyendo un proyecto de transformación social y económica que pretendía superar al sistema capitalista, centrando su actividad en la clase trabajadora, y por tal razón, convirtieron ese accionar en uno de los desafíos más serios que recibió el sistema capitalista en la Argentina".<sup>13</sup> Al no existir una fuerza política hegemónica, el "frente único revolucionario" que de hecho actuaba en el movimiento obrero careció de un eje político común que le permitiese ser un referente centralizador para el conjunto de los trabajadores a nivel nacional, en uno de los momentos de mayor crisis del capitalismo y sus representaciones políticas. A lo que debe sumarse, según Löbbe, deficiencias de las organizaciones políticas en relación al análisis de la coyuntura posterior a la huelga general del '75, en particular, su capacidad para apreciar el diferente ritmo en que las fracciones del movimiento obrero procesaban la cambiante situación política y su experiencia con el peronismo y las dirigencias sindicales tradicionales. Las obras que estamos comentando tienen el gran mérito de rebatir con sólidos argumentos la hipótesis sobre el clasismo propugnada -entre otros- por J. C. Torre, y que tan amplia repercusión tuvo -y sigue teniendo- en la historiografía posterior. Según esta versión, el clasismo surgiría a partir del Cordobazo, como consecuencia del eclipse de la dirigencia vadorista, cuya estrategia fundamental, presionar y negociar, se tornó inviable al clausurar la dictadura de Onganía los ámbitos de negociación política-sindical. Ante ello, las bases comenzaron a seguir a las nuevas camadas de activistas que planteaban estrategias más combativas y con mayor participación de los trabajadores para luchar por las reivindicaciones obreras. El ascenso del clasismo se habría producido entonces, por la conducta de sus dirigentes y su capacidad en la lucha sindical, no por las ideas políticas que sustentaban, manteniendo los trabajadores su identidad peronista. En esta conceptualización, está ausente la dimensión del clasismo como emergente de un proceso de diferenciación política al interior de la clase. Es este proceso el que sale a la luz a partir de las investigaciones sobre las Coordinadoras Interfabriles. Desde el punto de vista político, no

---

para la conquista de la independencia política de la clase obrera y la construcción de su hegemonía en la lucha por el poder.

<sup>13</sup> H. Löbbe, ob. cit., p. 284.

---

podemos dejar de señalar la importancia de estas obras en cuanto proponen una valoración distinta de los '60 y '70, construyendo un relato en el cual se intenta recuperar el protagonismo del movimiento obrero, en abierta contraposición con todas las versiones y "teorías" que desde distintos ángulos y con diferentes propósitos coinciden en ofrecer una versión histórica en la cual el centro de la escena está ocupado por los enfrentamientos entre aparatos militares de distinto signo. En este ensayo hemos intentado trazar algunas líneas de debate y señalar puntos ciegos, de acuerdo al estado actual de las investigaciones. Esperamos que sean de utilidad para los compañeros y compañeras empeñados en profundizar la discusión y el estudio sobre las Coordinadoras y las jornadas de junio y julio del '75, y extraer de ellas conclusiones y enseñanzas válidas para la actividad política y sindical.

### Andre Gunder Frank (1929-2005)

David Mayer<sup>1</sup>

“Tanto ícono como iconoclasta”,<sup>2</sup> Andre Gunder Frank es una de las figuras intelectuales de izquierda más destacadas del siglo XX, un pensador tan multifacético y contradictorio como solitario y original. Muchos lo asocian con la teoría de la Dependencia, de la que fue cofundador y a la que aportó algunas de sus perspectivas políticamente más radicales. Pero sería una reducción indebida limitar su legado a esta teoría, de la cual se retractó en la década de 1980. Es difícil atribuir a Frank una postura homogénea y única, así como vincularlo con una sola disciplina académica. Fue economista, historiador y sociólogo al mismo tiempo, además de que nunca dejó de publicar comentarios políticos. Más difícil aún es vincularlo a una determinada nacionalidad. Aunque en muchos lugares se le califique como “alemán”, es más preciso caracterizar su biografía como absolutamente transnacional: nació en Alemania, fue criado en Estados Unidos, se formó intelectualmente por una parte en EE.UU y por otra parte en América Latina, trabajó en múltiples universidades en Inglaterra, Holanda, Alemania, entre otras, y falleció en Luxemburgo. En síntesis, Frank llevó una vida vagabunda y sin patria.

Tuvo una producción académica inmensa (unas 40 monografías, más de 500 contribuciones a libros compilados o revistas e incontables comentarios políticos). Su obra se tradujo a 29 idiomas, y la lengua en la cual publicó más -aparte del inglés- fue el castellano.

Algunos afirman que es el economista más citado en el mundo,<sup>3</sup> dato que puede ser cierto dado el carácter concientemente político de su obra, su estilo directo y polémico, así como sus hipótesis claras y abiertas al debate. Frank -dentro de lo que sería una tipología de los roles que los intelectuales pueden

---

<sup>1</sup> Universidad de Viena, Austria. Email: david.mayer@univie.ac.at

<sup>2</sup> Lei Guang, “Re-Orient: Andre Gunder Frank and a Globalist Perspective on the World Economy”, en *Perspectives*, vol. 3, n° 4, <http://www.oycf.org/Perspectives/perspectives.htm>

<sup>3</sup> Theotonio Dos Santos, “André Gunder Frank”, en *Contribuciones a la Economía*, abril 2005, <http://www.eumed.net/ce/>

cumplir- fue lo contrario del científico hiperespecializado, firmemente integrado en una comunidad pequeña y siempre ávido de cumplir metodológica y teóricamente con lo establecido. Fue un librepensador y francotirador, un secesionista y *outsider*, quien, cuando sus posiciones recién alcanzaban cierta aceptación en un campo disciplinario, no dudaba en abandonarlo hacia rumbos nuevos. Así dejó de ser “dependentista” cuando todavía estaba en boga serlo y dejó de considerarse parte de la teoría del sistema-mundo en un sentido estricto cuando aún tenía mucha fuerza de atracción. Sus posiciones, en consecuencia, solían abrir más bien campos nuevos de debate que presentar certezas absolutas. A este estilo innovador y creativo se correspondió, cabe reconocerlo, una cierta falta de trabajo empírico. Lo político, al mismo tiempo, estuvo presente en toda su obra: la crítica sistemática del *status quo* y el debate sobre alternativas fueron temas de suma importancia en sus textos.

Una vida tan vagabunda y un rol tan marginal en las ciencias acarrearón su precio. En una época en la que la carrera académica, por lo menos en el Norte, significaba en la mayoría de los casos una cierta estabilidad laboral y una alta previsibilidad biográfica, Frank ya vivía la vida precaria y vagabunda que hoy en el campo de las humanidades atraviesan gran parte de los científicos. Estas circunstancias, al final de su vida, tuvieron consecuencias concretas y sensibles. Al no haber acumulado en ningún lugar suficientes años para recibir una jubilación adecuada, debió continuar con su trabajo pese al padecimiento de una grave enfermedad.

## Exilio y transnacionalidad

Hijo de un conocido escritor pacifista y de izquierda, Frank nació en 1929 en Berlín como Andreas Frank, nombre al cual, posteriormente, se añadirá “Gunder”, por un apodo que le pusieron sus compañeros de escuela. En 1933, a los cuatro años, Frank sufrió el primer exilio de su vida, cuando su familia huyó de la persecución nacionalsocialista. En 1941, se reunió con su padre en los Estados Unidos. La transformación de su nombre se dio a través de los años: “Andre” es el denominador común del inglés “Andrew” y el castellano “Andrés”, que Frank adoptó en sus viajes y estancias por América Latina. Fueron sus múltiples viajes, primero por Estados Unidos, luego por diferentes

países de Latinoamérica, los que, según él, lo formaron más que sus estudios formales.<sup>4</sup>

Estudió Economía en los años cincuenta en el famoso Departamento de Economía de la *University of Chicago*, donde Milton Friedman y otros defendían la doctrina monetarista. En esta cuna del neoliberalismo, Frank pronto se pronunció contra las opiniones dominantes referidas a los beneficios del “mercado libre”. En 1957, terminó su doctorado con un trabajo sobre el crecimiento y la productividad en el agro ucraniano entre 1928 y 1955, tema con el cual empezó, quizá, su ambivalencia respecto al bloque oriental.

A partir de los años sesenta, Frank se radicó en América Latina. Primero en la Ciudad de México, luego en Brasilia. Tras un intervalo en Montreal, se estableció en Santiago de Chile, donde ocupó, entre 1968 y 1973, un puesto como profesor de Sociología y Economía. Los viajes que emprendió a Cuba y su radicalización política tuvieron su precio, ya que en 1965 el gobierno estadounidense le prohibió la entrada al país.

## Años en América Latina

Desde los años cincuenta, Frank se interesó por las condiciones de posibilidad para el desarrollo general de las sociedades y los debates sobre la génesis histórica de las mismas. En la primera etapa de su emancipación intelectual de las teorías monetaristas de Milton Friedman -emancipación que, como se verá más adelante, no borró por completo el enfoque en la circulación monetaria, sino que lo superó en la clásica forma de la “*aufheben*”- Frank cuestionó la idea de que todas las sociedades tuvieran que pasar por las mismas etapas de desarrollo definidas por la experiencia europea. La crítica a esta visión ahistórica se vinculaba con las actividades de la CEPAL y con autores como Raúl Prebisch y Celso Furtado, entre otros. Estos pensadores introdujeron una dimensión en el debate económico que antes no había sido tomada en consideración: el análisis de la génesis real de las sociedades como punto de partida y la historicidad de lo económico. Conceptos que hoy puedan parecer banales pero cuya introducción fue un salto teórico de suma importancia para su época. Estas interpretaciones de la CEPAL se limitaban, sin embargo, a una perspectiva dualista referida al atraso de sociedades “premodernas” y al abismo existente entre regiones desarrolladas y no desarrolladas.

<sup>4</sup> Andre Gunder Frank, “Personal is Political Autobiography”, <http://www.rrojasdatabank.org/agfrank/personal.html#political>.

El surgimiento de la teoría de la Dependencia significó una superación de ese dualismo y la formulación de un enfoque historicista a partir de la afirmación que el atraso de los países del Sur y el desarrollo de los del Norte estaban tan causalmente vinculados que eran "las caras opuestas de la misma moneda".<sup>5</sup> Es decir que las dificultades de los primeros no se basaban en una mera falta de desarrollo sino en un subdesarrollo históricamente generado, a través de su integración como regiones colonizadas en una división internacional de trabajo, que las colocaba en una posición subordinada ("periférica") frente a los centros europeos ("metrópolis"). Esta integración asimétrica se realizaba a través de un intercambio desigual. Los conceptos que Frank utilizó -metrópoli/periferia, intercambio desigual, etcétera- ya existían. Pero la innovación de Frank fue la forma en la cual los combinó y contextualizó para estudiar, en su famosa obra "Capitalismo y subdesarrollo", el caso histórico de América Latina. Libro, por cierto, que en inglés fue publicado por la editorial neo-marxista más importante de Estados Unidos, fundada alrededor de la revista *Monthly Review*.

Según esta obra, la integración asimétrica de los territorios latinoamericanos fue inducida por la dinámica de acumulación de capital emanada del centro europeo. De este modo, Frank caracterizó las sociedades coloniales latinoamericanas como capitalistas desde sus inicios. Esta consideración impulsó uno de los debates historiográficos más importantes de América Latina en las décadas de 1960 y 1970. Así, la polémica sobre capitalismo o feudalismo en la región, primero entre Frank y Rodolfo Puiggrós, luego en un debate más amplio sobre los modos de producción, expresó dos enfoques distintos, aunque ambos tomaron como referencia al marxismo.<sup>6</sup> El primero centró su análisis en las relaciones comerciales, la existencia de una acumulación mercantil y la circulación monetaria -motivo por el cual, sus críticos lo caracterizaron como "circulacionista"-, en tanto el segundo focalizó su argumentación en la estructura de la propiedad y las relaciones sociales en el proceso productivo - "produccionista" -. Este debate, que constituye un fundamento imprescindible y a la vez olvidado de la historiografía, debe entenderse como una variante latinoamericana de la polémica marxista global

<sup>5</sup> Andre Gunder Frank: *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. México D. F., Siglo XXI, 1987, p.21.

<sup>6</sup> Juan Luis Hernández, "La historiografía socio-económica colonial y los debates teóricos-metodológicos. Algunas reflexiones", en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, n° 1, septiembre-octubre 2005, 33-43. AA.VV., "Modos de Producción en América Latina", *Cuadernos de Presente y Pasado* n° 40, México, Siglo XXI, 1983.

sobre la transición del feudalismo al capitalismo.<sup>7</sup> Una polémica con un significado altamente político, sobre todo en América Latina, donde se discutía la posibilidad de una transformación socialista -con base en la afirmación que las sociedades eran capitalistas desde hacía siglos- o de una revolución democrática-burguesa -a partir del argumento de que era necesario superar los elementos feudales de algunas sociedades del subcontinente-.

En este debate, las dos grandes posturas sobre las formaciones socio-económicas y los procesos de transformaciones también se denominaron con las nociones de “internalistas” o “externalistas”. Frank perteneció, sin duda, al último grupo, ya que interpretó América Latina a partir de las determinaciones originadas por un marco geográfico más amplio que el del subcontinente. Sin embargo, en los años sesenta, Frank -quien entonces optaba por una revolución socialista como salida- trascendió también el enfoque estrecho de la causalidad “externa”. Así, llamó la atención sobre el hecho que un obstáculo interno -de igual peso- para el desarrollo, eran las elites burguesas y oligarcas de los propios países. En un texto que -por razones que no pueden ser casuales- se ha olvidado casi por completo, Frank tematizó este fenómeno con el concepto ingenioso de la “lumpenburguesía” que sólo podía generar un “lumpendesarrollo”.<sup>8</sup>

Pero lo que Frank definía como “capitalismo” era, en realidad, el desarrollo de las relaciones comerciales y la acumulación del capital mercantil. Su rechazo posterior a cualquier especificidad histórica del capitalismo moderno -idea fundamental de Marx- quedó cimentada, pues, en ese momento. Para entonces se empeñaba en escribir no una historia del capitalismo sino una historia de la acumulación en general. Para él, las diferenciaciones entre distintos modos de producción, como iba a decir más tarde, “obscurcen la continuidad fundamental del sistema-mundo vigente más de lo que, supuestamente, ayudan a clarificarla”.<sup>9</sup>

Como la teoría de la Dependencia tuvo varias fuentes y su formulación fue un proceso heterogéneo y colectivo, Frank no puede ser considerado su fundador principal. Sin embargo, su lenguaje conciso, lleno de formulaciones cortas, además de su afán por simplificar y polemizar, lo constituyó en uno

<sup>7</sup> Paul Sweezy y otros, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Buenos Aires, La Cruz del Sur, Grijalbo, 1974. Harvey J. Kaye, *The British Marxist Historians. An introductory Analysis*, Cambridge/Oxford/New York, Polity Press, 1984, pp. 46-53.

<sup>8</sup> Andre Gunder Frank: *Lumpenburguesía: Lumpendesarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*. Barcelona: Editorial LAIA, 1979, pp. 23-27.

<sup>9</sup> Andre Gunder Frank, “The Underdevelopment of Development”, en Sing C. Chew/Robert Denmark (eds.): *The Underdevelopment of Development. Essays in Honor of Andre Gunder Frank*, Thousand Oaks/London/Dehli, Sage Publications, 1996, p. 44.

de los portavoces más importantes de la misma y en el representante más conocido de su corriente políticamente más radical. De hecho, se constituyó en una figura emblemática de los años '60 y aunque pareciera que jamás militó en forma directa en alguna organización, su trabajo quedó asociado política e ideológicamente con la Revolución Cubana. En forma adicional Frank, con su biografía personal de despatriado, fue el científico que más vinculó el singular debate latino de la Dependencia con el mundo académico de Norteamérica y Europa.

## Construcción de la teoría de sistema-mundo

El año 1973 representó un punto de inflexión en la vida de Frank. El golpe de estado en Chile no sólo lo forzó al exilio sino que significó el comienzo de la destrucción de las esperanzas y expectativas presentes en los años sesenta en América Latina. En el subcontinente pronto predominaron dictaduras militares sangrientas. La Revolución Cubana, por otro lado, concluía su ciclo y daba lugar a una normalización e institucionalización de la política interna y externa. Estos desarrollos coincidieron con los primeros indicios del fin del *boom* económico hasta entonces más largo y profundo del capitalismo.

Junto con la crisis económica, Frank desplazó en cierta medida su atención de lo histórico a lo contemporáneo, e intervino en el debate sobre las causas de la misma. Pronunciándose, por supuesto, de manera vigorosa contra la opinión de que la crisis tuviera su origen en el aumento de los precios de petróleo, centró su planteo en el concepto de una sola economía mundial que en su dinámica sobredeterminaba todos los otros procesos. En ésta, según su perspectiva, las crisis se presentan como algo normal y cíclico y constituyen no solo un momento de reestructuraciones económicas sino también un período de cambios en la estructura metrópoli-periferias.

Frank también analizó los países del "socialismo real" como partes integrantes de esta economía mundial.<sup>10</sup> Sin embargo, aunque es cierto que la Unión Soviética no estaba aislada de los procesos mayores que operaban a escala planetaria, la afirmación de Frank referida a que el llamado socialismo no era otra cosa que una estrategia de un desarrollo modernizador *sui-generis* dentro del marco del capitalismo mundial, evidenció una debilidad

<sup>10</sup> Andre Gunder Frank, "Long Live Transideological Enterprise! The Socialist Economies in the Capitalist International Division of Labor", en *Review. A Journal of the Fernand Braudel Center*, Vol 1, N° 1, summer 1977, pp. 91-140.

fundamental de su planteo. En efecto, su postura se fundamentaba en un determinismo económico que priorizaba los procesos monetarios e intercambios comerciales y subestimaba sistemáticamente los factores políticos e ideológicos. Lo que más llama la atención sobre su reduccionismo económico -o, para ser más preciso, reduccionismo a algunas dimensiones de lo económico- es que enfocaba su explicación en el “mundo” como nivel sistémico más alto.

En la década de 1970, Frank junto con Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrigí y Samir Amin -la “banda de los cuatro”<sup>11</sup>- jugó un papel clave en la formulación de la teoría de sistema-mundo. Como si hubieran puesto la teoría de la Dependencia “de pie” (o “de cabeza”), la teoría del sistema-mundo abandonó las explicaciones centradas sólo en la dependencia de una región para analizar las interdependencias entre poderes hegemónicos cambiantes en el centro, la periferia y la semiperiferia, en el contexto de una “economía mundial capitalista” originada en el largo siglo XVI y extendida de manera progresiva por todo el planeta. Una vez más la estructura de intercambios monetarios y comerciales, cuya fuerza motriz sería la acumulación de capital, sirve de explicación y definición de lo que es el capitalismo.<sup>12</sup>

## Camino propios

Frank, sin embargo, pronto abandonó el campo de la teoría sistema-mundo en su sentido más estricto. La acumulación de capital, que según la teoría de Wallerstein y otros había constituido el sistema-mundo capitalista en el siglo XVI, ¿no tenía acaso mucho más de 500 años? Después de realizar una serie de expediciones, organizadas por la UNESCO, junto con Barry Gills a Asia Central y otros lugares, Frank presentó una propuesta sorprendente. El sistema-mundo no solo tenía más de 500 sino por lo menos 5.000 años y se extendía a las remotas épocas de la Revolución Neolítica. Vista así, la teoría del sistema-mundo de Wallerstein se presentaba como una de las muchas variantes para argumentar y justificar el papel especial de Europa en la historia y era, por lo tanto, eurocentrista. Las crecientes diferencias amargas entre los colegas de antes se reflejó también en su contribución al homenaje a Immanuel Wallerstein, que tituló muy secamente “Immanuel y yo sin un guión”.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Samir Amin. “Andre Gunder Frank, economiste allemand”, en *Le Monde*, 2 de mayo de 2005.

<sup>12</sup> Immanuel Wallerstein, *World-Systems Analysis. An Introduction*, Durham/London, Duke University Press. 2004. pp. 11-22.

Lo que Frank empezó a estudiar a partir de entonces no fue la historia del "capitalismo" -categoría que pronto iba a rechazar del todo- sino la historia del capital mercantil en su existencia "antediluviana", como decía Marx. Con más precisión todavía se puede decir que Frank -no solo a partir de sus hipótesis de un sistema-mundo milenarista determinado por la acumulación de capital sino ya a partir de sus conclusiones sobre la colonia- fue un historiador de la Ley del Valor, o sea, intentó escribir una historia de las prácticas humanas, donde una actividad tiene como finalidad no sólo la creación de valores de uso sino también de valores de cambio. Estas actividades tienen, sin duda, una historia de 5.000 mil años y contribuyen, desde entonces, a la vinculación e integración de esferas sociales espacialmente separadas, incluso superando distancias muy largas. Relatar la historia del capital mercantil y de la acumulación de este capital no es lo mismo -hay que insistir en esto- que narrar la historia del capitalismo como modo de producción donde la generación de valor de cambio se ha generalizado. Pero es una tarea importante que puede demostrar la importancia de regiones tachadas de subdesarrolladas por las visiones eurocentristas. La fuerza intelectual de Frank residió -paradójicamente y sin que él se hubiera dado cuenta- en su capacidad de operacionalizar un fenómeno abstracto como la Ley de Valor para desarrollar una explicación histórica que muestre su continuidad. Su debilidad, por otro lado, estuvo en su incapacidad para integrar en su análisis las dinámicas sociales estructurales -las relaciones de producción, de clase y de propiedad, los procesos políticos, etcétera- y para especificar, de esta manera, las diferentes formaciones sociales que se produjeron a través de estos 5.000 mil años. Lo específico del capitalismo se le escapó y, por tanto, también lo específico de una alternativa al mismo. En consecuencia, su perspectiva también se hizo marcadamente evolucionista. En las dinámicas transhistóricas de su sistema-mundo no existen cambios cualitativos sino solo reestructuraciones y ciclos. Estas conclusiones se reflejaron en el hecho que Frank también abandonó en los años ochenta la perspectiva revolucionaria del libro "Lumpenburocracia" para adoptar una visión política cada vez más escéptica.

## ReOrient

Su afán por someter las supuestas premisas eurocentristas de la teoría del sistema-mundo a una crítica ideológica y su planteo de una interconexión

<sup>13</sup> Andre Gunder Frank, "Immanuel and Me With-Out Hyphen", en *Journal of World-Systems Research. Special Issue: Festschrift for Immanuel Wallerstein - Part I*, vol. VI, n° 2, summer/fall 2000, pp. 216-231.

económica mundial desde hace miles de años confluyeron en su última publicación monográfica: *ReOrient*.<sup>14</sup> El título es un programa porque el libro postula que el centro del sistema-mundo entre 1400 y 1800 -fase que corresponde en la clasificación europea a la modernidad temprana- estaba en Asia, en particular, en China, mientras el auge de Europa no se habría producido antes del siglo XIX. Entonces Europa -postula Frank- menos por su aptitud innovadora que por una contracción cíclica en la economía del sistema-mundo y por su fortalecimiento derivado de la extracción colonial de metales preciosos de América Latina, realizó con éxito una política de sustitución de importaciones, proceso que en interpretaciones eurocentristas se llamó "revolución industrial". Aunque Frank en sus últimos años ya estaba marginado en el mundo académico y no gozaba de la atención que tuvo en los años sesenta, estas hipótesis audaces causaron, por supuesto, controversias muy fuertes.<sup>15</sup> No resulta casual que *ReOrient* se tradujera al coreano, japonés y chino. Su autor, además, admitió que el contexto de sus re-interpretaciones históricas era el auge económico actual de Asia y el consecuente desplazamiento de centros de gravedad en el mundo.

Frank falleció en mayo del 2005, a los 76 años, después de una larga lucha contra el cáncer. Sus aportes dejaron una herencia multifacética y contradictoria. Contradictoria porque Frank había renunciado a muchas de sus ideas de épocas anteriores, por lo cual recordarlo como uno de los representantes más importantes de la teoría de la Dependencia no corresponde a las preferencias y visiones que defendió al final de su vida.

Uno de sus legados más importantes es, justamente, su papel como librepensador. A partir de su cuestionamiento a algunos de los referentes considerados invariables de las ciencias sociales, con su lenguaje simple y afilado, así como con su estilo polémico, produjo textos que -sin que uno esté necesariamente de acuerdo con ellos- merecen una relectura constante.

En cuanto a sus ideas, al final de su vida Frank era difícil de ubicar. Aunque no se lo puede considerar como un apologista del capitalismo, en su visión sobre la historia y la actualidad casi no cabía una alternativa viable a la acumulación del capital. En sus publicaciones es posible percibir una fascinación con las dinámicas de la acumulación que, desde siempre, traspasaron cualquier frontera espacial. Su crítica feroz a los Estados Unidos y el predominio del dólar se complementó en sus últimos años con una abierta

<sup>14</sup> Andre Gunder, Frank, *ReOrient: Global Economy in the Asian Age*, Berkeley, University of California Press, 1998.

<sup>15</sup> Véase el debate en *Review. A Journal of the Fernand Braudel Center*, vol. XXII, n° 3, 1999.

---

“Asia o Chinafilia”. Sin embargo, la idea fundamental de su obra -que el sistema es más que sus partes integrantes y sobredetermina sus elementos- y su insistencia en analizar cualquier fenómeno social en sus vinculaciones sistémicas (sean intercontinentales o globales) siguen siendo una inspiración intelectual importante. Así, el mundialismo de Frank -intelectual tanto latinoamericano como pensador sin patria-, quien en los años sesenta contribuyó mucho a la elaboración de una perspectiva histórica propia de y para América Latina, también es un antídoto contra las limitaciones e ilusiones de cualquier perspectiva de una solución nacional al subdesarrollo.

## Crítica de libros

---

Raúl Fradkin, *La historia de una montonera: bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores Argentina, 2006.

Fernando Gómez y Lucas Rebagliati  
Universidad de Buenos Aires

Si una de las conclusiones más fuertes que expone Fradkin en su libro *La historia de una montonera* es que dicha montonera, comandada por Cipriano Benítez, indudablemente no tuvo una generación espontánea, antes de entrar en el desarrollo concreto de los contenidos de la obra, podemos decir que el mismo libro tampoco tuvo una “generación espontánea”.

Con esto queremos situar el libro en el marco general de la renovación historiográfica que desde el regreso de la democracia ha investigado las postimerías del orden colonial en el Río de la Plata y la primera mitad del siglo XIX en el mismo espacio, arribando a conclusiones diferentes a los postulados tradicionales. Dicha renovación historiográfica desarticuló fuertes premisas previas: entre otras cosas, deconstruyó la figura del gaucho como habitante de una campaña desolada, productora únicamente de bienes ganaderos y dominada por grandes terratenientes que a su criterio decidían la suerte de los trabajadores bajo su tutela por un lado y por otro presionaban fuertemente al gobierno de turno, mediante la posibilidad de constituirse como dirigentes militares de dicho séquito. En lugar de estas premisas y con la fuerte base construida a través de una serie de trabajos que agudizaron el enfoque y el abordaje de las fuentes, se ha impuesto una visión renovada que contempla la campaña bonaerense como un espacio abierto, donde se observa una gran movilidad de una población que tiene la posibilidad de acceder al uso de la tierra configurándose una importante presencia de labradores y una considerable producción agrícola. La presencia simultánea de pequeñas y grandes explotaciones implicaba un escaso control de la mano de obra por parte de los grandes propietarios rurales, y si existía un liderazgo de los mismos, éste era producto de una negociación con sus seguidores antes que una manipulación de los mismos.

En segundo lugar, este libro no va a ser espontáneo en la medida que condensa una serie de trabajos mediante los cuales el propio Fradkin venía relevando la conflictividad social de la campaña bonaerense. En este logrado trabajo, Fradkin deja entrever diferentes influencias teóricas que sirven como aportes para pensar junto con el lector y buscar explicar los sucesos que giran en torno a la montonera estudiada. Comenzando con una frase de Antonio Gramsci, la obra recupera en su desarrollo los aportes de este autor para demarcar su objeto de estudio; a su vez se retoman los análisis de Edward Thompson y Eric Hobsbawm, tomando del primero la importancia de la "experiencia" como una variable fundamental para explicar el accionar político y la cultura popular de los sectores subalternos, y retomando del segundo autor sus inestimables aportes para comprender el fenómeno del "bandolerismo social". Pueden vislumbrarse otras dos influencias muy fuertes en la obra. Por un lado, la impronta de la Microhistoria italiana puede rastrearse no solo por las alusiones explícitas a Levi y Ginzburg, sino también por la opción metodológica de reducción de la escala de observación, lo cual puede señalarse como principal legado de dicha corriente. Y por último, puede notarse un diálogo fructífero con las nuevas orientaciones y enfoques que han predominado entre los estudiosos de la historia latinoamericana, quienes se han visto cada vez más seducidos por los planteos del Grupo de Estudios Subalternos y su énfasis en analizar en toda su complejidad la conciencia y acción subalternas.

Volviendo a la obra en sí, nos encontramos con cinco capítulos que se desarrollan en espiral: desde la descripción del propio acontecimiento hasta sus interpretaciones más amplias. En la primera página del libro, Fradkin presenta el acontecimiento, sus actores, los sucesos y el desenlace, con esto genera en el lector una suerte de complicidad a la hora de continuar develando los motivos más profundos que giran en torno a la montonera. Queda así expuesta en esa primera página que el libro trata de una montonera comandada por Cipriano Benítez que a fines de 1826 asalta y toma el pueblo de Navarro, apresando y destituyendo al comisario para instalar otro, nombrando un nuevo juez de paz y capturando al recaudador de la Contribución Directa; luego de aumentar su número y sumando adhesiones la misma montonera se dirige a Lujan para ser repelida por el coronel Izquierdo y sus milicias, a pesar del esfuerzo de Benítez, la desbandada es inevitable como también lo será luego su detención, enjuiciamiento y posterior condena a muerte.

En primer lugar, el autor realiza una reconstrucción de los hechos, revelando la visión de las elites acerca de los mismos para luego tomar distancia

de esta visión. La indagación en este capítulo en la construcción de los rumores, su recorrido y su constitución en muchos casos como versión oficial nos lleva a la cotidianeidad de la campaña bonaerense y nos plantea la necesidad de tomar distancia de las fuentes y los relatos instituidos. En el capítulo tercero se vuelve a la montonera para intentar entender su constitución y lógica de funcionamiento. Fradkin advierte una composición subalterna, un liderazgo en el que encuentra concesiones por parte de Benítez a sus seguidores y una constante recuperación de problemáticas instaladas en las acciones de la montonera siendo emblemática la persecución y el cambio de las autoridades o la presión sobre los “Portugueses y Gallegos” para obtener recursos. El cuarto capítulo, es quizás el más importante para desmitificar el espontaneísmo del movimiento ya que se sitúa a la montonera en su contexto demostrando como las prácticas cotidianas de los habitantes de la campaña se estaban viendo desequilibradas y atacadas por la presión de un gobierno urgido en reclutar miembros para sus ejércitos combatientes frente al imperio de Brasil y para la frontera; por otra parte el aumento del precio de la tierra era sinónimo del aumento de la presión sobre los usufructuarios por uso y costumbre pero sin concesión legal. El último capítulo toma mayor distancia y entiende a la montonera desde una perspectiva más amplia, advirtiendo que si entendemos el movimiento de 1829 como un levantamiento autónomo sobre el que Rosas más tarde se montará para llegar al poder, entonces el levantamiento que encabeza Benítez puede leerse como un “rosismo antes del rosismo”. En este sentido, la formación de montoneras y el bandolerismo representan para el autor distintas formas de protesta social, alternativas pero que a veces confluyen, siendo ambas indicativas del grado de conflictividad presente en la campaña. Podemos afirmar como síntesis que este libro, que a primera vista parece ser un estudio de historia política, entiende a la acción política como condicionada, aunque no determinada, por el contexto económico y social en el que se desenvuelve.

En este recorrido espiralado, Fradkin ha partido de un estudio puntual, del estudio de “una” montonera, agudizando el enfoque pero sin desentenderse de las discusiones más amplias; un estudio que cuenta con diversas fuentes (expedientes judiciales, sumarios policiales, información periodística, circulares oficiales, folletines, etc.) para dar una visión “realista y empíricamente fundada” de un suceso específico. Mediante este enfoque tan minucioso Fradkin encuentra entre otras cosas, un líder, Cipriano Benítez, que lejos de ser un terrateniente, no es más que un pequeño propietario; encuentra una composición de la montonera en la que predominan los pequeños labradores y encuentra un alto nivel de negociación entre el líder y sus seguidores. Estas

conclusiones son una fuerte réplica a los presupuestos de las visiones que Fradkin denomina esencialistas, las cuales entendían que la composición básica de una montonera era un terrateniente al frente y su séquito de peones detrás realizando lo que el caudillo quisiese.

Si compartimos con el autor la toma de distancia con respecto a las concepciones esencialistas que interpretaban estos sucesos sin indagarlos y subordinándose a las visiones que las elites habían construido de los mismos, dejamos abierta la posibilidad de lograr interpretaciones más fidedignas a través de un estudio circunscrito. Quizás la suma de este tipo de estudios sea la que nos lleve a una interpretación lograda de las montoneras de la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, cabe señalar que a pesar de lo que se infiere de la lectura de las primeras páginas del libro, existen otros caminos para entender la problemática del caudillismo, tales como el estudio de Ariel de la Fuente sobre las montoneras del Chacho Peñaloza que toma como marco temporal el período 1853-1870. Este libro es una muestra que pueden realizarse investigaciones empíricamente fundadas, sin caer en esencialismos o explicaciones transhistóricas y trascendiendo al mismo tiempo el estudio de un caso puntual, aunque esto sin duda es facilitado por tratarse en este caso de una montonera liderada desde las autoridades milicianas provinciales, y no de un levantamiento puntual encabezado por un pequeño propietario de la campaña.

Para concluir, es interesante destacar el esfuerzo de Fradkin por brindar la posibilidad de interpretar su obra a lectores profanos, sin hacer uso barroco del lenguaje y delimitando claramente que se lee en cada momento. La lectura permitirá a un público amplio seguir el recorrido propio del historiador con los marcados sinceramientos ante los infortunios que deparan las fuentes tan inasibles que deja el registro histórico de los sectores populares; quizás es hora que dicho público sea testigo y piense acerca de la validez de los relatos que se presentan totales, completos y generadores de empatías por doquier. Sin embargo, un repaso por las listas de Best Sellers de temas históricos (presuponiendo que uno las toma por verídicas) nos deja una mirada escéptica en este punto y nos revela las escasas posibilidades de la obra de constituirse en libro "masivo". Los relatos históricos que hoy son populares se presentan como desmitificadores y anti-oficiales para terminar siendo condescendientes con algunos pilares que reproducen y hacen al discurso que busca instalar el gobierno de turno; en el fondo, las relaciones políticas que estudia Fradkin son las que históricamente se han revelado como más peligrosas para el

poder hegemónico, aquellas que pregonan y desarrollan los sectores subalternos buscando su autonomía y descarriándose de los caminos que otros han preparado para andar.

Louise M. Doyon, *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editora Iberoamericana, 2006. 474 p. (Colección "Historia y política").

Rosa Morena

Hace muchos años que el grueso espaldar del libro de Louise Doyon tenía un espacio reservado en los anaqueles de la historiografía sobre el movimiento obrero y el peronismo. Se conocían varios artículos que recuperaban fragmentos de su tesis doctoral de 1977. Ahora disponemos del texto completo en *Perón y los trabajadores*. Aquellos artículos eran de consulta obligada para el estudio del sindicalismo contemporáneo, pues brindaban una visión de conjunto de los conflictos obreros que atravesaron la primera década peronista. *Perón y los trabajadores* es más que la reunión de los argumentos de Doyon ya conocidos. El volumen presenta una idea completamente vertebrada de la actuación del sindicalismo peronista, que ataca al entendimiento germaniano de las bases sociales y psicológicas del peronismo. En la "Introducción" son retomados los estudios que muestran la dificultad de establecer una correlación inequívoca entre el nacimiento del liderazgo de Juan Perón y una nueva clase obrera migrante y carente de experiencia sindical. También son mencionados los trabajos que problematizan la referida escisión en la clase, pues ambas habrían sufrido un prolongado período de explotación e intransigencia patronal.

Doyon sostiene que el peronismo no debe ser considerado un populismo, esto es según su definición, un régimen autoritario que elimina cualquier independencia de los sindicatos, sometidos a la voluntad irrestricta del líder. La autora legitima el tema de su investigación al afirmar que la disolución del Partido Laborista y la destitución de Luis Gay del secretariado general de la Confederación General del Trabajo no determinan el fin del gremialismo obrero como protagonista de la vida económica y social argentina. Esto era

lo que presuponían las interpretaciones convencionales del peronismo. De acuerdo a éstas, los sindicatos habrían dejado de representar las demandas de la clase trabajadora y serían meras correas de transmisión de los dictados de Perón. Así fue que la historia del sindicalismo careció de interés para la investigación. Pero Doyon moviliza una enorme cantidad de fuentes primarias —libros de actas de sindicatos, periódicos gremiales, entrevistas orales— para mostrar que la reforma social del peronismo estuvo plagada de conflictos de orden sindical, contradiciendo la imagen monolítica y verticalista.

La autora reconstruye con detalle los momentos de encuentro y negociación entre el naciente líder y los sindicatos; muestra las vicisitudes del apoyo obtenido gradual y ambiguamente; señala la contingencia que la coyuntura política impone a la alianza entre Perón y los líderes sindicales. También describe la derrota del proyecto laborista y la “cooptación” de la CGT. Estos momentos del relato ocupan las dos primeras partes del volumen y dos acápites de la tercera. Hasta entonces la interpretación no contrasta radicalmente con los aportes realizados por Hugo del Campo y Juan Carlos Torre. La novedad se encuentra en el resto del libro, que trata de los conflictos laborales de los períodos 1946-1950 y 1951-1955. Respecto de un artículo de Walter Little de 1979, Doyon nos ofrece un relato más dialéctico y detallado, sin apelar al proceder tipológico ensayado por aquél.

La primera oleada de huelgas, de 1946-1948, obtiene la aprobación parcial del estado peronista. Es cierto que la amenaza del “comunismo infiltrado” entre el sindicalismo peronista es un fantasma siempre agitado por el régimen y la cúpula cegetista, y también que Perón realiza periódicas purgas entre la dirigencia sindical que se revela incapaz de contener la reiteración de las demandas. Pero la bonanza económica y la necesidad de fracturar la resistencia de las clases dominantes al modelo de acumulación impulsado por el peronismo conducen a que la represión sea benévola.

La situación imperante durante los inicios de la década de 1950 fue diferente. El sindicalismo sintió que las cinchas que intentaban sujetarlo se tornaban cada vez más inflexibles. Sin embargo, las importantes huelgas de 1950 y 1954 vuelven a desmentir la lectura convencional sobre un sindicalismo maniatado y subordinado. La persistencia de conflictividad laboral sostiene la conclusión de *Perón y los trabajadores*, que plantea un contraste entre el lugar de los sindicatos en el varguismo y el peronismo. En efecto, el lazo entre Vargas y el movimiento obrero brasileño sería efectivamente populista, porque el varguismo se construyó sin oposiciones sociales vigorosas como las que constriñeron a Perón a ceder un margen de soberanía en los

sindicatos. El *Estado Novo*, por lo demás, impuso una ideología modernizadora e industrializante de rasgos corporativos marcados. El paternalismo señalado por la interpretación ortodoxa del peronismo parece mejor calibrado para analizar el caso brasileño. Esa forma populista sería inaplicable a la situación argentina, cargada de demandas democráticas y plebeyas más sólidas que las prevalecientes en el Brasil. La conclusión es sin duda la sección que más ha envejecido del estudio de Doyon. Los trabajos de John D. French y Jorge L. Ferreira han mostrado una mayor complejidad en la historia del sindicalismo y las ideologías durante la época varguista. Sin embargo, no debería ser ésta la línea de discusión del libro comentado.

Una dificultad de otro orden asoma cuando detectamos los agentes del relato de Doyon: Perón, las dirigencias sindicales en sus diversos niveles, y la clase obrera de las fábricas y talleres. Este último actor, sin embargo, emerge en los momentos de lucha económica, pero casi nunca se halla en el primer plano.

Temas importantes de la conflictividad social de la época son adecuadamente descritos como internos al sindicalismo *peronista* y en tensión con el estado. Esto es claro en casos como el de la huelga de los trabajadores azucareros en 1949, donde el reclamo económico —lo muestra más recientemente el estudio de Gustavo Rubinstein— se cruza con una inexhausta vocación de poder sindical, en modo alguno aniquilada por la caída de Gay. En el nivel de la CGT se lo observa también en la irrealizable conciliación a que aspiraba el Congreso de la Productividad.

Doyon explica la imposibilidad de comprender al derecho de huelga dentro del comunitarismo peronista. Pues bien, ese imposible para el peronismo es el que tracciona al conflicto social hacia el plano “político”, siempre que esto refiera al conglomerado ideológico, asociativo e interpersonal del populismo argentino. He allí un problema intrínseco de la politización de lo social que el peronismo consume al mismo tiempo que pretende despolitizarlo. Como aspira a desterrar a la política y ocupar la totalidad del espacio legítimo de lo social-nacional, concluye politizando lo social. Todo reclamo corporativo es considerado una traición a la fidelidad peronista. Es por eso que Perón y las cúpulas cegetistas acusan la infiltración de “comunistas” en planteos obreros que excedan el antagonismo dirigido contra una empresa concreta.

Sin embargo, los “comunistas” no eran meros espectros invocados por el macartismo o la calumnia de dirigentes obsecuentes con el régimen. Es cierto que la dirigencia cegetista y política peronista espoleaba la acusación para desacreditar a sectores peronistas combativos. Pero la “antipatria” estaba efectivamente entre la clase trabajadora. Los mayores conflictos obreros de

la década, como los protagonizados por ferroviarios, bancarios, portuarios, metalúrgicos, panaderos, textiles, tuvieron entre sus filas a activistas comunistas, socialistas, y en menor medida anarquistas (lo que no pretende decir que las medidas de fuerza tuvieran un énfasis antiperonista). Por entrenamiento y convicción, esos sectores adquirirían una relevancia insospechada, difícil de rastrear en las fuentes sindicales hegemónicas por los peronistas. ¿Qué sucedió con los militantes comunistas integrados al movimiento obrero peronista después de la disolución y autodisolución de los sindicatos por ellos liderados? Sobre su actuación sabemos poco. Autores tan disímiles como Alberto Belloni y W. Little dictaminan o presuponen su marginalidad, sin abordar la cuestión. Lo mismo vale para los socialistas. ¿Abandonaron la acción gremial en los niveles bajos y medios? Esta dimensión de la historia de las luchas obreras, que se ha estudiado para las décadas posteriores de la historia sindical argentina, es aún un territorio poco explorado de la relación entre primer peronismo y sindicalismo. ¿Qué se hizo de los comunistas y socialistas en el movimiento obrero? Es posible que estuvieran presentes en parte como activistas de las huelgas producidas, en parte como conducciones temidas por élites sindicales peronistas que estaban presionadas por sus bases, las cuales podían ser captadas –según temían– por direcciones de “ideología foránea”. La investigación pormenorizada de la acción de las izquierdas en el movimiento obrero después de 1946-1947, y de su eficacia en la conflictividad laboral es, quizás, uno de los temas abiertos que hoy nos lega el libro indispensable de Doyon. Su vigencia después de tres décadas de la redacción original nos deja reflexionando sobre su importancia como investigación “definitiva”. Pero también acicatea una duda sobre la lentitud del progreso de nuestros conocimientos históricos, en épocas en que las dictaduras ya no aterrorizan la vida universitaria.

María Victoria Murillo, *Sindicalismo, coaliciones partidarias y reformas de mercado en América Latina, Siglo veintiuno*, Madrid, 2005. 318 pp.

Agustín Santella

Universidad de Buenos Aires

A comienzos de los noventa, variantes del populismo latinoamericano comenzaron a implementar en Argentina, Venezuela y México las políticas de mercado difundidas por el consenso de Washington. Pero los principales afectados de su neoliberalismo fueron los sindicatos que sostenían al peronismo, el PRI y la Acción Democrática. El libro de Murillo cuenta cómo en cada caso los partidos en el gobierno resolvieron esta contradicción o fracasaron en el intento y cómo salieron parados los sindicatos de este proceso. La respuesta surge de una teoría de las relaciones organizativas entre sindicatos y gobiernos, que se abstrae de las explicaciones por los intereses económicos o por las características de los regímenes políticos (autoritario o democrático). Las variaciones que Murillo encuentra en México, Venezuela y Argentina se explican por las relaciones entre sindicatos-gobiernos como resultados combinados entre los tipos de estructura sindical y la competencia política interna sindical.

En Venezuela es donde los proyectos de reformas neoliberales fracasaron, más que en Argentina y México. Esto se debió a que los dirigentes sindicales opusieron sindicatos unidos nacionalmente (monopolio de representación sindical a nivel nacional o a nivel de rama) al mismo tiempo que tuvieron que movilizar a los trabajadores debido a la presencia de distintos partidos políticos en el movimiento sindical - como Causa R. Manteniéndose unida y movilizandando las bases, la central sindical venezolana frenó los proyectos privatizadores del gobierno. En contraste, cuando la CGT argentina fue dividida por el menemismo, no abandonó las filas del gobierno y perdió toda capacidad de vetar las reformas de mercado hasta que en 1992, debido a su reunificación, fue tenida nuevamente en cuenta y logró dar marcha atrás a los proyectos sobre obras sociales y regulaciones de las asociaciones profesionales. Si en el primer momento (1989-1992) la relación de la CGT fue de subordinación (división entre sindicatos que compiten por la representación sin dejar de pertenecer al partido en el gobierno), la reunificación de 1992 la

repositorio en la negociación. Entonces, los sindicatos pudieron zafar de la ofensiva neoliberal con importantes concesiones como la participación accionaria en las empresas privatizadas, limitar la competencia en la regulación de obras sociales (y fundar sus propias obras sociales), limitar el decreto de negociación de convenios por empresa y financiamiento de las deudas sindicales. Similar subordinación ocurrió en México en las relaciones entre central y gobierno del PRI, donde, a diferencia del segundo momento argentino, la división interna en la central mexicana la debilitó definitivamente en su poder de negociación sin obtener nada a cambio de su constante apoyo al gobierno.

La autora contrasta los casos de interacciones diferenciando momentos a nivel nacional y sectorial económico. Los dos casos directamente contrapuestos son el de la enseñanza y el petrolero, de dinámicas análogas en abstracción del contexto nacional. Los sindicatos docentes, con distintas representaciones sindicales para el mismo sector y con una alta competencia política interna, no obtuvieron concesiones a pesar de ser uno de los sectores laborales con mayor militancia. El extremo opuesto a los docentes fueron los petroleros. En los casos observados, los sindicatos petroleros mayormente tuvieron concesiones (4/6) sin prácticamente movilizarse. El mayor poder de negociación no derivó del tipo de estructura económica (diferente rentabilidad capitalista) que subyacía a la representación sindical, sino por la dinámica de la organización. Las negociaciones favorables (petrolero, automotriz, telecomunicaciones y electricidad, a diferencia del sector educativo) se explican por combinaciones organizativas en abstracción de las inserciones estructurales productivas. Tampoco estas negociaciones favorables fueron producto de mayores luchas, en contra de gremios pasivos que no resistieran. La diferencia crítica se encuentra en el monopolio sindical de representación (un único sindicato para un grupo de asalariados). Con o sin lucha, el monopolio sindical diferencia a aquellos casos favorables para los trabajadores. En todos ellos, (aclarando que se trata siempre de sindicatos que mantienen su papel de base social de los partidos populistas en el gobierno) se obtuvieron concesiones tales como aumentos salariales, protección contra despidos, participación accionaria o freno a las leyes anti-sindicales.

El libro de Murillo realiza contribuciones no menores. Operacionaliza variables organizacionales intermedias para estudiar movilizaciones y procesos de negociación. Se propone explicar dinámicas y resultados diferentes partiendo de contextos macro-estructurales similares, problema clásico de cualquier teoría de la acción social y en particular de la acción colectiva de los trabajadores. Además, el libro muestra que la forma y resultados de

las reformas económicas emprendidas por los gobiernos a principios de los noventa no podían prescindir de los actores sociales afectados. En otro aspecto, se incorpora en el libro una perspectiva comparada para América Latina que permite plantear problemas internacionales. En las páginas centrales se encontrará una descripción extensa de los procesos, divididos por países y sectores de actividad. No menos importante, la autora reinstala a la organización sindical en la época del “fin del trabajo y del movimiento obrero”.

Pasando a las críticas, Mark Anner le señaló que el monolitismo sindical no siempre tuvo buenos resultados para los trabajadores, refiriéndose a Brasil (aunque en un período distinto al de Murillo); que el problema principal en el sector automotriz ha sido la seguridad laboral y que los sindicatos no pudieron enfrentarlo, no por razones organizativas, sino por la producción globalizada. Esta crítica también relativiza los indicadores de logros sindicales, señalando que muchas de estas concesiones fueron a parar sólo a los dirigentes y no a los afiliados (Argentina). Entretanto, para Randon Smith, la simplificación modélica de Murillo excluye otras explicaciones de los incentivos a la movilización y otros posibles resultados en la negociación (España bajo Felipe González).

Sólo añadiremos que Murillo relativiza las peculiaridades del movimiento obrero argentino en América Latina destacadas por Torre o McGuire. La autora señala que si bien a primera vista la tasa huelguística argentina es mucho mayor que la de los restantes países latinoamericanos, debe cuestionarse el grado en que una huelga argentina representa la conflictividad laboral. Argumenta que, a diferencia de América Latina, los huelguistas son protegidos no sólo por las leyes sino que en raras ocasiones son sancionados por los patrones (estatales o privados) con salarios caídos. Esto hace mucho menos costosa la acción huelguística en Argentina a diferencia de América Latina. Para Murillo, los tres países comparten la similar tradición corporativista en la que los sindicatos desde su formación dependieron de los partidos populistas y obtuvieron sus recursos organizativos a través de su mediación con el estado (se distancia de la comparación entre Brasil y Argentina de Murmis-Portantiero). Este rasgo permitiría entender el vínculo sindicatos-gobiernos populistas durante las reformas neoliberales y es el punto de partida del modelo de interacciones construido para este proceso. Sin embargo, esto *extiende hacia atrás* la dinámica propia de un particular momento histórico (bajo la impronta de la ruptura histórica de 1989). Como se afirma en la parte histórica del libro, el patrón huelguístico en la Argentina entre 1945-1995, al igual que en México y Venezuela, se explica más

por los conflictos entre gobiernos y sindicatos que por otras razones. Esto es, que en todo el período de referencia encontraremos “paz laboral cuando los partidos aliados al sindicalismo llegan al poder” (p.10). Una revisión histórica podría relativizar esta hipótesis. Cualquiera sea el resultado de este ejercicio, Victoria Murillo reinstala temáticamente al movimiento obrero.

## Números anteriores de *Nuevo Topo*

### N° 1 - Setiembre/Octubre de 2005

Editorial. **Artículos:** O. Acha, Las narrativas contemporáneas de la historia nacional y sus vicisitudes / J. L. Hernández, La historiografía socio-económica colonial y los debates teórico-metodológicos / G. M. Di Meglio, La historia popular de la Argentina del siglo XIX / H. Camarero, La izquierda como objeto historiográfico. Un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina / A. M. Valobra, Algunas consideraciones acerca de la relación entre historia de las mujeres y género en la Argentina / K. I. Ramacciotti, Una mirada sobre el estudio de la política social en la Argentina / M. Franco, Reflexiones sobre la historiografía argentina y la historia reciente de los años '70. **Perfiles:** Jean-Paul Sartre, por O. Acha y H. Camarero. **Crítica de libros:** sobre J. C. Torre / D. Kersfeld / L. Caimari.

### N° 2 - Abril/Mayo de 2006

Presentación. **Artículos:** S. Ferreyra, José Carlos Mariátegui y la Internacional Comunista / A. Santella, Trabajadores, peronismo y protesta en Argentina. Una revisión desde 1970 al presente. **Ensayos y Debates:** P. Ben, Presentación / J. D'Emilio, Capitalismo e identidad gay / M. Bergel, La idea de Europa en el pensamiento radical italiano. **Dossier:** ¿Girar a la izquierda? **Disidencias en el socialismo argentino:** A. Belkin, La "revolución" radical de 1905 y los orígenes del sindicalismo revolucionario / C. Herrera, Corrientes de izquierda en el socialismo argentino, 1932-1955. **Perfiles:** Christopher Hill, por N. Kwiatkowski. **Crítica de libros y películas:** sobre A. Chavolla / A. Bisso / O. Terán / G. Clooney.

### N° 3 - Setiembre/Octubre de 2006

**Artículos:** C. Belini, La historia industrial argentina, 1870-1976: entre la crisis y la renovación / G. Queirolo, *Mujeres que trabajan*. Una revisión historiográfica del trabajo femenino en la ciudad de Buenos Aires (1890-1940). **Entrevistas:** Clases subalternas, etnicidad y política en América Latina. Una entrevista con R. Melgar Bao. **Dossier: Problemas teóricos y metodológicos en la historia y las ciencias sociales:** N. Lavagnino, Narrativismo, historiografía y después. La nueva filosofía de la historia y el límite de la comprensión histórica / O. Acha, Historia y psicoanálisis. Cavilaciones sobre un diálogo venidero / D. Sazbón, La "descomposición de lo social". La sociología de Gabriel Tarde y sus lecturas recientes / J. Balsa, Notas para una definición de la hegemonía. **Perfiles:** Alberto Flores Galindo, por J. L. Hernández. / **Crítica de libros y películas:** sobre G. Grandin / I. Cosse / B. Kagarlitsky / H. Abu-Assad.

## Normas de publicación

El envío de trabajos con pedido de publicación debe ser remitido por vía electrónica a: [revistanuevotopo@yahoo.com.ar](mailto:revistanuevotopo@yahoo.com.ar).

1. Los trabajos recibidos serán considerados por dos o más integrantes del Consejo Editorial locales o externos, quienes podrán oficiar como evaluadores o designar a especialistas que consideren pertinentes para el referato, el cual será estrictamente anónimo.
2. Se remitirá un archivo electrónico, Word o RTF, en hoja tamaño A4, interlineado doble, en letras Times New Roman 12, a esta dirección electrónica: [revistanuevotopo@yahoo.com.ar](mailto:revistanuevotopo@yahoo.com.ar).

La extensión máxima en caracteres con espacio (incluyendo notas y gráficos) será: 60.000 para "Artículos"; 40.000 para "Ensayos" y "Entrevistas", 20.000 para "Perfiles" y 8.000 para "Crítica de libros".

Cada artículo debe estar acompañado por un resumen de su contenido en español y, si es posible, en inglés. El resumen no puede superar las cien palabras.

3. Los trabajos deben ser inéditos en castellano.
4. Los textos no deberán ser presentados a otras revistas. *Nuevo Topo* acusará recibo del trabajo en un plazo máximo de un mes y de la evaluación de referato en un lapso no mayor a cuatro meses.
5. Las referencias bibliográficas se realizarán a pie de página, respetando las siguientes convenciones:

### Ejemplos de libros:

- Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger, comps., *The Invention of Tradition*, Londres, Cambridge University Press, 1983. Lo mismo para el caso de coordinación, edición o dirección.

### Ejemplos de artículos:

- Ernesto Laclau, "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno", en Marcos Giménez Zapiola, comp., *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, pp. 19-57.
- Juan Carlos Torre, "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 28, n.º 112, enero-marzo de 1989, pp. 525-548.

### Abreviaturas e indicaciones bibliográficas utilizadas (nunca utilizar cursiva):

véase (en lugar de cf., cp., ver, etcétera).

ob. cit. y art. cit., para obras ya mencionadas; en caso de existir varias obras de una misma responsabilidad intelectual, se abreviará el título tomando las tres primeras palabras del mismo, seguidas de las abreviaturas adecuadas. Por ejemplo: S. Žižek, *El sublime objeto*, ob. cit., p. 134, para la obra *El sublime objeto de la ideología*, que fue citada con anterioridad.

Idem, para una referencia bibliográfica exactamente igual salvo la indicación de páginas. En ese caso se indicará Idem, p. x.

Ibidem, para referencia coincidente en datos bibliográficos y paginación.

Esta edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos  
G y G, Udaondo 2646, Lanús Oeste,  
Provincia de Buenos Aires durante el mes de Agosto de 2007

**Dossier**

El concepto de clase social y su relevancia actual en los estudios históricos

**E. Adamovsky:** Historia y lucha de clase

**H. Camarero:** Clase obrera y sectores populares

**A. Gurbanov y S. Rodríguez:** La huelga de 1942 y la dirigencia comunista en los orígenes del peronismo

**E. Garguin:** El descubrimiento de la clase media

**Artículos**

**A. Bonnet:** Hegemonías neoconservadoras

**M. T. Bonet:** La imaginación histórica en J. J. Hernández Arregui

**Ensayos y debates**

**J. Hernández:** Las coordinadoras interfabriles

**Perfiles:** Andre Gunder Frank

**Crítica de libros**

